

POR LA AUTORA DE «MI HOMBRE»

# JODI ELLEN MALPAS

CON ÉL  
ESTARÁS A  
SALVO

*El*  
**PROTECTOR**

 Planeta

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Dedicatoria  
Agradecimientos  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19

Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

A primera vista, Jake Sharp y Camille Logan no tienen nada en común. Él, un antiguo militar, esconde un pasado oscuro y quiere alejarse de todos y simplemente seguir adelante con su vida sin mirar atrás. Ella, la hija mimada de un millonario, está harta de que la gente la vea como una chica que sólo sabe gastar el dinero de su padre y está dispuesta a salir adelante por su cuenta. Dos mundos completamente opuestos que se unen el día en que el padre de Camille contrata a Jake para proteger a su hija. Ya nada será igual.

*A mi padre, por siempre mi protector*

# Agradecimientos

Hay muchísimas personas a las que debo dar las gracias, y siempre me pregunto si no os aburriréis de oírlo. Pero, por si acaso no os habéis cansado aún, gracias a mis equipos en el Reino Unido y en América. Gracias por ayudarme en cada paso que doy en mi carrera. Soy muy afortunada de teneros cubriéndome las espaldas.

Hay una persona que debo destacar, ya que significa mucho en mi vida, y no sólo a nivel profesional. Mi agente, Andrea Barzvi. Hace ya más de tres años que nos conocimos, cuando yo no tenía ni idea de cómo funcionaba el mundo editorial y estaba abrumada por el torbellino que supuso la publicación de *Mi hombre*. No es que ahora sepa mucho más, pero ser consciente de que tengo a Andrea a mi lado hace que esta montaña rusa sea más emocionante que amenazadora. Es una auténtica joya, y sigo dando gracias cada día por haberla encontrado. Gracias, Andy, por todo lo que haces, tanto dentro como fuera del ámbito profesional.

Y, por último, gracias a los blogueros y lectores de todo el mundo. Gracias por acogerme en el universo virtual y por quedaros a mi lado para ver adónde me lleva mi viaje literario. Espero que disfrutéis con mi nuevo hombre: Jake.

# Capítulo 1

## JAKE

*Me mira aterrorizado, con los ojos muy abiertos, mientras su cuerpo se petrifica bajo el mío. El calor, el polvo, los sonidos de los gritos a mi alrededor..., todo hace que me resulte casi imposible concentrarme, pero tengo que hacerlo. Pestañeo varias veces y lo cambio de posición para que no escape, clavándolo en la grava que cubre el suelo. Yo no debería estar aquí, debería estar en las colinas cercanas, invisible, escondido entre la vegetación y las rocas. Debería ser la amenaza desconocida, la que nadie puede ver.*

*El hombre que he capturado está muy delgado, desnutrido, y tiene el blanco de los ojos tintado de amarillo. Este cabrón con el cerebro lavado se ha cargado a dos de mis camaradas, y el intenso dolor que siento en el hombro me recuerda que ha estado a punto de acabar conmigo también. Debería haberme quedado en mi posición: la he cagado. Mi necesidad egoísta y temeraria de llenar de plomo a estos hijos de puta ha provocado la muerte de dos soldados. Debería ser yo quien estuviera muerto en el suelo a unos metros de aquí. Me lo merezco.*

*Su corazón late frenéticamente tras la fina tela de su asquerosa camiseta. Puedo sentir asimismo los latidos golpeando contra mi propio pecho, a través de varias capas de ropa y del chaleco antibalas.*

*Mientras pronuncia una letanía de palabras extranjeras que no entiendo, me sigue clavando una mirada cargada de maldad.*

*Está rezando.*

*Hace bien.*

*—Nos vemos en el infierno —le digo.*

*Aprieto el gatillo y le meto una bala en la cabeza.*

Me incorporo de un brinco en la cama, sudando y jadeando, con las sábanas pegadas al cuerpo.

—Hijo de puta... —murmuro dejando que mis ojos se acostumbren a la luz de la madrugada hasta que logro distinguir la panorámica de Londres desde los ventanales de mi habitación.

Son las seis de la mañana. Lo sé sin necesidad de consultar la hora en el reloj de la mesilla de noche. Y no es sólo el sol naciente el que me informa de ello. La alarma mental que se activa en mi cerebro todos los días a la misma hora es una suerte y una desgracia al mismo tiempo.

Me siento en la cama, cojo el teléfono y no me extraño al ver que no hay ni llamadas ni mensajes pendientes de leer.

—Buenos días, mundo —susurro, y vuelvo a dejarlo sobre la mesilla antes de levantar los brazos por encima de la cabeza para destensar los músculos.

Hago rodar los hombros, respiro hondo un par de veces y luego suelto el aire muy despacio por la nariz. Me echo hacia delante, apoyo los antebrazos en las rodillas y me quedo observando la ciudad mientras guardo la pesadilla en un rincón seguro de mi mente. Sigo respirando despacio, inspiro y espiro, inspiro y espiro, inspiro y espiro... Cierro los ojos y doy gracias por esta serenidad artificial. Soy un maestro en el tema.

Pero los músculos se me vuelven a tensar rápidamente al darme cuenta de que la cama se mueve a mi lado. Mi mano actúa de manera automática y saca una pistola VP9 sin que mi cerebro haya tenido tiempo de darle la orden.

Impulso.

Apunto a mi soñoliento objetivo antes de que mis ojos tengan tiempo de enfocar.

Instinto.

Estoy de pie, desnudo como un recién nacido, con los brazos firmes y extendidos frente a mí y una pistola de 9 mm que me encaja como un guante en la mano.

—Mmm... —El suave ronroneo me penetra en los oídos y me ayuda a centrarme en el lío de miembros desnudos que asoman bajo las sábanas.

Mi mente rebobina y me lleva hasta el bar donde acabé la noche. De inmediato aparto la pistola de la dueña de los ojos que se están abriendo en ese momento. Me dirige una sonrisa relajada y se estira con movimientos estudiados, diseñados para dejarme boquiabierto y duro como una piedra.

Mala suerte. En mi mente sólo hay sitio para una cosa, y no es ella.

—Vuelve a la cama —musita recorriendo con una mirada lujuriosa mi cuerpo de metro noventa y cinco de alto mientras se apoya en un codo y tamborilea con los dedos en la mejilla.

No le hago caso porque sé lo que está a punto de pasar y me estoy preparando ya para hacer frente a una mujer decepcionada. Cambian los días, pero la escena es la misma.

Me alejo sintiendo cómo me clava puñales en la espalda con los ojos.

—Lo siento, tengo cosas que hacer —le digo con brusquedad por encima del hombro, sin concederle siquiera el privilegio de mi atención mientras hablamos. No tengo tiempo—. Puedes coger un plátano al salir si te apetece —añado antes de meterme en el baño.

Los ventanales que cubren dos de las paredes me ofrecen una panorámica de la ciudad de ciento ochenta grados, pero lo único que me llama la atención es mi cara demacrada en el espejo. Suspiro y apoyo una mano en el mármol del lavabo mientras con la otra abro el grifo y me quedo observando la penosa imagen. Mi aspecto refleja por fuera cómo me siento por dentro: como una mierda. «Puto Jack Daniel's de los cojones...»

Me froto la incipiente barba mientras oigo que ella grita: «¡Eres un gilipollas!», y se acerca corriendo. No se lo discuto. Sé que soy un auténtico capullo. Un gilipollas vengativo y siempre en tensión. Me encantaría poder relajarme y encontrar la paz, pero la paz no tiene espacio en mi vida. Veo sus rostros cada vez que cierro los ojos. Veo a Danny y a Mike; eran como

hermanos para mí, y, aunque han pasado cuatro años, sé que están muertos por mi culpa. Por culpa de mi estupidez, de mi egoísmo. No puedo escapar de la culpabilidad; sólo tratar de distraerme. Me refugio en el trabajo, el alcohol y el sexo, y como ahora mismo estoy sin empleo, sólo me quedan dos de esas tres cosas.

La miro con ojos cansados y veo que está tan furiosa como me imaginaba. Sin embargo, sigue deseándome. Sus pechos respingones están coronados por unos pezones duros como piedras y se me está comiendo con la vista. Ladeo la cabeza y espero a que sus ojos vuelvan a encontrarse con los míos. Separa los labios decepcionada cuando ve que mi miembro está flácido. Ni rastro de erección matutina.

—Cierra la puerta al salir —le indico del todo inexpresivo.

Entonces, lo veo venir. Veo la intención escrita en su rostro.

—Ahí vamos —murmuro apartándome del lavamanos y preparándome para lo que se avecina.

Ella se abalanza sobre mí, apretando los puños por el camino.

—¡Cabrón!

Me da una bofetada en toda la cara. Y yo se lo permito, apretando los dientes con fuerza y esperando a que el dolor afloje antes de abrir los ojos y estirar el cuello a lado y lado.

—La puerta está por ahí —digo señalando con la mano.

Durante unos segundos mantenemos un duelo de miradas. Ella me mira sorprendida, porque con toda probabilidad esté recordando el polvo apasionado de la noche anterior. Yo la miro impasible, deseando que se largue cuanto antes para poder ponerme en marcha.

—Gracias por tu hospitalidad —me suelta, y por fin se vuelve sobre sus pies descalzos antes de salir a toda prisa.

Poco después oigo un portazo que hace que retumben las paredes que me rodean. Me vuelvo de nuevo hacia el lavamanos y me lavo los dientes. Luego me pongo unos pantalones cortos y unas deportivas, y salgo a correr.

Qué gusto notar el aire de la mañana en la cara. Me dirijo a la zona de los

parques oyendo los tranquilizadores sonidos de Londres al amanecer: el escaso tráfico, los pájaros, los pasos de otros corredores..., justo lo que necesito para empezar bien el día. La hierba sigue cubierta de rocío y la bruma se pega a mi pecho mientras corro por el sendero. Las piernas se me empiezan a entumecer. Justo como a mí me gusta.

Miro al frente sin tener que pensar hacia dónde voy, como si hubiera recorrido este camino un millón de veces. Y probablemente lo he hecho. Siempre me encuentro las mismas caras, casi todas femeninas. Todas sonrían esperanzadas y enderezan la espalda cuando me ven, fingiendo que no respiran con dificultad. Hoy podría ser el día en que me detuviera a saludarlas o que les dirigiera una sonrisa al cruzarme con ellas. Pero lo único que dejo a mi paso es decepción. Para mí son sólo una cara más en un mar de rostros sin sentido; seres humanos que se cruzan en mi camino. Las rodeo con agilidad, moviéndome de manera automática para evitar colisiones.

Al cabo de media hora, mi mente comienza a aclararse cuando el sudor elimina el alcohol que quedaba en mi cuerpo. Durante el último kilómetro, acelero el ritmo para acabar de librarme de él. Los pulmones me arden, pero lo consigo.

Listo.

Aflojo el ritmo y me detengo en la puerta del café Nero mirando al cielo. Asiento satisfecho. Las siete y veinte en punto. Entro y cojo una servilleta para secarme el sudor de la frente antes de dirigirme al mostrador. Al pasar por delante de la nevera, cojo una botella de agua, la abro y me la bebo entera antes de llegar frente a la cajera, que ya me ha preparado la cuenta cuando saco un billete del bolsillo.

—Su café solo está en marcha —me anuncia mirando por encima del hombro.

—Gracias —susurro lanzando la botella vacía al otro lado del local. Encesto limpiamente en la papelera y encuentro el café esperándome en la encimera cuando me vuelvo de nuevo hacia ella.

Cada día la misma rutina. Cojo el café y me voy.

Mientras bajo por Berkeley Street, el tráfico va aumentando de intensidad. Me paro en mi quiosco habitual para comprar el periódico. El quiosquero ya

me lo prepara al verme llegar y me recibe con una sonrisa.

—Viene temprano hoy, señor.

Asiento en silencio y lanzo una libra al aire. Cojo el periódico y ojeo la portada. En cuanto leo el titular principal, la furia me recorre de arriba abajo:

## 19 MUERTOS EN TURQUÍA TRAS TIROTEO EN FESTIVO

—Hijos de puta...

Me trago la rabia y la impotencia, y sigo leyendo. Ha habido evacuaciones, y se advierte a los turistas que no viajen a la zona. Se ha incluido Turquía en la lista de zonas de riesgo. Lo malo es que el mundo entero se ha convertido en una jodida zona de riesgo. Tiro el periódico a una papelera sin dejar de caminar. No sé por qué me hago esto. No puedo hacer nada para ayudar; ya no. Nadie me necesita, nadie me quiere en sus filas. Mi ataque de ira incontrolada me apartó de allí. Las caras de mis compañeros empiezan a abrirse camino en mi mente, derribando los muros tras los que me protejo. Veo sus rostros sonrientes; veo sus rostros muertos. Pestañeo con fuerza para librarme de esas imágenes antes de que se apoderen de mí. Necesito correr quince kilómetros más.

Me meto en la ducha y dejo la temperatura justo como estaba: helada de cojones. Balas de agua gélida me atacan desde todas las direcciones, castigándome como considero que me merezco. Me gusta. Es duro pero auténtico. Es real. Echo la cabeza hacia atrás para que el agua me moje bien la cara mientras reviso mentalmente qué he de hacer hoy. Limpiar la pistola... por cuarta vez esta semana. Revisar el correo electrónico. Tal vez llamar a Abbie.

Eso último ha estado en la lista de cosas pendientes durante los últimos cuatro años, y así sigue, pendiente. Sólo es una llamada, para que sepa que estoy vivo. No necesita más y es todo cuanto puedo darle. Pero no, ni siquiera puedo darle eso. No me atrevo a remover el pasado. Agacho la cabeza respirando hondo. Disparos, explosiones, gritos.

«¡Correos electrónicos!»

Al borde del ataque de pánico, me froto las mejillas y cojo el gel de ducha. Necesito seguir adelante con mi rutina diaria. Después de ducharme y de envolverme la cintura con una toalla, me tomo una pastilla y vuelvo a la estancia principal del espacioso apartamento. El escritorio está junto a los ventanales. Me siento en la enorme silla de cuero negro y enciendo el ordenador. Mientras se carga, contemplo pensativo la vista de la ciudad.

«Un mensaje. No hace falta que la llames. Sólo envíale un mensaje para que sepa que sigues vivo.» Me río sin ganas al darme cuenta de lo penosa que es mi situación. Abbie es probablemente la única persona en este mundo a la que le importa si estoy vivo o muerto. Aunque tal vez ya le dé igual. Estoy solo. No tengo familia ni amigos, mis padres ya no están.

Desde el momento en que ellos murieron en el vuelo 103 de Pan Am, mi vida sólo tuvo un sentido: la guerra. Tenía siete años y no entendí lo que había pasado, pero era lo suficientemente mayor para comprender que en el mundo había gente mala y que alguien debía pararles los pies. Y esa necesidad de luchar contra el mal no hizo sino aumentar a medida que crecía. Mi abuela me cuidó hasta que murió de vieja. Y entonces ya no quedó nadie en el mundo que sufriera por mí. Podía alistarme en el ejército y cumplir con mi deber; toda ayuda era poca.

Pronto destaqué por mi puntería y me sacaron de los cadetes. Me dieron un rifle y no volví a mirar atrás. Apuntaba, disparaba y daba en el blanco. Una y otra vez. Y en cada ocasión sentía que había logrado un objetivo. Nunca me sentía culpable; había avanzado en mis logros, porque desde ese momento había un hijo de puta peligroso menos en el mundo del que tener que preocuparme.

¡Ping!

El sonido de un correo entrante me arranca de mis pensamientos.

—Hola, preciosa —murmuro al ver su nombre en la pantalla.

De pronto, tengo esperanzas de poder descansar un poco de esta tensión. Llevo dos semanas sin trabajar y me estoy volviendo loco. Dos semanas sin poder hacer nada más que beber, follar y luchar para apartar mi mente de los recuerdos que me atormentan.

Como siempre, el correo es sencillo y va directo al grano, típico de

Lucinda; por eso es la única mujer que me cae bien.

Pero, a medida que voy leyendo, se me va borrando la sonrisa de la cara.

CLIENTE: Trevor Logan, magnate de negocios y dueño de propiedades inmobiliarias.

SUJETO: Camille Logan, hija menor del cliente.

MISIÓN: Escolta constante.

DURACIÓN: Indefinida.

TARIFA: 100.000 libras a la semana.

Me echo hacia atrás en la silla y formo un triángulo con los dedos ante mi boca. ¿Cien mil a la semana? ¿Dónde está la trampa? ¿Una misión de escolta constante? Hace tiempo que no me convierto en la sombra de nadie y no creo que sea muy buena idea, básicamente porque el sujeto que hay que proteger es la hija de Trevor Logan, un hombre de negocios sin escrúpulos que ha pisoteado a todo el mundo que se le ha puesto por delante en su camino a la cima.

Lo he visto en los periódicos. La última vez, en medio de una batalla legal, cuando lo acusaron de suprimir a un accionista minoritario de una firma que acababa de comprar. Por supuesto, ganó el caso. Siempre los gana, y la prensa siempre apoya a ese capullo. El hombre es un santurrón insoportable y no hay nada que me haga pensar que su hija no es igual que él. Lucinda debe de haberlo tenido en consideración.

No obstante, creo que se equivoca. Debería haber tenido en cuenta también mi pasado. Ella sabe lo que he vivido. Está al tanto de los horrores; lo sabe todo, hasta el más mínimo y escabroso detalle. El trabajo que me propone supone una vigilancia las veinticuatro horas del día. ¿Pasar día y noche junto a una mujer así? No, gracias. Acabaría estrangulándola o, peor aún, me recordaría a otra mujer y eso empeoraría los *flashbacks*.

Me obligo a volver al presente antes de que los recuerdos me arrastren.

No, no puedo aceptarlo, ni siquiera por ese dinero.

—Empezabas a caerme bien, Lucinda —murmuro mientras escribo la respuesta.

Seguro que piensa que me estoy volviendo loco sin ninguna misión en la que refugiarme. Beber y follar no son suficiente después de semanas de no

hacer otra cosa, pero el trabajo que me propone es absurdo. ¿Quiere que me maten? Cuando estoy a punto de enviar el mensaje, la barra de búsqueda de Google llama mi atención.

—Joder —susurro escribiendo unas cuantas palabras en ese espacio vacío que me está pidiendo a gritos que lo llene.

Lo que encuentro me repele al instante. Una mujer de veintitantos años, de piernas esbeltas y una sonrisa peligrosamente tentadora. Tiene el pelo largo y en las imágenes lo lleva trenzado de manera informal. Está bebiendo champán en una fiesta, en un jardín, rodeada de hombres que la miran babeando.

No me equivocaba. Este tipo de mujer es la que peor me va. Sería una locura pasar con ella más tiempo del necesario para echarle un polvazo. No obstante, en vez de cerrar la página de Google y enviar el mensaje, me sorprendo a mí mismo dándole al botón de «Ver más imágenes» y contemplando fotos y más fotos. En algunas aparece saliendo de locales nocturnos; en otras, asistiendo a fiestas; en otras, paseando por las calles de Londres cargada de bolsas tras un día de compras. Y luego están las fotos profesionales, casi todas para diseñadores y marcas comerciales. Frunzo el ceño al ver el nombre de Wikipedia por ahí. «¿Tiene página en Wikipedia?» Suspiro, pero no puedo resistir la tentación de entrar y leerla.

Camille Logan, hija menor del magnate de negocios Trevor Logan y conocida fiestera. Nacida el 29 de junio de 1991, Camille estudió moda en la Universidad de Londres durante un tiempo, pero enseguida la contrataron en la agencia de modelos Elite. Vive en el corazón de Londres y es uno de los rostros habituales en los actos de sociedad. La han ligado sentimentalmente a Sebastian Peters, heredero de Peters Communications. Sus medidas son propias de una modelo: metro setenta y siete de altura, 86 centímetros de tiro de pierna, una talla 90 de sujetador y 63 centímetros de cintura. Es rubia y tiene los ojos azules. Tras una desagradable ruptura con Peters el año pasado, Camille ingresó en la clínica The Priory para superar su adicción a la cocaína. Desde entonces ha retomado su carrera como modelo y representa a marcas como Karl Lagerfeld, Gucci y Boss.

Me echo hacia atrás en la silla, asombrado.

—¿Ponen hasta las medidas?! —exclamo.

Mi mente sigue dando vueltas sin acabar de creérselo mientras recupero el correo electrónico y le añado una posdata:

¡Ni por un millón de libras! Paso.

No me molesto en darle las gracias. Lucinda se ha vuelto loca, joder. Y con esa idea en la cabeza, cierro el portátil de un golpe.

Hago girar el líquido ambarino, observando cómo cubre el interior de la copa al desplazarse con suavidad. ¿Cuántas van ya esta noche? ¿Diez, once...? Suelto el aire, me bebo el resto de un trago y dejo el vaso vacío en la barra. El camarero lo rellena de inmediato y le doy las gracias con la cabeza mientras apoyo los codos en la madera. Soy consciente de las miradas que me dirigen las mujeres. Todas quieren que levante la vista para llamar mi atención. Pero si les dirijo aunque sólo sea una mirada de reojo, la noche acabará como casi todas las anteriores. Un polvo, un adiós y una bofetada. Y vuelta a empezar. Alcohol. Esta noche sólo quiero alcohol.

Me llevo los nudillos a los ojos y me los froto con fuerza. Sin algo que me distraiga, ya sea un trabajo o una mujer a la que tirarme, la lucha para que mi mente no viaje a lugares tenebrosos es una batalla durísima. Mi mente empieza a llenarse de imágenes de los rostros que me atormentan. Las explosiones retumban en mi cabeza y el corazón se me acelera.

—Joder, joder —murmuro justo antes de levantar la cabeza y encontrarme a una mujer batiendo las pestañas en mi dirección desde el otro extremo del bar.

Me ofrece un respiro a la tortura y me dispongo a aceptarlo, pero al levantarme del taburete, el sonido ensordecedor de cristales que se rompen me obliga a detenerme y a sujetarme con fuerza a la barra. Tengo el corazón en la jodida garganta y la mente hecha un torbellino de imágenes demasiado familiares. Ventanas que se rompen en mil pedazos, explosiones de fuego enemigo, gritos de miedo. Trato de calmarme mirando a mi alrededor para recordarme dónde estoy. El camarero maldice en voz baja y, al volverme hacia él, veo que tiene cristales rotos a sus pies.

—Hola, guapo.

Giro la cabeza y veo a la mujer del otro extremo del bar, que se ha acercado y me dirige una sonrisa seductora. La idea de agarrarla, llevarla a mi

apartamento y follármela hasta que el corazón me martillee en el pecho por una razón distinta no me tranquiliza como debería.

No le veo la cara; sólo veo el pasado. No funcionará.

Busco las pastillas en el bolsillo interior de la chaqueta y abro el frasco mientras salgo del bar. Necesito algo en lo que pensar, y lo necesito ya. Los *flashbacks* son cada vez más frecuentes y las pastillas me hacen cada vez menos efecto.

Si sigo a este paso, pronto estaré ocupando la habitación de Camille Logan en The Priory. Volveré al mismo punto donde estaba hace cuatro años: perdido, borracho y sin nada que hacer aparte de torturarme reviviendo mis pesadillas una y otra vez. Nunca me abandonan del todo, pero puedo limitar su frecuencia. Para ello necesito dejar a un lado mis mierdas y centrarme en otra persona. Tengo que conseguir ver a Camille Logan como lo que es: un trabajo. Tengo que centrarme en la misión, eso es todo. No tengo otra opción.

Saco el teléfono y marco el número de mi salvavidas.

—Estaba a punto de llamarte —me dice Lucinda a modo de saludo.

—Lo de Logan, lo acepto.

Me importa una mierda quién sea el cliente. Una mujer, un niño, ¡como si es un mono, joder! Necesito trabajar. Nada puede ser peor que esto.

—Bien —replica con calma—, me alegro de que me hayas ahorrado la molestia de ir a buscarte y darte una patada en el culo para que reaccionaras.

Mi corazón empieza a calmarse.

—Alguien tendría que hacerlo —murmuro.

—¿Dónde estás?

—En Chelsea.

—¿En un bar?

—Ya me iba.

—¿Con?

—Nadie.

Ella se echa a reír, incrédula. Es evidente que no me cree.

—Que duermas bien, Jake. Y preséntate en la torre Logan mañana a las tres. Por la mañana se te ingresarán cien mil libras en tu cuenta corriente.

Lucinda cuelga y yo vuelvo a casa, con la mente al fin centrada en la

misión y en nada más. Soy el mejor de la empresa de seguridad para la que trabajo. No es que sea un creído de mierda: es la pura realidad.

Si quieres que alguien esté a salvo, contrátame. Mi expediente es impecable y así va a seguir.

Ya estoy entregado a la misión.

## Capítulo 2

### CAMI

—¡Camille!

Me doy la vuelta y las bolsas giran conmigo, creando la ilusión de un elaborado tutú de cartón. Sonríó al ver a Heather corriendo hacia mí con los ojos brillantes. Me llevo la mano a la cara, lo que hace que las bolsas me golpeen el costado, y me quito las gafas de sol antes de que el peso de las compras me venza.

—¡Hola! —la saludo usando su mismo tono entusiasta—. ¿No trabajas hoy?

Heather hace una mueca de asco justo antes de abrazarme. No puedo devolverle el abrazo por culpa del obsceno montón de bolsas que llevo en las manos, pero no lo lamento. Cuando vea lo que llevo, se va a morir de gusto.

—Me han despedido —me informa resentida, abrazándome con más fuerza.

—¡Mierda! ¿Qué ha pasado? —le pregunto cuando me suelta mientras se echa la brillante melena hacia atrás y se recoloca el bolso de Chanel.

—El martes por la noche; eso es lo que pasó.

Me toma del brazo y empieza a caminar en dirección a Bond Street.

—Oooh... —Los recuerdos del pasado martes me vuelven a la mente. Bueno, al menos, lo poco que recuerdo de esa noche. Champán, había mucho

champán, y también recuerdo algunos bailes no del todo respetables en nuestro bar favorito.

—Exacto, «ooohhh» —replica ella, dirigiéndome una sonrisa irónica—. Ayer llegué a trabajar puntual pero no pude leer el *teleprompter*, tía. ¡Las letras estaban borrosas!

Me echo a reír, imaginándomela con los ojos entornados mirando el monitor incorporado en la cámara.

—Estar en plena forma es básico para alguien que se pasa la vida en la tele.

Cruzamos la calle y nos dirigimos hacia la cafetería más cercana como si fuéramos una bandada de palomas que vuelve al nido. Necesito un té helado con limón, y lo necesito ya.

—Y ¿qué vas a hacer ahora? —le pregunto dejando caer todas las bolsas como si estuvieran llenas de plomo en cuanto llegamos a una de las mesas de la terraza. Me duelen las manos de tanto cargar peso.

Heather apoya su culito en una silla.

—Por fin ha llegado el momento de centrarme en nuestro sueño, Camille —me responde con los ojos brillantes—. ¿Alguna novedad?

—Hay unos nuevos inversores interesados —digo tratando de sonar indiferente.

Hasta este momento no me he permitido emocionarme demasiado con nuestro proyecto de colección de moda. Hasta que vea una propuesta seria encima de la mesa no quiero volverme loca. Ya cometí ese error antes. Teníamos, como quien dice, el bolígrafo apoyado en la línea de puntos cuando me di cuenta de que el contrato contenía una cláusula de la que no habíamos hablado en las negociaciones. Pretendían que la ropa sólo se pudiera fabricar hasta una determinada talla, lo que venía a decir que cualquier mujer con un mínimo de curvas en cualquier parte no iba a poder llevar nuestra ropa. Por ahí no íbamos a pasar; Heather y yo lo teníamos clarísimo y les hicimos saber que nuestra ropa tendría que estar disponible para mujeres de todo tipo y talla. Los inversores se mantuvieron firmes, pero nosotras también.

—Parecen entusiasmados —añado.

—¿De verdad? —Heather me dirige una enorme sonrisa.

—De verdad —le confirmo, y trato de devolverle la sonrisa con la misma emoción, pero no puedo; estoy demasiado nerviosa.

En este momento sólo somos dos caras bonitas con buen tipo a las que les sienta bien la ropa. Me gusta mi trabajo como modelo, pero tengo una enorme necesidad de demostrarle a todo el mundo, mi padre incluido, que puedo ser algo más que un maniquí. Y Heather piensa lo mismo que yo. Ninguna de las dos quiere renunciar al sueño, pero ninguna está dispuesta a aceptar ni un solo penique de nuestras familias para hacerlo realidad. El padre de Heather también es rico. No tanto como el mío, lo que es normal, porque con toda probabilidad no haya nadie que lo sea más que él en todo Londres, pero igualmente está forrado.

—Mañana tenemos reunión con mi agente —señalo—. Hay varias cosas que quiere comentarnos.

—¡Allí estaré! —A continuación, con una sonrisa irónica, indica las bolsas y me pregunta—: ¿Qué has comprado? No entiendo que vayas tan cargada si nuestra línea aún no está disponible. ¿Te das cuenta de que no vamos a poder llevar ningún diseño propio hasta que nuestra marca esté en el mercado?

La idea me emociona. Tengo unas ganas locas de empezar a elegir telas, a decidir los diseños, a crear modelos de calidad a precios asequibles. La moda cambia demasiado deprisa para que las mujeres tengan que gastarse una fortuna para ir a la última.

—Es un vestido para la fiesta de cumpleaños de Saffron. Cumple veinticinco. —Saco el monedero del bolso—. Y he comprado una tela en Camden para enseñártela. Creo que saldría un vestido espectacular. —Ya lo he esbozado en mi mente, y sé que la buena mano de Heather para el diseño le hará justicia—. ¿Quieres un té helado?

—Sí, por favor —responde rebuscando entre mis bolsas mientras me acerco a la puerta del local.

Todavía no me he recuperado de los excesos del martes y noto que mi piel no está tan radiante y tan suave como de costumbre, así que cojo una botella de agua y me la bebo de camino al mostrador. Necesito hidratación y probablemente un tratamiento facial. Dios, tengo veinticinco años y me siento

ya demasiado mayor para aguantar el ritmo de la noche londinense.

—Un té helado y otro con limón, gracias —le digo a la chica que me atiende mientras saco un billete de diez libras del monedero—. Ah, y el agua.

—¡Oh, Dios mío! —exclama entonces, sobresaltándome—. ¡Eres Camille Logan, ¿no?!

Me sonrojo y la miro. Ella me está observando con reverencia. Es halagador, pero al mismo tiempo muy violento.

—Sí —le confirmo con la esperanza de que lo deje correr.

—¡Eres incluso más perfecta en persona!

—Gracias.

—¡Oh, qué envidia me das! ¡Tu vida es perfecta, te quiero!

Mi sonrisa se vuelve forzada. «Perfecta»; sí, claro, no me extraña que me tenga envidia. Esta chica debe de tener como mucho diecisiete años. No tiene ni idea; nadie tiene ni idea de la lucha constante que supone concentrarme en el futuro y no en el pasado. No saben lo que es soportar a un padre autoritario que quiere controlar mi vida, ni lo difícil que es enfrentarme a la vida nocturna, donde el alcohol y la cocaína campan a sus anchas. Muchas de esas batallas ya son de dominio público; la prensa se ha encargado de que se entere todo el mundo, hasta mi padre.

—Eres muy amable —respondo forzada, a pesar de que es francamente amable; ingenua pero amable—. Una amiga me está esperando fuera. ¿Podrías...? —Señalo con la cabeza, esperando sacarla de su estado de fascinación.

—¡Oh, claro, perdón! —Se pone en marcha a toda velocidad para compensar, y lo prepara todo en un momento. Me entrega las bebidas muy satisfecha y se inclina hacia mí—. Invito yo. Así podré decir que invité a Camille Logan a una copa.

—Oh, no, no puedo aceptarlo. —Niego con la cabeza—. Las bebidas las pago yo, pero te lo agradezco igualmente.

—¡No! —La chica da dos pasos atrás, quedando fuera del alcance de mi brazo y rechazando el billete, que queda flotando en el aire entre nosotras. Luego se cruza de brazos para dar más énfasis al gesto y me mira con desdén.

No voy a convencerla con palabras, está claro, así que sólo veo una

solución. Saco otro billete de diez libras del monedero, dejo los dos sobre el mostrador y me marcho con las bebidas.

—Ahora podrás decirle a la gente que Camille Logan te invitó a una copa.

La oigo gritar de felicidad mientras me dirijo a la calle, manteniendo el equilibrio sobre mis zapatos de plataforma. Al llegar, veo que Heather está acariciando el aterciopelado tejido que he encontrado.

—¿Todo bien? —me pregunta mientras yo me desplomo en la silla y ella guarda la tela.

—Sí, la camarera..., una chica muy alegre.

Heather se echa a reír y alarga el cuello para verla mientras le doy su té helado.

—Paciencia —me anima y toma un largo trago de té—. La tela es divina; me encanta.

—¿A que mola? —Golpeo el hielo con la pajita y me echo hacia atrás en la silla metálica para empaparme de los rayos del sol—. Me imagino el vestido con la cintura ceñida...

—Y con vuelo —me interrumpe Heather, acabando la frase por mí con una sonrisa.

—¡Sí! —Por eso me gusta tanto trabajar con ella y por eso sé que seremos las socias perfectas. Estamos tan sincronizadas que casi no necesitamos ni hablar para saber lo que piensa la otra—. A finales de semana te envió el boceto.

—Me pondré a ello enseguida.

—¡Perfecto! Y tenemos que quedar para ir a ver a ese proveedor de telas del que me hablaste. —Saco la agenda y paso unas cuantas páginas—. ¿La semana que viene?

—¿Por qué no? No tengo nada mejor que hacer.

Me echo a reír por su tono de voz. Cualquiera diría que está destrozada.

—Bueno, pues ya te encargas tú de quedar con ellos.

Bajo la vista a la bebida y veo que el hielo se está fundiendo con rapidez. Doy un largo sorbo y vuelvo a ponerme las gafas de sol.

—¿Qué te pondrás para la fiesta de Saffron?

Se inclina hacia mí, animándome a hacer lo mismo. Si alguien nos

estuviera mirando pensaría que está a punto de compartir conmigo algún cotilleo de lo más sabroso.

—Había pensado en el vestido rojo y los zapatos de tacón dorados.

—Buen plan.

—¿Y tú?

—Veo que no has mirado en esa bolsa, pues —respondo abriendo la bolsa en cuestión y sacando el vestido nuevo.

—No soy tan maleducada —replica muy digna antes de abrir unos ojos como platos al ver mi precioso vestido negro—. ¡Guau, me encanta!

—A mí también.

—Es corto —comenta alzando una ceja, y no necesito que me diga nada más.

*Paparazzi.*

Cada vez que salimos tenemos a un montón de fotógrafos persiguiéndonos, y las dos somos muy conscientes de lo que podría pasar si una mala foto va a parar a las páginas de una revista. Por ejemplo, una imagen en la que un vestido enseña demasiada pierna y —¡Dios no lo quiera!— una pizca de celulitis. Parece una tontería comparado con las desgracias que pasan cada día en el mundo, pero es muy molesto. Además, hay otro sector de la prensa todavía más desagradable y dañino, y sé de lo que hablo, porque lo sufrí en mis carnes durante un período particularmente duro, después de romper con Seb. Me consta que papá pagó a más de un periódico para que dejaran de publicar las fotos. No sé si usó dinero o promesas, pero sus contactos no sirvieron de nada con las revistas de cotilleos. Ésas estaban plagadas de fotos mías.

Me estremezco al recordar lo desesperada que estaba en aquella época, qué negro lo veía todo y qué decepcionada estaba conmigo misma. Y todo gracias a Sebastian, que me arrastró a las drogas y estuvo a punto de acabar conmigo. Cuando se le terminó el dinero y sus padres le dieron la espalda, empezó a gastarse el mío. Lo arrestaron en más de una ocasión por conducta violenta, con crisis nerviosas causadas por el alcohol y las drogas. Y, cuando no tenía a nadie más con quien descargar su agresividad, yo siempre estaba a mano. Espero que no regrese jamás a Londres. Espero que no lo dejen salir

nunca de la clínica de rehabilitación; no quiero volver a verlo más.

—¿Camille? —La suave voz de Heather me sobresalta. Doy un brinco y trato de prestarle atención a mi mejor amiga—. ¿Dónde estabas?

—En ninguna parte.

Bajo la vista hacia el vaso y me doy cuenta de que me he acabado el té mientras estaba lamentándome de mi pasado. Sé que Heather debe de estar mirándome, probablemente con una sonrisa triste en la cara, porque sin duda ha llegado a la conclusión correcta.

Levanto la cabeza y la miro obligándome a sonreír, y ella me devuelve la sonrisa y apoya la mano sobre la mía.

—Ya no está; se fue —susurra apretándomela.

Asiento y suelto el aire despacio para recobrar la calma. Heather estuvo a mi lado en todo momento; nunca me falló. Gracias a los medios de comunicación, todo el mundo se enteró de mi adicción a la cocaína, pero en cambio nadie supo de la afición de Seb a hacerme pagar sus enfados, ya que eso sucedía de puertas para adentro. Heather lo descubrió sin necesidad de que le dijera nada, pero le rogué que no se lo contara a nadie y no lo hizo. Con lo que había salido en la prensa, mi padre ya estaba fuera de sí. Cualquier excusa era buena para arrebatarme la independencia que tanto me había costado ganar. Heather me ayudó a volver al buen camino. Somos almas gemelas. Es mi mejor amiga desde que éramos pequeñas. Todo lo hemos hecho juntas, y espero que eso no cambie nunca. Ella es la única persona en el mundo que conoce los detalles de mi relación con Sebastian y así es como quiero que sigan las cosas.

—¡Bueno! —Me suelta la mano y une las suyas dando una palmada—. ¿Te apetece que vayamos a Harvey Nichols?

Dejo caer los hombros. Me encantan esos grandes almacenes, pero no puedo ir y me da mucha rabia porque lo que tengo que hacer es mucho menos divertido. Pero mucho, muuucho menos.

—Debo ir a hablar con mi padre —le explico con una sonrisilla irónica estilo Elvis Presley—. Me ha citado. Bueno, para ser exactos, me ha citado su secretaria personal, pero eso es lo de menos. Si mi padre da una orden, espera que se lo obedezca.

Heather hace una mueca.

—¿Crees que querrá que salgas con otro de esos aburridos hombres de negocios?

Pongo la misma cara que ella al pensar en la idea que tiene mi padre de lo que es la pareja perfecta para mí. Rico. Tiene que ser rico... y mortalmente aburrido.

Me levanto y cojo las bolsas. A continuación, me inclino hacia Heather para darle un beso en la mejilla.

—Antes me clavo hierros ardiendo en los ojos. ¿Quieres que te deje en alguna parte?

Ella acerca la mejilla a mis labios.

—No, he quedado con Saffron. Aún tiene que elegir el vestido para su cumpleaños.

Refunfuño de rabia por no poder ir con ellas y me dirijo al aparcamiento en busca de mi C63. Paso todo el trayecto hasta la torre Logan tratando de armarme de valor para sobrevivir a la charla con mi padre. Mi estrategia consiste, básicamente, en atornillarme bien la cabeza a los hombros. No puedo hacer mucho más.

## Capítulo 3

### JAKE

Al cruzar las puertas de la torre Logan no me sorprende encontrarme con un arco de seguridad y un escáner para los maletines. No obstante, si piensan que eso va a impedir que entre en el edificio con un arma es que son idiotas.

Me coloco junto a una espectacular mujer de rasgos hispanos y me dirijo a la zona de control con la mirada fija en el guardia de seguridad. ¿En serio? Se han gastado una fortuna en equipamiento de última generación y ¿contratan a este vejstorio para que lo supervise todo? Sacudo la cabeza incrédulo. Este hombre debe de estar a punto de jubilarse y no le quita ojo a la mujer en vez de fijarse en el tipo de metro noventa y cinco vestido de traje que oculta una Heckler VP9.

Bueno, vale, no seré tan duro con el pobre y babeante guardia de seguridad. Él no sabe que llevo un arma escondida, pero está claro que soy un peligro mucho más evidente que la diminuta preciosidad que me está rozando el brazo en este momento, del todo ajena a las miradas lujuriosas del guardia porque sus ojos están clavados en mí.

Me acerco un poco más a ella, que contiene el aliento. Luego ejecuto mi movimiento a la perfección. Me detengo con brusquedad y me vuelvo como si me hubiera olvidado de algo, aprovechando así para tirarle el bolso al suelo.

Todo sale como si lo hubiéramos ensayado.

Ella grita, soltando el bolso y tambaleándose hacia atrás. La agarro por el brazo y la estabilizo antes de soltarla. El contenido del bolso se desparrama por el suelo y me agacho como un perfecto caballero. Ella está ya casi convencida de que lo soy.

—Lo siento —digo de forma mecánica mientras recojo algunas de sus cosas.

Noto que se agacha a mi lado, tal como había previsto, y que pasa más tiempo colocándose bien la falda que recogiendo objetos. También me fijo en la tela ajustada que rodea lo que sin duda deben de ser unas tetas bien sabrosas.

—No pasa nada —replica con entusiasmo, justo cuando el guardia de seguridad se une a nosotros, arriesgándose a romperse un hueso ante la posibilidad de que la preciosa morena le dirija algún halago.

Joder, si lo hubiera planificado no habría salido mejor. Me llevo la mano a la espalda y saco la pistola. Miro con disimulo a mi alrededor y la hago deslizar por el suelo de mármol con la fuerza precisa para que vaya a parar al otro extremo del escáner para equipajes.

—Tome. —Le doy el bolso a la dama y acabo mi caballerosa actuación ayudando a levantarse al vejestorio—. ¿Todo bien? —le pregunto.

—Estupendamente —responde él riendo, hinchando el pecho y librándose de mi mano.

Por dentro sonrío, y es una sonrisa auténtica. Ese tipo me ve como a un competidor. Ese sesentón con sobrepeso me ve a mí —famoso guardaespaldas con tableta de chocolate y en la flor de la vida— como una amenaza. Qué entrañable.

—Después de usted —digo invitando a la mujer a que me preceda cuando el guardia de seguridad vuelve a ocupar su posición.

Menuda sonrisa me dirige. Si hubiera sido de madrugada y hubiera llevado veinte copas encima, tal vez habría aceptado su descarado ofrecimiento. Me meto las manos en los bolsillos mientras ella se acerca al escáner moviendo las caderas de manera que su generoso culo se menea seductoramente a lado y lado.

Me aguanto la risa, pero disfruto del espectáculo mientras dura. Luego la

sigo y coloco el móvil, las llaves y la cartera en la bandeja para los objetos personales. Paso con tranquilidad bajo el arco de seguridad detrás de ella. El viejales ni siquiera me mira; probablemente si sonara la alarma no le haría ni caso. Está del todo hipnotizado por el culo redondo que se dirige a los ascensores.

—Todo en orden —murmura mirándome un instante antes de regresar a su taburete y dejarse caer en él con un gruñido.

¿En orden? No tiene ni idea. Recojo mis cosas y luego me agacho para atarme el cordón del zapato, momento que aprovecho para recuperar la pistola y volver a guardarla en su sitio. Me dirijo a los ascensores y me reúno con la preciosa mujer con las manos cruzadas a la espalda mientras levanto la mirada hacia el indicador de piso.

—Bonita corbata —susurra ella acariciando la seda de arriba abajo.

No logro disimular la sonrisa mientras bajo la vista y observo cómo sus dedos acarician la suave tela.

—Una mujer que sabe lo que quiere —replico en voz baja mirándola a los ojos—. A algunos hombres les gusta.

Ella se muerde el labio inferior, saca pecho discretamente y suelta la corbata.

—¿Ah, sí?

Contengo la risa ante su intento de aparentar inocencia.

—Eso parece. —Las puertas del ascensor de la izquierda se abren y entro antes que ella. Ya no necesito fingir que soy un caballero. Ya ha cumplido su función. Me vuelvo y pulso el botón de la planta 50—. Lástima que yo no sea uno de ellos. Ha sido un placer.

Le guiño el ojo con descaro, viendo su mirada asombrada en los espejos que cubren las puertas justo antes de que se cierren. Una mujer más que piensa que soy un cabrón. No vendrá de una. Es la historia de mi vida; al menos, desde hace cuatro años.

El ascensor me lleva con rapidez a lo más alto de la torre Logan. Salgo al espacio minimalista y veo blanco por todas partes. Siento frío. Los suelos son de mármol blanco; las paredes, del mismo color —el blanco sólo roto por unos cuantos cuadros abstractos igual de fríos—, como también el enorme

mostrador donde se encuentra la recepcionista.

—Señor —su voz aguda y alegre llama mi atención—, ¿puedo ayudarlo?

—Tengo cita a las tres con el señor Logan.

Examino el área, fijándome en las cámaras que hay en todas las esquinas. Apostaría algo a que me está observando en este momento. Enderezo los hombros y cruzo las manos a la espalda mientras vuelvo a mirar a la recepcionista.

Ella también se endereza y coge el teléfono.

—Señor Logan, tengo aquí al señor... —Se interrumpe al darse cuenta de su error. Parece avergonzada, y las cosas empeoran cuando un hombre empieza a gritar al otro lado de la línea. Haciendo una mueca, cubre el auricular y me dice—: No he oído su nombre, señor...

—Porque no se lo he dicho. —Guardo silencio y veo que la recepcionista quiere morirse allí mismo.

—¿Su nombre, por favor?

Señalo el ordenador con el dedo.

—¿No se lo ha chivado ese trasto?

—No, no aparece en el sistema —responde perdiendo la paciencia, y yo sonrío por dentro por segunda vez en el mismo día.

—Jake Sharp —digo al fin apiadándome de la recepcionista, que levanta la mano del auricular aliviada.

—El señor Sharp, señor. Jake Sharp. —La mujer pega tal brinco en el asiento que el auricular se le cae al suelo. La reputación de Logan lo precede. Sentiría lástima por su empleada si fuera un tipo compasivo, pero no lo soy. A continuación, gatea para recuperar el teléfono y exclama—: ¡Sí, señor! —Cuelga ruidosamente, se desploma en la silla y traga saliva cerrando los ojos—. La última puerta a la izquierda —me indica señalando pasillo abajo.

Mientras camino, examino los cuadros colgados en la pared y arrugo la nariz ante la falta de gusto del infame hombre de negocios. Todos me parecen hechos como si el artista hubiera lanzado sobre el lienzo agua sucia de varios colores. Estoy seguro de que los amantes del arte pondrían el grito en el cielo si me oyeran, pero yo digo lo que veo, y lo que veo es un cuadro, pero en el mal sentido.

Cuando alzo el puño para llamar a la sólida puerta de caoba, oigo que alguien dice:

—¡Pase!

Bajo la mano y miro por encima del hombro. Efectivamente, hay una cámara a mi espalda.

—Como si estuviéramos en *Gran Hermano*, joder —murmuro abriendo la puerta.

No sé si sentirme halagado o insultado al ver que el tipo está flanqueado por dos gorilas.

—Buenas tardes —saludo con tranquilidad, examinando a las enormes bestias que me observan con desconfianza.

Logan señala una silla frente a él.

—Siéntese, Sharp.

Cierro la puerta muy despacio, en un movimiento calculado para que los dos gorilas se relajen, y me acerco a la mesa con calma y la mirada puesta en el señor Logan pero sin perder detalle de mi entorno.

Me desabrocho la chaqueta del traje y me subo un poco las perneras del pantalón antes de sentarme con parsimonia. A los gorilas no les dedico siquiera una mirada de reojo. Eso les haría creer que me siento amenazado por ellos y no es así. Sólo son dos sacos de músculos, pero no tienen cerebro, y estoy convencido de que ninguno de los dos podría esprintar durante más de cinco segundos.

—Encantado —miento acomodándome en la silla. La hostilidad que emana de los dos matones me perfora la piel. No les gusto. Bien; no estoy aquí para gustar a nadie.

—Su reputación es impresionante. —Logan coge una carpeta y pasa unos papeles, haciéndome creer que están llenos de información sobre mí.

Siento vergüenza ajena. En la carpeta no hay nada, pero hacérselo notar a ese idiota sería una tontería. Me va a pagar, y muy bien.

«Síguele el juego, Jake.»

—Nunca fallo. —Es absurdo ir de modesto. Mi reputación es realmente impresionante, y cualquiera que sepa algo acerca del mundillo de la seguridad está al corriente. Pero ésa es una de las pocas cosas que se saben de mí. Todo

lo demás es información reservada.

Logan suelta la carpeta y se levanta de la silla. Las fotos no le hacen justicia: es más feo en persona. Camille ha salido a su madre, la segunda esposa de Logan, de la que está separado, algo que descubrí al hacer una búsqueda de su entorno familiar. La madre de Camille es una mujer despampanante que debe de tener unos veinte años menos que Logan. El tipo dejó a su primera esposa, que tenía sólo diez años menos que él y que es la madre de su hijo —TJ, el hermanastro de Camille—, para casarse con la madre de Camille. Tras perder la custodia de su hijo en una desagradable batalla en los tribunales, ella regresó a su Rusia natal dejando a TJ en manos de su implacable padre.

También he investigado a TJ. A diferencia de Camille, él tuvo la desgracia de heredar el aspecto físico de su padre, en vez de parecerse a su hermosa madre rusa.

En la actualidad, Trevor Logan, que cumplirá los sesenta años este mismo mes, está casado en terceras nupcias con la mujer por la que dejó a la madre de Camille, que es más joven que TJ y que la propia Camille.

—¿Ha recibido el anticipo? —me pregunta entonces mientras se dirige a la ventana dándome la espalda.

—Sí —respondo sin darle las gracias. Hemos de establecer unas condiciones de trabajo de igual a igual, y darle las gracias lo estropearía—. ¿Cuándo quiere que empiece?

—De inmediato. —Se vuelve y, con un gesto, le ordena algo a uno de sus hombres, que coge una carpeta y se acerca a mí—. Todo lo que necesita saber sobre Camille está en ese dossier.

El gorila número 1 me ofrece la carpeta inclinándose sobre mí. Cualquier persona normal se levantaría para evitar sentirse amenazado, pero yo no soy una persona normal. Alargo la mano y toco la carpeta, esperando a que él indique que piensa soltarla. Sin embargo, no lo hace. Pretende que yo tire de ella, que se la arrebate a la fuerza para demostrarme su resistencia. Lo miro fijamente a los ojos, pero no le doy ese gusto a su ego. Permanezco quieto, a la espera. No pienso retirarme y él tampoco. Podemos seguir así un buen rato.

—¡Grant! —grita entonces Logan, dándose cuenta de lo que pasa—. ¡Dale

la dichosa carpeta, ya está bien!

Él la suelta de inmediato, como si fuera un gato asustado, y me quedo con ella. No celebro la victoria, ya que eso me colocaría al mismo nivel que este par de idiotas. Apoyo el dossier en mi regazo y le echo un vistazo rápido.

—Mi hija es muy valiosa para mí —afirma Logan.

No levanto la vista; no porque esté muy concentrado en la información, sino porque Logan ha incluido en el dossier un montón de fotografías familiares de Camille que no están en internet. Las hay desde cuando era un bebé hasta la actualidad. Siempre ha sido una preciosidad. Me quedo observando una foto de ella saliendo de un club. Es de octubre de 2015 y parece totalmente drogada. Va con su ex. La foto está tomada por un *paparazzi*. Me pregunto cuánto debió de pagar Logan para que fotos como ésta no vieran la luz. Dinero tirado, desde luego, porque hay muchas más imágenes como ésta en las que se la ve borracha o colocada. En todas ellas va con ese exnovio drogadicto.

Cierro la carpeta con una mueca y miro a Logan.

—¿Para qué me contrata exactamente? —le pregunto. Sé para qué estoy aquí, pero la información era muy esquemática. Necesito más detalles.

—Para proteger a mi hija.

—¿De qué necesita que la proteja, señor Logan? ¿Ha recibido alguna amenaza?

—Sus servicios son una medida de precaución.

¿De precaución? No lo creo. Soy una precaución demasiado cara.

—Va a tener que contarme algo más que eso —digo soltando el dossier sobre la mesa sin hacer caso de su mirada asombrada. Sospecho que no hay mucha gente en el mundo que le diga a este hombre cómo hacer las cosas.

—Lo he contratado como agente de seguridad privada. Su trabajo es proteger a mi hija.

—¿De qué, señor Logan? —insisto mientras siento una frustración poco habitual en mí. Este hombre es un capullo—. Cuanta más información tenga, mejor podré hacer mi trabajo.

Él resopla y sacude una mano en dirección a uno de los dos gigantes que flanquean la mesa.

—Enséñaselo.

Entonces observo cómo uno de los dos tipos coge un sobre blanco de la mesa y me lo da, esta vez ya sin amago de resistencia. Aprende rápido. Lo cojo y lo abro. Dentro hay una nota con una foto de Camille y seis letras escritas bajo su cara:

M. U. E. R. T. A.

Conciso y contundente.

—Lo traje ayer un mensajero —cuenta Logan—. Probablemente es de algún idiota que siente que ha salido perdiendo en un trato comercial. Las amenazas forman parte del negocio. Hago enfadar a mucha gente. —Señala a sus guardaespaldas—. Pero hasta ahora nunca habían amenazado a mi hija. Y, como le he comentado, usted es una medida de precaución. Me han dicho que es el mejor.

Asiento, no muy convencido, pasando el pulgar sobre el papel.

—¿Ayer, dice? —le pregunto dejando la nota sobre el dossier.

El papel está limpio y sin arrugar. Se nota que no lo han manoseado mucho. No hay pliegues ni dobleces, está impecable. Lo normal sería que hubiera algo, aunque sólo fuera una esquina doblada, ya que venía dentro de un sobre y debe de haber pasado por varias manos. Sabe Dios por cuántas personas habrá tenido que pasar hasta llegar a la planta 50 de la torre Logan. Pero no, no hay ninguna marca.

—Sí, ayer.

Me hago el despistado.

—¿Cómo se llamaba la empresa de mensajería?

Él mueve la mano en el aire.

—No paran de entrar y salir mensajeros a todas horas. No tomamos nota. Llegan abajo, alguien firma y nos suben la carta o el paquete hasta aquí.

Acepto su respuesta o, al menos, finjo hacerlo.

—¿No han pedido dinero?

—No.

—¿Ni ninguna otra cosa?

—Nada.

—Así que sólo quieren asustarlo.

—Mucha gente quiere asustarme, señor Sharp.

—Yo preferiría llevarme su dinero —comento encogiéndome de hombros para quitarle importancia, aunque por dentro cada vez estoy más convencido de que algo no cuadra.

—Cada persona tiene sus propias motivaciones. —Me dirige una mirada que no me gusta nada—. Supongo que la suya es la bonita cifra que le estoy pagando.

Hago un esfuerzo para no entornar los ojos. En vez de eso, sonrío. No hace falta que Logan conozca mi motivación.

—Me informaré. Estoy seguro de que quiere conocer la identidad de la persona que está amenazando a su hija —digo para devolver la conversación al tema que me ha traído aquí.

—Por supuesto. —La expresión de Logan se contrae en una mueca furiosa, lo que me confunde un poco. Se ve francamente preocupado; tal vez podría estar incluso pensando en la manera de eliminar de una vez por todas al que ha enviado la amenaza—. Le he dado a su colega acceso a mi correo electrónico y a los archivos.

—Bien. —Me pondré en contacto con Lucinda en cuanto pueda, pero antes vuelvo a coger el dossier y lo hojeo brevemente—. No hay ninguna mención a un novio. ¿Tiene pareja?

—En estos momentos no sale con nadie —responde, y parece francamente aliviado—. Camille siempre ha elegido muy mal a los hombres, pero pienso arreglar eso.

—¿Ah, sí?

—Mi amigo tiene un hijo. Ya es hora de que Camille siente la cabeza. Se casará y será un matrimonio sensato. La unión de las dos familias resultará beneficiosa para todos.

—Menos para Camille —señalo.

¿Qué es esto?, ¿un matrimonio concertado del siglo XIX?

—Señor Sharp, no está aquí para cuestionar mis decisiones comerciales. —Mira la hora en su reloj de pulsera y yo gruño por dentro. ¿Su hija es una decisión comercial? ¡Menudo capullo!—. Debe de estar a punto de llegar.

Probablemente sea mejor que no esté usted aquí mientras le cuento lo que pasa. Puede que se ponga furiosa. —Me dirige una mirada casi cariñosa—. Tiene mucho carácter, ya sabe cómo son las chicas de hoy en día.

De hecho, no tengo ni idea.

—¿No le ha contado nada de esto? —Me he quedado de piedra y no logro disimularlo—. ¿Anda por ahí sin protección?

—Antes quería tenerlo todo bien ligado.

No suelen sorprenderme muy a menudo. Hace falta mucho para dejarme fuera de juego después de las cosas que he visto, pero Logan lo ha conseguido.

—¿La vida de esa chica puede correr peligro y ella ni siquiera lo sabe? ¿Ha permitido que esté dando vueltas por Londres en ese llamativo Mercedes descapotable?

—Es muy tozuda —se excusa Logan como si lo sintiera—. Intenté que se quedara en casa de su madre, pero no le ha dado la gana. Y ya puede ir haciéndose a la idea de que no le hará ninguna gracia que usted la siga a todas partes.

Suelto el aire lentamente.

—Pues no paso precisamente desapercibido —murmuro poniéndome en pie.

Es imposible proteger a alguien que no quiere ser protegido. Pensaba que ella estaba al corriente y lo aceptaba.

Me alejo de los tres hombres asombrado. La pistola me quema a la espalda, pidiéndome que la saque de la funda, apunte y le dispare a Trevor Logan en la frente como castigo por ser un gilipollas narcisista y por engendrar a una hija malcriada.

—Le doy media hora; si no llega, me voy —digo por encima del hombro, y salgo de su despacho.

Me quedaré las cien mil libras de adelanto por las molestias y por haberme hecho venir engañado. Y Lucinda tendrá que conseguirme otro cliente pronto, en cualquier parte del mundo. No me importa. Debo mantenerme ocupado.

Mientras camino por el pasillo del despacho, saco el móvil del bolsillo y pongo en marcha el cronómetro.

—Y el tiempo empieza ya —susurro.

## Capítulo 4

### CAMI

La torre Logan es un lugar que me aterroriza porque siempre que tengo que ir allí es porque papá va a decirme algo que no me va a gustar. No sé de qué se trata, pero sé que para mí será una intrusión en mi intimidad y que para papá será un negocio. Por eso me hace ir a su oficina, a su lugar de trabajo, el centro de su actividad comercial. Si la llamada de esta mañana hubiera tenido algo que ver con una relación normal padre-hija, me habría invitado a visitarlo en su mansión de las afueras de la ciudad y habría tenido que apretar los dientes para soportar a Chloe, su controladora esposa actual, mientras él me llenaba la cabeza de detalles sobre hombres adecuados para mí según sus estándares, que no son los míos. Según sus estándares, me convienen hombres ricos que son siempre demencialmente aburridos y a los que no les interesa nada aparte de los negocios.

Odio la sensación de tener que prepararme psicológicamente para estas reuniones con mi padre. No pienso doblegarme a sus absurdas exigencias, me da igual las que sean. No le hice caso cuando trató de obligarme a estudiar Derecho en vez de Moda, ni cuando trató de inscribirme en la Universidad de Londres y yo lo desafié matriculándome en el London College. Tampoco le hice caso cuando quiso que saliera con uno de sus socios cuando empecé con Sebastian. Todas sus esposas se han rendido a sus exigencias, incluida mi

madre, pero yo no lo haré. De mí no puede divorciarse. Es mi padre y lo quiero, pero también es un abusón.

Entro en su despacho y veo a Pete y a Grant a ambos lados de su mesa. No están ahí de adorno; mi padre es un hombre de negocios despiadado que ha hecho enfadar a mucha gente en su camino hasta la cima. Como aquella vez que echó al presidente —un hombre de noventa años— de la junta directiva de una cadena de residencias de ancianos tras una opa hostil. El hombre murió una semana más tarde y, una semana después, uno de los edificios de mi padre se incendió.

O aquella vez en que el rival de mi padre en la pugna por hacerse con una cadena hotelera fue acusado de acoso sexual por una empleada, lo que hizo que tuviera que retirarse de la puja. Se rumoreó que mi padre había pagado a la empleada para que lo acusara. Nunca pudo demostrarse, aunque sospecho que él tuvo algo que ver con todo aquello. No me llevo a engaño: mi padre es un hombre cruel y despiadado.

Dirijo una sonrisa forzada a sus guardaespaldas, que me la devuelven por costumbre, y me centro en él, sentado entre ambos. Parece estar concediéndome audiencia como si de un rey en su trono se tratara.

—¡Mi estrellita! —Para un hombre de su peso, se levanta con una agilidad sorprendente y se acerca a mí antes de que llegue a la silla—. ¡Dame un abrazo!

Se lo doy, pero su entusiasmo me escama. La situación empieza a preocuparme.

—¿Qué pasa? —le pregunto mirando a Pete y a Grant.

Ambos me rehúyen la mirada; la cosa pinta mal.

—Nada, cariño.

Mi padre rompe el abrazo y me sujeta por los brazos, dirigiéndome una sonrisa afectuosa. Ha vuelto a teñirse el pelo de negro. Ojalá se rindiera y se dejara las canas sin teñir. Le darían un aspecto mucho más distinguido y no parecería que trata desesperadamente de no desentonar con su última esposa. Aunque eso es imposible, ya que esta vez se ha pasado tres pueblos casándose con una mujer más joven que yo.

Me estremezco cuando la imagen de Chloe —la esposa número tres, la

causante de que le diera la patada a mi madre— se apodera de mi mente. Es una mujer muy hermosa, pero no es precisamente brillante. La pobre quiere ser mi amiga; no entiende que yo preferiría clavarme clavos en los ojos.

—Siéntate. —Mi padre me acomoda literalmente en la silla y me deja todavía más preocupada cuando no recupera su posición tras la enorme mesa de despacho, lugar donde se siente el rey del castillo. En vez de eso, coge la otra silla y se instala a mi lado, jugueteando con la aguja de oro macizo que le sujeta la corbata—. Hoy estás especialmente guapa. —Toma un mechón de mi pelo y lo acaricia mientras ladea la cabeza—. Estoy tan orgulloso de ti, cariño...

—¿Ah, sí? —pregunto con desconfianza.

¿Qué está pasando aquí? Vuelvo a mirar a Pete y a Grant, pero ellos permanecen inexpresivos.

—Sabes que haría cualquier cosa por garantizar tu seguridad.

Oh, mierda. ¿Me han vuelto a hacer una foto saliendo de un local con unas copas de más? ¿Se me han visto las bragas al entrar en un taxi? Aunque miles de mujeres hacen esas cosas cada día, por desgracia para mí, a los *paparazzi* parece que no se les escapa ni una. Y, aunque sólo haya olido una botella de vodka, o ni siquiera eso, si salgo bizca en alguna foto, ya tienen bastante material para afirmar que voy directa a la autodestrucción. Pero esa etapa de mi vida ya la tengo superada. Es verdad que algunos días son duros, pero no hace falta que mi padre lo sepa. Ya es bastante insoportable sin esa información.

—Papá —me echo hacia delante, dispuesta a declararme inocente y a asegurarle que no pienso volver a caer en viejos vicios—, yo no...

—Escúchame un momento. —Para mi propia sorpresa y para la de mi padre, le hago caso. Me callo y dejo que acabe de decir lo que tiene que decir, porque mi sentido arácnido me dice que la cosa es seria—. Ayer recibí algo.

—¿El qué?

Suspira y me toma las dos manos en señal de apoyo. No me gusta; no me gusta nada. He visto a mi padre de muchas maneras distintas, pero ésta es nueva: está preocupado.

—Un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿Qué tipo de mensaje?

—Uno amenazador.

Me vienen ganas de echarme a reír. Mi padre recibe amenazas todos los días. Precisamente por eso Pete y Grant lo acompañan siempre. ¿Por qué de repente esta preocupación?

—¿Y? —pregunto con indiferencia.

—Pues que te han amenazado a ti.

Me echo hacia atrás y cierro la boca con brusquedad. No necesito preguntarle más. Sus palabras y la presión de sus manos me informan de que cree que la amenaza es seria.

Empiezo a enfadarme y él lo nota. Trato de mantenerme lo más alejada posible de los negocios de mi padre. Trabajo duro, me gano un sueldo y me esfuerzo por abrirme camino por mis propios medios. Lo único que permito que me pague —y, sí, ya sé que no es poco— es mi piso. Bueno, su piso. Es suyo, pero yo insisto en pagarle un alquiler. El hecho de que el dinero salga de mi cuenta corriente y vaya a parar a otra cuenta que también está a mi nombre junto con las cincuenta mil libras que deposita cada mes es irrelevante. No he tocado un solo penique ni pienso hacerlo.

Por otro lado, mi hermanastro, TJ, trabaja para mi padre. Está metido en todos sus tratos y sigue los pasos de él en todo. Resulta evidente que se convertirá en un tiburón de los negocios, aunque de momento es mucho más agradable tratar con él; todo el mundo lo dice. Lo quiero mucho, pero somos distintos. Él disfruta siendo el hijo de uno de los hombres más ricos y poderosos de Londres; quiere formar parte de ello. Es digno hijo de su padre. ¿Por qué no lo amenazan a él? No es que quiera que le pase nada, pero me parecería más lógico.

—Escúchame, cariño. —Mi padre me está tratando con mucho cuidado, como si temiera que en cualquier momento fuera a empezar a soltar insultos y palabrotas. Y si no lo hago es porque soy incapaz de hablar. El cerebro se me ha convertido en un revuelto de neuronas. No entiendo nada—. Estoy seguro de que no son más que amenazas vanas —levanta la mano y me acaricia la mejilla con su pulgar gordezuelo—, pero igualmente he tomado medidas por precaución. No puedo permitir que le pase nada a mi estrellita.

Me lo quedo mirando a través de la niebla de confusión y shock, y lo único que me queda claro es que mi padre no cree que sean amenazas vanas en absoluto.

—Vale —convengo.

Él no puede disimular la sorpresa. Su hija, a la que llama sin esconderse su «rebelde cable de alta tensión», acaba de aceptar sus medidas de protección sin protestar. Pero, aparte de la sorpresa, también veo alivio en su cara, y eso sólo acentúa la gravedad de la situación.

—Buena chica —me dice dándome un cariñoso beso en la frente antes de hacerle un gesto a Pete—. Que pase.

Frunzo el ceño y miro al guardaespaldas, que asiente con su ancho cuello antes de salir del despacho.

«¿Que pase? Que pase ¿quién?»

—¿De qué va todo esto? —pregunto enderezando la espalda en la silla al tiempo que mi padre rodea la mesa y se hunde en la suya.

No me responde y empieza a teclear en su iMac muy concentrado.

—Grant, que el coche esté preparado dentro de media hora.

—Sí, señor. —Grant se pone en marcha, saliendo sin mirarme y sin dirigirme la palabra y dejándome a solas con mi padre.

No recuerdo la última vez que estuve a solas con él. Siempre está acompañado, o por sus matones o por la boba de su nueva esposa.

Me reclino en la silla y observo al hombre que está al otro lado de la mesa tratando de entenderlo, pero no puedo. Todo su estrés y su preocupación parecen haberse evaporado.

—Papá, ¿podrías...?

La puerta se abre entonces y me vuelvo a mirar. Pete casi cubre todo el umbral. No tiene el ceño fruncido, pero poco le falta. ¿Qué demonios le pasa?

Pete entra en el despacho.

—Señor —murmura antes de echarse a un lado dejando a la vista...

A un hombre.

La boca se me seca al instante. La lengua se me queda más seca que el desierto, así que no puedo pronunciar las palabras que se quedan pegadas a ella: «Y ¿éste quién coño es?».

Los ojos se me iluminan con una mezcla de placer y curiosidad. Vaya, vaya, este hombre es impresionante. Es altísimo y tiene unos músculos macizos bajo el traje, pero sin ser corpulento. Tiene las piernas algo separadas, lo que le da un aire fuerte, poderoso. ¡Joder, es delicioso!

Abro la boca deseando recuperar la saliva. Trago continuamente sin poder apartar los ojos de su atractiva cara. Tiene la mandíbula cubierta por una incipiente barba oscura, a juego con su pelo corto, que no lleva peinado a la moda, excepto en las sienes, donde ya asoman las canas. Y qué ojos. Son marrones, pero muy muy oscuros, y me están dirigiendo una mirada tan intensa como la mía. Me revuelvo en la silla y mi mente me grita que le diga algo. Aun así, no puedo, porque la única parte de mí que funciona es la que me permite admirar el espectacular espécimen de hombre que adorna el umbral de la puerta del despacho de mi padre.

Da varios pasos con sus largas piernas en mi dirección. A medida que se va acercando tengo que elevar la cara. Sus ojos me mantienen inmóvil, hipnotizada, hasta que llega frente a mí serio y solemne. Extiende la mano y me la quedo mirando. Es muy grande.

—Jake Sharp —me dice.

Y esas dos sencillas palabras me recorren la espalda haciendo que ésta se quiebre vértebra a vértebra hasta que vuelve a recomponerse de golpe, más derecha que antes. Pero qué calor hace, ¿no?

Le doy la mano, fijándome en cómo mis delgados dedos desaparecen engullidos por los suyos, grandes y hábiles, y me embarga una sensación absurda. Mi mano se siente segura dentro de la suya. Es una estupidez, ya lo sé.

Sin embargo, no permanece allí mucho tiempo. La suelta y endereza el brazo con rapidez. Lo miro a la cara y veo que tiene el ceño ligeramente fruncido y que sacude la cabeza antes de volverse hacia mi padre.

—¿Todo listo? —pregunta sin expresión.

La presencia de este hombre es tangible. A su lado, el montón de músculos de Pete y Grant parecen ridículos.

—Cuídela.

—Está en buenas manos. —Sharp baja la mirada hacia sus grandes manos

y les da la vuelta.

Siento la necesidad de agarrarlas y de recorrer cada una de las líneas marcadas en sus palmas. «En buenas manos», repito. Hasta ahora he notado lo segura que me sentía al entrar en contacto con una sola de ellas. No quiero ni imaginar lo segura que me sentiría con su cuerpo entero rodeándome.

¿Quién es Jake Sharp? Mis músculos se relajan; noto que me estoy fundiendo con la silla. Puede que empiece a visitar a mi padre más a menudo si este hombre forma parte de su plantilla.

Tal vez sea el sustituto de Pete o de Grant. Tal vez se haya dado cuenta de que necesita a alguien ágil y rápido a su lado en vez de a dos moles musculadas. Tal vez...

Dejo la idea a medias cuando me percató de lo que ha dicho mi padre: «Cuídela».

Me levanto con tanta brusquedad que pierdo el equilibrio y me tambaleo hacia Sharp, chocando contra su fuerte torso. Él no parece notar el impacto. Permanece sólido y estable. Lo único que se mueven son sus brazos, que me sujetan para que no me caiga.

—Cuidado —murmura sosteniéndome con delicadeza hasta que recobro el equilibrio—. ¿Está bien? —pregunta mirándome sin expresión.

Inmediatamente echo de menos el calor de su amplio pecho. Es el hombre más perfecto que he visto nunca, y eso es decir mucho teniendo en cuenta que he compartido sesiones de fotos con un montón de chicos guapísimos. Pero es que él es un hombre, un hombre de verdad, grande, fuerte, maduro. La camisa blanca y almidonada y la corbata gris anudada a la perfección no pueden contener la energía primitiva que brota de su cuerpo.

«¡Oh, Dios mío!»

Trato de recobrar la compostura y me vuelvo hacia mi padre.

—¿Qué has querido decir con eso de «Cuídela»?

—Lo he contratado para que te vigile —responde. Sharp carraspea y mi padre se apresura a expresarlo de otra manera—: Será tu guardaespaldas durante un tiempo. Es el mejor en lo suyo.

—¿Pe... perdón? ¿Él...? —Señalo con el brazo en su dirección y, cuando choco con su bíceps de acero, doy un paso atrás. Joder, este hombre es como

un Action Man—. ¿Es mi guardaespaldas?

—Sí. —Mi padre asiente con decisión.

—No. —Me echo a reír y, a continuación, miro a Sharp—. No se ofenda.

—No me ofendo —replica él tan tranquilo, como si este pequeño drama familiar fuera lo más normal del mundo.

Aparto la vista. No puedo mirarlo demasiado rato por miedo a arder por combustión espontánea.

La cara de mi padre se crispa por primera vez desde que he llegado.

—Camille Logan, esto no es negociable. He contratado a Sharp para que te proteja. ¡No te portes como una niña malcriada!

—No soy una niña, soy una mujer —repongo calmada, aunque me muero de ganas de gritar—. Tengo una agenda muy llena. Tengo sesiones de fotos firmadas, entrevistas concertadas...

Mi padre resopla con el desprecio que usa siempre cuando hablamos de mi carrera.

—¿Tienes que ir a ponerte guapa para la cámara?

—Entre otras cosas. También tengo una reunión con unos inversores interesados en mi colección de moda —le explico controlando el malhumor—. Debo poner la empresa en marcha y crearme una reputación aparte de la de modelo.

—Camille, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —Mi padre suspira—. Esa atontada de tu amiga y tú estáis perdiendo el tiempo. Ya hay un montón de marcas de moda en el mercado.

Aprieto los dientes. Es inútil; no lo entiende.

—Pues no vendrá de una, ¿no te parece? —Miro de reajo al hombretón que sigue a mi lado—. No creo que al señor Sharp le interesen los detalles de mi insignificante carrera.

Él también me mira de reajo.

—Yo estoy aquí para lo que haga falta.

—¿Qué tal se le da caminar por la pasarela? —le pregunto muy en serio. Me interesa ver cómo reaccionaría en ese tipo de ambiente—. Tal vez podría contratarlo para una campaña. —El leve movimiento que hace al alzar la ceja me da la información que necesito. Bien.

—Tal vez podría darme unas clases prácticas, ya que es una experta en la materia —replica.

—¿Lo dice en serio?

—¿Y usted?

Me cuesta no abrir la boca, sorprendida. Se está burlando de mí. ¿Ah, sí? Vale, pues yo también sé hacerlo.

—Haga una pose.

—Tal vez algún día —contesta en voz baja, enderezando la espalda.

Aprieto los labios mientras busco algo inteligente que decir en mi mente alborotada.

—Creo que quedaría muy bien con falda.

—Me han dicho más de una vez que tengo buenas piernas.

Mis ojos —malditos sean, los odio— deciden entonces que es un buen momento para mirarle las piernas. Las tiene largas y fuertes, con unos muslos impresionantes. Bajo la vista al suelo con rapidez. ¿Cómo me he metido en esto?

Vuelvo a mirar a mi padre.

—Ni quiero ni necesito un guardaespaldas que aparezca de manera intempestiva en los sitios.

Él cambia de postura y se aclara la garganta.

—No aparecerá de manera intempestiva —me asegura mirándome a los ojos—, estará siempre ahí.

Por un momento me parece que este hombre está disfrutando con la situación.

—¿Siempre?

—Las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. —Creo distinguir un brillo perverso en su mirada que me entran ganas de borrar—. Seré su sombra.

Finjo que sus palabras no me afectan y me vuelvo hacia mi padre de nuevo, resistiéndome al potente chute de deseo que me recorre las venas y me dificulta moverme y hasta pensar.

—No voy a permitir que invadas mi intimidad —le digo con tranquilidad, cogiendo el bolso—. No voy a dejar que me ordenes lo que tengo que hacer.

—¡Ah, no, de ninguna manera! —grita mi padre, pero yo ni siquiera pestañeo. A él se le está acabando la paciencia, pero a mí también.

No sé qué se me pasó por la cabeza cuando dijo que había tomado medidas para velar por mi seguridad, pero desde luego este espécimen de hombre no. Tal vez un chófer, o tener que quedarme en casa por las noches. Sí, eso, un toque de queda. ¡Puedo soportar un toque de queda!

Pero ¿a él? Lo miro de reojo y aparto los ojos rápidamente al ver que él hace lo mismo. ¿Tenerlo pegado las veinticuatro horas del día? No, de ninguna manera.

He trabajado con muchos hombres y todos ellos tenían que esforzarse mucho para transmitir intensidad en las fotos, pero Sharp la exuda de manera natural. Lo de este hombre va más allá de la masculinidad; es difícil de soportar. Y está..., ¡joder, está buenísimo!

—Me niego a que uno de tus esbirros me siga a todas partes.

Me vuelvo y me dirijo hacia la puerta al tiempo que oigo un aviso en el móvil y el gruñido de frustración de mi padre. Sin dejar de caminar, rebusco en mi enorme bolso, saco el teléfono y veo que tengo un mensaje de Heather:

Sebastian está en la ciudad.

El corazón se me para en el pecho y mis pies se niegan a seguir andando. Me quedo observando las palabras, como aguardando a que cambien de posición y formen otro mensaje. Pero, tras leerlo por quinta vez, siguen igual de terroríficas. Esto no me puede estar pasando.

¿Mi ex ha vuelto? Eso son malas noticias, espantosas.

Justo ahora que empezaba a recuperarme. Me ha costado lo que nadie sabe volver a ser la Camille de antes, y ahora Sebastian ha regresado y la estabilidad que tanto me ha costado recobrar vuelve a tambalearse. Noto que los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas, y lo odio. Respiro hondo y comienzo a repetirme que ahora soy más fuerte, pero en ese momento todas las piezas encajan.

Me giro hacia mi padre y lo tengo claro. Él ya sabe que Sebastian está en la ciudad. Todo este numerito del guardaespaldas no es más que un elaborado

plan para mantenerme lejos de él.

Me río por dentro. Desde luego, creatividad no le falta. No es que me extrañe que sea tan retorcido; es su estilo. Y, claro, así tendrá a alguien que lo mantendrá informado de lo que hago y de lo que dejo de hacer en todo momento.

Aprieto los dientes y fulmino a mi impresionante padre con la mirada. ¿Por qué no confía en mí? ¿Acaso cree que iré corriendo a lanzarme a los brazos de Seb y que dejaré que me meta un gramo de coca por la nariz?

—No me conoces en absoluto, ¿no? —le echo en cara antes de irme, esta vez de verdad.

## Capítulo 5

### JAKE

Me froto la mejilla con la mano mientras la veo desaparecer del despacho de su padre y la idea que me asalta la mente, sorprendiéndome, es que no me ha parecido que fuera una niña mimada. No me ha parecido que fuera egoísta ni egocéntrica. Lo que he visto ha sido una mujer independiente y brillante.

La mujer que acaba de marcharse no se parece en nada a la imagen que me había formado de ella. La revelación debería aliviarme, pero el latido desbocado de mi corazón, la mente que me va a mil por hora y, sobre todo, mi polla dolorida me dicen que no me emocione. Sin que nadie les dé la orden, mis pies se ponen en marcha, obligándome a salir del despacho de Logan y a perseguir a su hija. Tengo que protegerla. Es un trabajo fácil que me mantendrá ocupado durante un tiempo.

Mis piernas han puesto el piloto automático. Con pasos largos y rápidos, recorro el pasillo que lleva a los ascensores. Pero en ese momento veo que Camille desaparece tras una esquina, y no va en dirección a los ascensores.

—Me cago en...

Echo a correr tras ella antes de que mi cerebro dé la orden.

Actúo por impulso.

Por instinto.

Tengo que alcanzarla.

Abro la puerta que da a la escalera con tanta fuerza que la pesada madera choca contra la pared de ladrillo visto que hay detrás, provocando un gran estruendo que resuena en el espacio cerrado. Me detengo y debo hacer un esfuerzo para no sacar la pistola de la funda.

«Sólo está huyendo —me digo—. No pasa nada.» Lo último que necesita es que la asuste con la Heckler. Contengo el aliento y, en el silencio que se forma, oigo el suave ruido de sus tacones.

—Ronda, ronda, el que no se haya escondido que se esconda —murmuro, y echo a correr tras ella.

Gracias a mis largas zancadas, avanzo muy rápidamente y al cabo de poco veo su manita agarrándose a la barandilla. No puedo quitarme de la cabeza esos estúpidos zapatos de tacón que llevaba puestos. ¡Qué cosa tan absurda! Se va a romper la crisma.

Ningún cliente se ha herido nunca estando conmigo, ni siquiera por accidente. ¡Maldita sea!

Acelero el paso, cada vez con más prisa por alcanzarla antes de que se haga daño. Cuando, al dar la vuelta a un tramo de escalera la veo delante de mí, siento un enorme alivio. Es una reacción estúpida ante una situación idiota, pero es que, hasta este momento, ningún cliente había tratado de huir de mí. Y, puestos a ser sinceros, también es la primera mujer que lo intenta. Salto a su lado y aterrizo ante ella en el rellano inferior. Me vuelvo para mirarla y noto que estoy sudando. Joder, ¿cuatro escalones de nada me hacen sudar? ¿Qué me está ocurriendo?

No ha tenido tiempo de procesar que he pasado por su lado como un toro enfurecido. Sin tiempo de reacción, choca contra mi pecho y grita. La rodeo con los brazos y la atraigo hacia mí.

Contengo una exclamación. No lo entiendo, pero notar su delicado cuerpo pegado al mío ha provocado que un chispazo de calor me recorriera de arriba abajo hasta llegar a mi polla.

«¡Joder!»

La suelto antes de estar del todo seguro de que está bien y doy varios pasos hacia atrás, poniendo una distancia prudencial entre ambos. Tengo la mandíbula muy tensa y el corazón me va como loco. Pero ¿qué coño me pasa?

Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos.

«Aléjate, Jake. Lárgate de aquí.»

No sé cuánto tiempo paso así, repitiéndome ese mantra con firmeza, pero cuando abro los ojos de nuevo ella sigue ahí, mirándome, aparentemente serena. Es más de lo que puedo decir de mí. Su actitud me empuja a recobrar el control de mis pensamientos.

Su menuda barbilla se alza desafiante y me concedo un instante para admirar su aplomo. Es francamente excitante. Pero en ese momento abre la boca y olvido lo sexi que es. Es una clienta; no debo ignorarlo.

—No estoy de acuerdo con que me siga a todas partes. Tengo una vida y quiero seguir viviendo como hasta ahora.

—Pues, le guste o no, usted y yo vamos a estar muy unidos.

Al instante me arrepiento de haber elegido esas palabras porque ella abre la boca sorprendida, y, al ver la punta rosada de su lengua, tengo que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarme sobre su boca y probarla. Me echo de nuevo hacia atrás, poniendo distancia entre ambos, y ella hace lo mismo. Aprovechando su reacción, y obviando que yo he hecho lo mismo, le digo:

—Tranquila, no muerdo. —Menuda mentira. Le clavaría los dientes encantado.

—Pero tal vez yo sí.

Alzo las cejas sin poder evitarlo. Es rápida, eso lo tiene.

—Bueno —replico—, me han dicho que tengo buen sabor.

Ella frunce un poco las cejas.

—Creo que estaría un poco correoso.

—Claro, usted prefiere a los yogurines, ¿no? —Enderezo la espalda y me aclaro la garganta con fuerza para enfatizar el hecho de que no me parezco en nada a los niños bonitos con los que suelen fotografiarla.

Ella da un paso adelante, segura de sí misma, aunque se nota que está luchando para no comerme con los ojos.

—¿Qué tipo de hombre es usted? —me pregunta, y espera la respuesta ladeando la cabeza.

Esas palabras, aparentemente inocentes, me hacen tragar saliva.

—No quiere saberlo —respondo con sinceridad, y ni siquiera disfruto al

ver que abre los ojos sorprendida.

Me recuerdo para qué estoy aquí; desde luego, no es para provocarla. Doy un nuevo paso atrás, concediéndonos espacio a los dos.

Camille se recompone rápidamente y se cuelga el bolso al hombro.

—No hay ninguna amenaza, ¿me equivoco? La única razón por la que mi querido padre lo ha contratado es porque mi exnovio ha vuelto a la ciudad, ¿no es así?

Lo primero que me viene a la mente es: «¿El drogadicto del ex ha vuelto? Y ¿por qué no se me ha informado de ello?». Lo segundo: «Como se le acerque, le meto una bala entre ceja y ceja».

Este último es un pensamiento puramente relacionado con mi trabajo, ya que mi misión es protegerla.

—La amenaza es muy real, señorita Logan —contesto poniéndome en modo profesional. Normalmente no tengo que ir conectándolo, porque siempre está encendido. No sé por qué ha dejado de funcionar, pero pienso repararlo enseguida—. No me han contratado para mantener alejado a su exnovio —digo mecánicamente mientras estoy tomando nota mental para hacer precisamente eso.

Vi las fotos de Camille durante su mala época. Era una sombra de la mujer que tengo ahora ante mí, esta mujer preciosa, brillante, seductora.

¿He dicho *seductora*?

Sí, lo sé, es irónico. Cada día me cruzo con un montón de mujeres que tratan de seducirme de manera descarada. Y esta mujer lo ha logrado sin intentarlo siquiera. Y, joder, eso es lo más atractivo y seductor de todo. Sacudo la cabeza discretamente para librarme de esos pensamientos tan poco profesionales. Otra vez.

—Ya. —Ella resopla y me empuja para seguir bajando, aprovechándose de mi distracción.

Un nanosegundo más tarde, la empotro contra la pared.

Y, un nanosegundo después, me pregunto qué coño acaba de pasar.

—Oh, Dios mío —murmura ella con la espalda pegada al muro de ladrillo. Su aliento me llega al cuello al ritmo de sus rápidos jadeos.

Por un momento pienso que la he asustado, pero entonces noto sus pezones

clavándose en mi pecho a través del traje. Inspiro, trago saliva y vuelvo a inspirar. Repito la serie varias veces y doblo las rodillas hasta quedar a su altura.

«¿Qué estoy haciendo? Esto es una estupidez... Suéltala. ¡Apártate!»

Sus ojos, muy abiertos, me miran inseguros y... brillantes de deseo. Esto no debería sorprenderme tanto, pero es que me temo que el brillo de sus ojos es un reflejo de los míos... y eso me asusta.

Ella traga saliva, pestañea y aparta la mirada.

—Estoy casi segura de que retenerme por la fuerza no entra en su lista de responsabilidades —afirma, y vuelve a tragar saliva.

—No haga ningún movimiento brusco —le advierto tratando de apartar de mi mente la nueva ronda de pensamientos obscenos que sus palabras han despertado en mí—. Pensaba que quería escaparse otra vez.

Doy un paso atrás y ella se endereza y me clava sus brillantes ojos color topacio.

—Ya que parece que no puedo librarme de usted, vamos a dejar unas cuantas cosas claras.

Asiento con un movimiento seco de cabeza, mostrando mi aprobación. Hemos de establecer las reglas de juego; los límites.

—Adelante.

—No me dirija la palabra —me ordena apartando la mirada—. Y no me toque.

Asiento una vez más, totalmente de acuerdo. Será lo mejor para todos.

Camille hace una pausa. ¿En qué estará pensando?

—Bien —susurra al cabo de unos segundos dando un paso cauteloso hacia mí—. Ahora voy a pasar ante usted. Lo aviso para que no vuelva a hacerme un placaje de rugby.

Con la boca apretada, le hago un gesto con la cabeza para que pase delante de mí. Lo hace y yo la sigo, pero centro la atención en un punto más lejano, tratando de recuperar la disciplina y no volver a perderla.

Tengo que encerrarla bajo llave.

Antes de que cometa una locura.

## Capítulo 6

### CAMI

Sigo temblando por dentro cuando al fin salgo a la calle y noto el aire fresco en la cara. No recuerdo ni uno solo de los pasos —o tropezones— que me han llevado hasta aquí. Respiro con fuerza porque me falta el aire. Él está detrás de mí, guardando las distancias, pero sigue demasiado cerca para mi gusto... y mi estabilidad.

Me detengo y miro por encima del hombro. Está parado detrás de mí, con las manos unidas a la espalda. Tiene el aspecto típico de un guardaespaldas y me da mucha rabia pensar que me está protegiendo. A Heather le va a dar un ataque de risa o se va a morir de celos, no estoy segura.

Con el ceño fruncido, doy un par de pasos, luego vuelvo a detenerme y a mirar por encima del hombro. Sharp también ha dado dos pasos, manteniendo la distancia que al parecer considera cómoda para hacer su trabajo. Me temo que yo no estaría cómoda aunque estuviera a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Vamos, creo que mientras este hombre y yo compartamos planeta no volveré a relajarme. Me siento injuriada; ha invadido mi libertad, mi vida, mi felicidad..., mis sentidos. Los ha atacado todos.

Doy dos pasos más y veo que Sharp hace lo mismo.

—Es ridículo —murmuro caminando y telefoneando a Heather al mismo tiempo.

—Esperaba tu llamada —me dice, obviamente preocupada—. ¿Qué ha pasado con tu padre?

Hace bien en estar preocupada, porque si Jake Sharp tiene que seguirme a todas partes, también la seguirá a ella, ya que mi mejor amiga y yo prácticamente estamos unidas con pegamento. Sebastian ha vuelto, alguien me ha amenazado y me han colocado un guardaespaldas. En media hora he recibido más shocks de los que me merezco.

—Me ha contratado a un guardaespaldas. Al parecer, alguien me ha amenazado.

Al otro lado de la línea, Heather se atraganta y tose.

—¿Lo dices en serio?

—Por desgracia, sí —respondo con resentimiento—. Al menos, eso es lo que me han dicho, pero ahora que me has contado que Seb ha salido de rehabilitación, no acabo de fiarme.

—Hummm..

Abro la puerta del coche y lanzo el bolso en el asiento del acompañante antes de sentarme. Meto la llave en el contacto y arranco. Espero a que el bluetooth se conecte antes de dejar el móvil en el asiento, junto al bolso. También espero que mi amiga del alma diga algo más, pero no lo hace.

—¿Hola? —la animo.

—Estoy aquí.

—¡Pues di algo!

—Bueno, supongo que las dos cosas son posibles. O es por Seb o por la amenaza. Pero ¿un guardaespaldas para ti? ¿Cómo va eso? —me pregunta aún sorprendida.

—Pues básicamente es un tipo que me sigue a todas partes.

—Vaya, pues ya puedes despedirte de tu vida sexual. —Se echa a reír y yo frunzo el ceño.

No había caído en eso. Estaba más preocupada por mi libertad. No es que me pase el día de cama en cama, pero si surge alguna oportunidad, no me apetece tener a Sharp al pie, observando. Me estremezco.

—*Conio* —susurro indignada.

—Si quieres decir una palabrota, dila bien —se burla de mí al oírme decir

mi taco favorito.

—Tenemos que vernos.

—Estoy en la terraza del Picasso. ¿Te apetece una copa de champán?

—Sí —contesto casi sin aliento, y debo contenerme para no pedirle que vaya encargando una botella entera. La verdad es que no tenemos nada que celebrar—. Salgo ahora mismo de la torre Logan.

—Te veo dentro de nada.

Cuando cuelga, maniobro para incorporarme al tráfico, pero no puedo acelerar porque la puerta del acompañante se abre en este momento y Sharp asoma la cabeza.

—Esta puerta debería estar cerrada —dice con sequedad.

Ya casi me había olvidado de él.

Casi.

Bueno, vale, no.

—No pensaré subir a mi coche... —Aparto la vista antes de volver a perderme en su deliciosa masculinidad. ¿Él, en mi coche? Ni hablar, demasiado cerca.

—Hoy no, pero cuando resolvamos los temas de logística, será usted la que viajará en el mío.

Eso no me hace ninguna gracia.

—Ya veremos —replico entre dientes, aunque sé que él me ha oído perfectamente. Tal vez si me comporto como una malcriada insoportable deje el trabajo. Vale la pena intentarlo.

—Sí, lo veremos. —Señala un Range Rover aparcado frente a mí—. Ése es mi coche. La seguiré a casa.

—No voy a... —dejo la frase a medias, porque mi mente ha empezado a maquinarse un plan—. Vale.

Él asiente y cierra la puerta. Mientras recorre con sus largas piernas la distancia que lo separa de su vehículo, me lo como con la mirada. Por el camino, se quita la americana. Resoplo y cierro los ojos tratando de resistirme al divino espectáculo de ese culo prieto que tiene bajo los pantalones. Y al infernal espectáculo de su ancha espalda bajo la almidonada camisa de algodón blanco.

—Cabrón —susurro sin poder resistirme a abrir los párpados un poquito.

Entonces veo que saca el brazo por la ventanilla y me hace un gesto para que pase delante. Mierda, esperaba que él fuera delante de mí.

Suspirando, compruebo el retrovisor antes de ponerme en marcha. No paso de los treinta kilómetros por hora y constantemente miro por el espejo. Él me sigue de cerca. El aparatoso capó del Range Rover casi va oliendo el trasero de mi coche. Aunque me vienen ganas de hacerlo, resisto la tentación de frenar en seco para que me dé por detrás y pueda demandarlo por tocapelotas.

«Me dé por detrás...»

La idea me pone nerviosa y piso el acelerador de mi caro y potente Mercedes sin darme cuenta, pero él no se despegaba de mí. Giro a la derecha, luego a la izquierda y luego otra vez a la derecha. Adelanto a varios coches intentando poner distancia entre los dos, pero no lo consigo. A medida que mi frustración crece, acelero más y más.

—Que te jodan, Sharp —digo justo antes de girar con brusquedad a la izquierda, cortándole el paso a un taxi negro cuyo conductor me pita y me insulta.

Por el retrovisor veo que el taxi se ha parado justo en el cruce, impidiendo que nadie me siga, y me echo a reír.

—¡Chúpate ésa! —exclamo sintiéndome muy orgullosa de mí misma.

¿El mejor guardaespaldas del mercado? ¡Ya, claro!

Pongo música y bailo en el asiento, más feliz que una perdiz, mientras me dirijo al encuentro de Heather.

Me detengo en una bocacalle y veo que mi amiga está sentada bajo una sombrilla en el Picasso, con dos copas de champán en la mesa. Cuando me ve, alarga el cuello como una suricata y me invita a acercarme con un gesto ansioso. Seguro que se muere de ganas de enterarse de todo. Decido dejar el coche donde está y pedir la botella que tanto necesito.

Me dirijo hacia ella rápidamente, pero me detengo en seco al oír el chirrido de unos neumáticos que trazan la curva.

—Oh... —Suelto el aire y mi petulancia se aleja rodando por la calle y se

pierde al caer por una cloaca.

El Range Rover se acerca a mí a toda velocidad; el motor ruge como si estuviera furioso. O tal vez sea el conductor. Derrapa hasta detenerse. Miro de reojo a Heather y veo que nos observa fascinada.

Sharp cierra la puerta con tanta fuerza que me sobresalto, y juro que noto el suelo temblando bajo mis zapatos de plataforma mientras se acerca a mí. Tomo aire y me preparo para enfrentarme a él.

Cuando ya está muy cerca, levanta el índice y me señala con él mientras me fulmina con la mirada.

—Como vuelva a escaparse de esta manera, yo... yo...

—¿Qué hará? —le pregunto dedicándole mi mejor sonrisilla estilo Elvis. ¿Con quién demonios se cree que está hablando?

Se acerca más, hasta que casi me roza con la nariz. Al parecer, se le ha olvidado lo de la distancia de seguridad. Tiene la mandíbula tan apretada que la veo palpar.

—La pondré sobre mis rodillas —responde en un susurro amenazador— y le daré una azotaina que le dejará el culo rojo como un tomate.

Las nalgas se me contraen y lucho por reprimir una mezcla de repulsión y lujuria.

—¿Perdón? —Doy un paso atrás.

Él endereza los hombros y los hace rodar, como si tratara de librarse de algo pesado y molesto.

—No vuelva a huir de mí nunca más.

—¿O me dará una azotaina?

—Era una manera de hablar.

—Una manera muy poco adecuada de hablar, ¿no cree?

«Por favor, que diga que no, que diga que no, que diga que no...» No sé qué demonios le pasa a mi cerebro.

—Sí —murmura mientras mira a nuestro alrededor, a todos los niveles, revisando todos los rincones con atención—. ¿Por qué está aquí? —me pregunta.

Me vuelvo hacia Heather, que me está mirando con la boca abierta y la copa suspendida en el aire, cerca de los labios.

—He quedado con una amiga.

Él sigue la dirección de mi mirada y suspira.

—Heather Porter.

—¿Cómo lo sabe? —No espero su respuesta. Por supuesto que lo sabe.

Me echo el pelo por encima del hombro y le lanzo una mirada despectiva antes de volverme y dirigirme a Heather, que no sale de su asombro.

—Dame esa copa —le pido dejándome caer en la silla. O no me oye o es que pasa de mí por completo, así que alargo el brazo, cojo la copa y doy un trago—. ¡Hola!

Me mira como preguntándose: «¿Qué demonios...?».

—No digas nada —le advierto sacudiendo la cabeza.

Doy otro trago.

—¿Es él? —dice en voz baja, señalándolo con la copa—. ¿El guardaespaldas?

—Sí. —Un nuevo trago.

—Jo-der.

—Lo sé. —Otro trago.

—¿Dónde está el anuncio?

—¿Eh?

—El anuncio de la valla publicitaria. —Mira a su alrededor interesada.

—¿Qué valla?

—De la que acaba de saltar.

Hago un sonido burlón y doy otro trago.

—Es un capullo.

—Un capullo que está como un queso.

—Heather, así no se habla de mi guardaespaldas.

—Eh, eh, ten piedad de mí —protesta muerta de risa—. No me digas que no te lo has imaginado en la cama. Está macizo; es alto y muy guapo.

Miro por encima del hombro al ver que los ojos de Heather se mueven, obviamente siguiendo a Sharp. ¡Espero que no se atreva a acercarse! No lo hace. Se sienta a unas cuantas mesas de distancia y se ve enorme comparado con la diminuta silla de la terraza. Trata de parecer relajado, pero noto que tiene todos los músculos en tensión bajo la camisa y los pantalones. Es como

un tigre gigante, alerta, esperando el momento propicio para atacar.

—No, para nada —susurro tratando de convencerme a mí misma—. Además, le están saliendo canas en las sienes.

—Oh... —Heather se echa a reír y la miro mientras doy otro sorbo a la copa—, mírala ella, buscando desesperadamente motivos que lo hagan menos atractivo.

—No necesito buscarlos. Hay muchos donde elegir.

—¿Por ejemplo?

—Para empezar, es un abusón, brusco y autoritario.

Estoy convencida de que no pretendía asustarme ni hacerme daño. No lo ha hecho. Lo que en realidad me asusta es mi reacción cada vez que se me acerca, habla conmigo o me toca. La batalla interna que tengo que librar para mantener una fachada digna me está dejando agotada.

Y ni siquiera llevamos juntos una hora.

¿Cómo voy a resistir esto los siete días de la semana? ¿Durante cuánto tiempo?

Me encojo en la silla y doy otro trago a mi copa.

—Cambia de tema —le ruego, y de inmediato me arrepiento cuando veo la mueca que hace Heather.

Sólo hay otro tema urgente ahora mismo, y no sabría decir si es mejor o peor que el hombre que tengo sentado a mi espalda y la razón por la cual está ahí.

—Saffron lo vio; me dijo que tenía buen aspecto —me cuenta Heather con tacto, aunque no sé si debería hablarme del tema.

La verdad es que no me apetece saber nada de él; Saffron no está enterada de los detalles más desagradables. Ella, como casi todo el mundo, piensa que Sebastian me metió en el camino oscuro de la cocaína. Ya es lo bastante malo; no hace falta que se sepa nada más. Sebastian también es modelo y tiene un rostro de rasgos bien definidos, igual que el resto del cuerpo. Las chicas babean por él, pero ese hombre sólo trae problemas. Es un pozo de problemas y me arrastró hasta sus profundidades. Es un adicto por naturaleza y, aunque tiene una personalidad adictiva, es un caso perdido. Hasta sus padres han tirado la toalla con él.

—¿Está limpio?

Heather se encoge de hombros.

—Saffron dijo que tenía la mirada limpia y que no parecía tan tenso como las anteriores veces que lo vio, pero ¿quién sabe?

—Hum... —Miro al vacío y recuerdo los malos tiempos pasados.

—¿Dónde va a dormir? —Heather me interrumpe antes de que pueda perderme demasiado en los recuerdos, cosa que agradezco, pero no entiendo lo que me pregunta hasta que señala a Sharp con la cabeza.

Vuelvo a mirar por encima del hombro. Me está observando con la intensidad de un halcón. El suspiro tembloroso que se me escapa es muy sutil, aunque mi instinto me dice que él se ha dado cuenta. Nuestros ojos se encuentran y él se revuelve en la silla. Le dirijo una mirada agresiva —un absurdo mecanismo de defensa—, apunto y disparo.

—Buena pregunta —murmuro mientras observo cómo sus ojos descienden hasta mi boca.

Sin premeditación, mi lengua asoma traidora y se pasea despacio por el labio inferior.

Sharp vuelve a revolverse en el asiento y aparta la mirada.

—Pues infórmate rápido porque, si el señor de los pantalones bonitos se queda a dormir en tu casa, es muy probable que yo también lo haga.

—No, no se va a quedar —replico con contundencia volviéndome hacia mi amiga, que no me está ayudando en nada—. Háblame de la fiesta de Saffron. ¿Cuál es el plan? —le pregunto. No entiendo por qué hemos vuelto a sacar el tema de Sharp.

—Bueno, se celebrará en el Picturedrome —responde sonriendo—. La muy ostentosa lo ha alquilado entero. Seguro que se lo paga su papi.

Pongo los ojos en blanco. A diferencia de Heather y yo, nuestra amiga Saffron no tiene ningún problema en derrochar el dinero de su papaíto en lujos.

—Y luego dice que es una mujer independiente... —No me puedo aguantar la risa.

—Ya, lo malo es que ahora tú tampoco lo vas a ser mucho, me temo. — Heather señala a Sharp con la cabeza, pero esta vez me niego a mirarlo. Debo

aprender a ignorar su presencia.

«No está ahí, no está ahí...»

Lucho contra las ganas de girarme para echarle un buen vistazo a su preciosa cara y me pregunto cómo demonios hemos ido a parar de nuevo a Sharp.

Una pregunta idiota.

Es imposible ignorar a un hombre como él.

## Capítulo 7

### JAKE

No se puede proteger a alguien que no quiere que lo protejan. Hace falta obediencia y cooperación, pero ella no me ofrece ni una cosa ni la otra. Y me vienen ganas de retorcerle su atractivo y obstinado pescuezo.

Tras abrazar a su amiga, se dirige a su coche meneando las caderas y me lleva a dar otro paseo por Londres hasta llegar a su piso de Mayfair.

Bajo tras ella al aparcamiento subterráneo y no encuentro ninguna plaza libre. Ella me dirige una mirada burlona mientras saca sus bolsas del maletero del Mercedes, así que aparco pegado a él. No podrá ir a ninguna parte si le bloqueo la salida.

Cuando acaba de recoger sus carpetas y sus bolsas, se da la vuelta y la sonrisa burlona se le borra de golpe al ver lo que he hecho. Bajo del coche con mi bolsa de viaje. He venido preparado. Respondo a su pregunta antes de que pueda formularla.

—Voy a dormir aquí, por si se lo estaba preguntando. Es parte del contrato; su padre fue muy insistente.

Sus preciosos labios forman una mueca de disgusto.

—Esto es una violación de mis derechos humanos.

—Pues quéjese a su padre. Yo sólo cumplo órdenes.

—Bueno, pues le ordeno que me deje en paz.

—Usted no me paga el sueldo, señorita Logan.

—¿Cuánto?

Alzo una ceja.

—Esa información es confidencial.

—¿Está dispuesto a hacer todo lo que le ordene mi padre?

—Dentro de unos límites.

—¿Prepararme un baño está dentro de esos límites? —me pregunta con una sonrisa irónica, y tengo que esforzarme para librarme de las imágenes mentales que su ocurrencia me despierta.

—Depende de si quiere que entre con usted —le suelto, y ladeo la cabeza como si estuviera esperando su respuesta.

A ella se le escapa la risa por la nariz. Está tan graciosa que casi sonrío. Pero luego me mira mal, levanta la barbilla con altivez y se aleja.

—No cabría —replica.

Y ya no me parece tan graciosa.

Me contengo para no poner los ojos en blanco y la sigo. Una puerta de acero macizo da paso a un corredor, cuyas paredes están llenas de grandes espejos con marcos dorados. Lo examino todo a mi paso, confirmando lo que ya sabía por mi investigación previa. Acceso con tarjeta, tres cámaras, dos ascensores, un conserje. Papi es el dueño del edificio entero, y me juego lo que sea a que Camille Logan no le paga el alquiler. Saludo con educación al portero, que me mira con curiosidad y me devuelve el saludo. Luego espero a que llegue el ascensor a más de un metro de distancia de ella. Las puertas de los elevadores tienen cristales. No es fácil apartar la vista de su reflejo, así que me doy la vuelta y sigo examinando el edificio. Hay puertas giratorias, lo que no es muy seguro, y el conserje podría ser gemelo del vejstorio que vigila la entrada de la torre Logan.

Un discreto ping indica la llegada del ascensor. Como un caballero, dejo que Camille entre antes. Justo cuando me dispongo a hacerlo yo, las puertas se me cierran en la cara y estoy a punto de chocar con los cristales. Lo último que veo antes de que se cierren del todo es su sonrisa burlona.

—Me cago en... —susurro soltando la bolsa y apretando los puños.

Inspiro hondo para calmarme, ladeo la cabeza a derecha e izquierda para

relajar el cuello y cierro los ojos, repitiendo mentalmente una frase tranquilizadora, como si fuera un mantra: «No la estrangules, no la estrangules, no la estrangules, joder».

Estoy tentado de dispararme una bala en la cabeza para acabar con todo. ¿En qué mierda de situación me he metido? Cuando llega el otro ascensor, recojo la bolsa del suelo, entro y pulso el botón del último piso. Este trasto va demasiado despacio para mi gusto. No la veo, y no debería perderla de vista en ningún momento.

—Un grano en el culo —murmuro.

Ya me imaginaba que no iba a ser fácil, pero lo que no imaginaba era que fuera a ponerme las cosas tan difíciles por tantos motivos. Motivos molestos, irritantes..., hasta dolorosos.

Cuando al fin llego a lo más alto del edificio, salgo del ascensor y encuentro lo que ya sabía que me encontraría al volver la esquina del pasillo: la puerta del apartamento número 30 bien cerrada. Estoy seguro de que ha echado todos los cerrojos y cadenas posibles. Podría desmontarlo todo en un par de minutos, pero prefiero no usar mis habilidades en la materia y llamar con delicadeza. No me sorprende al no obtener respuesta. Vuelvo a llamar sin perder la compostura. No es fácil, cuando internamente quiero derribar la puerta de una patada y rodearle su esbelto y precioso cuello con las dos manos.

Ella sigue en silencio al otro lado.

—Joder.

Saco la pistola de la funda y apunto a la cerradura, pensando que será mucho más fácil eso que tratar de razonar con esta idiota. Pero un hilo de cordura atraviesa los muros de mi frustración y lo impide.

Suspiro y vuelvo a guardar la pistola en la parte trasera de los pantalones.

—Camille, esta puerta es muy bonita —musito seguro de que está al otro lado, probablemente con la oreja pegada a la madera—. Sería una lástima destrozarla.

Me fijo en que hay mirilla y sonrío. Me inclino despacio hacia delante hasta pegar el ojo a la lupa que hay incrustada en la puerta y me echo a reír cuando oigo ruido al otro lado. Esta chica es un caso.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

—Váyase a la mierda.

Vuelvo a notar una gran tensión en la nuca mientras contemplo cuáles son mis opciones. Puedo romper la puerta y rebajarme a su nivel o mantener la calma y demostrarle que las cosas van a seguir así se ponga como se ponga. Y estoy refiriéndome al anónimo amenazador, no a la química que me ha picado en el culo y no ha parado de mordisquearlo hasta que ha sido imposible de ignorar. Hasta hoy he usado a las mujeres con un objetivo que no tiene nada que ver con la furia ni la frustración, todo lo contrario. Pero es cierto que para no caer en la furia ni la frustración suelo relacionarme con ellas con cuentagotas, en períodos de tiempo muy limitados. Camille Logan ya ha superado ese período.

Miro al suelo enmoquetado y decido que por hoy ya ha habido bastantes fuegos artificiales. Me siento y me preparo para una larga noche. Con la espalda apoyada en la puerta, saco el teléfono y le envío un breve mensaje a Logan para mantenerlo al día. Al final, tengo que aguantarme las ganas de decirle que su hija es más tozuda que una mula. Lo que sí le digo es que el exnovio ha vuelto a la ciudad.

Busco en la lista de contactos y el corazón me da un vuelco al ver el nombre de Abbie. Mi dedo permanece durante unos segundos sobre él, subiendo y bajando indeciso. Ponerme en contacto con ella sólo serviría para una cosa: hacer más vívidos los recuerdos, y eso es justo lo que quiero evitar. Me echo a reír, pero es una risa fría, helada. Los recuerdos siempre están ahí, torturándome día tras día; no necesito alimentarlos. No necesito revivir situaciones que aumentarán la agonía y el odio por una mujer que me hizo pedazos y me empujó a una espiral de autodestrucción.

Dejo el móvil a un lado y apoyo la cabeza en la puerta, mirando al techo para aclararme la mente. Cuando el teléfono suena, lo agradezco, ya que me aparta de mis habituales luchas internas. Es Logan. Antes de responder, apoyo la oreja en la puerta y oigo ruido lejano. No está escuchando.

—Imaginaba que llamaría enseguida —le digo a modo de saludo.

—Sebastian Peters. —Su voz destila puro veneno. No me extraña, después de toda la mierda que leí en internet—. Ese hombre estuvo a punto de acabar

con ella.

—¿Es ésa la razón por la que me ha contratado? —le pregunto sin rodeos; tal vez Camille tuviera razón.

—No, ya sabe por qué lo he contratado; ya ha visto el mensaje. Pero tenga cuidado con Sebastian Peters —añade sin poder ocultar el desprecio y el asco que siente por él. Sí, he visto el mensaje, pero no logro librarme de la sensación de que no lo he visto todo, de que hay algo que se me escapa—. Tiene debilidad por la cocaína. No quiero que mi hija vuelva a tener contacto con esa mierda nunca más.

—De acuerdo —convengo, aunque nadie me dijo que entre mis funciones estaría la de mantener a raya a un exnovio.

Soy guardaespaldas; no terapeuta de parejas. Y mi función no es la de impedir que Camille Logan se meta cocaína por la nariz si le apetece. Pero lo haré.

—Lo llamaré si se presenta alguna otra novedad. Espero que usted haga lo mismo conmigo.

Pongo fin a la llamada antes de que pueda replicar y me muevo de un lado a otro tratando de encontrar una postura cómoda.

Tras pasar diez minutos con las piernas estiradas, levanto las rodillas y apoyo los antebrazos en ellas. Diez minutos más tarde, noto que la pistola se me clava en los riñones y que el culo se me empieza a dormir. Me están pagando por esto, me recuerdo. Me están pagando muy bien. Puedo soportarlo. He soportado cosas mucho peores en sitios mucho peores.

Cierro los ojos y pienso en que voy arrastrándome entre la maleza y los espinos me arañan las mejillas. Sin poder evitarlo, mi mente me ofrece una imagen de Danny y de Mike, muertos sobre el suelo. Noto el intenso dolor de la bala que tengo clavada en el hombro. El hedor a muerte me invade la nariz y los gritos de los inocentes civiles me ensordecen. Luego, una nítida imagen mental del rostro de *ella* me recuerda cómo llegué a esa anarquía; una anarquía que yo mismo había creado.

Abro los ojos y respiro hondo, secándome una gota de sudor de la frente.

—Joder.

«Pues vaya una manera de distraerme...» Maldigo a Camille Logan por no

permitirme hacer bien mi trabajo mientras me llevo la mano a la espalda, saco la pistola y la dejo a un lado. Vuelvo a apoyar la cabeza en la puerta y trato de entretenerme revisando mentalmente toda la información de la que dispongo..., que no es mucha.

Hay un montón de hombres de negocios arruinados por culpa de las opas hostiles de Logan. Cualquiera de ellos podría querer vengarse de él a través de su hija. Por decirlo de manera clara, Trevor Logan tiene un montón de enemigos. Mierda, siento que me he sumergido en un mar de posibilidades y que no tengo ni idea de hacia dónde debería nadar. Y si a eso le añadimos el presentimiento de que Logan me está ocultando información, ya tenemos el lío armado. Luego está el exnovio. Técnicamente no es un sospechoso, pero es una amenaza. ¿Una amenaza? Sí, una amenaza para la salud de Camille, y probablemente también para su vida si le pone las manos encima. Eso lo convierte en una amenaza de igual calibre que la otra amenaza, y como tal lo trataré. Tenemos el anónimo que me enseñó Logan. Demasiado perfecto; ni una arruga.

Cojo el teléfono y le envío un mensaje a Lucinda:

Creo que Logan no nos ha facilitado toda la información relevante. La amenaza estaba impresa en un papel que parecía recién salido del paquete, pero él dijo que había llegado el día anterior por mensajero. Hay que revisar el circuito cerrado de televisión de la torre Logan.

Le doy a «Enviar» y, tal como esperaba, la respuesta me llega segundos después:

Interesante. Me pongo a ello. Por otro lado, he revisado los correos electrónicos de Logan con detenimiento y no he encontrado nada raro. De momento no tengo ningún sospechoso. Todo está limpio como una patena. ¿Y a ti? ¿Cómo te va?

Me echo a reír.

No preguntes. Las mujeres sois muy difíciles. Ya que te pones, búscame todo lo que puedas sobre Sebastian Peters.

Me responde al instante:

¿El ex? ¿Puedo preguntar por qué?

Mi respuesta es simple y educada:

No.

Dejo el teléfono y vuelvo a apoyar los antebrazos en las rodillas y a echar la cabeza hacia atrás, dándole vueltas a la mente. Hay algo en todo esto que me incomoda mucho. Hablando de estar incómodo...

Cambio de postura, frunciendo el ceño, pero dejo de pensar en el incómodo suelo al oír que una de las cerraduras se abre. Me quedo inmóvil escuchando.

Y, de repente, me caigo de espaldas, ya que a mis abdominales no les da tiempo a reaccionar para sostenerme. Estoy tumbado boca arriba en el suelo, contemplando el par de piernas más increíbles que he visto nunca. Parece que no tengan fin. Empiezan en unos preciosos dedos de los pies con las uñas pintadas de rosa y unos estrechos tobillos que llevan a unas esbeltas pantorrillas. Creo que son las pantorrillas más perfectas que he visto. Y esos muslos... Noto un cosquilleo en las puntas de mis dedos, que se mueren de ganas de acariciarlos. Por debajo de la camiseta blanca, que le queda demasiado grande, le asoman las bragas, que son de encaje rosa. La frase que lleva impresa en la camiseta me hace sonreír:

A MÍ NO SE ME IGNORA.

¿Se la habrá puesto a propósito? «No, señorita Logan, está claro que no.» Y menos ahora. ¿Qué demonios pretende hacer conmigo?

Mierda, tengo que calmarme antes de que nos maten a los dos por mi culpa. La distracción es la mejor manera de llegar a tu objetivo. Y, ahora mismo, si alguien quisiera llegar a Camille Logan lo tendría muy fácil, porque estoy distraído como un idiota. La melena rubia le cae sobre los hombros, tapándole el pecho perfecto que esconde bajo la camiseta. Al mirarla a la

cara, veo que se ha quitado el maquillaje. La polla me da un brinco bajo los pantalones. Joder, esta mujer es una obra de arte. Siento el impulso de decirle que se deje de líos y se olvide de usar maquillaje: no lo necesita.

Inclina la cara hacia mí y me mira de arriba abajo. Se cruza de brazos, lo que hace que la tela de la camiseta se ciña a sus curvas. Mi polla saltarina se endurece al instante.

—¿Por qué lleva una pistola? —me pregunta señalando la Heckler con la barbilla, lo que hace que recuerde dónde está. Su pregunta también me hace recordar qué hago yo allí.

Me levanto con agilidad, recogiendo la pistola por el camino, y me la guardo a la espalda.

—Para dispararle con ella cuando vuelva a tocarme las narices.

Camille frunce el ceño y arruga su naricita. Bien, que me odie, así todo será más fácil.

—Es usted un auténtico encanto. —Resopla y da media vuelta, castigándome con la imagen de sus piernas desnudas por detrás—. Será mejor que pase.

Alzo mucho las cejas sorprendido. ¿Qué ha cambiado? No lo sé, pero no pienso protestar. El culo todavía me hormiguea, volviendo a la vida. Recojo la bolsa y entro despacio en... el infierno.

Miro a mi alrededor alarmado, aunque no deajo que se note. Aunque da una imagen impecable de cara al exterior, esta mujer es un auténtico desastre. Todo está cubierto de objetos femeninos: hay zapatos, bolsos, ropa, maquillaje... sobre las sillas y también en el sofá. Y luego están los dibujos, los trozos de tela y los papeles esparcidos por todas partes, incluido el suelo. ¿Cómo puede vivir así? Supongo que alguien vendrá a limpiar. No sabría decir qué estilo tiene el piso, porque todo está hecho un desastre. A juzgar por las paredes, blancas y libres de objetos relacionados con la moda, diría que es minimalista. ¿Minimalista? Me agunto la risa. Debía de serlo antes de que Camille Logan entrara en él. Mi pasado militar protesta ante tanto desorden. Abriéndome camino entre un mar de ropa, deajo la bolsa sobre una mesa donde veo laca de uñas de todos los colores posibles. Inmediatamente distingo la que lleva en los pies: rosa pálido. Sutil y muy femenino.

—Puede dormir aquí —me indica.

Al volverme hacia ella veo que se ha inclinado sobre el sofá para retirar más ropa y casi me vuelvo bizco. ¡Hostia, me está matando!

—Yo me encargo —digo. Lo que sea para que deje de inclinarse así—. Permítame —insisto apartándola de en medio con un golpe de cadera.

—Vale —accede molesta mientras vuelve a su dormitorio—. Joder, menudo caballero.

Sin hacer caso de su insolente comentario, me saco la pistola de los pantalones y la dejo sobre el brazo del sofá. Me quito los zapatos mientras me desabrocho la bragueta. Entonces me doy cuenta de que Camille no ha cerrado del todo la puerta. Ese gesto tan inocente me tranquiliza un poco. Ya que no puedo dormir en la misma habitación, esto es mejor que nada.

Me aflojo la corbata y me desabrocho la camisa. Luego paso cinco minutos buscando un sitio libre donde colgarlas antes de rendirme y colocarlas lo mejor que puedo sobre el montón de ropa que hay en la silla. Vuelvo al sofá, me siento y me froto la cara con las manos, suspirando. La noche va a ser larga.

—Esa mujer tiene ganas de que la maten —murmuro.

Ella busca mi mirada a través del hueco de la puerta mientras se mueve por su habitación. Tengo que apartar la mirada. Debo cerrar los ojos y actuar como si no estuviera ahí. Pero la maldita mujer echa por tierra mi plan colocándose de espaldas frente a la puerta. Lentamente, demasiado lentamente para que sea un gesto inocente, se quita la camiseta por encima de la cabeza y la tira a un lado.

Contengo el aliento. La visión de esa superficie de piel pálida me acompañará mientras viva. Dios... Me muevo a un lado y a otro y llevo una mano a mi polla, que palpita a su ritmo. He subestimado a esa mujer. Lo de dejar la puerta entreabierta no tenía ni un pelo de inocente. Está jugando conmigo. Tal vez sea yo el que tenga instinto suicida.

Entonces desaparece de mi vista y todo el aire que había estado conteniendo sale disparado. El corazón me late desbocado en el pecho. Saco las pastillas de la bolsa y me trago una esperando que me libren no sólo de las pesadillas, sino también de mi nueva clienta.

## Capítulo 8

### CAMI

Fuera aún está oscuro, pero el canto de los pájaros anuncia la llegada de la mañana. No he pegado ojo. Me ha sido imposible relajarme y dormirme sabiendo que él estaba en la habitación de al lado. Con una pistola. Nunca había visto una de verdad. Le sienta bien, demasiado, pero es que a ese hombre le sienta bien todo.

Me noto los ojos hinchados; seguro que los tengo como tomates. No es la mejor manera de presentarme ante mi agente, con quien tengo una reunión esta mañana, pero es que me he pasado buena parte de la noche buscando información sobre Jake Sharp en el iPhone. Sentía la necesidad de indagar todo lo posible para compensar, ya que él sabía tantas cosas de mí. No he encontrado nada, aunque en Imágenes de Google me salieron fotos suyas acompañando a varios famosos. Estaba en segundo plano, con aspecto impasible, pero, aparte de eso, nada más, lo que me frustra más de lo que me apetece reconocer.

¿Qué historia esconde ese hombre?

Me resultaría más fácil odiarlo si no me sintiera tan locamente atraída por él. Debe de tener unos treinta y cinco años, aunque lo único que me da una pista respecto a su edad son las canas que tiene en las sienes y su obvia experiencia en el trabajo.

Me pongo de lado y miro por el hueco de la puerta entreabierto. Sé que me vio anoche cuando me desnudé descaradamente antes de meterme en la cama. La verdad es que aún no sé qué mosca me picó para hacer lo que hice. Ni idea, supongo que necesitaba asegurarme de que él también sentía por mí esta incómoda atracción que yo siento por él.

Alargo el cuello hasta que distingo algo en el salón: una pierna; en concreto, su pierna desnuda y estirada sobre el sofá. Inspiro hondo sin poder apartar la mirada. Veo su vello oscuro, que va desde el tobillo hasta debajo de la rodilla. Necesito verle también el muslo, por lo que me apoyo en la cama y me inclino hacia fuera, pero me siento decepcionada cuando él cambia de postura y ya no le veo la larga y esbelta pierna. Haciendo una mueca, me inclino un poco más, despacio y con cuidado, hasta que diviso de nuevo el pie.

—¡Mierda! —La mano me resbala en el borde del colchón y me caigo al suelo—. ¡Ay! —me quejo con la cara aplastada contra la moqueta, las piernas sobre la cama y el cuerpo colgando.

Hago una mueca y contengo el aliento, esperando a que él entre en cualquier instante dispuesto a neutralizar la amenaza, pero la única amenaza que hay aquí es la de mis ojos ansiosos.

—Idiota —murmuro empujando contra el suelo para volver a la cama.

Se supone que ese hombre es el mejor agente en seguridad privada... ¡Pues vaya! Ni siquiera ha venido a ver qué me pasaba. Ahora podría estar en la cama con una pistola apuntándome a la cabeza.

—Idiota —repito, aunque esta vez el insulto va dirigido al pecaminoso y delicioso hombre tumbado en mi sofá, probablemente desnudo.

«Tumbado en mi sofá...

»Probablemente desnudo...»

—Oh, Dios...

Me levanto y me acerco a la puerta como si una fuerza invisible me atrajera de manera inevitable. Me pongo la camiseta y me aproximo aún más hasta que puedo verlo por completo. ¡Que Dios se apiade de mí! Está tumbado de espaldas, con los brazos por encima de la cabeza y la cara oculta en uno de sus bíceps. Está dormido.

*Duro* es el adjetivo que me viene a la mente al verlo, seguido de cerca por

*peligroso*, y luego por las palabras *obra de arte*. Estoy temblando y noto el pulso latiéndome en los oídos. Es tan ruidoso que no me deja oír la voz que grita dentro de mi cabeza, ordenándome que cierre la puerta en vez de abrirla más para poder salir de la habitación sin hacer ruido.

Una vez en el salón, me acerco con pasos cortos a la sombra durmiente, deseando poder contemplar su perfección con más detalle, desde más cerca. Llego a su lado sin que él dé la menor señal de vida. Parece sereno, y es mucho más guapo al no tener esa dureza que le confiere la mirada cuando está despierto. Podría pasarme toda la eternidad tan sólo observando su rostro. Tiene el pelo alborotado y la barba de un día le cubre la mandíbula afilada. Es guapísimo, masculino, primitivo, rudo.

Aparto la vista de ese precioso rostro y voy bajando por su torso. Aunque sus músculos están relajados, siguen siendo prominentes y definidos bajo el vello oscuro. Cuando llego a la entrepierna doy las gracias —a medias— por que no se haya quitado el bóxer. La tela negra le rodea las caderas y se ajusta a los gruesos muslos. Este hombre no tiene ni un gramo de grasa. Es tan perfecto que podrían exhibirlo en el circo. Ha elevado eso de «menos es más» a la categoría de arte.

Estoy lo bastante cerca como para apreciarlo todo con detalle, pero aun así me inclino un poco más, conteniendo la respiración. Sé que, si respiro, mi aliento le rozará la piel y se despertará. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no alargar la mano y tocarlo. Me fijo en la cicatriz que tiene en el hombro. No es muy escandalosa, es una marca plateada en su piel casi perfecta. Me inclino un poco más, llevada por la curiosidad.

Y entonces él se mueve.

Todo pasa tan deprisa que ni siquiera me da tiempo a gritar sobresaltada. Sólo cuando ya estoy tumbada en el suelo y he parpadeado varias veces para aclararme la vista soy consciente de dónde estoy.

Debajo de él.

Con su piel desnuda pegada a mi delgada camiseta.

La poca sensatez que me queda me está diciendo que proteste, que me libere y salga de ahí, pero es que se está tan bien así, con su cuerpo sobre el mío, firme, fuerte, cálido y seguro...

Me está mirando sin expresión y sus ojos oscuros me queman la piel, hasta que noto un calor que me sube desde el cuello hasta las mejillas. A pesar de mi incapacidad para moverme, la respiración alterada consigue que mi pecho suba y baje y que mi piel roce la suya. Oh, Dios mío, noto su erección presionándome contra el muslo. Mis pezones zumban, y probablemente le están enviando descargas eléctricas directas al pecho. Me sujeta por las muñecas, que tengo clavadas al suelo por encima de la cabeza. Soy su prisionera y estoy esperando a ver qué decide hacer conmigo. ¿Qué será?

«¡Bésame!»

Joder, ¿de verdad he pensado eso? Eso parece, porque las palabras no dejan de saltarme en la mente una y otra vez. Quiero que me bese, que me fuerce, que se clave en mí con su cuerpo poderoso. Hasta hoy nunca había experimentado una atracción instantánea como ésta. No a este nivel. Esto es nuevo, es algo salvaje y peligroso que trato de contener, pero me resulta casi imposible. Estoy desesperada y, a juzgar por la larga y dura erección que se me clava en el muslo, diría que a él le pasa lo mismo.

Busco sus ojos para saber qué piensa, pero me frustro aún más al encontrar sólo dos pozos oscuros y vacíos devolviéndome la mirada. Sin embargo, entonces algo cambia y la frustración le hace fruncir el ceño. Se queda inmóvil y me doy cuenta de que está conteniendo la respiración.

Se traga el aire que estaba aguantando, cambia de postura y hace una mueca cuando su polla vuelve a rozarme el muslo. Se aparta de mí con rapidez, demostrando una fuerza de voluntad que a mí me ha abandonado. Me suelta las muñecas y usa las manos para levantarse, dejándome con una absurda sensación de abandono.

—¿Me ha mirado a gusto? —me pregunta mientras se aparta.

Siento como si acabara de abofetearme. El deseo desaparece de golpe ante su brusquedad y me pongo a la defensiva.

—¿Siempre duerme medio desnudo en el sofá de sus clientes? —replico secamente mientras me levanto y me cubro el pecho con los brazos.

Vuelvo a mi habitación sintiéndome idiota perdida. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Y ¿usted siempre se cae de la cama? —me pregunta él por encima del

hombro.

Hago una mueca de rabia y maldigo en silencio al percatarme de que estaba despierto todo el rato. Por supuesto que lo estaba. Si hubiera pensado que era un intruso, en vez de clavarme al suelo, me habría clavado la pistola en la sien. Y ni siquiera ha cogido la pistola. Me ha cogido a mí. Primero estaba aturdido y luego... se ha enfadado... conmigo. Se me forma un nudo en el estómago que no logro entender. Cierro la puerta del dormitorio, me apoyo en ella y miro al techo, sintiéndome como una auténtica imbécil.

«¡Idiota!», me grito. Me obligo a sentarme en la cama y paso un buen rato intentando recuperar la sensatez. Que Jake Sharp vaya a ser mi sombra va a resultar más complicado de lo que me imaginaba.

Después de ducharme y de arreglarme, salgo de la habitación. Llevo unos shorts vaqueros, un top que deja los hombros al aire y unas chanclas. Mientras me recojo el pelo a medio secar, busco con la mirada a Sharp por el salón y luego en la cocina.

Lo encuentro apoyado en la encimera. Se ha duchado y está obscenamente fresco y atractivo. Se ha puesto unos vaqueros gastados y una camiseta negra de cuello redondo. Ajá, veo que ha encontrado el otro dormitorio. Cuando entro, me mira, pero no se separa el móvil de la oreja. Aparto la vista con rapidez y me dirijo a la nevera, de donde saco el zumo de uva y vacío la botella de un trago.

—Lo agradezco —dice, aunque no suena agradecido en absoluto—, adiós.

Sigo dándole la espalda, porque continúo muerta de vergüenza por haberme ofrecido a él en bandeja y porque él me ha rechazado. Si por casualidad no pensaba que era una niña idiota antes, seguro que ahora ya lo piensa.

Oigo un movimiento a mi espalda, seguido de una discreta tos. Tapo la botella mientras mentalmente empiezo a localizar todas las cosas que necesito.

—No mencionó que había una habitación libre... con baño —señala en tono neutro. Aunque su voz no deja entrever una crítica, sé que la hay—. De hecho, esa habitación está ordenada.

Ahí está la crítica. Pero si el apartamento está desordenado es porque Heather y yo hemos estado muy ocupadas perfeccionando nuestros diseños, buscando telas e ideas para la campaña de marketing. No obstante, no le debo ninguna explicación, así que guardo silencio y voy a buscar el bolso. Cuando lo encuentro, me dirijo a la puerta, colgándomelo del hombro por el camino.

Pongo la mano en el pomo y trato de abrirla, pero él me lo impide apoyando la suya en la madera. Pego un brinco y me maldigo por perder la compostura de este modo.

—Ya que yo he aceptado sus reglas de convivencia, al menos tenga la decencia de seguir alguna de las mías —dice a mi espalda, manteniendo la puerta cerrada por encima de mi hombro. Frunzo el ceño con la mirada fija en la madera y permanezco en silencio—. No vuelva a acercarse a mí sigilosamente nunca más —añade.

En cuanto aparta la mano de la puerta, la abro y salgo rápidamente al pasillo, tratando de librarme de las cosquillas que me ha provocado su cercanía.

—¿Se olvida de quién trabaja para quién? —le suelto pasando de largo el ascensor y dirigiéndome a la escalera.

No pienso estar quieta y encerrada con él; necesito distancia, necesito movimiento.

Él no me responde; no da muestras de haberme oído. Me sigue en silencio. Bien, eso es que respeta mis límites. Nada de hablar.

Entro en el aparcamiento subterráneo y apunto con el llavero hacia el Mercedes.

—¿Puede apartar el coche? —le pregunto por encima del hombro.

—Iremos con el mío —me responde con calma.

—Sé conducir sola.

Abro la puerta y lanzo el bolso antes de sentarme. Arranco el motor y me pongo el cinturón de seguridad mientras miro por el retrovisor. Sharp entra en el Range Rover y profiero un sonido aprobatorio con los labios apretados, satisfecha de mí misma. Tal vez ha decidido que no puede soportar estar tan cerca de mí y se ha echado atrás en su regla de viajar juntos. Genial.

Espero, con las manos en el volante, a que mueva su enorme vehículo,

pero dos minutos más tarde sigue parado y mi paciencia está empezando a agotarse. Aprieto los dientes y, poco después, toco el claxon con rabia. No sirve de nada. Sharp sigue sentado en su asiento mirando su teléfono, como si la cosa no fuera con él.

—Gilipollas —murmuro abriendo la puerta, saliendo del coche y acercándome a su ventanilla.

Golpeo con los nudillos y él baja el cristal sin dejar de observar la pantalla del móvil.

—Muévase —le ordeno con sequedad.

—No —contesta, y vuelve a subir la ventanilla.

Me lo quedo mirando boquiabierto, pero él no parece darse cuenta de mi indignación.

Golpeo el cristal con el puño y vuelve a bajarlo sin soltar el teléfono.

—Tengo una reunión con mi agente a las once —le digo con toda la calma que logro reunir—, no tengo tiempo para esto.

—Pues le sugiero que deje de poner dificultades y suba al coche.

La ventanilla vuelve a elevarse, por lo que no puedo meter las manos por el hueco y estrangular a este cabronazo.

Con un grito de frustración, vuelvo al Mercedes a grandes zancadas, pesco el bolso y cierro dando un portazo. ¡Es el hombre más irritante que he conocido nunca!

Me subo a su coche y prácticamente me sale humo de las orejas. Me echo hacia atrás con rabia y busco mi móvil en el bolso. Sharp se pone en marcha sin decir una palabra mientras yo llamo a mi padre. No puedo más; esto no es justo.

—Camille. —La voz severa de papá no me calma. Sólo me recuerda quién es y que mis protestas no van a servir.

De todos modos, lo intento.

—Papá —en vez de dirigirle el discurso descarado que seguro que está esperando, opto por la dulzura—, agradezco mucho tu preocupación, pero no puedo tener a este tipo siguiéndome todo el rato. Tengo trabajo, reuniones, cosas..., y me molesta.

—Camille, ya te dije que no era negociable.

—¿Es por Sebastian? —le planteo—. Porque te aseguro que no tengo intención de volver a verlo nunca más.

—No, no es por Sebastian; es por una amenaza que no me gusta. Sharp estará contigo hasta que descubramos quién la envió.

—Pero...

—Camille, ahora no tengo tiempo —me interrumpe, lo que hace que se me active mi sonrisa irónica, esa que es igual que la de Elvis—. Sharp no va a ir a ninguna parte, y no se hable más. —Corta la llamada y yo lanzo el móvil al interior del bolso muy enfadada.

Siempre he desafiado a mi padre. Siempre he hecho lo que yo quería y no lo que quería ese maniático del control. Ésta es la primera vez que no puedo salirme con la mía. A menos que me cargue a Sharp, no puedo librarme de él, y no soporto esta sensación de impotencia.

Lo miro discretamente con el rabillo del ojo y veo su perfil. Tiene los ojos clavados en la calzada. Mientras hablaba como si él no estuviera delante, no se ha inmutado. Eso es lo que tengo que hacer yo: actuar como si él no existiera. No puedo quedarme embobada admirándolo cada dos por tres: es muy molesto y poco práctico.

No puedo volver a mirarle el pecho ni esos poderosos músculos, ni puedo seguir haciéndome preguntas sobre él. De ninguna de las maneras. Él me mira y me quiero morir porque estoy haciendo justo todo lo que no quiero hacer y él me ha pillado haciéndolo. Lo oigo aguantarse la risa y lo fulmino con la mirada, pero, al hacerlo, las canas de sus sienes me llaman la atención.

—¿Cuántos años tiene, por cierto? —le pregunto sin pensar, y luego vuelvo a morirme de la vergüenza.

—Treinta y cinco. —Me mira divertido—. ¿Y usted?

Frunzo todavía más el ceño. Odio que me tome el pelo. Lo sabe todo sobre mí; no necesita preguntarme la edad. Me vuelvo y no le respondo.

—¿Dónde está la oficina de su agente? —me consulta mientras gira en la dirección correcta, lo que me dice que sabe exactamente adónde vamos y que lo único que pretende es hacerme hablar.

Precisamente por eso aprieto los labios, ignorándolo otra vez. Me está haciendo la vida imposible y pienso pagarle con la misma moneda. Cuando

acabe el día será él quien pida dejar el trabajo.

Nos detenemos frente a la entrada de la oficina de Kerry, mi agente, en Hatton Garden, y salto del coche al tiempo que cierro la puerta sin decir una palabra. Distingo a Heather, que me está esperando en la puerta, y me acerco a ella con rapidez, sin hacer caso de la sonrisilla que me dirige cuando ve a Sharp. Me abraza y empieza a decir:

—¿Qué tal con...?

—No preguntes —le advierto apartándome de ella y abriendo la puerta.

Sé que nos sigue a escasa distancia mientras subimos al primer piso y entramos a la oficina de mi agente. Cuando ella lo ve y se le abren unos ojos como platos, sé que voy a tener que dar explicaciones. Como ya he dicho, ese hombre es imposible de ignorar.

—Es temporal —asevero acercándome a su mesa y sentándome.

Heather se sienta a mi lado.

—Papi ha estado tocándole las narices a alguien otra vez —comenta.

Mi agente se ríe; no le extraña nada.

—El bueno de papi...

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunto tratando de centrarme en el trabajo, que me encanta. No se me ocurre mejor manera de olvidarme de Sharp, que está en alguna parte, a mi espalda.

Kerry se sienta también y me pasa un portafolios por encima de la mesa.

—No te importa que toque unos temas con Camille, ¿verdad? —le comenta a Heather.

—No os preocupéis por mí —responde mi amiga, moviendo una mano en el aire y mirando por encima del hombro—. Seguro que encuentro algo con lo que entretenerme.

Le doy una palmada en la rodilla y ella se encoge de hombros y vuelve a mirar hacia Kerry a regañadientes. Mi agente se ha vuelto a quedar con la mirada fija a mi espalda. Toso para sacarla del trance.

—¡Bien! —Kerry se pone en modo profesional—. Levi's lanza una nueva línea y quieren tus piernas para sus vaqueros.

—Oooh... —Abro el portafolios y lo hojeo, sin hacer caso de Heather, que se está volviendo otra vez para comerse a mi guardaespaldas con los ojos.

—Y Dior lanza una nueva crema milagrosa. Eres la primera en su lista de rubias para anunciarla. —Kerry guiña un ojo, señalándome la cara—. Tienes el cutis más perfecto de la profesión.

Heather se echa a reír y nos mira.

—¿Qué más da? Igualmente la maquillarán como a una puerta.

Kerry se pasa las manos por el pelo, que lleva suelto con un corte muy formal.

—¿Estás interesada?

—¡Por supuesto! —exclamo—. ¿Cuáles son los temas?

Dejo el portafolios en la mesa y veo que los ojos de mi agente no paran de desviarse hacia un punto a mi espalda. Me pregunto qué estará haciendo Jake. ¿Será posible que Kerry se esté ruborizando? ¿Mi agente, esa tipa dura que nunca demuestra sus emociones? Con el ceño fruncido, giro el cuello con discreción. Jake está junto a la puerta, con las manos cruzadas por delante y con un aspecto jodidamente espectacular. Ese hombre es un pecado andante. Me vuelvo de nuevo hacia Kerry antes de que mis ojos se queden enganchados ante tanta belleza.

—¿Los temas? —insisto.

Ella me mira.

—¡Oh, sí, claro, los temas! —Está sofocada, buscando papeles en su mesa mientras Heather no puede aguantarse la risa. Es la primera vez que veo a Kerry ruborizada. Supongo que eso debería consolarme; no soy yo sola la que piensa que el capullo arrogante está como un queso—. ¡Aquí está! —Coge una hoja de papel y empieza a cantarme los temas—. Levi's vuelve a las raíces. La campaña está basada en los ranchos. Habrá vaqueros, botas, sombreros, esas cosas. Lo de Dior es mucho más minimalista. Un poco de maquillaje, casi sin tener que actuar, ya sabes de qué va.

—¡Suena bien! —Justo lo que necesitaba: nuevos proyectos para animarme un poco.

—Genial, pues empezaré las negociaciones. ¿Alguna condición?

—Sí —contesta Heather—. Quiere un bol lleno de Smarties de naranja y

que la temperatura ambiental sea de diecinueve grados, ni uno menos. —Lo dice tan seria que me echo a reír.

Kerry, que estaba anotando algo —y que no era lo que Heather estaba diciendo, por supuesto—, levanta la cabeza.

—Sabes que, si me lo pidieras, te lo conseguiría.

—Lo sé —replico sonriendo—, pero no me gustan los Smarties de naranja y siempre puedo ponerme un albornoz si tengo frío.

—Dios, es tan fácil tratar contigo... —Kerry vuelve a anotar—. Te llamaré cuando tenga los detalles.

—Perfecto, y ahora hablemos de esos nuevos inversores potenciales —le digo, y no me gusta el brillo de advertencia que veo en su mirada—. ¿Qué pasa?

—Eso —Heather se echa hacia delante—, ¿qué pasa?

—Bueno... —Mi agente carraspea para ganar tiempo.

—Kerry, suéltalo de una vez.

—Quieren trabajar contigo, Camille, de verdad que sí. Les parece genial que tú estés al frente de la campaña; incluso han aceptado que la colección se elabore para todas las tallas...

—¿Pero? —preguntamos Heather y yo al unísono.

—Pero no tendríais poder de decisión sobre los diseños —se muerde el labio—, las telas ni los accesorios.

Me desinflo en la silla.

—Vamos, que básicamente lo que quieren es que ponga la cara y el cuerpo para vender una colección de ropa en la que lo único nuestro será el nombre porque no podremos opinar sobre nada.

—Y ¿qué pinto yo entonces? —suelta Heather indignada.

—Nada —responde Kerry, dejando a mi amiga clavada en la silla. Veo que el dolor altera su preciosa cara—. Lo siento, pero a pesar de todo sigue siendo una gran oportunidad, Camille. Ofrecen mucho dinero. —Empuja otro portafolios en mi dirección.

Le acaricio el brazo a mi amiga mientras le dirijo a mi agente una mirada cansada. ¿De verdad cree que voy a aceptar algo así?

—Kerry, esto sería como hacer de modelo pero cambiándole el nombre.

¿Pretenden que deje en la cuneta a mi amiga y socia? Tenemos cientos de bocetos; algunos son geniales.

Mi agente aprieta los labios, mostrando una mínima compasión.

—Echa un vistazo a lo que te ofrecen —insiste dando golpecitos en el portafolios. Lo acepto poniendo los ojos en blanco—. Tienen mucho interés.

Me levanto, cojo el bolso, echo el portafolios dentro de cualquier manera y le doy un empujón a mi amiga para sacarla del trance en que la ha sumido el dolor. Se levanta lentamente.

—Llámame cuando tengas los detalles de las campañas de Levi's y Dior.

Giro sobre mis talones y mi abatimiento crece cuando me encuentro a Sharp. Nuestras miradas se cruzan un instante, pero esta vez él es el primero en apartarla, ya que se mueve y me abre la puerta. Se lo agradezco y le doy un empujón a Heather para que pase delante de mí.

—No me quieren —murmura mi amiga, bajando la escalera como si le pesaran mucho los pies—. Te quieren a ti, pero a mí no.

—Somos un equipo —le recuerdo—. Si no estamos las dos involucradas, no se firma nada. No pienso embarcarme en esto sola.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De verdad lo piensas?

—¡Claro! Heather, eres una modista increíble. Tienes una gran visión para los detalles, las texturas, los contrastes... No quiero trabajar con nadie que no seas tú.

Y eso por no hablar de todo lo que esta chica ha hecho por mí. Ha estado a mi lado en lo bueno y en lo malo, dándome la mano en los momentos más oscuros. Nunca ha tirado la toalla conmigo; se lo debo todo. Si hoy estoy donde estoy es porque ella no se rindió, y nunca lo voy a olvidar por mucho dinero que me ofrezcan.

Veo que las dudas se evaporan de su expresión y se abalanza sobre mí.

—Gracias.

Dejo que me apretuje, sonriendo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Comeré con mi madre. ¿Te apuntas? —me suelta y se estira la ropa.

Me lo planteo durante unos instantes, preguntándome si hacerle eso a

Sharp será lo bastante horrible como para que quiera dejar el empleo.

—No, pero gracias. —Necesito algo mucho más insoportable, no para mí, sino para Jake. Sonríe disimuladamente—. ¿Haces algo esta noche?

—¿Te apetece salir?

—¿Qué te parece una noche de chicas? ¿Vino, manicura y comer porquerías mientras vemos algo muy femenino en la tele? —Sharp lo odiará, ya me aseguraré de ello—. Y podríamos hacer algún diseño nuevo.

—¡Me encanta la idea!

—¿En mi casa a las seis?

—¡Genial! —De un salto, se planta en medio de la calzada y para un taxi—. ¡Nos vemos allí!

Me despido de ella con la mano y al volverme me encuentro con que Sharp tiene el ceño fruncido. Sin embargo, no me está mirando a mí; está observando algo en la acera de enfrente. Me pregunto qué será lo que le habrá llamado la atención, pero al seguir la dirección de su mirada sólo veo una hilera de coches aparcados.

—Espere aquí —me ordena con brusquedad, dirigiéndose hacia allí. Está totalmente concentrado, alerta, en tensión.

—Jake, ¿qué...? —dejo la frase a medias al comprobar que echa a correr.

Frunzo el ceño perpleja, pero luego veo que una furgoneta blanca se pone en marcha y acelera calle abajo.

Jake afloja la carrera hasta detenerse por completo. Mientras la furgoneta desaparece al doblar la esquina, se lleva la mano al bolsillo y empieza a hablar por teléfono al tiempo que se dirige de vuelta hacia mí.

—Una furgoneta blanca. No he visto la matrícula ni ninguna cara. Tal vez no sea nada. —Cuelga y me lo quedo mirando divertida—. ¿Qué pasa? —me pregunta mientras vuelve a guardarse el móvil en el bolsillo.

—Sólo era alguien aparcado en la calle...

—Ha salido disparado a toda velocidad.

—Yo también lo haría si viera a alguien como usted acercándose. —Sacudo la cabeza y lo rodeo. Menudo paranoico.

Noto que me sigue mientras cruzo la calle en dirección a su Range Rover, pero antes de poder acelerar para poner más distancia entre ambos, la

aparición de una cara familiar hace que me detenga en seco. Sharp choca contra mi espalda y suelta una maldición mientras yo estoy a punto de caerme de boca.

—¡Cuidado! —le grito fulminándolo con la mirada por encima del hombro para ignorar las chispas que han saltado con nuestro contacto.

Él se aparta de inmediato. La barbilla le tiembla de tanto apretar los dientes, pero no aparta la mirada.

—Lo siento.

Soy yo la que acaba apartándola, y busco al causante de que me haya detenido de esa manera.

—¡TJ! —chillo corriendo hacia mi hermano.

—¡Eh, estrellita!

Se echa a reír cuando me abalanzo sobre él y me rodea con los brazos. Es curioso, pero ese mote no me molesta de igual manera cuando es TJ quien lo usa. ¡Me alegro tanto de verlo! Es difícil encontrar un momento para hablar de nuestras cosas, sobre todo porque papá lo explota. No es que a TJ le importe mucho. Disfruta sabiendo que mi padre confía plenamente en él. Le gusta tener responsabilidades. Nuestro padre lo ha educado para que sea su sucesor en todos sus negocios, pero TJ no tiene su vena implacable.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me aparta y me da un descarado pellizco en la mejilla.

—Vengo de la tintorería, de recoger el traje. —Me enseña la bolsa—. Ahora voy al despacho del abogado; he quedado con papá.

No me sorprende. Cada semana van al abogado.

—¿Quién lo ha demandado esta vez?

—¡El mundo entero! —TJ ríe—. ¿Cómo te va, peque?

—Bien —respondo enseguida. TJ sabrá de qué va la cosa. Papá lo comparte todo con él—. ¿A ti también te persigue una máquina de matar a todas partes?

Él me da un golpecito en el hombro, me agarra por el cuello y me revuelve el pelo.

—¿Te has puesto las bragas de graciosa esta mañana?

—¡Eh! —exclamo, e intento liberarme, pero cuando me aparto el pelo de

la cara ya no veo a mi hermano.

Porque Sharp ha interpuesto su enorme cuerpo entre los dos.

Está tan pegado a mí que tengo que elevar mucho la cara para verle la nuca, y noto los músculos que se le marcan bajo la camiseta negra.

—¿Usted es...? —pregunta en un tono cargado de desconfianza y hostilidad.

¿En serio? ¿Es que este hombre no puede ser cordial y educado con nadie? Además, ahora que lo pienso, seguro que sabe quién es TJ. Debe de haber visto fotografías tuyas en la investigación de mi entorno que seguro que ha hecho. Por no mencionar que mi hermano es una fotocopia de mi padre. Sharp está haciendo el numerito. ¿Qué le pasa? ¿Sigue tenso por lo de la furgoneta?

Me apoyo en su brazo y, con esfuerzo, lo echo a un lado. O, mejor dicho, lo intento, porque, aunque lo empujo con todas mis fuerzas, no se mueve ni un milímetro.

—Es mi hermano —le informo. Suspirando, me pongo yo a un lado para poder volver a ver a TJ, ya que Sharp no parece tener intención de hacerlo.

Como es normal, la expresión de TJ es de alarma.

—Vaya, ésta es la máquina de matar, supongo. —Le ofrece la mano—. Encantado de conocerlo, señor Sharp.

Me parece oír un gruñido que brota de la garganta de mi guardaespaldas mientras le da la mano a mi hermano. Le dirige una mirada asesina, y TJ, que es más bajo que yo, tiene que dar un paso atrás para no desnucarse si quiere mirarlo a los ojos.

—Lo mismo digo —replica Jake con brusquedad y sin rastro de sinceridad en su tono.

TJ libera la mano con esfuerzo de su garra y me mira con curiosidad. Doy un paso adelante y lo cojo del brazo. A él no me cuesta desplazarlo. TJ suelta una risa nerviosa.

—Papá no mentía cuando me dijo que no lo había contratado porque le gustara. ¡Menudo capullo!

Nos detenemos y yo profiero un sonido de aprobación con los labios apretados. Miro por encima del hombro y veo que Jake no para de observar a su alrededor. Me está poniendo nerviosa.

—En todo caso —sigue hablando TJ, haciéndome apartar la mirada de Sharp. Mi hermano está muy serio, así que ya sé de qué me va a hablar—, he oído que alguien ha salido de rehabilitación.

—Qué curioso, yo también lo he oído.

—Camille —me advierte, y noto por su tono de voz que está cansado—, estamos preocupados por...

Levanto la mano para interrumpirlo.

—Rompí con él —digo enfatizando las sílabas. No es que me cueste pronunciarlas, es que estoy harta de repetir lo mismo una y otra vez.

Cuando Heather me dijo que Seb había vuelto a la ciudad, me preocupé, pero ya no. He cambiado la preocupación por determinación. No será fácil que me lo encuentre por casualidad y, además, por lo que he oído, no creo que tarden en volver a encerrarlo.

—Es curioso que papá contrate a un guardaespaldas para que me proteja el mismo día que Seb sale de rehabilitación —comento enarcando una ceja acusatoria.

TJ me imita, pero su gesto es de advertencia.

—Ví la nota de amenaza, peque. No podemos permitir que nuestra estrellita corra peligro.

—¿Qué decía, por cierto? Y ¿quién la envió?

—No importa lo que decía. Y, si supiéramos quién ha sido, ¿no crees que ya habríamos hecho algo al respecto?

Suspiro derrotada. Sé que los negocios no son lo mío, incluso cuando me afectan de manera tan directa.

—¿Quieres un café? —Señalo una cafetería en la acera de enfrente.

—Otro día. Llego tarde a la reunión. —En ese momento, su teléfono empieza a sonar. Sonriendo, me lo muestra y veo la palabra *Papá* en la pantalla—. Llevo treinta segundos de retraso. —Me besa en la frente antes de dirigirse hacia su coche, manteniéndose a una distancia prudente de mi descomunal guardaespaldas—. Cuide de nuestra chica —le dice a Sharp, como un buen hermano.

Eso me hace sentir bien, hasta que veo que él sigue tenso como las cuerdas de un violín. ¡Ese hombre tiene que aprender a relajarse, por el amor de Dios!

TJ sube a su Maserati y sale derrapando calle abajo. Yo me dirijo al coche de Sharp, segura de que él no andará muy lejos por detrás de mí. Es como si estuviéramos unidos por un cordel elástico invisible y, cuando nos separamos demasiado, el cordel se enrollara solo.

A las seis en punto, Heather llama a la puerta con tanto entusiasmo que parece que quiera echarla abajo. Corro para dejarla entrar, pero Jake llega antes que yo. Atisba por la mirilla con una mano apoyada en los riñones, cerca de su pistola. ¡Menudo paranoico!

—Es Heather —murmuro, pero él se aleja de la puerta sin molestarse en abrirla ni en responderme.

Abro y sonrío cuando veo que mi amiga trae una botella de vino en cada mano.

—Ya estoy aquí —canturrea pasando por mi lado con decisión. Sé en qué momento ve a Sharp porque se detiene en seco y se calla.

Cierro la puerta y la empujo hacia la cocina.

—Es divino —susurra ella dejando las botellas en la encimera mientras yo saco las copas.

Hago un ruido burlón.

—Si te gustan temperamentales...

—Oh, sí, me gustan.

Heather sirve el vino mientras yo busco en los armarios algo para acompañar. Cuando la bandeja está llena, vuelvo a la sala de estar, seguida por ella. Sharp está en el sofá con el portátil sobre sus gruesos muslos. Me detengo ante él y espero a que aparte los ojos de la pantalla y me mire.

—Disculpe —digo educadamente, con mi mejor sonrisa.

Él mira hacia la única silla del salón y luego observa a Heather. Su rostro no muestra ninguna emoción. Cuando ya pienso que se va a negar a levantarse, lo hace, y sus músculos se tensan de manera deliciosa, obligándome a apartar la vista antes de que empiece a babear. Veo a Heather con el rabillo del ojo. No se corta en absoluto y disfruta contemplando cómo Sharp se dirige a la silla y vuelve a sentarse sin apartar la mirada del portátil en ningún momento.

Me siento en el sofá y toso para llamar la atención de mi amiga, que se ha quedado traspuesta. Ella sacude la cabeza maravillada y se sienta a mi lado. Noto que se muere de ganas de comentarme un millón de cosas, pero la presencia de Jake la cohibe. Bueno, eso no tiene por qué ser malo. Coloco el bol con las patatas fritas entre ambas y brindo con ella.

—¿Por qué brindamos? —me pregunta.

Sus palabras me hacen pensar. Incapaz de encontrar una buena respuesta, contraataco con otra pregunta:

—¿De qué color? —Cojo la caja de las lacas de uñas y se la planto debajo de la nariz. Empecemos ya con la mierda esta de la noche de chicas.

—¡Rojo! —Se lanza de cabeza hacia una botellita de esmalte—. Píntame las uñas de los pies.

Se quita los zapatos, se acomoda en el sofá y apoya los talones en mi regazo.

Me pongo manos a la obra, separándole los dedos con algodón.

—Te he hecho el boceto..., el del vestido —le informo.

—Ya sé cómo es —contesta, y yo sonrío. Comienzo a pintarle las uñas mientras ella sigue hablando—: He concertado una cita con el proveedor de telas. Y he tenido una idea para una línea de lencería. ¡Oh, Dios mío, te quedaría genial!

Una tos brusca me sobresalta un poco. Levanto la cabeza y veo que Sharp me está observando, aunque enseguida vuelve a clavar la vista en el portátil para no tener que responder a mi mirada interrogativa. Frunzo el ceño y, sacudiendo la cabeza, me vuelvo hacia Heather, que está examinando a mi guardaespaldas y poniendo morritos. Le doy un golpe en el pie para llamarle la atención.

Ella me sonrío, pero yo no le hago caso.

Después de pintarle la última uña, pasamos unas cuantas horas charlando, riendo, compartiendo ideas y achispándonos un poco. Cuando acaba *Dirty Dancing*, me levanto de un brinco y obligo a Heather a hacer de Patrick Swayze mientras yo bailo a su alrededor. Ella canta, muy mal, por cierto, y me parto de risa cuando veo que se pone en posición para que me lance a sus brazos.

—¿En serio?

—Soy más fuerte de lo que aparento —me indica moviendo las manos con impaciencia.

Cuando me vuelvo y veo que Sharp no se pierde detalle de nuestras payasadas, me entran aún más ganas de reír. No sé si nos mira a las dos, pero a mí no me quita ojo. ¿Está sonriendo? Entorno los ojos curiosa, pero cuando él se da cuenta fija la atención de nuevo en la pantalla del ordenador.

—¡Vamos, Baby! —grita Heather.

Sonriendo, corro hacia ella, que separa las piernas para anclarse al suelo. Chocamos y, entre gritos agudos, caemos sobre el sofá, riendo como un par de idiotas.

—No eres tan fuerte —me burlo de mi mejor amiga, relajada. En la intimidad de mi hogar no tengo que estar en tensión, con miedo de que una cámara me pille en un mal día, ni he de preocuparme de mi controlador padre. Estamos solas, mi amiga y yo.

—Seguro que él podría levantarte como si fueras una pluma. —Heather señala a Sharp, recordándome que, en realidad, no estamos solas.

Sin embargo, recordar que Jake está ahí no me provoca el mismo grado de ansiedad que horas antes.

Me apoyo la mano en la tripa, que se ondula por el esfuerzo, y al mirarlo veo que él se revuelve en el asiento. Paso más rato del aceptable contemplando su hermoso cuerpo sentado de cualquier manera en la silla. Observo su mandíbula, cubierta de barba de pocas horas, y sus ojos, de color marrón oscuro, que me están estudiando a su vez. Unos ojos sonrientes.

Ladeo la cabeza al mismo tiempo que él. No parece en absoluto exasperado por tener que soportarnos a Heather y a mí entregadas a una noche de chicas. No lo entiendo. Frunzo los labios, buscando una respuesta.

En ese momento, Sharp aparta la mirada bruscamente, como si acabara de percatarse de que me estaba observando. Me muerdo el labio y miro la caja de esmaltes de uñas que tengo a mi lado. Sonriendo, elijo el color rosa más chillón que encuentro, me levanto y camino hacia él tratando de no tambalearme, lo que no es fácil, después de todo el vino que hemos bebido. Pasan varios segundos hasta que él se decide a mirarme. Alzo la laca de uñas

y se la enseño.

—¿Quiere que le pinte las uñas de los pies?

Aunque trata de controlarse, los ojos se le abren un poco.

—No —responde sin expresión antes de volver a concentrarse en el portátil.

Mi sonrisa se hace más amplia cuando me arrodillo a sus pies. Va descalzo; tiene los pies bonitos. Le cojo uno y trato de ponerlo sobre mi regazo.

—Creo que este color le favorecerá.

Él se resiste y aparta el pie.

—Camille —me advierte, pero no le hago caso y lucho contra su pie—. Camille..., ¿qué demonios está haciendo?

—Vamos, déjeme —insisto, y mi diversión va en aumento cuando Heather se arrodilla a mi lado para ayudarme a llevar el pie de Jake a mi regazo.

Incluso uniendo fuerzas, no le cuesta nada librarse de nosotras. Se nos quita de encima y se levanta, dejándonos sentadas en el suelo.

Levanto la cara y, al verlo tan amenazador frente a mí, me entra un nuevo ataque de risa. Él inspira hondo, como si se estuviera cargando de paciencia. Al fin he logrado hacerle perder la paciencia, y me alegro mucho. Espero que en cualquier momento se marche huyendo de mí y de mi exasperante amiga. Sin embargo, me sorprende cuando, tras poner los ojos en blanco, se inclina, me sujeta por los hombros y me levanta del suelo. La risa se me hiela en la garganta cuando me doy cuenta de la facilidad con la que me ha levantado. Una vez que estoy de pie, no me suelta de inmediato, lo que es una suerte, ya que no me siento los pies... ni los músculos. Lo único que noto es el corazón, que se me ha vuelto loco en el pecho. Cuando se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios, se me acelera aún más.

—Ya le he advertido —susurra— que lo aguanto todo, Camille. —A continuación, me suelta, dejándome temblorosa, y se aleja—. Estaré en la ducha.

—Oh, Dios mío. —Heather se levanta a toda prisa y me apoya la mano en el brazo—. ¿Te has fijado en el detalle? A mí no me ha ayudado a levantarme. Y ¿a qué ha venido eso de que estará en la ducha? ¿Ha sido una invitación en

toda regla o me lo ha parecido a mí?

Me obligo a centrarme y a dejar de pensar en tonterías.

—Qué ridiculez —murmuro yendo a la cocina a por más vino.

—Tal vez, pero ¿te lo imaginas desnudo? ¿Y mojado?

Suplico en silencio que mi amiga cierre el pico y no me anime a tener pensamientos de ese tipo. Ya me basto sola para eso. Me ha salido el tiro por la culata al pretender cabrear a Sharp. Ahora soy yo la que estoy cabreada. Conmigo misma.

Cuando Heather se va, me quedo apoyada en la puerta con los dientes clavados en el labio inferior. Tras la ducha, Jake no volvió. Nos dejó solas, probablemente harto de tantas niñerías. Eso debería hacerme feliz, pero no es así. Sólo puedo pensar en todas las veces que lo he sorprendido observándome. No se lo veía incómodo, parecía contento; todo lo contrario de lo que esperaba.

No puedo reprimir un bostezo. Necesito dormir y, sobre todo, desconectar la mente. Cojo algunos de los bocetos que hay sobre la mesa y me los llevo a la habitación con la idea de tomar algunas notas en la cama. Pero justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta, lo oigo y no soy capaz de resistir la tentación de asomarme. Me sobresalto cuando me lo encuentro justo enfrente, recién duchado pero vestido. Mis ojos se quedan cimentados a su pecho, imaginando la carne que oculta la camiseta de color gris, mientras juego con los bocetos.

—¿Camille?

Mis ojos levantan el vuelo hasta encontrarse con los suyos.

—¿Sí?

Guarda silencio unos momentos, pensando antes de hablar. Luego se echa hacia delante y coge uno de los bocetos. Yo permanezco muy quieta, en silencio. Contengo la risa al pensar que ni siquiera debe de saber qué está viendo.

—Es bueno —murmura ladeando la cabeza—. ¿Qué es?

—Un cinturón. Forma parte de la línea de accesorios que he diseñado. —

Le arrebató el boceto, aguantándome la risa. ¿Por qué está tan amable de repente?—. ¿Quiere hacerme de modelo?

Me dirige una mirada severa.

—No uso cinturones —replica.

Acto seguido, se agarra la camiseta y se la levanta. Pienso que quiere enseñarme las trabillas vacías de sus vaqueros, pero lo único que veo es un vientre sólido como una piedra. Se me seca la boca y tengo que apoyarme en el marco de la puerta. ¡Madre de Dios...! Podría hacerme un corte en el dedo tocando esas líneas tan definidas.

—El único accesorio que llevo es la pistola —añade, da media vuelta y se aleja sobre sus pies descalzos—. No puedo disparar con un jodido cinturón.

Y, con esas palabras, me desaparece el calentón. La cara se me contrae en una mueca de rabia y, como no se me ocurre nada que decirle, doy un portazo.

## Capítulo 9

### JAKE

Lo hace a propósito. Con toda esta mierda para chicas se me está volviendo el cerebro de color rosa, lo juro. Ahora mismo me siento de lo más femenino.

Estoy detrás de Camille Logan en la sección de belleza de Harvey Nichols, mientras la dependienta no deja de sacar productos para que se los pruebe y de vomitar opiniones positivas sobre todos y cada uno de los pintalabios que se aplica. Personalmente, creo que como mejor se ven sus labios es al natural, pero supongo que nadie necesita mi opinión; por eso no me la piden. He optado por cerrar los ojos cada vez que Camille se inclina ante mí para observar cómo le queda el carmín en un espejito. Sé que eso también lo hace a propósito. En la oscuridad, me obligo a controlar mis pensamientos y a no imaginarme ese culito prieto al alcance de mi mano. Sólo cuando estoy seguro de que he recuperado la compostura, los vuelvo a abrir.

Debería haberlos dejado cerrados. Me está mirando a través del espejo y se frota los labios despacio antes de separarlos sonoramente y volver a fruncirlos. Mi polla se sobresalta y toso para disimular. Aparto la vista y aprovecho para echar un nuevo vistazo a nuestro alrededor. Es evidente que lo hace a propósito.

Pues no pienso entrar en sus absurdos jueguecitos. No sé en qué demonios estaba pensando ayer cuando me asaltó en el sofá de esa manera. Si no hubiera

calculado bien mi reacción, podría haberla matado. Y cuando estaba clavada en el suelo, no vi que se asustara como debía. Lo que brillaba en sus ojos no era miedo, era otra cosa. Y no me gustó nada; era demasiado tentador, joder. Estaba a punto de devorarle la boca. Aún no sé cómo logré contenerme.

Y luego, por la noche, me castigó haciéndome soportar sus tonterías y las de su amiga. Fue una de las experiencias más duras de mi vida, y no por las bobadas de chica, sino porque no había manera de mantener la vista en el ordenador, hostia. Era como si mis ojos hubieran cobrado vida propia y no dejaran de buscarla. Su cara, que es preciosa en cualquier circunstancia, es ya una exageración cuando sonrío. En las fotografías profesionales que publican de ella no suele salir sonriendo. Normalmente sale melancólica o sin expresión. Menudo desperdicio.

Miro a Camille y mi corazón se calma. Su presencia, aunque es un reto constante, me tranquiliza, y no logro entender la razón. Es un problema y gordo, porque no debería mirarla como lo hago y, desde luego, no debería estar dándole vueltas a estas tonterías. Pero, por otro lado, ayer no tuve ni un pensamiento negro en todo el día, y anoche, mientras trataba de ponerme cómodo en el jodido sofá, en lo único que pensaba era en ella. Es preocupante, pero, al mismo tiempo, es un alivio.

Observo a mi alrededor, evitando el contacto visual con Camille y el dichoso espejo. El teléfono me echa una mano al sonar en ese mismo instante. Es un mensaje de Lucinda. Tras encontrarnos a TJ, el hermanastro de Camille, le envié un mensaje pidiéndole que lo investigara más a fondo. No me gustó; me pareció muy falso. Tiene una cara de pelota de esas que piden a gritos que las rompas a puñetazos... Me recordó a la de su padre. La verdad es que me costó muchísimo no partirle la boca. El muy capullo tuvo la poca vergüenza de decirme que cuidara de Camille. ¡Será gilipollas...! Ojalá hubiera tenido alguna información que me diera una buena excusa para hacerlo puré.

Abro el sms de Lucinda. Me dice que no ha encontrado nada, que está limpio como una jodida patena. ¡Ya, claro! Suspirando, le respondo:

¿Qué se sabe del mensajero, el que entregó la amenaza?

No hubo ningún mensajero. Ese día, al menos.

Frunzo el ceño. Eso confirma mis sospechas, pero no sé qué significa. En vez de enviarle otro mensaje, decido llamarla. Me alejo unos pasos de Camille, pero no la pierdo de vista.

—¿Ningún mensajero? —le pregunto a bocajarro.

—No, ninguno.

—Logan me está ocultando algo... —murmuro mirando al suelo.

—Pues pregúntaselo directamente.

—No, prefiero que no sepa que sospecho de él.

—Vale, pues ¿qué propones?

Miro a Camille. Sigue inclinada sobre el dichoso espejito.

—Si me ha contratado es por algo —respondo, llegando a la conclusión de que Logan debe de estar preocupado por la seguridad de su hija. Sé que no soy una simple precaución—. Sigue investigando. —Cuelgo y me meto el móvil en el bolsillo.

Estoy frustrado. Todas las puertas que trato de abrir están cerradas. Además, la furgoneta blanca que había frente a la oficina de la agente de Camille era muy sospechosa. Llevo mucho tiempo en este negocio y sé cuándo algo es sospechoso y cuándo no.

Miro a mi alrededor. Los mostradores están abarrotados de mujeres que queman las tarjetas de crédito. Esto es un infierno.

Tras obligarme a soportar durante una hora el departamento de belleza, Camille se marcha, y no tengo más remedio que seguirla. La mezcla de demasiados perfumes me irrita la nariz; me la froto para evitar un ataque de estornudos.

Al doblar una esquina veo que un guardia de seguridad se dirige a nosotros rápidamente. Una rápida valoración de la situación me indica la causa: Camille camina hacia él sin mirar, con la mirada fija en su teléfono móvil.

—¡Eh! —exclama cuando la agarro por la cintura y tiro de ella hacia atrás.

Su grito sorprendido no me distrae, y la aparto del camino justo en el momento en que un joven pasa corriendo por donde ella estaba, seguido del guardia de seguridad. Creo que el guardia tiene las de perder; el ladronzuelo

es ágil, a pesar de que es obvio que lleva varias cosas escondidas dentro de la sudadera.

Sacudo la cabeza y me vuelvo hacia Camille; me había olvidado de que sigo abrazándola por la cintura. Justo cuando me doy cuenta, me invade una oleada de calor. Inmensa. La suelto y doy un paso atrás, dándole espacio. Se nota que está sorprendida. Sus ojos, de color azul topacio, se han convertido en dos enormes discos de... Oh, mierda, ya vuelve a mirarme con la misma expresión que me dirige cada vez que la toco.

Me aclaro la garganta y trato de hacer lo mismo con mi cabeza, apartando la mirada. Ella parece aturdida.

—El teléfono —le digo al darme cuenta de que se le ha caído al suelo. Me agacho para recogerlo y se lo devuelvo. Ella tarda unos cuantos incómodos segundos más en salir del trance antes de levantar el brazo y recuperar su iPhone.

—Gracias —musita, y se da la vuelta. Parece tan inestable como los latidos de mi corazón.

Joder, su regla de evitar el contacto físico es con toda probabilidad la mejor idea que ha tenido en la vida, pero no sirve de nada porque necesito tocarla. Es una necesidad física. Cada vez que miro a esa mujer a los ojos, veo deseo y necesidad, pero eso no es lo más grave; lo realmente preocupante es que yo siento lo mismo.

Necesito una copa. Y un buen polvo. Cualquier cosa para liberarme de esta sensiblería que me ha invadido. Hasta ahora, sólo otra mujer me había provocado este efecto, y ella es la jodida razón por la que soy un exfrancotirador del SAS, la unidad de operaciones especiales de las fuerzas aéreas del Reino Unido. Y si estoy retirado es porque perdí la cabeza, así que ¡no vuelvas a cagarla, Sharp!

Me apresuro para alcanzar a Camille y la sigo, preguntándome qué tortura tendrá pensado infligirme a continuación. Nada puede ser peor que una hora en el mostrador de la sección de maquillaje, estoy seguro.

Pero me equivoco.

Porque acabamos de llegar a la sección de lencería.

¿Me está tomando el pelo? Manteniendo la vista al frente, la sigo mientras

ella recorre el laberinto de sugerente lencería y elige varios artículos. Me niego a mirar; busco un lugar seguro donde reposar la vista, pero, justo en este preciso instante, el único lugar seguro es la nuca de Camille. Hasta que se da la vuelta. Sus ojos azules brillan traviosos. Y, cuando levanta una mano cargada de bragas y sujetadores de encaje, se me plantea un dilema: ¿qué es mejor, mirarla a la cara o mirar la lencería?

«Será...»

Me dirige una sonrisa muy discreta, casi invisible, y señala los probadores.

—Tengo que probarme esto.

Yo separo un poco más las piernas, cruzo las manos ante mí y asiento.

—Tómese su tiempo —le digo tratando de mantener la voz calmada, pero los ojos me traicionan y se pierden entre las lujosas telas que tiene en las manos.

Trago saliva mientras mentalmente me vuelo la tapa de los sesos de un disparo. Si estuviera guardándole las espaldas a un tío, quizá ahora estaría en la barra de algún pub o, mejor aún, disfrutando a ratos de algún espectáculo deportivo. Pero tener que ir de compras y encima de lencería... Seguro que Lucinda me odia.

—Por aquí —canturrea alejándose en dirección a los probadores.

La sigo obedientemente y la adelanto para echar un vistazo de reconocimiento antes de colocarme en la entrada.

—Use el primer probador. —Está a tres metros; puedo soportar tenerla a esa distancia.

Ella me mira, no muy convencida.

—¿Va a quedarse aquí?

—Sí, pero ni sueñe en que voy a dejarla alejarse más que esto.

Ella alarga el cuello y mira la hilera de cubículos.

—¿El primer probador? —insiste.

—Sí.

—Es que me gustan más los del fondo —me comenta como quien no quiere la cosa.

Trato de contener un suspiro de exasperación, de verdad que lo intento.

—Camille, si cree que no entraré ahí, se equivoca. —Me está infravalorando.

—Si cree que me importa, se equivoca.

Levanto mucho las cejas. ¿No estará sugiriendo que...?

Se me escapa la risa, pero no me hace ninguna gracia.

—Camille, use éste.

Entro en el pasillo y llamo a la puerta para confirmar que está vacío antes de empujarla. Ella camina entonces hasta el final del pasillo y, dirigiéndome una sonrisa taimada por encima del hombro, desaparece en el probador que le da la gana. Me quedo unos segundos con la mirada perdida, como un idiota. Parece que he sido yo quien la ha subestimado. Miro por encima del hombro, veo que las dependientas están ocupadas y acabo por aceptar mi destino.

Voy a matarla. Lentamente.

Cuando llego ante su puerta, oigo ruidos. Camille Logan se está desnudando. Miro al cielo pidiendo ayuda. La puerta se abre un poco y veo un brazo. Frunzo el ceño al ver que unas diminutas braguitas de encaje rojo le cuelgan del dedo índice.

—Éstas, definitivamente, me las quedo —me provoca.

Inspiro hondo, cierro los ojos y, a ciegas, le quito la prenda de la mano. Tras dos minutos más de ruido, la puerta vuelve a abrirse y esta vez aparece el sujetador que va a juego.

—Éste también.

La dejo con la mano en el aire, pensando que ese sujetador me iría genial para amordazarla. Me sorprende porque no estoy pensando en términos sexuales. Quiero meterle esa pieza tan sexi en su obstinada boca para que no pueda hablar más. Pero entonces entreabre la puerta y me mira. Cuando nuestros ojos se encuentran, esa idea se transforma en una imagen..., una imagen muy sexual de Camille Logan a cuatro patas con el sujetador por la cintura y yo clavándome en ella por detrás.

—¡Sharp!

Me sobresalto y le arrebató el sujetador de la mano en un acto reflejo. ¡Joder! Tengo que calmarme.

—Estaré fuera. —Salgo a toda prisa, sudando. Siento claustrofobia.

Cuando llego a la entrada de los probadores, apoyo la espalda en la pared y respiro hondo, tratando de librarme de esa imagen con todas mis fuerzas.

—¿Señor? —Una dependienta se me acerca y señala el conjunto rojo que llevo en la mano.

Bajo la vista, pero me arrepiento al momento, ya que la imagen reaparece en mi mente.

—¡Se los queda! —le indico mientras los suelto en sus manos y me froto las mías como si quisiera limpiar mi mente con ese gesto. Esto es una puta tortura. Tomo nota mental de recordarle a Lucinda que no pienso volver a trabajar para una mujer *nunca jamás*.

La dependienta me dirige una sonrisa insegura.

—Lo envolveré.

—Gracias.

Me deja solo y aprovecho el momento para tratar de destensar los músculos, pero Camille aparece en ese instante y vuelven a tensarse.

—¿Estamos listos? —pregunto al tiempo que rezo para que me responda que sí. Me está dirigiendo esa sonrisa de listilla que desearía borrarle del rostro. ¿Tal vez con mi boca?

Levanta las manos y me planta otro montón de lencería ante la cara.

—Éstos también me gustan.

A continuación, moviendo las caderas, se dirige al mostrador, donde deja los conjuntos antes de volverse hacia mí y de sonreírme por encima del hombro. Aprieto los labios y aparto la mirada. Sí, la odio; con avaricia.

Diez minutos más tarde, puedo oler la libertad cuando veo la salida a lo lejos. Sólo tenemos que volver a cruzar la sección de belleza y rezar para que Camille no se distraiga con algo brillante. Necesito aire. Tengo los ojos entrenados para poder ver dos cosas al mismo tiempo. Sin perderla de vista a ella, miro la puerta que me sacará de este horrible lugar. La mano me cosquillea de las ganas que tengo de empujar a Camille para que se dé prisa.

«No la toques —me recuerdo—. No la toques.»

Entonces veo a una mujer que se acerca a nosotros armada con una botella de perfume que rocía en unos cartoncitos y los entrega a la gente que pasa. La luz del sol que entra por la puerta hace que parezca que está en medio de una

neblina formada por perfumadas partículas bailarinas.

—¿Poison, señora? —le ofrece a Camille cuando pasamos por su lado, tomándose la libertad de rociar una tira de cartón para dárselo.

Pero, en vez de alcanzar el cartoncito, el perfume va a parar al brazo de Camille, que se sobresalta. Veo que se lo frota y que le dice que no a la vendedora con una sonrisa:

—No es mi fragancia.

La mujer, avergonzada, también le frota el brazo.

—Lo siento —se disculpa—, el atomizador debe de haberse dado la vuelta.

—No pasa nada, en serio —la tranquiliza Camille—, es que es un poco fuerte para mí.

Olvidándome de la regla de no tocar, empujo a Camille para salir de la nube perfumada. Las partículas se me cuelan por la nariz, haciéndome estornudar. Luego toso, y el aroma me agobia. La suelto y mis pies se niegan a seguir avanzando.

Ese olor...

El corazón me late mucho más despacio y la piel se me enfría.

Ese olor...

Trago saliva y parpadeo. A través de las pestañas entornadas, veo partículas flotantes de tortura que se abalanzan sobre mí.

Ese olor...

Un *flashback* se apodera de mí, clavándome en el sitio, paralizándome los músculos. No puedo moverme; no puedo escapar. Necesito respirar, pero cuando trato de dar una bocanada de aire, me invade una enorme dosis del intenso perfume que va directa a mi cerebro. Poison. Llevaba cuatro años sin oler ese aroma.

Ella solía usar Poison. El entorno se oscurece y en mi mente sólo hay lugar para una imagen: su rostro. Su cara, seguida por el baño de sangre de Afganistán. Gritos, disparos, mi furia descontrolada. Me echo hacia delante y apoyo las manos en las rodillas porque estoy empezando a hiperventilar. Joder, tengo que salir de aquí.

—¿Jake? —la voz de Camille me llega como un murmullo lejano—. Jake,

¿se encuentra bien?

Inspiro por la nariz, incapaz de controlar mi fuente de oxígeno. Cuando me llega otra dosis de perfume, me asaltan las arcadas. El corazón me golpea con brusquedad en el pecho.

—Necesito salir de aquí —logro decir.

Echo a andar dando tumbos, chocando con la gente que se cruza en mi camino y apartándolos sin ningún cuidado. Las puertas están cerca, pero, al mismo tiempo, tan lejos... Salgo de los grandes almacenes sudando como si acabara de correr un maratón y me apoyo en la pared hecho un manojo de ansiedad.

Con mano temblorosa, busco las pastillas en el bolsillo interior de la americana mientras respiro el aire puro. Es absurdo; sé que no lograré ningún milagro instantáneo tomándome una pastilla, pero psicológicamente lo necesito. Cuando las encuentro, trato de abrir el jodido tapón de rosca, pero el frasco se me resbala y cae al suelo.

—Joder.

Me agacho y trato de enfocar la vista para localizarlo, pero me resulta imposible; no es que vea doble, es que veo las cosas multiplicadas por diez. Y estoy respirando diez veces más deprisa de lo que debería. Palpo el suelo con desesperación, intentando localizar mi objetivo.

—Aquí está. —Una mano borrosa aparece entonces en mi campo de visión. Coge el frasco y me lo da.

La vista se me aclara y veo unos ojos de color topacio observándome.

Trago saliva, cojo las pastillas y me incorporo. Con la espalda apoyada en la pared, intento abrir de nuevo el frasco. Camille se apiada de mí, me lo coge, lo abre con facilidad y saca una pastilla. Cuando me la ofrece en la palma de la mano, me la quedo mirando unos segundos antes de aceptarla y tragármela.

Con los ojos cerrados, inspiro hondo varias veces. Me odio por haber dejado que mi clienta vea mi lado vulnerable. Es la primera vez que me pasa. Por las noches, a solas, sí, pero no en público. Ese perfume ha sido un detonante demasiado intenso, hostia.

—Betabloqueantes —comenta Camille en voz baja—. Controlan la

adrenalina; detienen los ataques de ansiedad.

Agacho la cabeza y veo que está enroscando el tapón del frasco mientras se muerde el labio inferior. No puedo mentirle, pero ¿qué coño le voy a decir?

Le quito las pastillas y vuelvo a guardarlas en su sitio antes de comprobar si las piernas me sostienen. La tensión de los muslos me indica que ya están operativas. Me aparto de la pared y veo que ella no me quita ojo.

—¿Adónde vamos ahora? —le pregunto sin mirarla a los ojos.

—Tengo papeleo para hacer en casa —responde con voz calmada.

—Pues vamos a casa.

Con un gesto, le indico que pase delante. Pero, tras varios segundos de silencio incómodo, ella permanece en el mismo sitio y me veo obligado a mirarla a los ojos. Me imagino que me estará observando con curiosidad, pero no es así: la mirada que me dirige es de compasión y, aunque sé que no debería ser así, es un consuelo.

—No sienta compasión de mí —murmuro.

Ninguno de los dos parece capaz de romper la conexión visual.

—¿Por qué?

—Porque no me lo merezco. —Noto que caigo en la intensidad de sus preciosos ojos, que me llaman, me atraen, aumentando un consuelo que no merezco.

—¿Qué le pasó? —susurra.

—La guerra —contesto, y me sorprendo por la facilidad con que me han salido las palabras. Aunque no entro en detalles, veo que me entiende.

Con esfuerzo, rompo el contacto visual antes de que empiece a soltarle toda mi mierda.

—A casa. —Extiendo el brazo y espero que esta vez me obedezca.

Lo hace. Lentamente, pensativa, pasa delante de mí.

A Camille Logan se le han quitado las ganas de hacerse la descarada por hoy. Y yo no podría estar más agradecido.

Mientras sigo a Camille por el vestíbulo de su edificio, mi nariz continúa llena de perfume y mi mente de recuerdos. Pulso el botón del ascensor y me vuelvo

al oír pasos que se acercan. Es el conserje, con un sobre en la mano.

—Señorita Logan —la saluda con una sonrisa—, su correo.

Camille coge el sobre justo cuando la señal anuncia la llegada del ascensor y las puertas se abren.

—Gracias —responde abriéndolo mientras entra en el cubículo.

Se tambalea un poco, lo que me hace fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? —le pregunto al darme cuenta de que se le ha puesto la carne de gallina.

Me mira, pero parece ausente, lo que me obliga a arrebatarle la carta de la mano para ver de qué se trata.

Entonces, una imagen me impacta entre los ojos como si fuera una bala.

—¡Joder! —exclamo mientras observo una fotografía de Camille paseando por la calle con las manos llenas de bolsas.

Detrás hay otra en la que se la ve subiendo al Mercedes rojo. Al pie de esa foto hay algo escrito, y me tenso a medida que lo leo:

TU PADRE TIENE TRES DÍAS PARA CUMPLIR.

Las puertas del ascensor comienzan a cerrarse, y alargo el brazo para impedirlo.

—¡Eh! —le grito al conserje, que se aleja. Él se vuelve, aún sonriente—. ¿Quién ha traído esto? —Le muestro el sobre.

—El cartero.

Le doy la vuelta al sobre para examinar el matasellos, pero no hay nada, sólo el nombre y la dirección de Camille impresos en una etiqueta. Esta vez dejo que las puertas se cierren y me saco el teléfono del bolsillo. Logan responde al instante.

—Le han enviado unas fotos a su hija —digo yendo al grano—. Quien sea que está detrás de esto la ha hecho seguir. Vi una furgoneta blanca ante la oficina de su agente ayer por la mañana. Cuando me acerqué, salieron disparados.

Logan contiene una exclamación con tanta fuerza que se oye al otro lado de la línea.

—¿De qué son las fotografías?

—De Camille —respondo con brusquedad. ¿De qué piensa que son?—. Las acompaña una nota. Dice que tiene usted tres días para cumplir. Cumplir ¿con qué?

—No lo sé. ¿Cómo puedo cumplir si no sé lo que quieren?

Lucho contra el impulso de darle un puñetazo a la pared del ascensor. Miro a Camille, que continúa ausente.

—¿No ha recibido más amenazas?

—¡No, maldita sea! ¡Sharp, no la deje a solas ni un momento!

—No pensaba hacerlo —aseguro molesto antes de colgar y llamar a Lucinda.

Ella descuelga y me escucha en silencio.

—Voy a enviarte algo por mensajero —le anuncio—. Que lo examinen de inmediato. Quiero las huellas dactilares.

Las puertas del ascensor se abren y hago salir a Camille.

—De acuerdo.

Guardo el teléfono y me detengo frente a su puerta.

—¿Las llaves? —le pido, sacándola del trance.

Ella me mira sin buscarlas.

—Es grave, ¿no? —me pregunta con un hilo de voz—. ¿Cómo de grave? —insiste, pero no me está mirando con miedo; la expresión que muestra su cara sigue siendo de compasión.

—Las amenazas suelen quedarse justo en eso, en amenazas —contesto de forma mecánica—. Se usan para alarmar. Además, no puede pasarle nada mientras yo esté aquí. Abra la puerta.

Aparto la vista, aunque no me resulta fácil, porque me está mirando como si quisiera hacerme un millón de preguntas. Pero no son preguntas sobre las amenazas, sino sobre mí.

## Capítulo 10

### CAMI

No he pegado ojo en toda la noche, pero la culpa de mi insomnio no la tienen las fotos, sino la curiosidad que me despierta Sharp. Una vez en casa, dejó de hablarme a menos que fuera imprescindible, y sólo me respondía con monosílabos. La tensión entre nosotros era tan espesa que podría haberse cortado con un cuchillo. Era horrorosa, y no tenía nada que ver con las fotos que habían llegado. Yo sabía perfectamente lo que hacía en Harvey Nichols. Lo estuve provocando, haciéndolo sufrir, obligándolo a soportar un auténtico infierno. Y lo peor fue que disfruté mucho viéndolo sudar y revolverse.

Sin embargo, cada vez que nuestros ojos se encontraban, la diversión desaparecía y su lugar lo ocupaba otra emoción que no me gustaba tanto. Pero no puedo negar que existía. Traté de ignorarla, pero la electricidad que crepitaba cada vez que nos mirábamos no era cosa de mi imaginación. Aunque ahora eso da igual.

Desde que le dio aquella especie de ataque en la tienda, se ha cerrado en banda. Ni siquiera me mira. Debería estar agradecida, ya que, gracias a eso, me he librado de la incomodidad de encontrármelo mirándome constantemente, pero es que ahora, en vez de incomodidad, hay tensión. Intriga. Al menos, por mi parte. Él está aquí pero no está, es como un robot, y no puedo evitar pensar que se siente mal porque bajó la guardia y me dejó

mirar en su interior. No pudo evitarlo: perdió el control. Es angustioso ver a alguien tan grande y fuerte reducido a ese amasijo de nervios. Sé lo que se siente. Me recuerda a alguien: a mí. Yo también doy la sensación de ser muy fuerte por fuera, pero soy vulnerable por dentro. Lo mío es básicamente fachada, pero en privado estoy casi siempre luchando contra mis demonios. Sharp y yo somos demasiado parecidos y eso me incomoda. Porque, aunque no conozca los detalles de su lucha, entiendo cómo se siente, y eso hace que lo vea con otros ojos: lo he humanizado.

Entro en el salón recogíendome el pelo mientras camino. Está vacío, Sharp no está en su lugar habitual en el sofá. Se me hace raro ver el mueble sin su gran cuerpo tumbado sobre él. Oigo ruido en la cocina y hago caso a mis oídos. Lo encuentro junto al fregadero, acabándose un vaso de agua. Me pregunto si ha tenido que tomarse otra pastilla. Betabloqueantes. Si algo tengo claro sobre Jake Sharp es que sufre estrés postraumático. Sobre eso no me cabe ninguna duda. Además, él mismo me dijo que era veterano de guerra. Y también tiene una cicatriz que con total certeza es de una herida de bala.

Pero no quiero hacerle demasiadas preguntas. Después de ver cómo se puso en Harvey Nichols, no me atrevo. Si a mí me dolió verlo, no quiero ni imaginar cómo debió de pasarlo él. No quiero que vuelva a suceder algo así.

Abro la nevera y cojo un zumo detox.

—He quedado con Heather para tomar un café —le comento mientras desenrosco el tapón de la botella y me vuelvo hacia él.

Sharp no se ha movido y no parece haberme oído. Está embobado.

Lo miro mientras me alejo un poco, bebiendo el zumo, y me doy cuenta de que tiene una bolsa a sus pies.

—¿Va a algún sitio?

Me mira, pero todavía parece estar perdido en sus pensamientos.

—Me han asignado otro caso —responde de forma mecánica.

Se me cae el alma a los pies, lo que es absurdo. Que se vaya es lo mejor para todos.

—Alguien viene hacia aquí para sustituirme —añade—. Estará usted a salvo.

Noto una punzada en el corazón. Duele mucho y me sorprende, pero

disimulo. Aprieto la botella con tanta fuerza que el plástico cruje escandalosamente. Lo más jodido es que me duele que él se vaya, en vez de estar preocupada por las fotografías que me enviaron. Es de locos.

—Bien —logro decir, apretando los dientes. Regreso al salón y localizo el bolso.

«Coge el bolso y lárgate —me digo—. No lo mires.»

Meto el teléfono dentro y me vuelvo. Jake está en la puerta de la cocina, observándome. Cuando sus ojos me miran con esa intensidad, soy incapaz de moverme.

—¿Qué? —le pregunto con insolencia.

Él niega con la cabeza y coge la bolsa del suelo.

—Espere a que llegue mi relevo.

—¡Tengo cosas que hacer! —replico mientras él se cuelga la bolsa del hombro y se dirige a la puerta.

—Cinco minutos, Camille. Puede esperar cinco minutos. Luego no tendrá que volver a obedecerme nunca más. —Con la mano en el pomo, me mira por encima del hombro, conteniendo una sonrisa, esperando que le replique de nuevo.

Pero, justo por eso, no lo hago. No necesito demostrarle nada a nadie excepto a mí misma. Soy una mujer honesta e independiente. Lo que no impide que se me retuerza el corazón al verlo abrir la puerta. Trato de razonar conmigo misma; me digo que si estoy así es porque ese hombre me hace sentir segura, pero no es verdad, no es sólo eso.

Jake me dirige una última mirada, larga e intensa, y se vuelve, pero no da ni dos pasos. Veo que los músculos de su espalda se tensan con brusquedad por debajo de la camiseta. Suelta la bolsa, que cae al suelo, y se lleva la mano a la parte baja de la espalda.

¿Qué busca? ¿La pistola?

Retrocedo cautelosa... y entonces oigo que alguien pregunta:

—¿Está Camille en casa?

Mi estómago parece lanzarse en caída libre.

Es Sebastian.

Retrocedo asustada, pero al cabo de un momento el miedo cambia.

¡Mierda! Sharp le va a disparar.

Corro hacia la puerta y agarro la mano de Jake, que ya está a punto de sacar la pistola de la cintura de los vaqueros. Se libra de mí con facilidad y me dirige una mirada asesina. Veo que tiene la frente cubierta de sudor.

Cuando se da cuenta de que soy yo, su expresión se suaviza.

—¡Es mi exnovio! —me apresuro a aclarar.

Sharp se queda inmóvil y, cuando me convenzo de que la información ha calado en su cerebro de robot, me coloco ante él lentamente, con mucha cautela. No dejo de mirarlo a los ojos en ningún momento. Su aspecto es peligroso, irascible... No, mucho más que irascible. ¡Tiene aspecto de asesino!

—Joder...

La voz asustada de Seb hace que deje de mirar a Sharp. Mi ex está en el pasillo de la escalera, con la espalda apoyada en la pared de enfrente. Tiene los ojos muy abiertos, y veo que su mirada, aunque desconfiada, está limpia.

He pasado nueve meses sin verlo. Nueve meses durante los que me he estado recomponiendo por dentro. Él sabe que lo nuestro ha acabado, que no pienso volver nunca con él.

—¿Por qué has venido? —le espeto mirando por encima del hombro.

No me gusta lo que veo: Sharp continúa con la mano en la espalda y su mirada tiene un brillo mortal.

—¿Cómo estás, Cam? —pregunta Sebastian, usando la versión superabreviada de mi nombre.

Él es el único que me llama así, y esa corta palabra desata un tsunami de recuerdos en mí. Lo bueno es que todos esos recuerdos son de los malos tiempos. Es la mejor advertencia para que vaya con cuidado con él.

—Estoy bien —respondo, acompañando mi sobria respuesta con una expresión igual de sobria.

«¡Estoy bien porque estoy sin ti!» es lo que querría gritarle. Mientras estaba en rehabilitación, él me ponía al día de su vida escribiéndome largos y detallados e-mails. No le respondí y, tras dos semanas, dejé de leerlos porque me di cuenta de que sólo servían para retrasar mi recuperación. Eran mensajes cargados de arrepentimiento. Nada raro, Seb siempre se estaba arrepintiendo de algo. No voy a dejar que vuelva a convertirme en la persona débil que fui.

No le daré ese poder sobre mí.

Dirige una mirada a mi espalda, sopesando la montaña de músculos que se cierne sobre mí.

Pese a que no me pregunta nada, le contesto igualmente, aunque sólo sea por acabar con esta tensa e incómoda situación:

—Trabaja para mi padre. Hoy va a hacerme de chófer.

No es toda la verdad, pero tampoco es del todo mentira. Total, ¿qué más da quién sea Jake Sharp? Pronto habrá desaparecido de mi vida.

Un nuevo pellizco de dolor me retuerce el corazón. Y lo que es más significativo, ese dolor es más fuerte que el miedo que me produce ver a Seb. En ese momento, doy gracias por la presencia de Sharp.

Sebastian sonríe y da un paso hacia mí.

—¿Un café?

—Va a ser que no —respondo.

—¿No? —Parece asombrado por mi rechazo, lo que, a su vez, me sorprende a mí.

¿Qué pensaba que haría? ¿Lanzarme a sus brazos y decirle que lo he echado mucho de menos?

Niego con la cabeza y veo que una sombra de furia le recorre la cara. Es una expresión que conozco bien. Trata de disimular, y quizá conseguiría engañar al resto del mundo, pero a mí no. He visto esa expresión de calma forzada demasiadas veces.

—Vamos —canturrea avanzando un paso más sin dejar de sonreír—. ¿No me has echado de menos?

Esta vez no me da tiempo a responderle. Suelto un grito de sorpresa cuando noto que me levantan del suelo y me plantan a un lado.

Sharp avanza hacia Seb, que retrocede con prudencia.

—Su contacto con la señorita Logan acaba aquí. —Y, con esas palabras, cierra de un portazo y se dirige a la cocina, sacando el móvil del bolsillo.

Muevo la cabeza de un lado a otro. Primero miro hacia la puerta cerrada y luego hacia la cocina, donde Sharp, alterado, acaba de desaparecer.

¿Qué demonios ha pasado?

Lo sigo y veo que ha abierto el grifo del fregadero y se está mojando la

cara.

—Pensaba que se iba —comento frunciendo el ceño.

—Ha habido un cambio de planes.

# Capítulo 11

## JAKE

Remuevo el azúcar del café lentamente, sentado a escasa distancia de Camille y de Heather, en la terraza de una pequeña cafetería en Kensington High Street mientras ellas toman té helado y charlan como sólo las chicas saben hacer. Con mucho esfuerzo, logro ahogar un gemido cuando Heather menciona el evento social de esta noche: la fiesta de cumpleaños de Saffron, que cumple veinticinco. Genial. Una nueva sesión de tortura en forma de Camille Logan vestida con algún modelito de esos sexis, pavoneándose por un bar repleto de tipos babeantes. Perfecto. Me muero de ganas de que llegue la jodida fiesta.

Al menos, la debacle de ayer en Harvey Nichols ha servido de algo. Ya no se resiste tanto a que la proteja. Su nueva actitud ha sido una sorpresa, lo que no sé es si es una sorpresa agradable.

Su modo de mirarme después de quitarme el resbaladizo bote de pastillas y de darme lo que necesitaba me provocó unas emociones que todavía no he acabado de asimilar. Me ayudó sin juzgarme; en sus ojos sólo había compasión. Aún no sé si fue el efecto placebo de tomarme la pastilla lo que me calmó o si fue su cercanía. He tratado de averiguarlo, pero sólo consigo ponerme nervioso por el consuelo y la paz que me transmite siempre. No puedo dejar de mirarla. Puedo engañarme a mí mismo diciéndome que la vigilo porque es mi trabajo, pero estaría mintiendo. Lo que hago es admirarla.

Admiro su ética de trabajo, admiro que haya sido capaz de recuperarse después de haber estado al borde de la destrucción y que quiera hacer realidad sus sueños por sus propios medios en vez de tomar el camino fácil, como sería usar el dinero de su padre o aceptar las condiciones de los inversores del otro día. Es tan fuerte que sólo con estar en su presencia siento una calma que no debería estar sintiendo. Esta mujer no es una distracción, es un consuelo, y no me merezco que nadie me consuele.

Anoche, tumbado en el sofá, llegué a la conclusión de que todas esas cábalas sólo significaban que no tenía la cabeza en el trabajo. Por eso esta mañana he llamado a Lucinda y le he pedido que me buscara otro caso. Estaba decidido a alejarme de Camille Logan, dejando atrás los confusos sentimientos que me despierta, dispuesto a encontrar una nueva distracción.

Pero todo cambió en el momento en que abrí la puerta y me encontré a su exnovio. Supe quién era en cuanto le puse los ojos encima y estuve tentado de meterle una bala en su cabeza de niño rico. El instinto protector que me invadió tenía más que ver con algo primario que con el deber laboral. Era demasiado fuerte para resistirme. De pronto me di cuenta de que no podía dejarla. He visto fotografías de Sebastian Peters después de que saliera del centro de rehabilitación. Estaba en clubes nocturnos, con los ojos vidriosos y la mandíbula desencajada, señales de que ha vuelto a consumir. Al parecer, leer revistas de cotilleos se ha convertido en parte de mi trabajo. Si fuera un tipo menos duro, me sentiría como una nenaza.

Su inesperada visita al apartamento de Camille me hizo cambiar de idea sobre lo de dejar su seguridad en otras manos. Vi un brillo amenazador en sus ojos cuando Camille rechazó su oferta de tomar café juntos. Me pareció que era más peligroso para ella que cualquier amenaza, pero pienso protegerla de ambas cosas.

Tengo que concentrarme y evitar cualquier situación que pueda apartarme del cumplimiento de la misión. Sé que no va a ser fácil. Camille Logan es una joven preciosa y muy tentadora. Es tan independiente y segura de sí misma que me siento muy atraído por ella. ¿He dicho ya que es preciosa? Mis impresiones iniciales no tenían razón de ser: no es ninguna niñata malcriada; es una mujer que lucha por obtener su independencia.

Rechaza los intentos de su padre de darle dinero, y está claro que para ella ser su hija no es un privilegio, sino una carga.

He llegado a la conclusión de que tiene mucho resentimiento dentro que la lastra. Se siente observada, no sólo por los *paparazzi*, sino también por mí. No le gusta, pero ha entendido que, si deja de resistirse, es más probable que todo se solucione antes y pueda seguir adelante con su vida. Es evidente que se siente atraída por mí, pero, por primera vez en la vida, eso no me hace sentirme irresistible. Esta vez no me estoy comportando como un chulo engreído.

La observo embobado. Está riendo, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

¡Mierda! Aparto la vista a toda prisa y estoy a punto de pedirle al camarero que me traiga un agua helada cuando un movimiento brusco al otro lado de la calle capta mi atención. La mente se me despeja al instante y mis músculos se ponen en tensión. Aguzo los sentidos. Entorno los ojos y observo la entrada del callejón. Está vacía, pero estoy convencido de que antes había algo.

Oigo que Camille y su amiga siguen charlando. Yo me muevo con discreción y noto que la pistola se me clava en la espalda. Capto imágenes del entorno y las archivo mentalmente. Los músculos de mis piernas se flexionan, preparándose para ponerse en movimiento si hace falta. Aguardo con paciencia, dividiendo mi atención entre las chicas y el callejón.

Vuelvo a ver el mismo movimiento de antes. Esta vez distingo la cabeza de un hombre que asoma con rapidez y observa a las chicas antes de desaparecer de nuevo. Sólo es un segundo, pero con ese segundo me basta para obtener una montaña de información. Archivo en mi mente su cara, su constitución delgada, sus ojos pequeños, iluminados por un brillo malvado. Está espiando. Salgo disparado como un rayo. Me sienta bien moverme así después de tantos días de inactividad. Llego a la pared que hay frente al café y espero. Segundos después, el hombre vuelve a asomar la cabeza.

Lo agarro por el cuello de la camisa, obligándolo a salir de su oscuro escondite, y lo empotro contra el muro. Lo inmovilizo con mi cuerpo mientras le retuerzo el brazo a la espalda y hago caso omiso de sus gritos de miedo y de

dolor.

—¿Qué coño quieres? —le susurro al oído, soltándolo un poco sólo para poder volver a empotrarlo contra la pared. Él tartamudea tembloroso bajo mis manos, pero no responde—. ¡Contesta! —le grito, oyendo cómo se acerca el sonido de unos tacones sobre el pavimento.

Camille.

El corazón se me acelera. Me vuelvo y la veo cruzando la calle a la carrera.

—¡Atrás! —bramo, lo que la hace detenerse en seco—. No se acerque.

El hombre que he atrapado sigue lloriqueando. ¡Menuda nenaza!

—Lo siento —se disculpa con un hilo de voz.

—Más te vale. —Tras asegurarme de que Camille sigue mis instrucciones, le doy la vuelta al tipo. Le mantengo las manos a la espalda, atrapadas entre su cuerpo y la pared de ladrillo. Tiene los ojos tan abiertos que parece que estén a punto de salirle disparados de las órbitas en cualquier momento. Bien—. Dime para quién coño trabajas y les haré saber por qué ya no vas a poder seguir pasándoles información.

—¡Jake! —grita Camille preocupada.

—¡Quédese donde está! —la interrumpo sin apartar la mirada de la escoria que he atrapado.

—¡Es un *paparazzi*! —chilla acercándose.

Tardo unos segundos en procesar la información. ¿*Paparazzi*? Continúo agarrándolo con fuerza, no muy convencido, pero al bajar la vista veo una cámara hecha pedazos a mis pies.

—Sólo quiere hacerme fotos —me explica ella en tono conciliador, apoyándose una mano en el brazo.

Me fijo en sus dedos delgados de uñas pintadas.

—¿*Paparazzi*? —repito sintiendo el delicioso calor que me transmite su mano.

—Sí —afirma. Está sonriendo para tranquilizarme—. No quiere hacerme daño. —Camille mira al aterrorizado tipo, que sigue clavado contra la pared—. Hola, Stan.

—Hola, Camille. —Su voz tiembla tanto como su cuerpecillo—. ¿Te

importaría pedirle a este agradable caballero que me suelte?

Oigo que ella se ríe entre dientes. ¡Qué sonido tan dulce, joder!

—Claro. —Me mira—. ¿Le importaría soltarlo?

—Sí, me importaría —respondo, acordándome de las fotos que llegaron ayer a su casa.

Cuando ella se acerca a mí y me mira fijamente, me doy cuenta de que sabe lo que estoy pensando.

—Conozco a Stan desde hace años —me asegura—, no es uno de los malos.

Examino de nuevo al tipo, incapaz de librarme de la desconfianza. Parece francamente aterrorizado.

—¿Para quién trabajas? —le pregunto.

—Soy *freelance*. Llevo la... la do... documentación en el bo... bolsillo de arriba —tartamudea.

Le quito la cartera y la abro sin dejar de inmovilizarlo contra la pared.

—¿Stan Walters?

—El mismo —contesta con una sonrisa forzada.

Me aparto, convencido ya de que no supone una amenaza, y él se desploma contra la pared y toma la cartera que le devuelvo. A continuación, me giro hacia Camille.

—¿Tutea al jodido  *paparazzi* ? —le espeto extrañado.

—Claro. —Se encoge de hombros y se agacha para recoger los trozos de cámara rota esparcidos por el suelo. El hombre logra recuperarse lo suficiente como para agacharse y ayudarla, pero no me quita la vista de encima—. Stan y yo hemos llegado a un acuerdo, ¿no es cierto, Stan?

—¡Cierto! —se echa a reír con ironía—, pero me temo que vamos a tener que renegociar los términos.

«¿Qué coño...?»

—No lo entiendo. —Me paso la mano por el pelo.

Camille se levanta, seguida de Stan, y le entrega todas las piezas rotas que ha recogido.

—Tiene permiso para hacerme fotos, pero sólo una cantidad fija cada mes.

—Y entonces, ¿por qué carajo estaba escondido en el callejón, espiando?

—Porque este mes ya se ha pasado de la cantidad establecida, ¿no es cierto, Stan? —Camille le dirige una mirada acusadora, pero al mismo tiempo comprensiva.

—Sí, así es —admite él con una mueca de culpabilidad—. Lo siento. Este mes ha sido muy flojo.

—Pero ¡si estaba tomándome un té! —Camille echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

«Ese cuello...» Parpadeo e inspiro hondo.

Stan no hace caso de su comentario y me mira. Leo su mente al instante.

—Ni lo sueñes —le advierto con mi tono más amenazador.

—Pero es que es tan guapo... —gimotea, y hace un mohín.

¡Ese tipo me está poniendo morritos, joder!

—No. —Lo apunto a la cara con un dedo—. Te juro que, como vea mi cara en alguna revista, ya sea en un posado o en un robado, te perseguiré y te mataré. ¿Lo entiendes?

—Pero un guardaespaldas guapo es el complemento más valorado de esta temporada... Y, por mi madre, te aseguro que eres el más guapo que he visto.

—¡A tomar por culo! —exclamo furioso. ¿«Complemento»? Este capullo se está burlando de mí—. ¡Largo de aquí! —Lo echo con un empujón en el hombro, enseñándole los dientes.

El  *paparazzi*  toma la sabia decisión de meter los trozos de la cámara rota en la bolsa y se larga de allí, haciendo un gesto enfadado con la mano por encima del hombro.

—¡Te pagaré una cámara nueva, Stan! —grita Camille, que no puede ocultar lo culpable que se siente.

—No, joder, no lo hará —replico. No entiendo por qué tiene que sentirse culpable. Yo no me siento culpable, y eso que me he puesto un poco duro con el idiota ese—. ¿Han acabado? —le pregunto al ver que Heather se ha reunido con ella.

Camille parece molesta; su amiga, en cambio, se está riendo.

—¿Qué pasa? —pregunto desconcertado por la mirada furiosa que me dirige.

—¡Acaba de cargarse mi buena relación con la prensa! —De un empujón,

me aparta y se aleja en dirección a la cafetería. Cuando pasa junto a Heather, recupera su bolso.

Aprieto los dientes luchando contra la reacción que me provoca el contacto de su mano.

Heather sigue riéndose, así que la miro.

—Me encanta que seas tan protector con ella —murmura.

Me esperaba cualquier cosa menos eso.

—¿Cómo no voy a serlo? Me pagan para que la proteja.

Ella hace una mueca burlona, se vuelve y se aleja sacudiendo la cabeza.

—Abre los ojos de una vez, grandullón.

¿Qué demonios ha querido decir con eso? Se lo preguntaría, pero se aleja demasiado deprisa. Me acerco a ellas y veo que están hablando, muy serias, pero cuando llego ambas se callan y Camille le da a su amiga un rápido beso en la mejilla.

—Hasta luego —se despide dejando un billete de diez libras en la mesa y dirigiéndome otra mirada asesina.

Suspiro. ¿Qué pretende que haga? ¿Esperar hasta que alguien la arroje a la parte trasera de una furgoneta antes de ponerme en marcha? No puedo hacer eso.

Camille se aleja moviendo las caderas en una dirección. Heather se aleja en dirección contraria y yo me quedo entre las dos como un idiota. Echo la cabeza hacia atrás, como clamando al cielo. Suelto el aire en un suspiro largo y cabreado. Lo que no sé es si estoy enfadado conmigo mismo por haber reaccionado de esa manera o por el resultado. Ahora ella se ha cabreado conmigo y no soporto que eso me importe.

Sigo a Camille hasta el coche, entro y la encuentro sentada en el asiento del copiloto, con la mirada fija al frente. Pongo en marcha el Range Rover y me incorporo al tráfico mirándola con el rabillo del ojo. La tensión es palpable.

—¿A casa? —le pregunto girando a la izquierda cuando llegamos al final de la calle.

Ella sigue con la vista al frente y la boca cerrada.

—¿A casa? —repito, esta vez más alto y más claro, pero de nuevo no

obtengo respuesta. Ah, ¿o sea que va a castigarme con su silencio? No lo soporto. Y no soporto no soportarlo—. Camille —le digo en tono autoritario al detenernos en el semáforo—. ¿Quiere que la lleve a casa?

La luz del semáforo cambia a verde, pero me quedo en el sitio. No pienso moverme hasta que me responda. Podría llevarla a casa sin más, sin importarme adónde quiera ir, pero una parte idiota de mí quiere que ella reconozca mi existencia. Que me dirija la palabra. ¿Estúpido por mi parte? Sí. ¿Exceso de orgullo? También. Joder, cada vez me parezco más a ella.

A nuestro alrededor, los coches atascados hacen sonar las bocinas y nos dirigen gestos con el dedo. Paso de ellos; su enfado no me afecta, puedo quedarme aquí todo el día si hace falta. Camille, en cambio, está cada vez más incómoda por el espectáculo que estamos dando.

—Está verde —murmura revolviéndose en el asiento pero resistiéndose a mirarme, aunque sabe perfectamente que yo la estoy mirando.

—Muy observadora. —No debería ser sarcástico en este momento; no ayudará a resolver la situación. Debería haber imaginado que su actitud colaboradora no duraría mucho.

Al final se vuelve hacia mí con los dientes apretados.

—¿Por qué es tan testarudo? —me plantea muy seria mientras los conductores siguen tocando las bocinas como locos.

Abro mucho los ojos. ¿Yo?

—Camille... —Se me escapa un poco la risa y tengo que hacer un gran esfuerzo para no reírme a carcajadas. ¡Esta mujer es un caso!—. Le estoy haciendo una simple pregunta.

—Sí —responde al fin, haciendo rechinar los dientes—, quiero ir a casa.

—¿Lo ve?, no era tan difícil. —Arranco con suavidad y nos alejamos del ruido.

—¡No me trate como si fuera una niña! —exclama, y yo sonrío por dentro. Estoy esperando a que suelte un «joder» en cualquier momento.

Pero, sorprendentemente, no quiero que me odie. Y eso es una novedad; casi una revelación. Porque las mujeres suelen odiarme tras pasar unas horas conmigo; normalmente después de que las eche de mi cama. Y eso nunca me había preocupado. Nunca me había vuelto a acordar de ninguna de ellas. De

Camille, sin embargo, es imposible olvidarse. Está siempre presente en mis pensamientos. Ya sean pensamientos inapropiados, dolorosos o cabreantes.

Gruño por dentro. Daría lo que fuera por una copa ahora mismo. Beber me ayuda a relajarme. Y llevo demasiado tiempo sin correr. Correr también me ayuda a relajarme. Y llevo sin follar... siglos. Al menos, a mí se me ha hecho eterno. Y follar me ayuda a... Bueno, follar es follar. Es un medio para lograr un objetivo.

Me revuelvo incómodo en el asiento. Mi polla empieza a crecer por mucho que me esfuerce en evitarlo. Soy un enorme saco de frustración. Nada de esto me había impedido hacer un buen trabajo en casos anteriores, pero es que en esos casos no tenía que pasarme las veinticuatro horas del día pegado a Camille Logan. No tenía que pasarme las veinticuatro horas batallando contra mí...

Sacudo la cabeza con rabia y la miro de reojo. Por suerte, ella no se ha dado cuenta de mi incomodidad. Está mirando por la ventanilla, perdida en sus pensamientos. Una parte de mí quiere dejarla en paz para que disfrute de la calma, pero otra parte, una muy egoísta —una emoción que, por cierto, no pinta nada en todo esto—, quiere conocer hasta el más mínimo detalle de lo que pasa por esa lista cabecita.

Porque necesito saber si sus pensamientos se parecen a los míos, esos pensamientos que no debería tener, que son inapropiados. Tal vez entonces dejaré de sentir que me estoy volviendo loco.

## Capítulo 12

### CAMI

Cuando llegamos a casa, me paso la tarde encerrada en la habitación, estudiando la propuesta de los inversores y esperando encontrar alguna cláusula que haga que ésta me resulte más atractiva. Sé que es una pérdida de tiempo, pero es una buena manera de evitar a Sharp. Aunque me siento culpable, como si estuviera traicionando a Heather sólo por leer la oferta. Al marcharnos de la cafetería, después de que Jake estuviera a punto de mandar a Stan al hospital, Heather comentó que le llamaba la atención el modo en que Jake me miraba. Yo le quité importancia, pero durante todo el trayecto en coche no pude pensar en otra cosa. Yo también me he fijado en cómo me mira. Estoy tratando de no pensar en ello..., pero no lo consigo.

Suelto la oferta y llamo a mi agente para confirmarle la negativa. Luego pierdo un poco más de tiempo actualizando mi book; lo que sea para no encontrármelo.

Pero al final me quedo sin cosas que hacer. Y tengo sed. Tardo un rato en armarme de valor para ir a buscar un vaso de agua, pero cuando lo logro, cruzo el salón en dirección a la cocina a la velocidad de una rata por una tubería. Y noto sus ojos clavados en mí todo el tiempo.

Lleno el vaso y vuelvo a la habitación a toda prisa con la mirada en el suelo. Estoy a punto de conseguirlo, pero, en el último momento, mis ojos

traicioneros se rinden y miro hacia el sofá. Nuestras miradas se encuentran y el corazón me da un brinco. Me detengo con la mano en el pomo de la puerta. El agua tiembla dentro del vaso.

Y todo por un segundo de contacto visual.

Jake baja la mirada a su portátil de inmediato. El ambiente está tremendamente cargado. Él sabe que estoy enfadada; lo que no sabe es por qué. Cree que lo sabe, pero se equivoca. No estoy enfadada porque su actitud puede haber perjudicado mi relación con la prensa; estoy enfadada porque me gusta demasiado tenerlo cerca. Me he acostumbrado muy rápido a que siempre esté ahí, como una sombra. Hace que me sienta segura. A salvo de Sebastian, de los *paparazzi* y de las estúpidas amenazas por culpa de mi padre.

Entro en la habitación y me pongo a andar arriba y abajo sin apartar la mirada de la puerta. Me siento prisionera en mi propia casa. Tengo miedo de andar con libertad por no encontrármelo mirándome o, lo que es peor, por no toparme con él por accidente. Suspiro y me armo de valor para enfrentarme a él, dispuesta a verbalizar mi enfado, aunque sólo sea por calmar los ánimos.

Vuelvo a salir con decisión de mi cuarto, pero no lo veo en ninguna parte. Miro en la cocina, pero no hay nadie, y llego a la conclusión de que debe de estar en la habitación de invitados, donde guarda sus cosas y se ducha. A pesar de eso, insiste en seguir durmiendo en el sofá. Miro pasillo abajo y me obligo a ir hasta allí. Cuando llego, llamo con suavidad a la puerta. Espero a que me dé permiso para pasar, pero no oigo nada, así que vuelvo a llamar, esta vez con más fuerza. Nada.

—¿Jake? —llamo pegando la oreja a la puerta—. ¿Está ahí?

No obtengo respuesta.

Cojo el pomo, lo hago girar y echo un vistazo a la habitación. No hay señales de vida. Miro hacia el baño. No oigo la ducha ni ningún otro ruido que salga de allí.

«¿Dónde estará?», me pregunto, abriendo la puerta hasta que toda la habitación queda a la vista. La cama está impecable, y en un extremo hay un montón de ropa, plegada y colocada de manera precisa. A un lado está la bolsa de viaje con la cremallera abierta. Encima hay algo plateado que brilla al captar los rayos del atardecer que entran por la ventana.

¿Qué será? Miro por encima del hombro antes de dirigirme hacia allí, incapaz de resistir la tentación. Sé que debería irme: estoy invadiendo su intimidad. Pero cualquier cosa que pueda arrojar algo de luz sobre el misterio y la oscuridad que envuelven a mi sombra particular es una tentación demasiado grande. Además, él sabe muchas cosas sobre mí. Parece justo que yo conozca un poco más sobre él, ¿no?

Al acercarme a la bolsa, me doy cuenta de que el objeto es un portarretratos plateado. ¿Un marco? Contengo el aliento. ¿Una foto?

Otro rápido vistazo a la puerta me indica que sigo sola. Me planto ante la bolsa, pero a unos tres metros de distancia. No sé por qué, no me atrevo a acercarme más. Mi yo sensato, el que me grita que me vaya de allí, se ve incapaz de actuar de forma correcta por la necesidad de ver quién aparece en la foto.

Alargo el cuello tanto como puedo y contengo el aliento cuando logro ver en un extremo de la fotografía una cara feliz. Es la cara de Jake. Me muerdo el labio inferior para ahogar una exclamación de sorpresa. Está sonriendo con ganas, con los ojos brillantes y mostrando todos los dientes. Nunca lo he visto sonreír así. Siempre tiene los ojos tan sombríos y serios... Se lo ve tan feliz en esa foto que necesito saber quién es el responsable de semejante felicidad. Doy un paso más y veo la imagen en su totalidad. Hay una mujer muy guapa, con el pelo largo y brillante, que está acurrucada a su lado, riendo también. Tomo el portarretratos con el corazón encogido. Jake va vestido con pantalones de combate y una camiseta de color caqui. A pesar de su sonrisa, tiene un aspecto letal. Tiene los brazos tan musculados que los bíceps tensionan la tela de la camiseta.

—Pero... ¿¿qué coño...?! —El grito de Jake hace que mi corazón pase de estar alterado a estar al borde del infarto. La foto se me escurre de entre los dedos. De un salto, me doy la vuelta con la mano apoyada en el pecho y los ojos muy abiertos.

Jake está en la puerta, enfadado. Su pecho sube y baja con fuerza.

—Lo si... siento —tartamudeo con las mejillas como tomates bajo su fiero escrutinio—. Pensé que...

—Pensó que sería buena idea cotillear mis cosas. Le recuerdo que esto es

propiedad privada.

Se acerca a la cama a grandes zancadas, coge la foto, la mete en la bolsa y cierra la cremallera.

—¿Quién es? —Cuando la pregunta que no tengo ningún derecho a hacer brota de mis labios, yo soy la primera sorprendida.

—No es asunto suyo —me suelta, y se dirige al baño malhumorado—. ¡Fuera de aquí!

Hago una mueca y me trago el absurdo dolor que me han provocado sus bruscas palabras. Ojalá la vergüenza venciera la curiosidad que me causa la fotografía, pero ni por éstas. Esa mujer lo hacía feliz, pero es evidente que ya no está en su vida. ¿Quién es? Y, lo que me interesa más, ¿qué pasó entre ellos para que mi pregunta haya provocado una reacción tan violenta en él?

Su repentina aparición en la puerta del baño interrumpe mis pensamientos. No me siento capaz de mirarlo a los ojos, así que bajo los míos y lo único que veo son sus pies. Sus perfectos pies desnudos.

—Sigue aquí —dice malhumorado pero más calmado, y entonces veo que esos pies se acercan a mí.

—Ya me voy.

Doy un paso atrás, aunque mi cuerpo se resiste a moverse, y a regañadientes alzo la mirada hasta sus ojos. No encuentro el enfado que esperaba. Encuentro remordimiento, pero no sé decir si es remordimiento por esa mujer y su pasado, porque me he asomado a ese pasado o por haberme gritado.

Cuando Sharp cierra los ojos y traga saliva, deduzco que es una mezcla de todo.

—Lo siento —murmura.

—No lo sienta. No debería haber curioseado —contesto, y lo digo de corazón.

Yo también estoy arrepentida, y no sólo por haber metido las narices donde no debía: lo que más me duele es saber que nunca obtendré respuestas a las preguntas que no cesan de asaltar mi mente. Su pasado no es asunto mío y, sin embargo, la necesidad por saber más de él sigue ahí; no se marcha.

—Es una ex. —Pronuncia las palabras aceleradamente. Yo doy un paso

atrás, sorprendida—. Ella... —Deja la frase a medias y da también un paso atrás, evidentemente sorprendido por haber estado a punto de abrirme esa ventana a su pasado. Parece confuso. Al final sacude la cabeza y añade—: No es nadie.

A continuación, aparta la mirada. Ya, no es nadie, pero lleva su foto en su bolsa de viaje.

Con una sonrisa forzada, hago ademán de irme, pero él me lo impide agarrándome del brazo. Me encojo a mi pesar. Es difícil no reaccionar cuando un simple roce te provoca un calor tan intenso que te llega al corazón.

Jake mira el lugar en que su mano entra en contacto con mi brazo. Lo está observando con tanta intensidad que casi me perfora la piel. Cuando sus dedos se flexionan levemente, todas mis terminaciones nerviosas chisporrotean y la respiración se me altera. Me recuerda al momento en que me cogió la mano en la oficina de mi padre. Me produjo tal sensación de calma y seguridad que me pregunté cómo sería tener su cuerpo entero envolviéndome. El otro día, cuando me aplastó contra el suelo del salón, me hice una idea. O cuando me agarró para apartarme del camino del guardia de seguridad en Harvey Nichols. O cuando me sujetó la noche en que intenté pintarle las uñas de los pies. Pero quiero más; necesito más.

Ambos alzamos la mirada al mismo tiempo y no la apartamos. Su cara empieza a acercarse a la mía muy despacio, y sus ojos se desvían hacia mis labios. Contengo el aliento, presa de la excitación. Va a besarme.

Estoy a punto de aproximarme a él, pero el sonido de mi teléfono rompe la magia del momento. Me quedo paralizada y él se apresura a retirarse.

—Debería responder —me dice en voz baja, sin mirarme. La tensión y la incomodidad acaban de regresar.

Me voy rápidamente, ansiosa por poner fin a una situación tan embarazosa, maldiciendo en silencio mientras camino. ¡Soy idiota! ¿En qué demonios estaba pensando?

Cuando al fin localizo el teléfono, veo el nombre de mi madre en la pantalla y hago una mueca. Llevo evitándola toda la semana, porque sé que no tiene ni idea de que mi padre me está haciendo vigilar por un guardaespaldas ni de la causa. No es que tenga a mi padre en un pedestal precisamente desde

que él la dejó por una más joven. Y sé que se lo tomará muy mal, sobre todo si el asunto me afecta a mí. No necesito que me caliente la cabeza con el tema. No necesito que me pegue la paliza sobre las cuestionables actividades económicas de mi padre. Al fin y al cabo, durante los veintidós años que estuvieron juntos, mi madre se hizo la loca y se aprovechó de su dinero para darse la vida padre. Básicamente sigue manteniendo el mismo ritmo de vida, gracias a una buena inversión que hizo tras el divorcio, aunque ella no quedó satisfecha con el dinero que se le asignó. Ahora vive casi igual de bien que antes, pero mucho más amargada.

—Mamá —la saludo tratando de sonar animada mientras espero a que me pegue la bronca por no dar señales de vida en toda la semana.

—¡Hombre, si tengo una hija! —Su voz suave y su acento tan correcto me hacen sentir un poco mejor—. Empezaba a pensar que me habías abandonado por tu padre.

Sonrío justo cuando Sharp entra en el salón. Me parece tan distante como hace un momento, aunque me mira con curiosidad, preguntándose quién está al otro lado de la línea.

—Nunca haría eso, mamá —afirmo respondiendo a su pregunta muda.

—¿Cómo estás, bomboncito?

—¿Has estado leyendo revistas? —le pregunto, porque sé que le pierden los cotilleos, aunque sepa que la prensa lo exagera todo buscando el sensacionalismo. Y sé que si se preocupa por mí es que ha visto las fotos de Sebastian saliendo de un local.

—Te conozco; sé que no harás ninguna tontería —dice, y lo bueno es que suena convencida. A diferencia de mi padre, mi madre confía en mí—. Esta noche no tengo plan —continúa diciendo, lo que me hace sonreír. Eso sí que es una auténtica noticia, ya que mi madre es una asidua de la vida social que divide su tiempo entre los clubes femeninos, los clubes de tenis, las boleras y una lista inacabable de comidas de sociedad. Una vez fui a una de esas comidas y juré no volver jamás. La mesa estaba llena de mujeres amargadas y retorcidas que machacaban a sus exmaridos mientras comían canapés y bebían champán—. Cenemos juntas.

—Tengo que ir a la fiesta de cumpleaños de Saffron. —Uso la excusa con

facilidad, ya que es cierta, aunque sé que a mi madre eso le dará igual.

—Pues quedemos antes, así ya llevarás algo en el estómago cuando llegues a la fiesta.

Hago una mueca mientras busco a Jake con la mirada. Lo encuentro en el sofá, con el portátil sobre sus largas piernas. Me pregunto quién será más fácil de convencer. Sé que mi madre no colgará hasta que yo haya aceptado verla. Además, hace más de una semana que no la veo, así que ya toca, pero no puedo ir con Sharp pegado a la espalda. Eso haría que tuviera que responder a un montón de preguntas, lo que no me apetece nada. Con sus poderosos músculos y su metro noventa y cinco de estatura, Jake no pasa desapercibido precisamente.

¿Cómo convencerlo de que no necesito carabina para ir a cenar con mi madre? Me quedo un rato pensando en la mejor manera de plantearle la cuestión. Una buena manera sería decirle que necesito un poco de espacio. La tensión entre los dos se está volviendo insoportable. No sé qué hacer ni qué decir cuando él está cerca.

—TJ también viene —añade ella entonces, acabando de convencerme. Me encanta que mi madre lo trate como si fuera su propio hijo, aunque sea una fotocopia de su aborrecido exmarido. Siempre ve lo mejor en TJ, igual que yo, probablemente porque trabajó duro para proporcionarle esos valores cuando era un niño.

—Di sitio y hora —respondo. Veo que a Sharp se le ponen las orejas de punta al oírme, y no estoy exagerando. Bueno, no mucho.

—¡Maravilloso! Mi chófer te recogerá a las siete. ¡Ponte guapa, cariño!

Mi madre cuelga y yo empiezo a mordirme el labio inferior, sin saber cómo salir de este lío.

—Era mi madre —digo como quien no quiere la cosa, y me dirijo a la cocina a servirme un vaso de agua. Tal como esperaba, no obtengo respuesta, más que nada porque no le he dicho nada que no supiera—. Me ha invitado a cenar esta noche —agrego sacando un vaso del armario—. Su chófer me recogerá a las siete.

De nuevo el silencio es la única respuesta que obtengo.

Frunzo el ceño mientras el vaso se llena de agua del grifo. Cuando vuelvo

al salón, Jake no está allí. Ha cerrado el portátil y lo ha dejado en el lugar donde tenía apoyado cómodamente el trasero hace un momento. Bebo un sorbo de agua y trato de acompañarlo de un sorbo de confianza antes de ir a buscarlo para organizar la noche. A cada paso que doy, me siento más segura de lo que voy a hacer. Además, tengo que reconocer que me preocupan menos las preguntas de mamá que la cercanía constante de Jake. Me siento agobiada por..., no sé exactamente por qué, pero sé que no es nada bueno.

Tan ofuscada estoy dándome ánimos mentales que entro en la habitación sin llamar. El vaso se me resbala entre los dedos y cae sobre la moqueta. El agua me salpica las piernas.

—¡Joder! —exclamo al encontrármelo cara a cara desnudo con una toalla en la mano.

Él no se mueve, y yo, tampoco. Permanecemos inmóviles, mirándonos a los ojos. Sin duda los míos están igual que los suyos: abiertos como platos, asombrados, inservibles.

«¡Tápate!», grito en mi cabeza, tratando de obligarme a llevar la orden hasta mi boca para poder pronunciarla, pero mi cuerpo pasa de mí. Al menos, la parte superior. La inferior se ha puesto en funcionamiento y tengo que apretar los muslos para controlar el latido que se ha despertado entre ellos.

Bajo la vista hasta su pecho y sigo bajándola. El aire que había quedado contenido en mis pulmones sale en forma de jadeo lujurioso cuando llego a su polla, larga, sólida, inquieta.

—Camille —pronuncia mi nombre en voz tan baja que apenas la oigo. Estoy demasiado extasiada con lo que estoy viendo. Por favor, que alguien me rescate porque estoy a punto de dejarme caer de rodillas para adorarlo—. ¡Camille!

Pego un brinco hacia atrás que me hace chocar contra el marco de la puerta. Una punzada de dolor en el hombro me hace gritar.

—¡Joder! —exclamo mientras me lo froto confundida.

—¿Estás bien? —pregunta tuteándome por primera vez. Efecto de la desnudez, supongo.

Cuando se me aclara un poco la mente, veo que Jake se acerca. Le ha dado tiempo a cubrirse con la toalla. La visión de su torso cincelado que desciende

hacia su abdomen perfecto hace que vuelva a ver borroso.

—¡Sí! —Trato de huir echándome hacia atrás y choco de nuevo con la jodida puerta—. ¡Mierda! —Me froto el hombro—. Estoy bien —digo tambaleándome hacia el pasillo.

Jake se detiene ante mí, en el umbral, con el ceño fruncido.

—Voy a ir a cenar con mi madre —lo informo, alejándome un poco más.

—Ya lo sé. —Me examina de arriba abajo, probablemente para asegurarse de que estoy bien.

No lo estoy. Me duele el hombro, pero eso es lo de menos. Tengo que salir de aquí cuanto antes.

—Su chófer me recogerá y TJ también estará allí; no hace falta que vengas.

Su repentino cambio de expresión me indica que no está de acuerdo conmigo.

—Ni lo pienses. —Se da la vuelta y se aleja, dejando caer la toalla sin una pizca de timidez.

Cierro los ojos para no verlo. Es obsceno de tan perfecto.

—Estaré con mi madre y mi hermano —protesto en la oscuridad—. Estaré bien.

—No voy a discutir sobre esto, Camille.

Quiero abrir los ojos para fulminarlo con la mirada, pero sería una estupidez.

—¿Ya estás vestido? —le pregunto sin poder disimular mi irritación.

—Sí.

Cuando los abro, veo que se ha puesto unos pantalones, pero los lleva desabrochados. El pecho sigue desnudo y absolutamente divino. Abro la boca enfadada.

—¡Jake!

—Vuélvete, Camille —me aconseja mientras se pone la camisa.

Me cuesta horrores obedecer, pero lo hago. Sin embargo, en mi mente continúo viendo las líneas que marcan sus abdominales.

—En serio, no hace falta que vengas.

—Tu padre quiere que te siga a todas partes. Ya viste las fotos. Tienes suerte de que te deje salir de casa, y deberías ser consciente de que, si puedes

salir a la calle, es porque yo te acompaño. Prefiero hacer las cosas por las buenas, pero si me obligas, usaré la fuerza —me advierte con los dientes apretados, cada vez más frustrado.

—¿Usarás la fuerza? —repito, y mi cuerpo reacciona cuando me lo imagino clavándome en el suelo, como el día en que saltó sobre mí cuando me pilló observándolo—. ¿Cómo?

—Ponme a prueba —responde como si tal cosa.

Una lengua de deseo mezclada con curiosidad me recorre la espalda. Quiero ponerlo a prueba, o, para ser más exactos, quiero probarlo a él. Y quiero saber hasta dónde será capaz de llegar para obligarme a cumplir sus órdenes. Quiero que me ate para estar conectada a él y notar ese agradable calorcillo que me penetra cada vez que me toca. Quiero...

—Voy a ir. —Su aliento en la oreja me sobresalta, apartándome de las fantasías poco apropiadas en las que me estaba perdiendo. Pasa por mi lado mientras se hace el nudo de la corbata—. Llama a tu madre y dile que no hace falta que envíe al chófer.

Busco la pared más cercana y apoyo la frente contra ella con un poco más de fuerza de la necesaria, con la esperanza de que el golpe me libre del deseo que siento por este hombre, al que no debería desear. Y, lo que es más importante, que no quiere ser deseado.

# Capítulo 13

## JAKE

Todavía me late la polla, un efecto secundario de la erección que me ha acompañado más rato del que habría deseado.

No sé en qué estaba pensando para gritarle así, pero la expresión de su cara en ese momento fue superior a mí. Me odié por ser la causa de su disgusto. Me he portado como un capullo con muchas mujeres y nunca he sentido ni una pizca de culpabilidad. Me parecía una manera sencilla y efectiva de mantener las distancias.

Pero con Camille las cosas son distintas. Deseo tenerla cerca, y cuando le hablé de aquella manera me sentí como un cabrón. Y luego me sentí aún peor cuando no la dejé marchar después de haberle dicho que se fuera. Sus ojos me decían que no entendía nada. Se notaba que su cerebro iba a mil por hora. Ya me imagino lo que debía de pensar. Joder, por unos instantes estuve a punto de rendirme. Casi la besé; no podía controlarme.

Menos mal que llamó su madre. Como diría un entrenador de béisbol: «Mantén la atención en la pelota, chaval». Y la pelota no es esa mujer con la cara de una diosa y un cuerpo digno de ser adorado.

Gruño tratando de ignorar los latidos de mi polla, porque tengo que enfrentarme a otro tipo de frustración. La ridícula idea de Camille de salir a la calle sin mí me sacó de quicio. Logan aún no sabe nada. Lucinda controla los

e-mails que recibe. ¿Qué demonios querrá esa gente? Lo normal sería pensar que quieren dinero porque Logan está forrado, pero de momento no le han pedido nada. Esconde algo; estoy seguro.

Aparco en una calle lateral después de que Camille me informe, secamente, del lugar de encuentro. Salta y se dirige a la calle principal antes de que me dé tiempo a apagar el motor. Pronto la alcanzo y la sigo en silencio a varios pasos de distancia. Está preciosa, y eso que no parece haberse esforzado mucho con su aspecto. Se ha puesto un vestidito negro, pero acompañado por unos taconazos rojos que me parecen trampas mortales. Además, el negro del vestido hace que sus ojos color topacio destaquen. Sólo me ha mirado durante un segundo antes de salir del apartamento. Desde entonces, no ha vuelto a hacerlo.

Cuando llegamos a la entrada del lujoso hotel donde ha quedado con su madre y su hermano, el portero está ocupado cargando unas ostentosas maletas en un carrito, así que Camille tiene que abrir ella misma la puerta. La observo mientras lucha contra la pesada puerta de metal con su delgado cuerpo.

Alargo el brazo para abrirla yo y le rozo la mano de manera inocente. Ambos nos quedamos paralizados unos instantes antes de que ella se lleve la mano al pecho, conteniendo el aliento. Yo permanezco inmóvil con la mía sobre la puerta, sintiendo un estremecimiento a lo largo de la espalda. Dios, esto es cada vez peor. La tensión, los roces... y, sobre todo, mi reacción al contacto.

Bajo la vista hacia Camille, que está mirando a todas partes, desorientada. Le abro la puerta rápidamente y me aparto, dejándola entrar y eliminando así la posibilidad de volver a rozarla. Ella pasa sin darme las gracias ni mirarme; actúa como si yo no estuviera allí.

Inspiro hondo y la sigo, pero me detengo cuando ella lo hace, poco más allá. Se vuelve hacia mí, aunque no me mira a los ojos.

—Si tienes que vigilarme, hazlo, pero ¿podrías guardar las distancias para que mi madre no me interrogue?

—¿No sabe nada?

—No, y no quiero que se entere. Sólo serviría para que se preocupara y para que criticara aún más a mi padre.

Examino el área tomando nota de todos los rincones, de los posibles escondrijos y de las personas que hay, y archivándolo todo en mi memoria.

—¿Dónde te sentarás?

—En su mesa de siempre, al fondo del restaurante. —Sin mirarme, señala la entrada.

—Parece que tendré que cenar solo. —Le hago un gesto para que pase, cosa que hace sin reaccionar a mi cinismo.

Dejo que se adelante un poco antes de seguirla. Cuando el maître la saluda, me detengo. Los observo mientras la acompaña a la mesa. La madre de Camille está igual que en todas las fotos que he visto de ella. Es una mujer atractiva de cuarenta y tantos años, pelo rubio parecido al de Camille y ojos azules no tan brillantes como los de su hija. No obstante, creo que el parecido se limita a lo físico. La madre tiene aspecto de ser una persona autoritaria y vanidosa. Una auténtica diva. ¿Mesa reservada en el hotel? ¿Chófer? Sólo le falta el chihuahua con abrigo rosa de volantes y un collar de diamantes.

Mientras se abrazan y se dan dos besos, yo me dirijo a una mesa vacía que no queda muy lejos de la de Camille y su madre. No pienso irme más allá. Me siento en ángulo para tener todo el salón a la vista, lo bastante girado como para que no se fijen en mí pero con la suficiente visibilidad para poder hacer mi trabajo.

—¿Señor?

Alzo la mirada y me encuentro a un elegante camarero que se inclina ante la mesa para dos con una expresión de curiosidad.

—Tomaré un agua, por favor —le digo, resistiéndome a pedir el Jack Daniel's que necesito desesperadamente.

—Disculpe. —Parece nervioso, y eso que casi no he hablado y que he sido educado. ¿Qué le pasa?—. ¿Tenía reserva?

Ah, es eso. Claro, éste no es uno de esos sitios donde entras, te sientas y te dan de comer.

—Sí —respondo con tranquilidad, quitándole una carta de las manos y dirigiéndole una sonrisa que sugiere que debería aceptar mi respuesta y marcharse cuanto antes.

—¿Su nombre, señor?

Suspiro.

—Consulte la agenda que tiene a la entrada. —Señalo el atril que hay junto a la puerta—. El nombre que tenga apuntado para esta mesa, ése soy yo.

—Lo siento, señor, pero esta mesa está reservada.

Noto que Camille me está observando preocupada, y ésa es la única razón por la que trato de buscar otra solución.

—¿Tiene otra mesa libre? —le pregunto con educación.

—Sí, señor. —Con una sonrisa, me señala un lugar en el extremo opuesto del restaurante—. Si hace el favor de acompañarme...

Sigo con la vista la dirección de su dedo hasta encontrar una mesa libre y frunzo el ceño. Demasiado lejos.

—Me quedaré aquí, gracias.

—Pero, señor, yo... —Se calla en seco cuando lo miro, y adivino lo que debe de estar viendo en mis ojos.

«Pues más le vale no verme enfadado», me digo.

—Señor. —Asiente con la cabeza y se retira—. Le traeré el agua.

—Sí, será lo mejor.

Miro disimuladamente a Camille y veo que me está observando mientras su madre le come la oreja. Murmura algo de tanto en tanto, y el gesto hace que sus labios suaves y apetitosos se muevan con lentitud.

Soy incapaz de dejar de mirarla. Mi mirada asciende desde sus labios hasta sus ojos. Cuando se cruzan con los míos, aparta la vista con rapidez, se revuelve en la silla y da unos sorbos de champán, fijando su atención en su madre en vez de en mí. La pérdida de contacto me provoca un efecto que no puedo entender. Mentalmente me doy una bofetada mientras el camarero deja ante mí una jarra de agua aderezada con rodajas de lima y de limón.

—Señor, ¿ha decidido ya qué va a tomar?

—Lo que me recomiende —contesto sacándome el móvil del bolsillo y comprobando que no tengo ninguna llamada ni ningún mensaje.

—Nuestra langosta a la termidor es muy apreciada, señor.

—Pues tomaré eso.

A continuación, abro la lista de contactos y veo el nombre de Abbie. Frunzo el ceño y espero a que aparezca la habitual reacción, pero no, no se me

retuercen las tripas. Miro de nuevo a Camille y las cejas se me unen todavía más. Trato de imaginarme qué le diría a Abbie si la viera. Tal vez: «Hola, ¿me has echado de menos?».

Me echo a reír con disimulo.

Suelto el móvil y me froto la cara con ambas manos antes de quitarme la americana y colgarla en el respaldo de la silla. No sé por qué me torturo haciéndome la misma pregunta cada día. Ella está mejor sin mí. Es más feliz si estoy lejos de ella. Probablemente, a estas alturas, ya me haya olvidado. Hay cosas que es mejor no tocar: nada bueno puede salir de remover esa relación.

Oigo una carcajada y, al volverme hacia Camille, veo que tiene la cabeza echada hacia atrás y está riendo con ganas, igual que su madre. El presente me golpea con tanta fuerza que me olvido del pasado y sonrío. Ninguna mujer había logrado hacerme sonreír desde...

Cojo el teléfono y llamo a Logan. Responde al instante, como siempre.

—Sharp —dice mientras me echo hacia atrás mirando disimuladamente a Camille, que está distraída charlando.

—¿Alguna novedad?

—Nada.

Aprieto los dientes frustrado.

—Revisamos las entregas de los mensajeros a la torre Logan el día que me dijo que llegó la amenaza. —Hago una pausa, dándole tiempo a hablar o a reaccionar de alguna manera, conteniendo el aliento o algo así, pero no lo hace, así que prosigo—: Esa tarde no fue ningún mensajero.

—Alguno tuvo que ir —protesta—. ¿Han revisado las cámaras del circuito cerrado?

—Sí.

—¿Y los libros de registro?

—Sí.

—Pues lo entregaría alguien que no era mensajero.

Eso me hace dudar.

—Pero usted me aseguró que la había entregado un mensajero —le recuerdo.

—Eso fue... lo que supuse, pero... debía de estar equivocado. —No lo dice

muy convencido, lo que refuerza mis sospechas.

—Comprendo —convengo como si no tuviera importancia, aunque por dentro estoy rabiando de frustración y de curiosidad. Pero es que tengo la sensación de que, si insisto, dejará de contar con mis servicios y contratará a otra persona para proteger a su hija, a alguien que no haga preguntas. Y no me fío de nadie más para hacer este trabajo. Por otra parte, desde que empecé no he vuelto a tener pesadillas—. Llamaré cuando tenga alguna novedad.

Cuelgo y me pierdo en mis cavilaciones hasta que el dulce sonido de la risa de Camille me devuelve a la realidad. Se la ve feliz y relajada.

TJ llega poco después y saluda a ambas mujeres con cariño. La madre de Camille, madrastra de TJ, lo abraza como si fuera su propio hijo. La escena hace que vea a la mujer con otros ojos. Puede que sea una estirada, pero es evidente que siente afecto por su hijastro. Antes de sentarse, TJ me mira y me saluda discretamente con una inclinación de la cabeza. Yo hago lo mismo antes de volver a fijar la mirada en su hermana.

Camille juguetea con su triste ensalada sin comer apenas nada, pero no ha parado de reír en todo el rato. La verdad es que me ha encantado verla pasándose tan bien con su madre y su hermano. Aparte de eso, durante el rato que llevamos aquí, no ha sucedido nada. No ha aparecido nadie sospechoso ni se ha acercado ningún *paparazzi*.

Cuando sospecho que Camille está a punto de marcharse, pago la cuenta y espero a que se levante. La vigilo como si fuera un halcón, buscando alguna señal de que haya bebido, pero no encuentro ninguna. Su madre, en cambio, parece un poco inestable mientras se levanta de la mesa apoyada en sus zapatos de tacón de color dorado y apura las últimas gotas del líquido burbujeante del mismo color. TJ la sujeta del codo para estabilizarla, y luego Camille la coge del brazo y sale con ella del restaurante. Yo las sigo de cerca.

Una vez en la acera, me quedo algo apartado mientras se despiden. No me gusta estar tan lejos. Trato de ser discreto, pero no es fácil para alguien tan alto como yo pasar desapercibido.

Un Bentley se aproxima y el chófer sale para abrirle la puerta trasera a la

madre.

—Cariño, me ha encantado verte. —Abraza a su hija antes de dirigirse a TJ—. Cuídate —le ordena—. A ver si no tardamos tanto en vernos otro día.

TJ se echa a reír.

—Eres tú la que tiene una agenda imposible.

—Procuro estar al día. —Le guiña el ojo y le da un beso en la mejilla—. Adiós, bomboncitos. —Se acomoda con elegancia en el asiento trasero y el chófer cierra la puerta.

Acto seguido, el deportivo de TJ ocupa el lugar que acaba de quedar libre ante ellos y el aparcacoches le devuelve las llaves.

—Gracias. —Le da un billete de veinte libras—. Pórtate bien esta noche —le dice a su hermana.

Camille pone los ojos en blanco.

—Siempre me porto bien. ¿Por qué no vienes?

Él se echa a reír, como si acabara de contarle un chiste.

—Lo de las fiestas te lo dejo a ti. —Se inclina y besa a su hermana en la mejilla. Me echa un vistazo antes de añadir—: Parece que estás en buenas manos, pero cuídate mucho, ¿me oyes?

¿Que se cuide? Sé que no pretende insultar mi capacidad profesional; lo que está haciendo es recordarle los líos en los que se metió en el pasado. Y, a juzgar por su expresión casi suplicante, creo que me lo está recordando a mí también. Pues no tiene por qué preocuparse. Está a salvo; de todo.

Camille mira brevemente por encima del hombro y se muerde el labio.

—Sí —asiente.

Espero a que el coche de TJ desaparezca calle abajo antes de acercarme a ella. En este momento, en lo único que puedo pensar es en lo mucho que me alegro de que Camille no se parezca ni a su padre ni a su madre. Ya sé que es una idea superficial y poco apropiada, pero no puedo evitarlo. Camille se ha convertido en la persona que quería ser, así que, a pesar de los tropiezos que ha sufrido a lo largo del camino, debería sentirse orgullosa de sí misma.

—Tu madre es una mujer interesante —comento al detenerme a su lado.

—Pretenciosa, querrás decir. —Se vuelve y alza la cara para mirarme—. No hace falta que seas educado. Mi madre está bien en pequeñas dosis. —

Saca el móvil, teclea un breve texto y lo envía—. El Picturedrome está a unas cuantas calles de aquí; vámonos —ordena con decisión, dirigiéndose hacia mi coche. Mientras la sigo, suelto el aire. La noche no ha acabado, ni mucho menos.

El ruido es ensordecedor, joder. De los altavoces no paran de salir ritmos machacones a todo volumen, y hay cientos de veinteañeros, todos bebiendo champán. No me gusta nada la penumbra que envuelve el local; me dificulta el trabajo. Cuando Camille hace su aparición, varias chicas se acercan a ella gritando entusiasmadas.

Heather le plantifica una copa de champán en la mano y es la primera en abrazarla. Gruño cuando los que se acercan son hombres. Varios invitados me miran —las mujeres, con interés; los hombres, con desconfianza—, mientras yo observo a Camille, que charla cerca de mí. Está relajada; sigue feliz, y eso hace que yo también me relaje un poco. Tomo posiciones en la barra y me preparo para lo que me temo que va a ser una larga noche.

Una hora más tarde, me estoy volviendo loco. He soportado torturas considerables a lo largo de mis treinta y cinco años de vida, pero puedo decir, con la mano en mi negro corazón, que esta última hora se lleva la palma. Ver a Camille contoneándose en la pista de baile me ha puesto tan duro que me duele. Me pregunto si lo estará haciendo a propósito para hacerme la vida más difícil. Da igual, soy un profesional y puedo soportar lo que haga falta. Lo malo es que también soy un hombre; un hombre que hace demasiado tiempo que no moja.

Gruño disimuladamente tratando de no mirarla, lo que no es fácil, ya que es mi cliente. Ella es mi trabajo, pero, hostia, es que es perfecta. Es preciosa de manera natural, sin esforzarse, y no es engreída ni ostentosa. No hay ni un solo hombre en este bar que sea inmune a la atención que exige sin exigirla. El resto de las mujeres, todas guapas, palidecen y se vuelven invisibles a su lado. Sonríe por dentro mientras noto una absurda sensación de orgullo.

Me reprendo a mí mismo y levanto la vista hacia el estante superior del bar. Necesito una copa.

—Hola. —Camille aparece entonces a mi lado, animada y sonriente—. Me estoy meando —me dice cambiando el peso de pie varias veces—. ¿Quieres mirar?

Está borracha, pero no me dejo engañar por su descaro. Y me alegro mucho de que haya venido a avisarme en vez de salir disparada al baño sin decir nada.

—Vamos. —Le apoyo la palma en la parte baja de la espalda, y me niego a reconocer lo agradable que es notar que la abarco con una sola mano.

Ella se mueve con soltura, pero yo estoy a punto de tropezar cuando noto que me aparta. Aun así, no me da tiempo a echarla de menos, porque me coge de la mano con fuerza y pierdo la capacidad de razonar. Mis piernas se mueven por inercia, pero el resto de mi cuerpo ha dejado de funcionar. Sentir su delicada mano en la mía es demasiado agradable; no es seguro. El corazón me da brincos en el pecho mientras trato de razonar conmigo mismo. Su melena rubia se balancea de un lado a otro mientras cimbrea las caderas ante mí, elevando la tortura varios grados más. Tal vez por fuera sigo dando una imagen profesional, pero mi polla y el resto de mis órganos van a su aire. La clave está en resistir. La sensatez es primordial.

Estoy abrumado; no soy capaz de adivinar qué tiene de especial esta chica que ha reavivado en mí sentimientos que creía muertos definitivamente. Desde que acepté este caso, he tratado de ser fuerte, he luchado por mantener la cordura por encima de los sentimientos confusos, de mantener la perspectiva. Pero me temo que esos sentimientos están creciendo y ganando la batalla.

Camille se vuelve hacia mí cuando llegamos a un largo pasillo y su cabello parece volar en cámara lenta. Sigue sonriendo. No recuerdo haber llorado desde que soy adulto. Me educaron para ser duro. Hace tiempo que desterré las emociones de mi vida, y estaba satisfecho con mi modo de ser, pero esa chica me está jodiendo la vida. Es peligrosa; me vienen ganas de gritar de frustración.

—¿Vas a pasar? —se burla de mí, flexionando los dedos para que la suelte.

Bajo la vista y me maravillo de lo bien que encajan. Le aprieto un poco los dedos y frunzo el ceño al darme cuenta de lo que hago. ¿Qué coño estoy

haciendo? La suelto con rapidez y doy un paso atrás justo cuando Saffron se une a nosotros.

Me repasa de arriba abajo antes de hablar:

—Creo que voy a agenciarme uno de éstos.

—¡Saffron! —Camille riñe a su amiga y le da un codazo en las costillas, pero la otra se parte de risa.

—No lo siento —me dice guiñándome el ojo. A continuación, coge a Camille de la mano y me pregunta—: ¿Vas a entrar ahí?

—Si me dejan —respondo. Camille me mira muy seria y yo me reafirmo poniendo cara de póquer—: Sí, voy a entrar.

No es que sea un paranoico, es que no me quedo tranquilo si la pierdo de vista.

—¡No puedes entrar! —exclama, verdaderamente horrorizada, cosa que no puedo entender—. ¡Te arrestarán!

—Camille, ¿tengo pinta de ser uno de esos tipos que se excitan mirando a las mujeres mear por un agujero en el váter?

—A mí no me lo parece, pero ¡igual las demás no están de acuerdo! —Se vuelve hacia Saffron y empieza a bailar otra vez, aguantándose las ganas—. Vamos.

Doy un paso hacia ella.

—Cam...

Me tapa la boca con la mano y me quedo inmóvil, contemplando cómo sus ojos adquieren un brillo especial. ¿De qué se trata? ¿Deseo? Rápidamente da un paso atrás y baja la vista.

—No hay peligro ahí dentro —murmura.

Me obligo a calmarme.

—No te importará que lo compruebe, ¿no? —le pregunto lo más tranquilo que puedo.

Ella asiente con la cabeza. ¿Cómo? ¿No va a protestar? Y, lo que es más curioso, ¿no va a burlarse de mí?

No puedo más. Estoy hecho un amasijo de frustración sexual. La aparto y abro la puerta del lavabo de señoras. Estoy a punto de entrar cuando comienzan los gritos. No es fácil que algo me sobresalte, pero al parecer un

grupo de mujeres gritando lo consigue.

—¡Joder! —Suelto la puerta como si quemara al ver las miradas furiosas que me dirigen varias mujeres a través del espejo—. Entra —le indico a Camille haciéndole un gesto impaciente con el brazo—, pero date prisa.

Las dos amigas desaparecen en el baño y yo me planto frente a la puerta con la espalda apoyada en la pared. Esta noche está acabando conmigo. Estoy agotado, física y mentalmente. Cuando termine con este caso, me voy a beber una caja entera de Jack Daniel's, me pasaré un año entero durmiendo y dos follando.

La puerta se abre y salen dos damas, que me dirigen miradas en las que se mezclan la atracción y la repugnancia. Nada a lo que no esté acostumbrado.

—Señoras... —digo por decir algo mientras se alejan.

Alargando el cuello, y antes de que la puerta vuelva a cerrarse, veo un instante a Camille frotándose las mejillas. Se la ve sofocada. A mí también me pasa. Cruzo los brazos ante el pecho y empiezo a golpear el suelo con un pie con impaciencia. Poco después salen otras dos chicas. Camille sigue igual, retocándose el pelo. Pongo los ojos en blanco y le concedo un minuto más antes de entrar a buscarla.

Se me hace eterno: el minuto más largo de toda mi puta vida. Sé que no le hará ninguna gracia que entre ahí como un energúmeno, pero el corazón se me está empezando a desbocar. «Joder, ya se le pasará», me digo al final. Me aparto de la pared y abro la puerta empujándola con las dos manos. Ésta choca con la pared y no sé si el ruido que oigo es resultado del golpe o de mi cabeza, que acaba de explotar.

Se me cae el alma a los pies, arrastrando el corazón y los pulmones consigo. ¿Cómo coño ha entrado Sebastian Peters ahí sin que me diera cuenta?

Levanta la mano y le da una sonora bofetada a Camille en la mejilla.

—¡Zorra estúpida! —le grita tirándola al suelo. Durante la caída, su mejilla choca contra el mármol del lavamanos haciendo un sonido ensordecedor—. ¿Te crees que no soy lo bastante bueno para ti? ¡Eres mía!

Pierdo el control y lo agarro por el cuello antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Lo arrastro sin soltarlo hasta el fondo del lavabo y, cuando choca contra la pared, noto la vibración en los brazos y el pecho. Y también

antes de percatarme de lo que estoy haciendo, le he dado dos puñetazos, uno en el ojo y otro en la mejilla. Es agradable; muy agradable, joder. Saco la pistola, le quito el seguro y se la clavo en la sien. Sebastian no sabe de dónde le vienen los golpes, literalmente. Sin éxito, trata de librarse de los dedos que no lo dejan respirar.

—Te acompañaré a la salida —le digo gruñendo mientras le clavo la pistola en la sien—. En este momento tienes una Heckler VP9 apuntándote a la cabeza. Cuando te vuele los sesos, esto va a quedar hecho un desastre y probablemente me meterán en la cárcel el resto de mi puta vida, pero viviré feliz sabiendo que estás muerto. —Le doy un rodillazo en las pelotas que lo hace gritar de dolor—. ¿Duele, Sebastian? —Le propino otro golpe y mi parte sádica disfruta mucho.

—Por favor —lloriquea mientras moquea y le caen babas por la barbilla. Qué patético. Tiene los ojos saltones, la nariz roja, y no para de sorberse los mocos. Reconozco los síntomas. Seguro que se sentía invencible, puesto de coca hasta el culo. Pues ahora es probable que ya no se sienta tan invencible.

Pestaño, y no debería haberlo hecho porque, en el breve instante de oscuridad, mi mente revive la bofetada que le ha dado a Camille. La rabia me consume. He matado a muchos hombres cumpliendo con mi deber. Era alguien oculto, indiferente, temido por miles. Era el francotirador; el desconocido. Era alguien sereno, frío, calmado. Alguien peligroso porque hacía bien mi trabajo. Pero todo cambió cuando ella me jodió la vida.

Me aseguré de que todos los que se cruzaban en mi camino sufrieran mi odio. No me importaba que la venganza estuviera dirigida a alguien que no la merecía. Machacar al enemigo fue la única salida que encontré. Necesitaba una escapatoria para tanto odio y dolor; el dolor que ella me había causado.

Por eso salí de mi escondite entre las sombras y me planté en el campo de batalla. Ese día, miré a un hombre a los ojos y vi el miedo en ellos antes de matarlo. Todo me daba igual; me volví un temerario, un imbécil, un jodido imbécil. Mi necesidad egoísta de atacar causó la muerte de dos de mis compañeros. Sus caras me perseguirán siempre. Esos dos hombres dejaron esposa e hijos. Eran dos buenas personas. Yo no fui una buena persona; debería haber sido yo quien muriera. La amargura y la culpabilidad me han

estado consumiendo desde ese momento.

Pero hoy las cosas son distintas. Aquel día perdí la cabeza porque una mujer me había vuelto loco. Hoy, en cambio, mi rabia es perfectamente lúcida. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Guardo la pistola y le suelto el cuello a Sebastian. Le doy un último puñetazo en los riñones, que lo hace caer al suelo como un saco de estiércol sin dejar de lloriquear.

—Vas a pasarte una temporada sin trabajar, cara bonita —le anuncio justo antes de darle una patada en las costillas.

Aguantarme las ganas de matar a este cabrón es una de las cosas más duras que he hecho en la vida.

## Capítulo 14

### CAMI

Nunca había visto una violencia igual, tan desatada y cruda. Y, sin embargo, tengo muy claro que se está conteniendo. Si quisiera podría acabar con su vida en un instante. Está haciendo sufrir a Sebastian. Cada crujido pone en evidencia la fuerza de sus puños.

El tiempo se detiene y dejo de oír. De no ser por el dolor en la mejilla y el martilleo que noto en la cabeza, pensaría que estoy muerta. Me siento muerta, vencida, golpeada, débil.

Sebastian apareció de repente; estaba escondido en uno de los cubículos. Cuando me negué a darle una segunda oportunidad, perdió la cabeza. Y, cuando traté de apartarlo para marcharme, vi en sus ojos la rabia que ya le había visto alguna vez cuando se colocaba. Pero la violencia de Sebastian resulta insignificante al lado de lo que estoy viendo ahora.

No me cabe ninguna duda de que Jake Sharp podría matar a cualquier hombre sólo con sus manos. Se nota en su modo de elegir los lugares en los que golpea, en la precisión de cada golpe.

—Jake —digo con dificultad, porque me noto la lengua hinchada.

Suelta a Seb y lo deja caer al suelo. Me busca con la vista, como si acabara de acordarse de que sigo aquí. Cuando me encuentra, me mira con decisión.

Camina hacia mí, se inclina y me toma entre sus brazos en silencio. Me estrecha y me dirige una mirada preocupada con sus ojos vidriosos.

El nudo que se me había formado en el pecho se expande y explota, porque acabo de darme cuenta de que lo que acabo de ver no era tan sólo a Jake haciendo su trabajo: era algo más.

Con determinación, sale de los lavabos conmigo en brazos. La música está muy alta, pero, a pesar de eso, oigo murmullos a nuestro paso. Jake me sujeta con más firmeza a cada zancada que da. Siento los párpados pesados, pero el corazón lleno de esperanza.

Tengo la esperanza de no volver a ver a Sebastian Peters nunca más. Y de que Jake Sharp esté siempre a mi lado para impedir que se acerque. Para protegerme de él; para protegerme de todo.

Las brillantes luces del vestíbulo me hacen entornar los ojos; el resplandor es demasiado intenso para mi vista cansada. Mi cuerpo sube y baja al ritmo de las largas zancadas de Jake. Le rodeo el cuello con los brazos para sostenerme mientras doy vueltas a un montón de cosas en la cabeza. Sin embargo, en medio del remolino de pensamientos, uno se abre camino por encima de los demás: el que me dice que me agarre con más fuerza y no me suelte nunca. He bebido demasiado, aunque el dolor de la bofetada y del golpe que me he dado en la mejilla al caer me han espabilado. Estoy cansada y abrumada, pero tengo las ideas claras.

Al llegar a casa, Jake me lleva directamente al dormitorio y me deja sobre la cama. A continuación, se vuelve dispuesto a marcharse.

—¿Cómo te hiciste esa herida de bala? —le pregunto en un intento desesperado de retenerlo. Necesito entender qué ha pasado en ese lavabo. Jake estaba allí, pero al mismo tiempo estaba muy lejos.

Se detiene, aunque sigue dándome la espalda.

—Me dispararon en combate.

La guerra.

—Estuviste en el ejército. —No se lo pregunto, lo afirmo; me parece una buena manera de sacarle información.

Él asiente y al fin se vuelve hacia mí.

—En el SAS, la unidad de operaciones especiales de las fuerzas aéreas.

Abro mucho los ojos.

—¿Eras un espía o algo parecido?

—Era francotirador.

Mi cerebro comienza a funcionar a mil por hora.

—¿Por eso ya no estás en activo? ¿Por la herida?

—Algo así —murmura con la mirada perdida, como si demasiados recuerdos se agolparan en su mente.

—¿Qué pasó? —no puedo evitar preguntarle. Necesito saber más.

—Tomé una mala decisión.

Me muerdo el labio. Mi mente va a mil por hora. Tomo nota mental de todo lo que me transmite su lenguaje no verbal y llego a la conclusión de que, sea como sea, no lo ha superado. Noto que le empieza a sudar la frente. Da la sensación de estar sumido en una especie de trance, y eso que sólo he mencionado la herida. De pronto, hace una mueca y sacude la cabeza como para librarse de los recuerdos, y eso confirma mi teoría: tiene *flashbacks*. He oído hablar del tema, muchos soldados vuelven a casa con síndrome postraumático. He oído hablar de las pesadillas que sufren. Eso es lo que le pasa; por eso se toma las pastillas.

El silencio se vuelve muy incómodo, pero antes de poder hacer algo para remediarlo, Jake se da la vuelta y se aleja.

—Pasó poquísimas veces cuando estábamos juntos —asevero entonces sin más.

Él entiende al momento a qué me refiero. La tensión de sus hombros y la rabia que desprende por todos los poros hablan sin necesidad de palabras. No sé a qué ha venido; me había jurado que no se lo contaría a nadie, pero no he podido resistir la necesidad de contárselo a Jake.

—Me da igual. Aunque sólo pasara una vez y luego se inmolara a modo de disculpa —me dice gruñendo—, encontraría la manera de devolverle la vida para poder matarlo de nuevo. Una vez ya es demasiado; ni se te ocurra tratar de defenderlo.

—No estoy tratando de defenderlo. Te lo digo para que no creas que soy

una patética que se deja pisotear.

—¡No pienso eso! —estalla dirigiéndose a la puerta.

—Entonces, ¿qué piensas de mí? —Mis palabras hacen que se detenga—. ¿Cómo me ves, Jake? ¿Crees que soy una mujercita débil que necesita que la protejan? ¿Una niña malcriada? ¿Una mujer egocéntrica y materialista que no sabe lo que es luchar para ganarse la vida?

Se vuelve bruscamente hacia mí, ofendido por mis acusaciones.

—¡No! ¡De hecho, todo lo contrario, joder!

Me levanto de la cama y enderezo los hombros, tratando de impresionarlo, lo que es ridículo cuando me enfrento a las medidas de Jake.

—¿Qué ha pasado en el baño? —le pregunto a traición. Me da igual; necesito saber la verdad.

—¿Qué ha pasado? —repite mirándome como si fuera idiota, lo que hace que me den ganas de darle un puñetazo—. ¡Pues que le he dado una paliza a un hombre que te estaba atacando! ¿Qué querías que hiciera?, ¿que te sostuviera para que pudiera alcanzarte mejor?

—Eso no ha sido todo lo que ha pasado ahí dentro. Te he visto: tu mente estaba a kilómetros de ahí. ¿Qué te ocurría?

—¡No es asunto tuyo, joder! —brama, demostrándome que está perdiendo el control una vez más—. ¡Tú eres la cliente y yo, el guardaespaldas! ¡Eso es todo! ¡Deja de hurgar en mi interior! ¡No trates de entenderme!

Empiezo a temblar de rabia. Sus palabras me duelen más de lo razonable. Le sucedió algo en el pasado y tiene razón, no es asunto mío, pero yo le he contado mis secretos y me duele que me rechace de esta manera. No soy la única que he tenido problemas. ¡Maldita sea, lo he visto buscando ayuda en las pastillas! Sé lo que se siente.

Sin poder evitarlo, mi mano vuela hacia su cara. Él me ve venir de una hora lejos y me sujeta la muñeca.

A continuación, permanecemos uno frente al otro, observándonos..., y mi rabia se transforma en una emoción distinta. Suelto el aire entrecortadamente y me estremezco al sentir que me mira los labios un momento antes de volver a mirarme a los ojos. Saltan chispas entre nosotros.

Trato de aclararme las ideas, pero no tengo tiempo de analizar la situación.

Jake me agarra con fuerza y pega sus labios a los míos. Noto que la tensión abandona mi cuerpo de golpe, acompañada por el estrés y la confusión. Es un beso primitivo e implacable. Su torso de piedra se clava en el mío. Gimo y acepto su poder, abrazándolo por los hombros mientras nos exploramos la boca mutuamente, con ansia, con desesperación. Llevo las manos hacia su pelo al mismo tiempo que el placer me debilita, aflojándome las rodillas. Me tambaleo y me sujeto con más fuerza para evitar caerme.

Dios, llevo tanto tiempo soñando con este momento... En secreto había rogado que pasara; deseaba experimentarlo, y ahora, al fin, está pasando. Nos estamos besando como locos, movidos por una tonelada de frustración y desesperación.

—¡Joder! —Jake me suelta y da un paso atrás, dejándome jadeante ante él y con los labios hinchados. Se pasa una mano por el pelo, tirando de él con rabia contenida; luego se vuelve y empieza a recorrer la habitación de punta a punta—. No podemos hacer esto —afirma con la voz ronca, y su tono convencido se me clava en el corazón como una daga—. No es correcto; soy tu guardaespaldas. —Se vuelve hacia mí y veo que su expresión es decidida—. Tu padre se aseguraría de que no volviera a trabajar nunca más. —Cierra los ojos—. Y lo necesito, Camille. Necesito un objetivo en la vida; necesito trabajar.

Noto que los ojos se me llenan de lágrimas y maldigo a mi padre, y no por primera vez. Jake necesita un objetivo en la vida; algo que le permita concentrarse para que su mente no dé vueltas y más vueltas a lo mismo: el pasado, la guerra, esa mujer.

Aunque me mata por dentro, digo lo que tengo que decir. No sólo porque Jake necesita oírlo, sino porque tiene razón. Mi padre acabaría con él si supiera que se ha tomado libertades en el trabajo. Es mi guardaespaldas.

—Lo entiendo.

Se me hace un nudo en el pecho mientras retrocedo varios pasos antes de dar media vuelta y echar a correr. Necesito alejarme de él cuanto antes. Llego hasta la puerta con las piernas temblorosas, agarro el pomo y tiro de él, pero la puerta no acaba de abrirse del todo.

Por encima de mi hombro veo la mano de Jake, que vuelve a cerrarla de un

brusco empujón. Noto un nudo en la garganta. Trago saliva con la vista clavada en su mano, sintiendo que su torso se pega a mí por detrás.

—No quiero que lo entiendas —me susurra al oído. Cierro los ojos al notar que me apoya las manos en los hombros y me da la vuelta. Me giro despacio porque las piernas me siguen temblando—. Abre los ojos —me ordena, y yo obedezco.

Levanto los párpados, dejándole ver el caos que se ha adueñado de mi cabeza y las lágrimas que se agolpan en mis ojos mientras trato de recuperar la cordura.

—Sé que esto está mal —murmuro luchando por contenerlas—, sé que no debería sentirme tan atraída por ti.

Él asiente con discreción.

—Te entiendo; no sabes cómo te entiendo, hostia —susurra—. Ahora mismo no puedo pensar en nada más que en ti.

Me mira a los ojos y luego baja la vista por mi cuerpo como si se hubiera liberado y pudiera al fin dedicar todo el tiempo que quisiera a contemplarme en mi totalidad. Y eso hace. No deja ni un rincón por examinar. Levanta las manos y me acaricia el pelo.

Con más delicadeza de la que una esperaría de un hombre así, me aparta un mechón de la frente mientras me observa fijamente. Permanezco tan inmóvil que podría disparar a una manzana colocada sobre mi cabeza. Me encanta notar sus manos en cualquier parte, y su mirada, tan concentrada, es la de un hombre deslumbrado.

—Joder, eres preciosa —musita rodeándome la cintura con el brazo y acercándose a él.

Contengo el aliento y levanto las manos hasta sus hombros. Él dobla las rodillas y se inclina hasta unir su frente con la mía. Con la otra mano, me rodea la nuca y cierra los ojos. Me siento diminuta entre sus brazos, y muy segura, aunque eso no hace que mi corazón se calme. El sonido del pulso en mis oídos es ensordecedor; la sangre me circula por las venas llenándome de un deseo tan intenso que hace que me tambalee.

Pero no me caigo porque me sostiene con fuerza. Parece haber cambiado de táctica. Ha sustituido el salvaje y caótico choque de lenguas por el silencio

y la calma. Respira lenta y profundamente mientras lo observo. Estoy tan cerca que podría besarlo, pero no lo hago; no porque no desee desesperadamente sentir sus labios sobre los míos una vez más, sino porque contemplar su ruda belleza es muy gratificante, y porque me fascina esa nueva faceta suya, tan calmada y silenciosa. Nunca lo había visto así, en paz, dócil, como si se hubiera rendido.

—¿Estás bien? —me pregunta, y la luz que veo en sus ojos me deslumbra. Es la luz de la esperanza, la misma esperanza que yo también estoy sintiendo.

Trago saliva mientras afirmo con un ligero golpe de cabeza y deslizo las manos por las mangas de su americana hasta llegar a los codos. Pienso en lo delicioso que debe de ser notar la piel oculta bajo la ropa. Aparta un poco la cabeza y el mar de barba de pocas horas que le cubre la cara me llama la atención, haciendo que me fije en su boca.

Sus labios se separan lentamente y traza un camino con la lengua por su labio inferior.

Lo miro a los ojos, asegurándome de que lee en los míos lo decidida y desesperada que estoy. Nunca he estado tan convencida ni tan ansiosa. Deseo a este hombre críptico e indescifrable. Lo deseo con cada fibra de mi ser.

Jake inclina la cabeza hacia mí muy despacio, como preparándose para la embestida de placer que se acerca. Yo hago lo mismo. Cada vez un poco más cerca, nuestras miradas permanecen clavadas la una en la otra hasta que nuestros labios se rozan. Me estremezco entre sus brazos. Mi respiración está tan alterada que me falta el aire. Las sensaciones que ese pequeño roce me causa son abrumadoras, mucho más que las provocadas por el beso salvaje de hace un momento, lo que me deja impaciente por descubrir lo que me espera.

Él profiere un gemido ronco y entrecortado y abre la boca ante mí. Mi lengua sale disparada al encuentro de la suya. Siento que me consumo. Le llevo las manos al cuello y lo atraigo hacia mí mientras nuestras lenguas se acarician delicadamente pero con decisión.

—La madre que me parió, Camille... —dice dentro de mi boca. Me aparta las manos y separa un poco el cuerpo, pero sin interrumpir la danza de nuestras lenguas.

Me roza los muslos con los dedos cuando busca el dobladillo de mi

vestido. Tira de él hacia arriba hasta que tengo que apartarme de su boca para que pueda quitármelo por encima de la cabeza. En cuanto lo suelta, se lleva las manos al cuello para desatarse el nudo de la corbata. Contagiándome de sus prisas, trato de quitarle la americana. Él saca los brazos de las mangas y me busca de nuevo la boca, devorándola con fuerza.

—Camisa —murmura mientras encuentra el cierre de mi sujetador y lo abre de un solo gesto.

Siento que la tela deja de apretarme los pechos mientras me peleo con los botones de su camisa con dedos temblorosos. Al darse cuenta de mis dificultades, me releva y se abre la camisa de un tirón, haciendo que los botones salgan disparados en todas direcciones. Luego coge el sujetador que ya había desabrochado antes y tira de él. No me queda otra opción que extender los brazos si no quiero que lo destruya igual que la camisa.

Contengo el aliento cuando veo asomar su pecho. Aunque me encantaría quedarme admirándolo un rato, Jake tiene otras ideas en mente. Se lleva la mano a la espalda, saca la pistola y la tira al suelo, encima de la americana. A continuación, se suelta el botón de los pantalones con destreza; se quita los zapatos y los calcetines, y los pantalones los siguen poco después. No pierde ni un segundo. El bóxer es lo último de lo que se desprende. Lo hace lenta y cuidadosamente, sin apartar la mirada de mí, que me lo estoy comiendo con los ojos.

Está desnudo.

Y, de nuevo, me quedo hipnotizada por lo que veo, pero esta vez está más cerca. Y esta vez no es por accidente. Esta vez ninguno de los dos se siente incómodo. Lo que hay entre nosotros es aceptación y entendimiento.

—Aquí me tienes —anuncia con la voz ronca, señalándose de arriba abajo —, tóname, joder. Soy todo tuyo.

Trago saliva con esfuerzo y empiezo a temblar como una hoja. Lo deseo. Lo deseo todo; por completo.

Pero descubro que soy incapaz de moverme para reclamar ese cuerpo que tanto he anhelado en silencio. Es tan alto y tan fuerte que probablemente podría partirme en dos sólo con un dedo. Su erección asoma orgullosa entre sus piernas. Tiene la punta brillante por la excitación. Los pezones me

cosquillean por el deseo, pero es la cicatriz plateada de su hombro lo que me llama la atención. Él baja la vista, siguiendo la dirección de mi mirada. La acaricia formando lentos círculos con el dedo antes de levantarme en brazos como si no pesara nada y llevarme a la cama.

Me tumba con la misma delicadeza con que me quita las bragas. Luego se arrodilla junto a la cama y respira hondo. Su pecho se expande y la cabeza le tiembla ligeramente. Me siento como si fuera una ofrenda situada sobre un altar, a punto de ser adorada. Dejo caer la cabeza a un lado, sobre un hombro. Jake me toma ambas manos y las lleva hacia atrás. Las deposita con delicadeza sobre la almohada y recorre mis brazos con los dedos hasta llegar a mi pecho. Gimo, incapaz de controlarme, y él sonrío. Estoy tumbada, desnuda y expuesta, y la respiración se me acelera cuando él se toma su tiempo para acariciarme. Cuando llega a uno de los pezones, mi espalda se arquea, rogándole de manera sutil que me dé más.

Lo rodea con la punta del dedo y me mira a los ojos.

—¿Quieres que te bese aquí? —me pregunta deteniendo su delicada caricia.

Asiento en silencio, animándolo a seguir, pero él permanece inmóvil, con el dedo situado sobre el frenético botón de terminaciones nerviosas.

—Háblame, Camille —insiste mirándome fijamente—. Dime lo que quieres de mí.

—Por favor... —murmuro.

No me importa tener que rogarle. Haría cualquier cosa por conseguir que me tocara. Sus dedos vuelven a moverse, dirigiéndose hacia el sur, siguiendo una línea recta hasta llegar al muslo. Un gemido roto escapa de mis labios mientras el cuerpo se me tensa de excitación.

—¿Y aquí? —Desliza un dedo entre ambos muslos y roza la carne palpitante de mi sexo.

Perdiendo el control, cierro los ojos y arqueo la espalda un poco más mientras grito desesperada:

—¡Jake, por favor!

Levanto los brazos para agarrarlo y acercarlo más a mí.

—Ya viene. —Desliza dos dedos en mi interior, llenándome, calmando un

poco mi ardor—. Lo noto —añade con voz temblorosa mientras mueve en círculos los dedos dentro de mí—. Estás a punto.

—Oh, Dios...

Respiro hondo y me calmo un poco, gracias a las sensaciones que me provocan sus dedos, que me masajean profundamente. Los músculos se contraen alrededor de sus dedos. Tiene razón: estoy a punto.

—No te corras aún —me ordena. Abro los ojos alarmada y lo veo inclinado sobre mí, observándome mientras me tortura con sus precisos y hábiles dedos—. Aún no —insiste, pero entonces me acaricia el clítoris con el pulgar, haciendo que seguir sus órdenes sea mucho más difícil.

Ya no puedo dejar los brazos quietos. Los bajo y me toco el vientre, disfrutando de la sensación de mis propias caricias. El embriagador cóctel de sensaciones es nuevo, y sé que podría engancharme con facilidad. Todo en Jake es muy adictivo: lo que me hace, cómo me hace sentir. Lleva sólo unos segundos centrado en mí y ya estoy al borde de la lujuria eterna. Y de sentirme eternamente segura.

—¿Te gusta lo que te hago, Camille? —me pregunta en voz baja y muy ronca observando mis manos, que se deslizan por mi vientre mientras él sigue penetrándome metódicamente.

—¡Sí! —Estoy perdiendo la cabeza, y a él le encanta.

—Tengo celos. —Con la mano libre, atrapa mis muñecas y me aparta las manos, dejándome frustrada.

Entonces las coloca de nuevo por encima de mi cabeza y con la mirada me advierte que no vuelva a moverlas. Cuando está seguro de que voy a obedecerlo, se levanta y se cierne sobre mí.

—¿Tomas anticonceptivos?

Asiento con la cabeza.

—¿Estás limpia?

Vuelvo a asentir, con seguridad, sin ofenderme. En medio de tanto deseo y lujuria, no hay sitio para la vergüenza. No hay sitio para pensar en nada, por eso ni siquiera le devuelvo la pregunta. Él se encarga de responderla igualmente.

—Yo también. —Se inclina sobre mí y planta los puños sobre la cama, a

lado y lado de mi cara.

—¿Los brazos? —le pido instrucciones sobre qué hacer con ellos.

—Déjalos donde están.

Su pecho, pesado y firme, se une con el mío. Dobla los codos para acercarse a la cara a la mía y, cuando su entrepierna alcanza mis caderas, noto que la caliente punta de su polla da un ligero toque en la entrada de mi sexo. El corazón se me desboca y él se paraliza, cierra los ojos e inspira hondo a través de los dientes apretados. Está luchando por controlarse. Quiere alargar las cosas, lo que me está volviendo loca de impaciencia, pero le sigo el ritmo.

—He tratado de imaginarme lo agradable que sería. —Suelta el aire, abre los ojos y me clava la mirada—. Me lo he imaginado mil veces.

Otro ligero roce de su erección me hace arder. Contengo el aliento, casi asustada por el placer que estoy a punto de experimentar, por la sencilla razón de que sé que voy a querer más.

Jake levanta entonces la pelvis, adopta el ángulo adecuado y empuja con suavidad hacia delante, penetrándome sin prisas, llenándome de manera gradual hasta hacerlo por completo. Gruño y suspiro; le rodeo las caderas con las piernas y los hombros con los brazos, atrayéndolo hacia mí.

—¡Joder! —susurra. Deja caer la cabeza y suelta el aire, temblando—. Lo sabía —dice con la voz ronca—, sabía que encajaríamos a la perfección.

Y así es. Aunque su miembro es largo y grueso, mis músculos internos lo abrazan a la perfección.

—Muévete —le ruego, echando las caderas hacia delante para animarlo.

—Dame un segundo. —Se deja caer sobre los antebrazos y levanta la cara; tocándome la punta de la nariz con la suya—. Necesito un segundo.

Quiero pedirle que se dé prisa, pero está disfrutando tanto de nuestra profunda conexión que me contengo. Dejo que me acaricie con los ojos y espero a que se calme un poco. Aprovecho el momento para trazarle delicadas líneas en la espalda; el leve roce de mi dedo lo hace estremecer.

—No me estás ayudando, Camille —me reprende suavemente, frotando su nariz con la mía y retirándose de mi interior hasta que la punta de su polla vuelve a hacerme cosquillas justo en la entrada de mi sexo.

Contengo el aliento y él hace lo mismo. Echa las caderas hacia delante y se

hunde en mí una vez más. Los dos respiramos en la cara del otro y nuestros alientos entrecortados chocan y se mezclan. De nuevo clavado en mí profundamente, comienza a moverse, despacio pero con decisión, trazando círculos y despertando en mí todo tipo de sensaciones.

Estoy perdida. Echo la cabeza hacia atrás y me aferro a sus hombros mientras él marca el ritmo, clavándose en mí, embestida a embestida, de manera constante y precisa. Me pierdo en un mundo de puro abandono con mi fuerte protector, y deseo no encontrar nunca la salida. Nuestros gemidos de placer rompen el silencio que nos envuelve; nuestra piel sudorosa hace que los cuerpos se deslicen con más facilidad. Todo es perfecto: los sonidos, las sensaciones, el momento.

Jake mantiene el ritmo, alargando el placer tanto como puede. Pero noto cómo crece en mi interior, señal de que no aguantará mucho. Mi propio orgasmo me avisa de que se está acercando.

—Baja las piernas —murmura llevándose las manos a la espalda para apartarlas de ahí—. Ponlas rectas.

Sorprendida, sigo sus instrucciones, estirando las piernas en su totalidad.

La razón de su demanda se cuele entre mis muslos como si fuera una bola de demolición.

—¡Oh, Dios! —exclamo, pero él se traga mi grito cubriéndome la boca con la suya y besándome con fervor y firmeza. La nueva posición me ha hecho alcanzar nuevas cotas de placer.

—¿Lo sientes? —me pregunta con los labios pegados a los míos, penetrándome, alcanzándome en el lugar perfecto cada vez.

Gimo y me aferro a su espalda; el orgasmo se acerca a toda velocidad.

—Es tuyo, Camille, reclámalo —me indica mordiéndome el labio inferior antes de volver a atacarme la boca.

Noto que el mundo empieza a desmoronarse bajo mi cuerpo.

## Capítulo 15

### JAKE

Nunca antes había tenido una conexión tan intensa como para poder notarla a nivel físico. No estamos hablando de una distracción, de un medio para obtener un objetivo: es algo tangible que tira de todos mis músculos y me apuñala en cada centímetro de mi piel desnuda. Nunca hasta ahora me había sentido absorbido por una mujer hasta el punto de querer sacrificar mi alma en su honor.

Nunca había sentido nada parecido; nunca.

Varias palabras tratan de abrirse camino en mi mente confusa, pero sólo una lo consigue: *mía*.

Abrazar ese cuerpo de junco que tiene es el mayor placer que he experimentado jamás. Es algo tremendamente fácil de aceptar, pero muy difícil de entender. Todo en general. No soy un hombre cariñoso con las mujeres. Nunca me tomo molestias para prolongar su placer ni deseo que lo que estamos compartiendo no termine nunca.

Esta mujer lo ha cambiado todo. No quiero que esto acabe.

Está jadeando en mi cara, luchando por mantener los ojos abiertos. Está a punto de llegar al orgasmo y necesito irme con ella. Me apoyo en los puños y los clavo en el colchón para tener mejor anclaje.

—Aguanta —le ordeno, incapaz de ignorar la frenética mirada de pánico

que me dirige—. Ya casi estoy. —Acelero el ritmo y cambio un poco el ángulo. Ya está aquí. Me voy—. ¡Joder! —exclamo entrando y saliendo a toda velocidad del exuberante calor de su prieto coño.

—¡Jake! —grita mi nombre mientras se convulsiona con violencia bajo mi cuerpo, y ese grito hace que me vaya con ella.

Mi polla estalla y bramo por el placer abrumador. La noto vibrar a mi alrededor mientras me derramo en ella en largos y rítmicos chorros. El orgasmo me deja sin fuerzas; me desplomo sobre su cuerpo, presa del placer que parece no tener fin. Los gemidos adormilados de Camille me llegan apagados por la sangre que late desbocada en mis oídos. Tengo el cuerpo saciado, relajado, pero la mente y el corazón más confusos que nunca. Me siento en paz, pero inquieto al mismo tiempo. Entonces ella deja escapar un largo suspiro de satisfacción y la inquietud empieza a tomar la delantera, destruyendo la calma del momento.

Mierda, me siento como si estuviera bajo fuego enemigo. Mi mente examina todas las opciones buscando la ruta más segura y rápida para escapar de la zona de peligro. Pero, esta vez, parece que no hay escapatoria.

Es una mezcla incomprensible de tranquilidad y de terror. Ella es una mujer joven y brillante con un futuro prometedor. Y ¿yo qué soy? Un capullo perturbado con el alma negra y el corazón de piedra. No debería arriesgarme a contagiarla con mis demonios, pero, al mismo tiempo, estoy lleno de esperanza. Tal vez ella sea la cura que no estaba buscando. Siempre he estado a solas con mis recuerdos y mi amargura, y no tenía ninguna intención de cambiarlo, pero desde que conocí a Camille todas mis preocupaciones se han diluido por el deseo que me despierta; un deseo tan intenso que no me deja pensar en nada más. La situación es brutalmente irónica. Mi deber es protegerla de una potencial amenaza, de un peligro desconocido. Pero yo soy el mayor peligro para esta mujer; un peligro real. Necesita que alguien la proteja de mí.

Porque si hay algo seguro es que acabaré haciéndole daño. Soy un peligro para ella. A su padre no le hará ninguna gracia, y Lucinda me retorcerá el cuello.

No puedo tener ninguna conexión emocional con mi cliente. Es la jodida

regla número uno. La relación emocional distrae y es un obstáculo para la misión. Y es la manera más rápida de que te echen de la agencia. Pero, joder, ahora mismo tengo un montón de emociones recorriéndome el cuerpo y me veo incapaz de frenarlas. La sensación de impotencia no es algo que lleve bien. Necesito sentir que tengo una misión en la vida y, para mí, esa misión es el trabajo. Pero acostarme con Camille puede hacer que me quede sin él. Y, si lo pierdo, volveré a hundirme en un pozo negro y vacío, sin objetivos, sólo pesadillas.

Cierro los ojos y alzo las caderas, apartándome de su calor, ignorando la sensación de pérdida que me invade cada vez que me separo de ella. Sus soñolientos murmullos de protesta serían música para mis oídos de no ser por la tormenta emocional en la que estoy sumido.

¿Qué coño he hecho?

Me giro hasta quedar boca arriba, con la palma de la mano apoyada en mi pecho desbocado. Siento una fuerte tentación de coger la pistola y meterme una bala en la sien. Igual de fuerte que las ganas de vestirme, recoger mis cosas y largarme de aquí.

Pero, si me fuera, ella se quedaría sin protección.

¿Quién coño va a protegerla de mí? ¿Quién va a advertirla, quién le dirá que no le convengo? Sólo hay una persona que puede hacerlo: yo. Debería advertirla.

Cuando se arrima un poco, vuelvo la cara y la veo adormilada, boca arriba, con la melena rubia extendida sobre la almohada y los brazos relajados por encima de la cabeza. Tiene el rostro medio escondido en el hueco del hombro. Joder, parece un ángel. Dulce, inocente y vulnerable.

*Mía.*

—Hijo de puta —murmuro incorporándome antes de que me rinda a la tentación de abrazarla.

Me siento en la cama con los codos apoyados en las rodillas y hundo la cara entre las manos.

—Jake —su dulce voz suena ronca y adormilada, pero su timbre sedoso me acaricia, erizando mi piel desnuda.

Miro por encima del hombro; tiene sus preciosos ojos entornados y me

observa.

—Duérmete, Cami —digo. Me sale de manera automática, tan automática como las ganas de tocarla.

Volviéndome un poco, le aparto unos mechones dorados de sus pálidas mejillas. Ella canturrea y se frota contra mi mano con los ojos cerrados.

Y mi jodido corazón se rompe en pedazos. Con una mueca de agonía y desesperación, aparto la mano y me levanto, luchando desesperadamente contra la necesidad de volver a la cama, abrazarla y no soltarla en toda la noche.

Distancia.

Eso es lo que necesito: poner distancia entre nosotros. Al menos, toda la distancia que pueda poner dadas las circunstancias. Me siento en la silla que hay junto a la ventana y mi cuerpo protesta, diciéndole a mi cerebro que la idea de sentarse aquí ha sido muy mala. La silla es demasiado pequeña; está puesta aquí más por motivos decorativos que por otra cosa, y a un tipo corpulento como yo le resulta imposible acomodarse en ella. Me muevo hacia un lado y hacia otro hasta lograr ponerme mínimamente cómodo, con el culo en el borde, las piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos. Es lo que hay. He pasado noches mucho peores.

Apoyo el codo en el reposabrazos y la barbilla en el puño.

Y la observo.

Toda la noche.

Y, cada minuto que pasa, me siento más culpable.

Nunca he necesitado dormir mucho; es mi manera de ser. No suelo sentirme agotado, por lo que la sensación que tengo ahora mismo me resulta rara. Estoy hecho polvo, como si me hubieran vaciado por dentro. Y tengo un dolor de cabeza del demonio. Vamos, que estoy hecho una mierda. Ni siquiera mi buen amigo Jack Daniel's me hace sentir tan mal.

Llevo seis horas aquí sentado, observándola dormir. Ha sido el rato más agradable y confuso que he pasado en la vida. He soltado más maldiciones entre dientes de las que estoy dispuesto a reconocer. ¡Qué coño, lo reconozco!

Total, las cosas ya no pueden ser peores.

La situación está jodida. Bueno, vale, muy jodida, de hecho. La conciencia me dice que me largue antes de que se despierte, para que piense que todo ha sido un sueño, pero un sentimiento de posesión que no sabía que tenía me está gritando que la envuelva entre algodones y que me la quede para siempre.

El conflicto me está alterando la mente, robándome la capacidad de razonar. He estado tratando de encontrar a una persona adecuada para ocupar mi lugar; alguien capaz de protegerla como yo. Hay varias posibilidades. Conozco a varios guardaespaldas experimentados. Ninguno es tan bueno como yo, aunque, ahora mismo, no me fío de mi propio criterio. Recuerdo los últimos días, en especial lo ocurrido en el baño de señoras la noche pasada.

No me arrepiento de nada. No, eso no es verdad: me arrepiento de una cosa: de la cara que puso Camille cuando me dejé llevar por la ira. Vio la oscuridad que habita en mí; una oscuridad que debo esconder, sobre todo de ella.

Me dirigió una mirada cargada de preguntas. Mi reacción instintiva fue responderle y librarme del peso que cargo siempre. Esta mujer me provoca unas reacciones que no soporto y que me encantan al mismo tiempo. Busqué información sobre ella y me uní a la legión de idiotas que piensan que la conocen. Con unos padres como los suyos y la habilidad de los medios de comunicación para convertir cualquier situación inocente en un cotilleo, todos creen que la tienen calada. Por no hablar de la influencia de ese novio tóxico. Pero sólo minutos después de conocerla me di cuenta de que lo que había leído no le hacía justicia. Los que la conocen bien saben que lo que se dice sobre ella es una sarta de mentiras, pero el mundo está lleno de cínicos y de gente que sólo es feliz cuando ve que los demás son desgraciados.

Oigo un leve murmullo que hace que mi corazón se ponga a dar brincos en mi pecho. Enderezo las vértebras castigadas de estar tanto rato en mala posición. Me olvido de mis dudas y mis cavilaciones y la observo en silencio mientras estira su cuerpo desnudo sobre las sábanas.

Y no es la única que se despereza: mi polla también lo hace.

Gruñendo, bajo una mano y la apoyo sobre mi entrepierna para forzarla a permanecer quieta contra la misma. No me hace ni caso. Las puntas rosadas de

sus pezones perfectos me llaman haciendo que me cosquilleen los pies sobre la moqueta. Estoy tieso como un palo, tratando de controlarme con todas mis fuerzas, pero es la misión más difícil a la que he tenido que enfrentarme. Cada célula de mi cuerpo me grita que me acerque a ella, que mi lugar está a su lado, abrazándola, protegiéndola. No voy a insultar a mi instinto pensando que es por causa de mi naturaleza protectora, porque sé que es mucho más que eso. Me enterré en ella y la follé con una delicadeza nada propia de mí.

    Mi necesidad de proteger a esta mujer no tiene nada que ver con el deber: es cuestión de instinto.

    Pestañea y la observo detenidamente mientras se despierta. Me percato de que está rememorando los acontecimientos del día anterior. Sé en qué momento está recordando la cena con su autoritaria madre y sonrío al acordarme de su risa. También sé cuándo la memoria le devuelve el episodio del aseo del club porque abre unos ojos como platos y se lleva la mano a la pálida mejilla. Y veo cuándo mentalmente se transporta a la habitación, conmigo; se queda inmóvil, como si tratara de averiguar si fue un sueño o fue real. Mi cuerpo también se paraliza y mi corazón se ralentiza, pero cuando ahoga una exclamación, vuelve a retomar el ritmo. Camille se sienta en la cama y mira frenéticamente a su alrededor.

    «Estoy aquí, ángel.»

    Me cuesta no decirlo en voz alta, pero, aunque me reprimo, da igual. Ella no necesita que la llame.

    Me encuentra enseguida y me mira con detenimiento un instante antes de bajar la mirada al regazo. Sacude la cabeza como si quisiera razonar mentalmente consigo misma y luego vuelve a mirarme. El fuego que arde en mí no ha perdido intensidad.

    —Vuelve a la cama —susurra, como si no acabara de estar segura de que es una buena idea.

    Sé que debería negarme. Normalmente no me cuesta. He pronunciado las palabras necesarias mil veces, a mil mujeres distintas, pero hoy no me salen.

    No las encuentro.

    Y eso que las busco con ganas.

    La observo sentada en la cama. Tiene el pelo muy alborotado formando un

nido adorable alrededor de su preciosa cara. Sus brazos y sus piernas tiemblan inseguros. Dejo de buscar las palabras para rechazarla; no quiero encontrarlas.

Aparto la mano que me aguantaba la polla y dejo que haga lo que le dé la puñetera gana. Y lo que hace es señalar hacia delante, como si me estuviera indicando el camino. A Camille no le pasa desapercibida. Le dirige una mirada que es una mezcla de nervios y esperanza. Separa los labios y le asoma la punta de la lengua, brillante de humedad.

Uso los segundos que tardo en levantarme para aceptar mi destino.

No voy a ir a ninguna parte: ella es mi destino.

No estoy preparado para resistirme a algo así. Las dudas y el odio que sentía por mí mismo se desvanecen al ver que sus ojos, grandes y redondos, se alzan hasta encontrarse con los míos.

Está temblorosa, parece asustada e insegura..., pero también esperanzada, y su mirada me dice que me desea tanto como yo a ella.

Tal vez no logre entenderlo, pero no puedo ignorarlo. Para estar con ella no tendré que luchar sólo con mi pasado. Tendré que enfrentarme también a su padre, a la agencia, a su ex... Hay un montón de problemas de los que habré de ocuparme; sé que no será fácil, pero por ella...

Respondo a su silencioso ruego y camino hacia la cama con paso seguro. La acaricio con la mirada, archivando cada centímetro de su piel en mi cerebro mientras la recorro de arriba abajo. Aparto de mi mente la idea de que mi subconsciente está haciendo eso por una razón, como si se estuviera preparando para lo inevitable, como si me estuviera diciendo que no voy a poder disfrutar del privilegio de su piel demasiado tiempo.

Cuando llego junto a la cama, levanta la barbilla para mirarme. Nuestros ojos se encuentran y rezo para que no se dé cuenta de que estoy temblando. Me aterroriza pensar el daño que puedo causarle, el veneno que puedo transmitirle, la oscuridad en la que puedo sumergirla.

—No te convengo, Camille —le advierto.

Los detalles no importan. No quiero cargarla con ellos más de lo que ya lo he hecho. Se lo estoy advirtiendo porque creo que es mi obligación hacerlo. Tal vez sea muy caballeroso por mi parte, pero si me hace caso, no sé qué voy

a hacer.

Tengo miedo de que se aparte de mí, dolida, pero en vez de eso se acerca un poco más, moviendo el culo hacia delante en la cama. Me toma la mano y tira de ella, haciendo que caiga de rodillas. Lo hago encantado. Me rodea la cintura con las piernas, con más fuerza de la que esperaba. A continuación, desliza las manos por mi pecho hasta llegar a los hombros y me abraza, uniendo nuestros torsos y ocultando la cara en el hueco de mi hombro. La sensación de estar donde debo estar vence al pánico y me calmo inmediatamente, siguiendo su ejemplo. La abrazo y, una vez más, me sorprende con su fuerza y su decisión. ¡Qué fuerte es! Me levanto con ella en brazos y me gusta sentir su peso en ellos. Voy al baño y abro el grifo de la ducha. La estrecho con fuerza, cubriéndola con mi cuerpo mientras dejo que la paz se adueñe de mí. No me he esforzado mucho al tratar de ahuyentarla porque no quiero que se vaya.

Me sumerjo en su abrazo mientras el agua se calienta y trato de borrar de mi mente todo lo que no sea la sensación de plenitud que noto en este tierno momento. *Tierno*. Otro concepto que hasta ahora me era desconocido. Anoche, tras hacer trizas a aquella escoria, lo único que me importaba era que se sintiera segura. Sí, vale, la polla me dolía de tanto desearla, pero la necesidad de adorarla era más fuerte que todo lo demás. No quería follármela sin más. Cuando la besé con aquel frenesí, tuve que parar antes de seguir haciendo lo que me pedía el cuerpo: follármela sin pensar en nada hasta correrme. Quería disfrutar de cada segundo, abrirla lentamente como si fuera un regalo, y lo hice. Y disfruté demasiado.

Cuando el vapor de agua nos rodea, entro en la ducha y la dejo en el suelo. Ella me sorprende poniéndose de rodillas y dirigiéndome una mirada cargada de intención. Echo la cabeza hacia atrás y me preparo para lo que se viene.

Me agarra las caderas y me atrae hacia sí. Mi polla encuentra su boca como si llevara un radar incorporado.

—¡Joder! —Le agarro la cabeza porque los muslos me tiemblan.

El calor de su boca rodeándome el miembro palpitante no puede compararse con nada que haya experimentado antes. Bajo la mirada y veo la cascada de pelo rubio que le enmarca la cara. Quiero verla; quiero ver cómo

su boca me lleva al éxtasis, por eso le aparto el pelo.

La visión que descubro me deja sin aliento. Por mucho que viva, nunca la olvidaré. Es exquisita. Su boca se desliza como si fuera sobre raíles, arriba y abajo, lenta y cuidadosamente, con los ojos cerrados de felicidad. Relajando los músculos, me rindo al placer que me está proporcionando. No podría rechazarla aunque quisiera. Esta mujer no necesita tentarme: ella es la tentación hecha mujer.

Le acaricio la mejilla y Camille gime con la boca llena y me provoca rozándome suavemente con los dientes. Las pelotas se me endurecen y las rodillas se me aflojan. Desplazo la mano de nuevo hasta la nuca y empiezo a mover las caderas siguiendo el ritmo que ella marca.

—¡Oh, Dios...! —exclamo jadeando.

Ella vuelve a gemir, esta vez con más intensidad, y siento las vibraciones haciéndome cosquillas en la punta de la polla cada vez que choca con su garganta. Luego se retira y desliza la mano por la base, sujetándola con fuerza mientras lame la punta húmeda. Da un lengüetazo largo de abajo arriba y se lleva la gota que brota del glande. Veo que la saborea como si fuera lo más delicioso que ha probado en la vida, y noto que jadea de placer.

Y, aunque estoy disfrutando de cada una de sus atenciones y de las sensaciones que me provoca, necesito más. Aprieto los puños en su pelo y la aparto de mi entrepierna con delicadeza, sonriendo un poco cuando me mira ofendida. No le doy tiempo a que me pregunte qué pasa. A fin de cuentas, no podría explicárselo. La levanto tirando con fuerza de su brazo y la hago retroceder hasta que su espalda choca con las baldosas resbaladizas. Aprisionada, me mira con los ojos muy abiertos.

—Gracias —le digo, francamente agradecido por sus caricias, pero soy yo quien debe dedicarle la atención que se merece. Le levanto una pierna por la rodilla y me rodeo la cintura con ella—. Lo haces muy bien, Camille, pero no hay nada como sentir tu cálido y prieto coño rodeando mi polla.

Sus ojos de color topacio reflejan satisfacción. Sonriendo, levanta la otra pierna y me atrapa entre las dos, apretando con fuerza antes de soltarme lo suficiente para que pueda penetrar en su interior. Huelo mi olor en ella. La mezcla de su sudor limpio y de su aroma floral es embriagadora.

Empujo un poco, abriéndome paso a pesar de la resistencia inicial, y me quedo sin aliento. Sus labios, húmedos y apetecibles, me acogen. La beso mientras avanzo hasta llenarla por completo. La suave calidez de su sexo sólo es comparable a una manta de forro polar que me cubriera el cuerpo entero. Es perfecto, gratificante; me da consuelo, paz. Hace que me dé cuenta de que acabo de perder una noche de sueño castigándome por algo que es tan natural que por fuerza tiene que ser correcto. No voy a malgastar ni un segundo más tratando de comprenderlo ni de convencerme de que debo renunciar a ello.

Mía. Es mía. Y nadie, ni siquiera yo mismo, va a arrebatármela.

## Capítulo 16

### CAMI

Me trata con la misma delicadeza y cuidado que anoche, a pesar de tenerme empotrada contra la pared. El alivio que siento multiplica mi placer. Tal vez pueda engañarse a sí mismo, pero a mí no me engaña. Tengo guardadas en la mente todas las palabras que me dijo ayer por la noche. No puede borrarlas de un plumazo escudándose en el deber profesional o fingiendo ser un tipo duro. No puede apartarme de su lado con una advertencia hecha con desgana. No soy idiota y él lo sabe. Sabe quién soy, sabe que no me parezco en nada a la mujer que retratan los medios de comunicación o a la persona que sería si siguiera los dictados de mis padres.

Me ve como soy; me ve a mí.

Y no pienso dejar que lo olvide.

Tiene la espalda resbaladiza, pero me gusta la sensación. Nuestras bocas se mueven en perfecta sincronía, las lenguas giran, los gemidos se entremezclan. Se clava en mí con precisión, elevándose un poco más con cada embestida. Mis manos resbalan sobre su piel mojada. Lo agarro del pelo disfrutando de su espesura antes de apretar con más fuerza para acercarlo más a mi boca.

Su miembro se desliza en mi interior, entrando y saliendo suave como el terciopelo. Cada vez que me penetra me acerca un poco más al clímax; cada

vez que se retira, gimo desesperada. Es un hombre grande y amenazador, pero me trata con tanta delicadeza que mi deseo por él no para de crecer.

Estoy totalmente pillada.

Me muerde el labio con mimo y tira de él entre sus dientes mientras me mira maravillado.

—Eres increíble —me dice agarrándome por los muslos y levantándose un poco más para hundirse en mí más profundamente.

Chillo al sentir que se clava en mi vientre.

Él sonríe, encantado del efecto que me provoca.

—¿Lo has notado? —Su voz ha adoptado un tono autoritario.

Asiento y trato de respirar en medio de las sensaciones entremezcladas de placer y dolor.

—Bien. —Me clava los dedos en los muslos y vuelve a empotrarme contra la pared con una brusca embestida de su poderoso cuerpo.

Esta vez suelto un grito.

—¡Eres mía, Camille Logan! —exclama, y planta las manos en las baldosas a la altura de mi cabeza con un golpe que resuena en el espacio cerrado—. ¿Puedes aceptarlo?

Vuelvo a gritar y echo la cabeza hacia atrás. ¿Quiere que responda a eso? ¿Pretende que piense mientras me está llevando a estas cotas de placer? No es justo.

—¡Jake! —grito moviendo la cabeza de un lado a otro mientras él sigue atacándome con sus rítmicas embestidas.

Ya no es delicado, su acoso es brutal, pero en un momento en que mi mente se aclara lo suficiente para verle la cara, su mirada sigue mostrando ternura. La fuerza que lo impulsa a clavarse así en mí es la esperanza desesperanzada. Se está dejando llevar, y me doy cuenta de que no me cuesta nada decirle lo que necesita oír.

—Puedo aceptarlo —digo entre jadeos, sujetándole la cara con las dos manos y disfrutando de la sensación de alivio que recorre su rostro.

Reduce el ritmo de las embestidas, y eso me indica que lo que causaba el punto de crueldad que estaba mostrando era el miedo a algo que escapaba de su control. Miedo a que yo le dijera que no. Empiezo a entender cómo

funciona su complicada mente. Y he decidido que no voy a parar hasta entenderla del todo. Quiero conocerlo igual que él parece conocerme a mí. Lo sabe todo; incluso que Sebastian me maltrataba. Si no lo he hecho público hasta ahora ha sido por la sencilla razón de que la gente suele pensar que las mujeres que aguantan abusos son débiles. Y luego están los que no paran de decirte lo mucho que lo sienten. No estoy cómoda en ninguno de los dos casos, por eso prefiero guardármelo para mí. Pero él lo sabe porque me conoce.

Jake ha recuperado el ritmo de las embestidas. Ahora que las cosas están claras entre nosotros, nos dirigimos a toda velocidad a un orgasmo que nos va a dejar a ambos agotados.

Hunde la cara en mi cuello y me muerde mientras echo la cabeza hacia atrás y dejo que el clímax se apodere de mí. Se clava en mi interior moviendo las caderas hacia delante y frotando su gruesa polla en lo más hondo de mi vientre.

—¡Oh, Dios! —El orgasmo llega, repentino y furioso, tan intenso que convierte mi mundo en una nebulosa de felicidad—. ¡Oh, oh..., Dios mío! —Le clavo las uñas en la espalda y él brama en mi cuello sin dejar de hundirse en mí.

Sé el instante justo en que se corre, y no sólo porque noto que me inunda su ardiente esencia. Sus rodillas ceden y acabamos en el suelo de la ducha. Jake se tumba de espaldas y me coloca sobre él respirando con fuerza.

—Por todos los demonios... —Me suelta y se cubre la cabeza con los brazos mientras yo cabalgo las olas que provocan las convulsiones de su cuerpo.

No puedo estar más de acuerdo con él. Mi mundo acaba de salirse de su eje y se está precipitando a las profundidades del infierno de lo desconocido.

Recupero la conciencia en un remanso de paz y oscuridad. Estoy de nuevo en la cama, tumbada sobre Jake, que me abraza, rodeándome por completo. Puede que sea mediodía, pero no lo sé porque tengo las cortinas corridas. Me siento saciada, en paz, como si me hubieran quitado un peso invisible de los hombros. Miro su cara serena y sonrío. Trato de separarme de él y mi sonrisa

se hace aún mayor cuando veo que abre un ojo y frunce el ceño.

—Tengo que hacer una llamada —le explico—. Mi agente tiene que darme los detalles del rodaje que tengo mañana.

—Pues date prisa —murmura soltándome y dándose la vuelta hasta quedar boca abajo en la cama.

Eso espero. Me pongo la camiseta, busco el móvil, veo que tengo varias llamadas perdidas de Heather y llamo a mi agente, que me cuenta los detalles de la campaña del día siguiente antes de hacerme varias sugerencias para mi book. Aunque la estoy escuchando, mi mente sigue en el dormitorio con Jake, reviviendo cada segundo de anoche y de esta mañana. Me muero de ganas de volver con él.

Cuando cuelgo, me dirijo a la habitación, pero en ese preciso instante el móvil empieza a vibrar. Por un momento me temo que sea mi padre, que nos ha descubierto, pero me echo a reír. ¿Cómo iba a descubrirnos?

Es Heather, así que respondo la llamada.

—Hola.

—¡Ay, Dios, Camille...!

Entro en la cocina y me apoyo en la encimera.

—¿Qué? —le pregunto despreocupada.

Sé que no es de buena amiga, pero no pienso contarle lo que ha pasado; no quiero que nadie se entere. Me fio de ella, por supuesto, pero... es complicado.

—¿En serio me lo preguntas? Te vi la cara anoche mientras te sacaba del local. ¡Y también vi la suya!

—Estaba haciendo su trabajo, Heather.

—¡Y una mierda, Camille! —Está muy enfadada. La comprendo, pero la culpabilidad no va a hacer que le confirme lo que cree que sabe—. ¿Dónde está Jake?

—Enganchado a su portátil —miento para no decirle que sigue en la cama. En mi cama, concretamente, que es donde pienso volver en cuanto Heather deje de interrogarme.

—Vale. —Suspira—. Ya veo que por aquí no voy a conseguir nada.

—Es que no hay nada que conseguir.

—Sebas...

—Por favor, no —la interrumpo—. No quiero volver a oír su nombre nunca más.

Heather guarda silencio unos segundos y suelta de nuevo el aire, agotada. No puede discutirme eso.

—Sólo quería que supieras que me alegro de que Jake estuviera allí.

—Yo también —admito en voz baja.

—¿Qué te traes entre manos?

—Estoy actualizando el book.

—¿Quieres que te ayude?

Miro hacia el dormitorio y mi sentimiento de culpa sube varios grados.

—No hace falta, gracias. Te llamo mañana, ¿vale?

—Vale. —Heather se rinde, suspira hondo y cuelga.

No pierdo el tiempo fustigándome por haberle mentado. Vuelvo corriendo a la habitación y me meto en la cama, sonriendo cuando Jake me agarra y me atrae contra su pecho, haciendo la cucharita de un modo delicioso.

—Y aquí nos vamos a quedar hasta mañana —me susurra al oído con su voz ronca y adormilada.

Respondo con un suspiro y me echo hacia atrás para hundirme más profundamente en su cálido pecho.

Mañana llega demasiado deprisa. El director del rodaje no oculta su disgusto cuando me ve aparecer con un moratón en la mejilla. Cada vez que Jake me mira, sus ojos brillan furiosos, y no puedo evitar taparme el cardenal con la mano. Pero él siempre me la aparta y le da un beso, como si quisiera curarlo.

Heather volvió a llamarme por la noche para asegurarse de que estaba bien. Jake seguía en la cama. Me dejó caer la información de que Seb se había negado a que lo llevaran al hospital. No me extraña. Si sus padres o sus terapeutas se enteran de que ha recaído, lo enviarán a rehabilitación en menos tiempo del que Jake tarda en sacar la pistola. Y es jodidamente rápido. Lo he visto hacerlo sólo una vez y no quiero volver a verlo. Ya impresiona sin necesidad de armas, como para verlo con una pistola cargada en la mano.

Sonrío al acordarme de él, que no pudo mantener las manos quietas durante todo el día de ayer. Lo dijo en serio: no se levantó de mi cama en todo el día. Pero en cuanto hemos salido de casa esta mañana, ha vuelto a convertirse en un tipo profesional, frío, duro, insensible. Su crispación era palpable. Ha intentado mantenerse pegado a mí durante todo el trayecto. No ha perdido detalle de todo lo que nos rodeaba. Sé que su estado de alerta extrema se debe a que hoy hace tres días que entregaron la amenaza.

Dejo caer el bolso en el suelo y guardo silencio mientras el director me examina el cardenal y protesta. No me pregunta cómo me lo he hecho ni cómo me encuentro. Su única preocupación es ver cómo situar la iluminación y en qué postura colocarme para que no se note. Me imagino que la sesión de maquillaje será más larga de lo habitual.

—Aplicaremos maquillaje en aerosol si hace falta —declara chasqueando los dedos. De inmediato, una joven morena se aproxima a toda prisa, cargada con un palé lleno de bases de maquillaje y una brocha—. Con franqueza, Camille —me reprende en tono despectivo mientras la maquilladora trabaja —, este rodaje llevaba semanas previsto. ¿Cómo se te ocurre presentarte con esas marcas?

Mentalmente pongo los ojos en blanco y veo que Jake, que está junto a la puerta, fulmina a Lawrence con la mirada. Parece enfadado, y cuando se acerca me temo lo peor. Ésta lo mira con aprensión y Jake se coloca a mi lado. Lo observo mientras la maquilladora me da golpecitos en la mejilla con la brocha llena de tapaojeras.

—¿Todo bien? —le pregunto, notando su creciente tensión.

Jake gruñe, examinando a Lawrence con tanta agresividad que el director acaba por darse la vuelta para gritar órdenes a su equipo.

—Capullo —murmura Jake entre dientes.

Me mira y su expresión se suaviza. Me observa mientras siguen dándome toquecitos con la brocha.

—No es tan grave —comenta la maquilladora, apartándose un poco para inspeccionar su trabajo—. Mejor vayamos al camerino. Allí puedo hacer milagros.

—Gracias. —Le sonrío—. Enseguida voy.

Nos deja solos y, cuando veo que los ojos de Jake se oscurecen, no puedo evitar volver a llevarme la mano a la mejilla. Él da un paso adelante para hacer lo que hace cada vez que me tapo el golpe. Levanta la mano, pero a mitad de camino se da cuenta de que estamos en público, vuelve a bajarla y se aparta.

—¿De qué es el anuncio? —se interesa.

—De perfume —respondo señalando hacia un rincón donde han colocado un montón de pantallas blancas—. Una fragancia limpia y minimalista de una diseñadora que complementa así su línea de ropa. El tema del anuncio también es limpio y minimalista: plateado sobre blanco.

Entorna los ojos y repite:

—¿Minimalista? ¿Qué significa eso?

Me echo a reír y recojo el bolso del suelo.

—Significa que no llevaré mucha ropa encima.

Se tensa de arriba abajo.

—Define *mucha*.

—Unas bragas.

Me dirige una mirada preocupada y sorprendida y se lleva una mano al pecho.

—¿Y... aquí?

—Nada.

Su creciente alarma me resulta muy divertida. No sabe que las imágenes se manipularán para que evoquen desnudez sin mostrar ninguna de mis partes íntimas, y no seré yo quien se lo aclare. Me estoy divirtiendo demasiado.

—¿Nada? —insiste, y mira rápidamente a su alrededor para asegurarse de que nadie nos oye. Todo el mundo está ocupado organizando las cosas—. Cami. —Da un paso adelante y agacha la cabeza para poder hablar en susurros—. Nunca has posado desnuda y no estoy seguro de que sea un paso que vaya a favorecer tu carrera de diseñadora. Eso es lo tuyo; no te rindas.

Trato de contener la risa, pero es difícil. Aunque quiere ser diplomático, lo que en realidad pasa es que no le hace ni pizca de gracia que enseñe los pechos al mundo entero. Su instinto de posesión me resulta gratificante.

—Lo tendré en cuenta —le aseguro—, pero es una campaña muy

importante, con inversores muy ricos detrás. Créeme, mi carrera saldrá reforzada.

Frunce el ceño y me lo comería. Está monísimo. Endereza la espalda y da vueltas a lo que quiere decir.

—No puedo quedarme aquí sentado viéndote desnuda. Me voy a volver loco.

Pasa por mi lado y sonrío abiertamente al ver cómo trata de recolocarse la erección mientras murmura enfadado.

—¡Camille!

Me vuelvo al oír la voz familiar y alegre que proviene de la puerta de los camerinos.

—¡Shaun! —Corro hacia él y le doy un abrazo.

Ambos llevamos el mismo tiempo en el negocio; a los dos nos fichó la misma agencia casi a la vez. Lo tiene todo: es alto, moreno y guapo, con un hoyuelo en la mejilla que es su sello distintivo. Las mujeres se lanzan a sus pies, pero él está felizmente prometido a Cynthia, una presentadora de televisión que tiene un programa por las mañanas. No se da cuenta de la atención que despierta a su paso. Es un chico modesto y humilde. Lo adoro.

—¿Cómo estás? —le pregunto mientras lo abrazo, sin importarme que sólo lleve un bañador plateado.

Él me estrecha con fuerza, riendo de alegría.

—Bien, muy bien. —Me suelta y me aparta un poco para mirarme a la cara. Cuando ve la marca de tapaojeras en la mejilla, frunce el ceño—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Oh, nada. —Le quito importancia y cambio de tema—. ¡Bonito bañador! —exclamo bajando la vista hacia el escaso trozo de tela plateada que cubre su masculinidad.

—No te rías tanto, el tuyo es más pequeño.

Suelto una carcajada y le doy un golpe en el hombro. Él mira hacia la otra punta del estudio con interés.

—Había oído que habías contratado un guardaespaldas —me dice en voz baja—. Ya veo que los rumores sobre él se quedaban cortos.

Le dirijo una mirada cansada antes de volverme. Jake no se ha marchado.

Está en el otro extremo del estudio, observándome como si fuera un halcón. Su apariencia es muy profesional. Está en máxima alerta.

—Pues sí.

—Ya sabes que no puedo ser más hetero, pero hasta yo me lo tiraría, Camille.

—¡Shaun! —exclamo escandalizada, y vuelvo a darle un golpe en el hombro—. Deja de decir tonterías y dime cómo está Cynthia.

—Preciosa, como siempre —responde automáticamente, haciéndome reír—. Le ha dado mucha rabia tener que trabajar. Le habría gustado venir para saludarte.

—Tenemos que quedar un día, pronto. —Veo entonces que la maquilladora asoma la cabeza por la puerta, buscándome—. Perdona, me esperan. —Le doy un beso en la mejilla—. Nos vemos en el set.

—Sí, hasta ahora.

Me dirijo al camerino, pero no llego a entrar porque Jake me bloquea el paso y me mira preocupado.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

No me gusta su actitud contenida. Parece nervioso.

—¿Quién era ése?

—¿Quién?, ¿Shaun?

—¿Se llama así, el amanerado de las bragas brillantes?

—¿Te refieres al bañador plateado?

Sacude una mano en el aire.

—Lo que sea. ¿Quién es?

—Un modelo. Vamos a grabar este anuncio juntos. —Veo que la maquilladora vuelve a asomar la cabeza y me hace una mueca para que me dé prisa—. Tengo que prepararme. —Trato de seguir mi camino, pero él me lo impide.

—Camille. —Vuelve a acercarse a mí, intentando pasar desapercibido otra vez, lo que es imposible. Es un hombre enfadado de metro noventa y cinco de estatura; es imposible que pase desapercibido—. Acabas de decirme que vas a estar prácticamente desnuda y ahora me dices que vas a estarte refregando con el guapito de las bragas brillantes...

Aprieto los labios y pienso en qué puedo decirle para tranquilizarlo, aunque me da a mí que nada va a funcionar. Por mucho que le diga, en cuanto el director empiece a darnos instrucciones para colocarnos en poses interesantes, volverá a perder los nervios.

—Es trabajo —le contesto en voz baja.

—Lo que va a ser es una puta tortura. —Inspira hondo, como si ya se estuviera preparando para sufrir.

Lo observo unos instantes, consciente de que la presencia de Shaun no es la única causa de que esté tan tenso. Lleva inquieto toda la mañana.

—Estás muy nervioso hoy.

Me mira fijamente.

—Y ¿te extraña? —Señala con la cabeza el camerino de Shaun. Está tratando de evitar el auténtico problema, mucho más grave que la semidesnudez de mi amigo modelo.

—Hoy es el tercer día —señalo, y me muerdo el labio nerviosa. Al ver que Jake no reacciona, suspiro—. Deberías esperar fuera.

—Prefiero hacerlo aquí —murmura haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Diviértete —añade sin sentirlo en absoluto, mirando hacia el camerino de Shaun con el ceño fruncido.

Paso por su lado con cautela y un poco de preocupación. Esto va a ser horrible.

# Capítulo 17

## JAKE

Ya es oficial. He perdido la puta chaveta. Debo de haberla perdido; si no, ¿a santo de qué estaría aguantando esta tortura? Me he dejado caer en el sofá de cuero negro en un extremo del estudio y no me he movido de aquí. No pienso levantarme por nada ni por nadie. Ni siquiera para ir al lavabo; me mearé en los pantalones si hace falta. Hablando de pantalones..., nunca había visto una cosa más ridícula en toda mi vida. ¿Un bañador plateado? Tal vez podría competir conmigo en cuanto a músculos, pero perdió toda posibilidad de ganarme la partida en cuanto se puso esas bragas brillantes. ¡Menudo capullo!

Trato de relajarme en el sofá, moviéndome para aflojar la tensión de los músculos; una tensión que no se debe sólo al señor Bragas Brillantes, aunque ciertamente ha añadido una nueva dimensión a mi malhumor. Hoy es el tercer día. La bomba de relojería podría explotar en cualquier momento, y no saber a qué amenaza me enfrento me desquicia. Estoy tenso, salto por cualquier cosa y todo el mundo me parece sospechoso. No debería haberla dejado levantarse de la cama en todo el día.

Camille sale del camerino cubierta con un fino albornoz blanco y una mujer pegada a sus talones, poniéndole laca o algo en el pelo. Me endezco en el sofá y mi polla sigue mi ejemplo.

Joder... ¡Joder!

Lleva el pelo húmedo, peinado hacia atrás, para dejar bien a la vista su precioso rostro. La melena rubia le cae sobre los hombros. No parece que vaya maquillada, aunque, a juzgar por el tiempo que ha pasado en manos de la maquilladora, y teniendo en cuenta que no se ve ni rastro del moratón en la mejilla, me imagino que debe de llevar una buena capa de chapa y pintura. Parece que tenga los pómulos más marcados, los ojos más azules y los labios más carnosos. Está divina, joder.

Cruzo las piernas adoptando una postura estratégicamente discreta y en ese preciso instante nuestras miradas se cruzan. Ella abre mucho los ojos. El azul topacio de su mirada es el único toque de color en su pálido rostro. Siento que he cometido un gran error al quedarme, y alguien confirma mi teoría al quitarle el albornoz. En cuanto su cuerpo queda al descubierto, la atacan con botes de aerosol por todas partes. Toso y aparto la vista; estoy empezando a sudar. ¡Joder, jodeer, qué calor hace! Está prácticamente desnuda. Ya lo sabía y pensaba que estaba preparado para soportarlo, pero la realidad es otra. Estoy tan poco preparado hoy como lo estaba el día que entré en la oficina de Trevor Logan.

Esta mujer siempre me tumba como si nada.

Echo un breve vistazo a su cuerpo esbelto y desnudo y me obligo a apartar la mirada, pero su imagen se queda grabada en mi mente y baila ante mis ojos, provocándome. Su piel tiene un aspecto suave y brillante, y el diminuto tanga plateado que lleva apenas le cubre su lugar especial, ese lugar donde podría perderme eternamente. *Mi* lugar especial. Gruño entre dientes mientras busco desesperadamente algo con lo que distraerme. No veo ninguna de esas estúpidas revistas femeninas, ni siquiera un puto periódico. Debería irme antes de ponerme en evidencia, pero justo cuando acabo de tomar esa sensata decisión y me dispongo a levantarme del sofá, el señor Bragas Plateadas hace su entrada en el set y me quedo inmóvil a medio camino.

«¡Mierda!»

No me voy a ninguna parte. Intento destensar los músculos, vuelvo a dejar caer el culo en el asiento y los observo, reunidos en círculo. El idiota ignorante que saludó a Camille cuando llegamos parece estar bailando ballet de tanto como mueve los brazos. Todo el mundo asiente con la cabeza. Cuando

alguien tapa otra vez a Camille con el albornoz, respiro aliviado; no quiero que coja frío.

Mi chica escucha con atención mientras el director le da instrucciones, asiente y sonrío. Cuando todo el mundo tiene claro lo que ha de hacer, el grupo se dispersa por el estudio. El caos me inquieta, los sigo a todos con la vista.

Camille entra en una zona con dos paredes y el suelo completamente blancos. Varias luces muy potentes la enfocan desde todas las direcciones. Está resplandeciente. Permanece inmóvil como un cadáver mientras esa gente tira de ella por un lado y la empuja por otro para colocarla como quieren. A su alrededor, se gritan instrucciones. Me preparo mentalmente; sé que pronto voy a tener que soportar de nuevo la tortura de verla desnuda. ¿Soportar? ¿A quién quiero engañar? Nadie me está obligando a estar aquí. Podría levantarme y marcharme, de no ser porque el cavernícola que vive en mí tiene el garrote en la mano y le está enseñando los dientes al imbécil de las bragas brillantes.

Trago saliva cuando vuelven a quitarle el albornoz. Apoyo el codo en el reposabrazos del sofá y la barbilla en la mano. «Disfrútalo —me digo—. Disfruta viéndola hacer algo que la apasiona, disfruta de su mirada.» Esa mirada de pasión que conozco bien porque la he experimentado de primera mano. Ese brillo de sus ojos también estaba ahí cuando me clavé en su interior. Es pasión; es un fuego que consume.

Estoy perdido en mis pensamientos, embobado en mis fantasías, cuando él aparece brillando como un puñetero dios y me arranca de mi lugar feliz a la fuerza. Las ganas de acercarme y apartarlo de Camille crecen cada vez más. Respiro hondo y trato de razonar. Está trabajando. Sólo es un trabajo. Puedo soportarlo. Soy un hombre tranquilo que controla sus emociones.

Entornando mucho los ojos, veo cómo el tipo de las bragas brillantes rodea a Camille y se pone a su espalda. Cerca; demasiado cerca, joder. Se echa a reír y ella lo sigue. Todo el puto estudio está riendo..., menos yo. No le encuentro la gracia. Tengo mucho calor.

Veó aparecer entonces las manos del tipo por detrás de Camille y contengo el aliento. ¿Dónde demonios irán a parar?

«Por favor, no. ¡No te atrevas a tocarla!»

Sin dudarle, se las planta sobre los pechos.

«¡Joder!»

Me levanto tan deprisa que el pie se me engancha en la mesita del café. Tropezco y me tambaleo, pero no llego a caerme.

—¡Hijo de puta! —grito mientras sigo avanzando a trompicones.

Miro hacia el grupo y veo que mi actuación no ha pasado desapercibida. Todo el mundo me está mirando; Camille, con los ojos muy abiertos. El señor Bragas Brillantes sigue con las manos encima de *mis* pechos.

Aparto un momento la vista, me acerco y le quito las manos de encima.

—Si me disculpan —murmuro retrocediendo con el móvil en la mano—, tengo una llamada.

Me vuelvo y choco otra vez contra la mesita baja. Inspiro entre dientes y me trago el dolor de la espinilla. Con esfuerzo, logro no echarme a correr hasta la salida.

«¡Le estaba tocando las tetas!»

Cierro de un portazo y busco la superficie más cercana para apoyar la frente. Eso ha estado totalmente fuera de lugar, y no estoy hablando de mi reacción. ¿Qué coño...? Me dejo caer contra la pared, luchando contra los *flashbacks* de otro hombre con las manos sobre Cami. Me obligo a tranquilizarme; a razonar.

—Muy elegante, Jake —murmuro. Cuando el móvil suena, me echo a reír—. Llegas un minuto tarde, Lucinda —es mi saludo—. ¿Qué has encontrado?

—Nada —responde, como siempre yendo al grano—. Francamente, no entiendo nada. Acabo de hablar con Logan. Probablemente vaya a prescindir de tus servicios.

—¿Qué? —El aviso luminoso de alarma es lo único que veo ante mis ojos. Hoy es el tercer día. ¿Va a prescindir de mis servicios el tercer día? No me lo puedo creer—. Nos oculta algo, Luce.

—No podemos estar seguros. Y, si quiere prescindir de tus servicios, no podemos hacer nada. —Lucinda suspira y yo miro el teléfono sin dar crédito—. Tengo otro trabajo para ti. No pagan tanto, pero no está nada mal.

Miro la pared que tengo delante mientras el alma se me cae a los pies. ¿En serio va a prescindir de mí? ¿No se puede hacer nada? ¿Otro trabajo?

—¿Quién?

—Un diplomático griego. Se ha metido en un lío por un tema de blanqueo de dinero.

¿Griego? ¿Grecia? ¿Un país extranjero? Mi corazón sigue a mi alma en su descenso en caída libre. Lejos de Camille.

—Tal como está la situación económica en Grecia, no me extraña que haya recibido amenazas de muerte —Lucinda sigue hablando mientras yo miro la pared sin ver nada—. Creo que un año al sol del Mediterráneo te vendrá bien.

¿Un año? Me resisto a aceptarlo, me siento hueco por dentro; me da vueltas la cabeza. Miro hacia la puerta por la que acabo de salir. Los pulmones se me contraen, me cuesta respirar y siento pánico.

—Jake... —me llama Lucinda—. ¿Estás ahí?

El dulce sonido de la risa de Camille llega a mis oídos, intensificando la sensación de pánico. No puedo dejarla, imposible; me niego.

—Paso —contesto en un susurro, a sabiendas de que está a punto de caerme una buena bronca.

Lucinda me sorprende cuando me pregunta en voz baja:

—¿Puede saberse por qué?

—No —digo, y cuelgo antes de que me haga más preguntas. No puedo ni quiero dar explicaciones.

Sólo logro pensar en lo que me acaba de comunicar. Lo esencial es proteger a Camille. Su exnovio es un peligro muy real y todavía no sé qué pensar de su padre. No puedo dejarla sola y vulnerable. No puedo permitir que su malvado ex vuelva a ponerle las zarpas encima. Sólo de imaginarlo, empiezo a sudar. Pensar en alejarme de ella me provoca escalofríos. Este caso es distinto de los demás. Aquí lo que importa no es sumergirme en el trabajo para olvidarme de lo mucho que me odio. No se trata del deber cumplido ni de preservar mi reputación: este caso ha sido distinto desde el primer día, y la razón está ahora mismo desnuda al otro lado de esa puerta, con las manos de otro hombre sobre sus pechos.

¿Mi reputación? Bueno, ha ardidido en patéticas llamas cuando he salido del set tambaleándome como un cervatillo recién nacido. Pero me da igual. Lo único que importa ahora es Camille; ella y cómo me hace sentir. Por primera vez en cuatro años tengo un objetivo personal en la vida. No quiero irme al

extranjero. Quiero estar aquí para poder verla cada día.

Me siento en una silla cercana y me quedo observando la puerta. No se trata de que ella me necesite; soy yo quien la necesita a ella. Necesito a esa mujer joven, decidida y valiente.

Estoy loco por ella. La necesito en mi vida; necesito protegerla.

Las horas que tardan en acabar son las más largas de mi puta vida. Curiosamente, lo que las ha convertido en una tortura no tiene nada que ver con lo que me hizo salir del set hace unas horas. Mi mente no para de darle vueltas a la situación; no sé cómo afrontarla.

Camille aparece, con el pelo aún húmedo pero recogido en un moño informal. No se ha desmaquillado todavía, pero, gracias a Dios, se ha puesto unos pantalones anchos y una camiseta extragrande. Que siempre lleve ropa varias tallas más grande de lo que necesitaría hace que la admire aún más. Tiene un cuerpo de infarto, pero no va presumiendo por ahí. Me levanto mientras cierra la puerta. Parece pensativa. Tardo unos instantes en darme cuenta de que la última vez que me vio estaba tan ofuscado que tropezaba con mis propios pies.

—¿Ha ido bien? —le pregunto cogiendo su bolso.

Ella me dirige una mirada acusadora.

—¿Qué mosca te ha picado?

—¿Cuándo?

—Ya lo sabes. ¿A qué ha venido el numerito de antes?

—Ya lo he dicho: tenía una llamada —respondo sin mirarla a los ojos.

—El teléfono no estaba sonando —señala, desmontando así mi mentira.

—Estaba en silencio. —Me aplaudo mentalmente por mis rápidos reflejos mentales.

—¿Quién era? —insiste sin acabar de creerme.

Esto es fácil de contestar, porque he recibido una llamada. Un poco más tarde, pero eso da igual.

—Una colega de trabajo. —Éste sería el momento perfecto para hablarle de las novedades, para decirle que probablemente pronto dejará de tenerme

pegado a sus talones, pero no lo hago, y no entiendo la razón. ¿Por qué no lo acepto? ¿Por qué no quiero disgustarla? ¿Se disgustará?—. Me ha puesto al día de algunos detalles.

—¿Hay alguna novedad? —me interroga cuando indico con un gesto que nos marchemos. Trata de sonar despreocupada, pero noto la inseguridad en su voz. Supongo que ella también se pregunta qué nos traerá el futuro.

—Ninguna —contesto, desaprovechando una nueva oportunidad de ponerla al día.

—Qué curioso, porque papá acaba de llamarme y me ha dicho que está a punto de averiguar quién está detrás de las amenazas. Dice que probablemente esté todo resuelto antes de que el día acabe —comenta en voz baja, mirándome de soslayo.

Me cuesta no abrir mucho los ojos. ¿Eso le ha dicho?

—No hay nada seguro —replico mecánicamente, y cambio de tema—: ¿Tienes hambre?

Debe de tener hambre. No la he visto desayunar nada por la mañana, y ya ha pasado la hora de comer. Ya de normal no me gustan sus hábitos alimentarios, pero esta costumbre de no comer nada las veinticuatro horas previas a un rodaje me parece una pesadilla. No es sano.

—No, estoy bien —asevera, sumida en sus pensamientos, mientras abre la puerta que lleva a la recepción—. Papá también me ha recordado que esta tarde es la fiesta de cumpleaños de Chloe. —No parece muy contenta—. Tengo que estar en su casa de campo a las siete. La fiesta es en el jardín.

—¿Una fiesta en el jardín? —«¡Qué horror!»—. Suena bien.

Camille me dirige una mirada cansada.

—No seas sarcástico. Tú también vas a tener que ir.

Hago un ruido con los labios apretados. Me gustaría que alguien tratara de impedirlo.

Su padre, por ejemplo. Qué casualidad que Logan *quizá* vaya a prescindir de mis servicios justo después de comentarle que no hubo ningún mensajero el día en que supuestamente entregaron la amenaza.

—Vamos a tomar un té helado —sugiere entonces sin dejar de caminar.

Cierro los ojos un instante y la sigo mientras trato de contener mi

malhumor. Quiero llevarla a casa y encerrarla allí, no ir a tomar ningún puto té helado.

—Siéntate.

Saco una silla para ella mientras examino la zona. Por primera vez desde que empecé a trabajar para Camille, me instalo en la misma mesa que ella, y no me parece raro. Cojo la carta y llamo al camarero.

—Un té helado de éstos, un café solo y una ensalada de atún —le encargo.

Él asiente y se marcha. Me acomodo en la silla y veo que Camille me está mirando con las cejas levantadas.

—¿Qué?

—Pensaba que eras mi guardaespaldas, no mi niñera.

Apoyo los codos en la mesa y me inclino hacia ella.

—Eso cambió en el momento en que me dejaste entrar en tu cuerpo. —Me encanta ver cómo sus pálidas mejillas se ruborizan al oírme y ver el fuego en mis ojos—. ¿Algo que añadir?

Ella niega con la cabeza y se lanza de cabeza hacia el vaso de agua que el camarero acaba de servirle.

—Y ¿tú no comes nada?

Hago un esfuerzo para no decirle que la llamada de Lucinda me quitó el apetito. Aunque tampoco tenía mucho antes de que me llamara.

—No tengo hambre. —Echo azúcar en el café que me acaban de traer.

—He estado pensando... —Camille coge la pajita y juguetea con la punta.

Dejo de remover el azúcar y la miro.

—¿Sobre qué? —la animo, preocupado por su indecisión.

—Sobre lo poco que te conozco. —Me mira para no perderse mi reacción.

No la decepciono. Me he quedado rígido en la silla. Hay tantas cosas que no sabe de mí que no sabría por dónde empezar.

—No hay gran cosa que contar —aseguro en voz baja, de manera automática. Mi pasado no es bonito y no me siento cómodo compartiéndolo con nadie.

Dibuja una mueca dolida y me odio por ello, pero antes de poder hacer

nada para mejorar la situación, ella insiste:

—La herida de bala.

Aprieto los dientes.

—¿Qué pasa con ella? —Sé que estoy siendo muy borde, pero hoy es el tercer día y, tras la llamada de Lucinda, no estoy precisamente de buen humor. Hablar sobre un pasado que trato de mantener bien enterrado sería la puntilla. Llevo varios días sin sufrir apenas ataques, y me cabrea que Camille juegue tan alegremente con mi estabilidad emocional.

—Me preguntaba...

—No —la interrumpo con brusquedad y ella cierra la boca.

En el silencio que se instala entre nosotros, remuevo el azúcar del café hasta que no queda ni rastro. Mi mano se mueve como si llevara instalado un piloto automático; necesito hacer algo, lo que sea. Estoy incómodo, pero ni de lejos lo incómodo que estaría si tuviera que hablar sobre mi pasado. Hay voces en mi cabeza que me riñen, me gritan que deje de ser tan cobarde, pero no puedo. Tengo miedo de que ella sienta por mí la misma repugnancia que siento yo. Hasta que esté seguro de que eso no es así, mantendré la boca cerrada. Tengo que dejar de odiarme y dejar de odiar lo que pasó antes de poder seguir adelante.

Me río por dentro. Lo más probable es que ese día nunca llegue. Hoy me odio exactamente igual que entonces, y ya han pasado varios años. Soy un cabrón, sin más. No hay nada más que entender. Si se lo contara todo, Camille me odiaría y no podría soportarlo.

—¿La ensalada de atún?

Levanto la vista y veo que el camarero espera con un plato en la mano. Camille está sumida en sus pensamientos, con la mirada perdida en la distancia. Le indico que deje el plato ante ella y luego alargo la mano apoyándola sobre la suya. Sobresaltada, se esfuerza por sonreír, tratando de convencerme de que mi brusquedad no la ha molestado, de que lo entiende. No la merezco. Retiro la mano para dejarla comer y trato de devolverle la sonrisa, aunque me sale igual de forzada que a ella.

Juguetea con las hojas de la ensalada, aún medio perdida en sus pensamientos.

—¿Tienes familia? —me interroga en voz baja.

Pensaba que habíamos acabado con el interrogatorio, pero no, sólo ha rebajado la intensidad de las preguntas.

Me cuesta no encogerme en la silla.

—No. —No quiero sonar tan brusco, pero no puedo evitarlo.

Aunque da igual, a ella no parece importarle mi obvia necesidad de cambiar de tema.

—¿Y tus padres? —Se muerde el labio inferior nerviosa.

Cierro los ojos y suspiro. Decido coger el toro por los cuernos y confesarle algo. No todo, por supuesto, sólo algo para apaciguarla.

—Murieron cuando tenía siete años. Me crio mi abuela, que falleció cuando yo tenía dieciséis. En cuanto alcancé la edad reglamentaria, me alisté en el ejército. —Se lo suelto todo de un tirón y rezo para que no me presione más.

Sin embargo, mis oraciones no son atendidas.

—¿Cómo murieron tus padres? —pregunta en un tono cargado de compasión que no puedo soportar.

—En el desastre de Lockerbie. —Trago saliva y aparto la mirada al oír que ella contiene el aliento.

En 1988, ella ni siquiera había nacido, pero obviamente ha oído hablar del horrible atentado terrorista. ¿Quién no ha oído hablar de él?

—Lo siento mucho.

—Yo también. —La miro, y en sus ojos leo que ha llegado a la conclusión correcta.

Me uní al ejército tras la muerte de mis padres, para aportar mi granito de arena. Fue mi misión de paz personal, pero luego lo jodí todo con la ayuda de una mujer.

—Y... ¿esa mujer? —pregunta con cautela, como si pudiera leerme la mente.

Mi grado de incomodidad ya es insoportable.

—No es nadie.

—Y ¿llevas la foto de «nadie» en la maleta?

Aprieto mucho los labios y siento que el viejo rencor quiere salir de su

escondite en lo más hondo de mi alma. No sería capaz de explicar por qué razón guardo esa foto. Es un recuerdo morboso, una tortura personal.

—Cómete la ensalada. —Le señalo el tenedor, diciéndole sin palabras que ése es un tema sobre el que no estoy preparado para hablar.

Tendré que hacerlo tarde o temprano. Sé que un día deberé enfrentarme a ese episodio de mi vida. Las burdas excusas que Abbie no querrá escuchar, las que, me repito constantemente, cada día son más endebles. Cada vez que cojo el teléfono, busco su nombre y me lo quedo mirando, preguntándome si ése será al fin el día en que reuniré el valor para hacer lo que debería haber hecho hace años. Soy un cabrón y un cobarde. Necesitaría un estado de ánimo distinto para poder iniciar el camino hacia la redención, pero mi estado de ánimo no ha cambiado desde que me marché.

Respiro hondo.

—Vayamos a casa. Tienes que cambiarte para esa fiesta.

—Me muero de ganas. —Suspira hondo, se mete un trozo de atún en la boca y mastica con la mirada perdida.

Yo también suspiro, sintiendo que soy un caso perdido. La observo mientras mastica lentamente.

De pronto se le abren unos ojos como platos.

—Eh, ¿qué...? —dejo la pregunta a medias al ver que empieza a temblar y que sigue mirando fijamente un punto a mi espalda.

Me vuelvo para comprobar qué ha llamado su atención con el corazón en un puño y la mano preparada para hacerse con la pistola.

Me levanto de un salto de la silla.

—¡Jake! —El grito de Camille me llega amortiguado por la nube de furia que me envuelve.

«¡Hijo de puta!»

Seb se encuentra a pocos metros de distancia, con la cara amoratada, y se acerca a nosotros flanqueado por un pequeño ejército de tipos musculosos. Ajá. Me pregunto cuánto les habrá pagado. Distingo a cinco idiotas hipermusculados a base de esteroides que tratan de parecer amenazadores. ¡Menudo insulto! La rabia que me recorre la columna vertebral podría darme el aspecto de alguien que ha perdido el juicio..., de no ser porque estoy muy

cuerdo. Estoy cuerdo. Del todo.

—¿Aún puedes caminar? —le suelto apartando la silla que se interpone entre los dos—. Pues habrá que ponerle remedio a eso.

Doy un paso hacia él, planeando mis movimientos a medida que avanzo. Mi cerebro me indica a qué gorila debo atacar primero y cómo.

—¡Jake, para!

Oigo la voz de Camille a través de la furia controlada. Me grita que pare, pero en mi cerebro sólo hay lugar para una orden: «Elimina al enemigo. Mata al hijo de puta que se atrevió a ponerle la mano encima».

El primero de los matones cae al suelo como un saco de estiércol al primer puñetazo en la cara que le doy. El segundo sigue su ejemplo. Esquivo un golpe mientras mi cerebro posiciona a los tres esbirros de Sebastian que quedan en pie. Me vuelvo y le rompo la mandíbula a uno de un codazo. Un segundo más tarde, está gritando y revolcándose por el suelo.

—¡Mierda! —exclamo al ver que uno sale huyendo. Un grito a mi espalda me indica que el último viene a por mí. Jodidos aficionados.

Echo un vistazo al escaparate que tengo delante y lo veo cargando contra mí como si fuera un rinoceronte. Tengo tiempo de sobra para pensar qué voy a hacer con él. Unos tres segundos. Incluso me da tiempo a recuperar el aliento.

Veo que abre los brazos y me agacho en el último segundo. Sale volando sobre mí y choca contra el escaparate de la tienda. Me sorprende que no se rompa. Se incorpora y sacude la cabeza como si quisiera librarse de los pajaritos que salen en los dibujos animados antes de volver a atacarme.

Permanezco quieto, esperando. Sé lo que va a hacer. No me defrauda. Tras fallar un puñetazo, carga contra mí a la altura de la cintura y me derriba. Le dejo hacer y choco contra el suelo con fuerza. Gruño y le rodeo la cintura con las piernas. Luego le doy la vuelta y me quedo montado sobre él. Tarda unos segundos en reaccionar y darse cuenta de lo que ha pasado. Le dirijo una sonrisa perversa y me encargo de que deje de sufrir dándole un puñetazo en la cara que le rompe la nariz y hace que le salga sangre disparada en todas direcciones.

Misión cumplida.

—¡Eres un puto psicópata, tío!

Flexiono el puño. Al parecer, aún no he acabado el trabajo.

Alzo la cara y veo al ex de Camille retrocediendo y mirando asustado la carnicería que acabo de hacer con tan sólo mis manos. Sonríó mientras me levanto. El muy capullo pensaba que iba a poder ganarme con la ayuda de unos cuantos grandullones idiotas. Eso hace que me entren más ganas de acabar con su vida. Lenta y dolorosamente; hasta que me suplique que lo mate. Avanzo hacia él a grandes zancadas.

Él retrocede con las manos en alto y dice:

—Me voy.

—Vas a ir a donde yo te envíe.

Choca contra un coche, se vuelve y salta dentro. Pone en marcha el Porsche negro y sale a toda velocidad, derrapando de lado a lado de la calle. El coche parece tan asustado como su dueño.

Cuando la nebulosa de mi mente se aclara, hago inventario del daño que he causado. Cuatro de los cinco hombres están revolcándose por el suelo, gruñendo. El quinto gorila —el sensato— ha desaparecido. Si fuera un tipo compasivo, lo sentiría por ellos; alguien debería haberlos avisado contra quién iban a enfrentarse.

Me recoloco la chaqueta del traje y me vuelvo, dispuesto a llevar a Camille al coche para salir de aquí antes de que llegue la policía.

Localizo la mesa donde la había dejado.

Y las rodillas me fallan.

No está.

Nunca he sentido tanto pánico como en este momento. Llevo muerto por dentro tantos años que no estoy acostumbrado a las emociones que me recorren el cuerpo. Tengo ganas de empezar a matar gente y no parar hasta que vuelva a estar a salvo entre mis brazos.

¿Qué demonios he hecho?

Me giro en redondo, examinando el área frenéticamente.

—¡Camille! —bramo.

Es culpa mía. Le he fallado.

—¡Camille! —Voy a la mesa y encuentro su móvil encima y el bolso donde lo había dejado, en la silla de al lado—. ¡Joder!

Recojo ambas cosas y corro hasta el coche. Tiro el bolso y el móvil en el asiento del copiloto y me pongo en marcha como un demente.

Conduzco arriba y abajo, examinando las personas con las que me encuentro, escudriñando cada callejón, examinando cada vehículo.

Nada.

Cojo el teléfono y llamo a Lucinda. Sin darle tiempo a saludar siquiera, empiezo a gritarle órdenes:

—¡Camille ha desaparecido! Llama a Logan; llama a la policía. Tengo su móvil y su bolso. Hay una cámara de vigilancia en el edificio de enfrente de la cafetería de la calle Stretton. Consigue la grabación de la última hora.

—De acuerdo —responde ella con calma—. ¿Dónde estás?

—Buscándola.

Cuelgo y doy un volantazo. Giro a la derecha y entro en la calle principal a toda velocidad. No sé hacia dónde me dirijo; conduzco sin rumbo fijo, recorriendo calle tras calle, buscándola. Me mataré. Juro que, si le pasa algo, acabaré con mi vida. Nunca podría perdonármelo. Sería el clavo que acabaría de cerrar al ataúd donde reposaría mi alma negra.

El rayo de luz que había empezado a abrirse camino en mi oscuridad se está apagando por momentos.

No sé si ha pasado una hora, dos, tres o un día entero. Cuando me percaté de que ella había desaparecido perdí la noción del tiempo. Me meto en el garaje subterráneo de su casa y me detengo derrapando junto a su coche. Algo me llama inmediatamente la atención: un sobre en el parabrisas de su Mercedes. Rodeo el brillante coche rojo en un santiamén y dentro del sobre encuentro más fotografías de Camille. Sobre una de ellas han escrito cuatro palabras:

SE ACABA EL TIEMPO.

—¡Joder, no! —El miedo y la preocupación se multiplican por un millón,

igual que la rabia. Aprieto las fotos con tanta fuerza que las arrugo, y no me extrañaría que se me rompieran los dientes de tanto que los aprieto. Cruzo el vestíbulo a grandes zancadas camino del ascensor y llamo de nuevo a Lucinda—. He encontrado una nota en el parabrisas del coche de Camille. Dice que se acaba el tiempo.

—¡Mierda! La cámara de seguridad de delante de la cafetería lleva fuera de servicio más de un mes.

—¡Hostia! —Cuando las puertas del ascensor se abren, salgo y avanzo por el pasillo con ganas de destruirlo todo—. ¿Y Logan? ¿Y la policía?

—Van de camino hacia el apartamento.

—Bien. —Doblo la esquina y, cuando al fin veo la puerta de Camille, me detengo en seco.

Porque en el suelo, con la espalda apoyada en la madera, está mi ángel.

Me apoyo en la pared más cercana para no caerme del alivio que siento.

Ella levanta la cara, que tiene muy roja y bañada en lágrimas, pero, aun así, sigue siendo lo más hermoso que he visto en mi vida.

—No he podido entrar —dice sollozando desesperadamente—, tengo las llaves en el bolso. Y el móvil —vuelve a sollozar—. Iba a pedirle al vecino si podía usar su teléfono —señala la puerta de enfrente—, pero no está en casa. Además, no me sé tu número.

Aliviado, suelto el aire, me apoyo en la pared frente a ella y me dejo resbalar hasta el suelo. Oigo que Lucinda me llama y me llevo el teléfono a la oreja.

—La he encontrado. Llama a la policía y a Logan. Diles que no hace falta que vengan.

—¿Qué?

—Haz lo que te digo, Luce. Está a salvo. Te llamo luego.

Cuelgo y suelto el teléfono en el suelo, a la altura de mi muslo, junto con el bolso de Camille y el sobre. No puedo ocultar la emoción que siento. Tampoco quiero hacerlo. Dejo que una lágrima de alivio rueda por mi mejilla y me caiga en el traje. Es demasiado. Tantos sentimientos, tanta necesidad, tanto miedo han de salir por algún lado.

—Pensaba que te habían secuestrado. —Trago saliva con dificultad

porque se me ha formado un nudo en la garganta—. Pensaba que te había perdido, Camille...

—No podía verte así. —Solloza y se atraganta—. No me gusta verte así. Me das miedo.

Sacudo la cabeza y siento remordimiento, pero sólo por hacerla sentir así y por haberla puesto en peligro. Estaba tan concentrado en borrar a su exnovio y a su grupo de gorilas de la faz de la Tierra que perdí de vista mi auténtica misión. Me levanto y me acerco a ella, arrodillándome frente a su cuerpo encorvado. Le cojo las manos y la miro a los ojos. Espero que vea el arrepentimiento y la culpabilidad que me están cegando.

—Lo siento; he perdido la cabeza, Cami. Es que lo que ese hombre te hizo... no puedo... —cierro los ojos con fuerza y me obligo a acabar la frase —, no puedo soportarlo.

Ella usa mis manos como ancla para acercarse a mí. La agarro y la abrazo con fuerza. Ojalá pudiera fundir nuestros cuerpos en uno solo. Le susurro disculpas al oído y me juro no volver a perderla de vista nunca más.

# Capítulo 18

## CAMI

No pretendía hacerlo sufrir tanto; no quería matarlo del susto, sólo necesitaba alejarme de la pelea y no pensé en los riesgos. Ni se me pasó por la cabeza que Jake se preocuparía.

Paré el primer taxi que vi en la esquina y le di mi dirección. Ni siquiera me acordé de que no llevaba dinero hasta que se detuvo frente a la puerta. Se apiadó de mí. Yo se lo agradecí e insistí en que me diera sus datos para poder enviarle el dinero, pero él no quiso. Me dio un pañuelo de papel y me pidió educadamente que bajara del taxi.

Jake es un hombre muy violento y esa violencia desafía el control que suele mostrar. Pero, al mismo tiempo, todos sus movimientos parecen planeados con antelación; no necesita tiempo para reaccionar; es como una máquina de atacar.

No salí huyendo porque Seb estuviera allí ni por miedo de que le hicieran daño a Jake. Había cinco matones, sin contar a Sebastian, grandes y amenazadores, pero supe lo que iba a pasar. Estaba segura de que Jake los machacaría como si fueran hormigas. Si salí corriendo fue porque no podía soportar el espectáculo. Jake es militar; un excombatiente, un asesino profesional. Entiendo las razones que lo llevaron a alistarse en el ejército después de lo que les pasó a sus padres, pero ese hombre es un guerrero; lo

lleva en la sangre, da igual si su lucha es personal o no.

Lo que no entiendo es por qué no sigue en el ejército. Sólo tiene treinta y cinco años, es demasiado joven para retirarse. La herida de bala no le impide luchar, y me cuesta creer que le afecte a la puntería. Hay algo más, algo que no me ha contado. Como tantas otras cosas. Me ha dicho que no tiene familia, pero ¿tampoco tiene amigos? Ni siquiera sé dónde vive.

Necesito averiguar sus inquietudes. Necesito saber más de la mujer de la foto, saber qué es lo que le causa los ataques de ansiedad y el dolor que carga a todos lados. Cada día que pasa se convierte en un misterio más grande. Me aparto un poco, y él me sujeta la cara y me mira aliviado.

—Ven —me dice, levantándose y ayudándome a hacerlo.

—¿Qué es eso? —le pregunto al ver que recoge un sobre arrugado junto con mi bolso y su móvil.

—Nada. Papeleo de la agencia.

Me levanta en brazos y entramos en casa. Me lleva al baño, me sienta en el borde de la bañera, coge una toalla y la moja con agua caliente. Se arrodilla ante mí y me limpia el rastro que han dejado las lágrimas en mi cara.

—¿Cuánto tiempo hace que eres guardaespaldas? —le pregunto en voz baja, empezando con una pregunta sencilla con la idea de seguir penetrando en las profundidades de su mente. Aunque no sé si he comenzado a entrar. Apenas me ha dado nada; necesito más, necesito entender qué es lo que lo lastra de tal modo que no lo permite avanzar.

Él responde rápidamente mientras sigue limpiándose la cara:

—Cuatro años.

Su respuesta me despierta aún más la curiosidad porque sé que nadie se retira con treinta y un años. Pueden ser ascendidos o cambiar de regimiento, pero no se retiran. Tiene que haber una razón de peso. No me parece que una herida de bala que parece totalmente curada sea razón suficiente.

—¿Por qué te dedicas a esto?

Esta vez, su contestación no llega tan deprisa. Su mano titubea y se detiene en mi cara. Parece estar pensando bien qué contestarme.

—Para sentirme útil. —Frunce el ceño, como si la conclusión lo hubiera sorprendido.

—¿Igual que cuando servías a tu país?

Él me mira y me dirige una discreta sonrisa.

—Supongo.

Frunzo los labios y lo observo, tratando de no dejarle ver mis sospechas. Me está dando la razón con demasiada facilidad, y me temo que es porque cree que es más fácil eso que llevarme la contraria y arriesgarse a que siga haciéndole preguntas.

Una vez me dijo que necesitaba un objetivo en la vida. Antes, ese objetivo era la guerra; luchar contra los males del mundo. Algo impidió que siguiera ese camino; algo grave, y ahora se dedica a la protección personal, lo que me lleva a pensar que seguiría sirviendo en el ejército si pudiera. ¿Por qué no puede?

No sé qué demonios torturan a Jake, pero sé que no se librarán de ellos hasta que se dé permiso a sí mismo. Si no hace nada por evitarlo, será prisionero de ellos eternamente. Sé lo que es estar en el pozo de la desesperación. Pensaba que no había salida. No fue fácil, pero al final la encontré. Y, si yo pude dar con ella, él también podría.

—¿Por qué dejaste el ejército?

Se detiene unos instantes antes de volver a limpiarme la cara. Aunque sólo dura un segundo, no se me escapa el fogonazo de dolor que desprenden sus ojos.

—Ya he servido a mi país, es hora de seguir adelante.

No me creo nada, y dudo que sea tan idiota como para pensar que me lo tragaré. El dolor sigue en el fondo de su mirada por mucho que trate de ocultarlo. Su actitud me enfada y le aparto la mano de mi cara con brusquedad, sin hacer caso de su mirada preocupada.

—Tengo que arreglarme.

Me levanto y lo dejo acucillado ante mí. Me dirijo a la habitación y espero que pille la indirecta y salga de mi baño para que pueda ducharme.

—¿Camille? —Sus pasos sobre la moqueta me indican que me está siguiendo—. ¿Por qué te alejas de mí?

—Me has dejado claro que la conversación no va a llegar a ninguna parte. No soy idiota, Jake. Hay muchas cosas que no me estás contando. Y tengo que

arreglarme para la fiesta.

Saco del armario un vestido de flores y lo dejo sobre la cama. Jake se queda plantado en medio del dormitorio. Cierro la puerta, me desnudo y me meto en la ducha. Notar el agua caliente en la piel es una sensación divina. Me enjabono con la mirada perdida en las baldosas y mi mente empieza a divagar.

Ese hombre es tan sencillo pero al mismo tiempo tan complicado que me asombra. Y lo que más me maravilla de todo es la necesidad que despierta en mí de excavar bajo la coraza de frialdad y dureza que siempre lleva puesta. Me ha demostrado que tiene un lado tierno. Me ha demostrado que no le falta corazón ni sentimientos, y lo he visto perder completamente el control. Me ha dado algún retazo de su historia. Fragmentos, que, sin su confianza, no valen nada. Él mantiene el control de la situación y decide qué debo saber y qué no.

Una pregunta me asalta. Es importante.

¿Por qué necesito saberlo?

Mi mano se detiene sobre mi estómago y me quedo inmóvil mirando al suelo. No me gusta la conclusión a la que estoy llegando. No tiene nada que ver con la curiosidad. No es la necesidad de resolver el enigma que es Jacob Sharp. Necesito saberlo para poder ayudarlo.

Porque me he enamorado de él.

Una lágrima cae por mi mejilla, mezclándose con el agua de la ducha. No podré ayudarlo si él no se deja. No podré atraerlo hacia la luz si él prefiere quedarse en las tinieblas. Y no puedo dejar que él me arrastre de vuelta a la oscuridad.

No puedo curarlo si él no quiere curarse.

Siento que me rompo bajo la presión a la que estoy sometida.

No sé en qué momento esto se convirtió en algo más emocional que físico, pero sé que necesito desconectar antes de sumirme tanto en la oscuridad que no logre encontrar la salida. He estado allí y no pienso volver. Sé que las circunstancias son distintas, pero el resultado sería el mismo: dolor.

Aunque me temo que el dolor que Jake es capaz de causarme sería atroz; sé que nunca me recuperaría.

El viaje hasta la casa de campo de mi padre se me hace largo e incómodo. Tanto Jake como yo vamos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos.

Las puertas que dan acceso a la finca chirrían al abrirse lentamente. Un mar de coches de lujo nos da la bienvenida. Él conduce despacio hacia la casa. El ruido de las voces y las risas aumenta de volumen a medida que nos acercamos. El día es soleado y caluroso, pero no me apetece nada el plan que nos espera. Docenas de hombres absurdamente ricos codeándose con mi padre, ya sea por negocios o por placer; todos igual de materialistas y de implacables que él, acompañados por sus esposas, glamurosas pero huecas por dentro. La mayoría de ellas tienen los días contados. Cuando una modelo más joven llegue y deslumbre a sus maridos, les darán la patada.

Si papá trata de meterme por los ojos a algún novio potencial, me pondré a gritar. Por lo general me resulta bastante duro plantarme la sonrisa en la cara, pero hoy me siento mal, me siento vacía, y no creo que pueda soportar la atención de mi padre.

Salto del Range Rover de Jake y enfilo el caminito que lleva a los jardines de la parte trasera de la casa. Mientras avanzamos, pasamos junto a inacabables pabellones de los que cuelgan cascadas de madreSelva. Cuando cruzo el último arco que conduce al jardín, me encuentro con un centenar de personas, todas con una copa de Pimm's o de champán en la mano. Echo un vistazo y localizo a TJ junto a la piscina. Me acerco a él y sonrío cuando me ve.

—¡Estrellita! —exclama cogiendo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasa por su lado y poniéndomela en la mano antes de darme un beso en la mejilla—. Eres la última en llegar, y me apuesto algo a que serás la primera en marcharte.

No le llevo la contraria; me conoce demasiado bien.

—Gracias. —Alzo la copa y brindo con él antes de llevármela a los labios—. ¿Ha llegado Heather?

—Sí, está allí. —Señala hacia el otro extremo de la piscina, donde veo a mi mejor amiga con sus padres. TJ mira a mi espalda—. ¿Todavía llevas vigilancia? —me pregunta, lo que me dice que ha visto a Jake por ahí.

No me vuelvo para comprobar dónde ha decidido situarse para hacer su

trabajo.

—Papá me dijo que estaban llegando al fondo de las amenazas. ¿Sabes algo? —le pregunto, acercándome un poco a mi hermano. Es la mano derecha de mi padre. Si alguien puede saber algo, es él.

TJ agacha la cabeza y me dirige una mirada de advertencia.

—Sabes que nunca comento lo que se habla en el trabajo.

—¿Ni siquiera cuando esa información me afecta directamente?

—Sobre todo cuando te afecta directamente. —Se inclina hacia mí, me da un beso y repite las palabras de mi padre—: Pronto estarás libre como un pájaro, pequeña.

A continuación, se aleja estrechando manos y besando mejillas a su paso. Me vuelvo y veo a Jake a unos metros de distancia. Me está mirando fijamente. Al instante me arrepiento de haberlo buscado. Había conseguido eludir el contacto visual desde que discutimos antes. Refrescar la memoria y la atracción que siento por él no va a servirme de nada. Lleva un traje gris que le sienta como un guante y sigue teniendo una apariencia formidable. Es obscenamente guapo. Al echar un vistazo a mi alrededor, me fijo en la atención que está despertando entre las invitadas a la fiesta. Bajo la vista hacia mi copa y me trago las ganas de gritarles que dejen de comérselo con los ojos.

—¡Cami!

Levanto la cara y veo que Heather me saluda. Ansiosa por distraerme como sea, rodeo la piscina evitando a la gente que quiere hablar conmigo hasta que llego a su lado.

—Hola —saludo a mi amiga y a sus padres con sendos besos.

—¿Cómo estás, Camille? —me pregunta el padre, señalando por encima del hombro—. Veo que vas acompañada.

Debería haber puesto alguna excusa para no venir. A estas alturas, ya todos los invitados deben de haberse dado cuenta de que llevo guardaespaldas. Es imposible ocultarlo aquí. Sé que va a ser el principal tema de conversación, y no sólo por su capacidad profesional. Veo que la madre de Heather lo examina de arriba abajo con una sonrisa de aprobación. Luego se vuelve hacia su hija y asiente. ¿Qué demonios ha sido eso? Miro a mi mejor amiga, que le quita importancia al asunto encogiéndose de hombros.

—Estoy bien, Henry, gracias —le respondo al padre de Heather—. ¿Y tú?

—Estaré mejor cuando tu padre deje de hacerse el duro y acepte mi oferta sobre el astillero de Belfast.

—Ya sabes cómo es —replico sonriendo—, no le gustan los tratos demasiado fáciles. Si nos disculpáis... —Cojo a Heather del brazo y me la llevo aparte.

Nos sentamos en un par de tumbonas libres.

—¿Qué pasa? —me interroga, acomodándose a mi lado y poniéndose las gafas de sol.

—¿Qué diantre significaba la mirada de tu madre? —No me ando por las ramas. Quiero saber si han estado hablando de mí y qué le ha contado.

—¿Qué mirada?

Heather se hace la inocente, pero la conozco demasiado bien.

—¿En serio?

—Tal vez le haya mencionado algo sobre lo que hizo Jake en la fiesta de Saffron.

—¿Te refieres a que le partió la cara al cabrón de mi ex después de que él me pegara?

Hace una mueca que refleja que su opinión sobre el desgraciado de mi ex coincide con la mía.

—No, sabes que eso nunca se lo contaría a nadie. Le conté que Jake te había sacado del bar en brazos como si fuera un caballero de brillante armadura.

—Estaba haciendo su trabajo.

Heather se echa a reír con condescendencia.

—Camille, no me trates como si fuera idiota... Estás colada por él.

Sus palabras son como una pedrada en la cara. ¿Tan obvio es?

—No es verdad —le discuto poco convencida, buscando a Jake con la mirada.

Parece una estatua de mármol. Aunque no está lejos, no me preocupa que pueda oírnos; hay mucho ruido ambiental. Él no me pierde de vista. Aunque no ha cambiado nada, hoy no me gusta que me mire así. Siento que puede leerme la mente, que sabe en cada momento lo que estoy pensando. Está tensando

tanto la mandíbula que se le marcan más los afilados rasgos de la cara, una cara preciosa pero enfadada.

Es ridículo que esté ahí. Estoy rodeada de familia y amigos y, al parecer, pronto todo se va a solucionar. ¿Qué me va a pasar aquí?

—No estoy enamorada —insisto, apartando la mirada de Jake.

Heather me da una palmada en el muslo.

—¿Por qué no lo admites? —me pregunta.

Inspiro hondo y decido poner punto final a esta conversación.

—No hay nada que admitir —zanjo el asunto con decisión, ignorando los gritos de mi corazón y la cara de incredulidad de mi amiga.

Suspirando, Heather reclina la tumbona y apoya los pies en ella.

—¿Te acuerdas de los veranos que pasamos aquí haciendo planes sobre cómo serían nuestras vidas de cuento de hadas mientras tomábamos ponche de frutas y les decíamos a tu hermano y a sus amigos que dejaran de salpicarnos?

Sonrío recordando esos días. Qué sencillo era todo entonces; las dos solas planeando nuestras vidas perfectas sin que las cargas del día a día se interpusieran en el camino de nuestros sueños. No conocíamos lo que era el miedo ni la desesperación. No debíamos enfrentarnos a las tentaciones ni a las malas decisiones. Mi padre no decidía por mí ni me imponía quién tenía que ser mi príncipe azul. No había amenazas ni Jakes Sharps en mi vida.

—Si todo fuera tan fácil como entonces...

—Puede serlo. —Heather se quita las gafas y me mira para transmitirme confianza—. Casi siempre las cosas son más fáciles de lo que pensamos. —Baja los pies al suelo y se levanta—. No sé qué te frena. Pensaría que se trata de tu padre, pero sé que te da igual lo que piense. Lo que sí sé seguro es que para Jake tú eres mucho más que un caso. —Se agacha y me da un beso en la mejilla—. Deberías ir a saludar a tu padre y a tu maravillosa madrastra. Seguro que está deseando que su niñita le dé un beso de cumpleaños. Nos vemos luego.

Miro a Heather mientras se aleja, sacudiendo la cabeza en dirección a Jake. Él no reacciona; no frunce el ceño ni levanta las cejas. Lo que hace es mirarme. Aparto la vista y me levanto, dispuesta a encontrar a mi padre, aunque en realidad lo que me gustaría hacer sería irme a casa y esconderme

bajo las sábanas.

Mientras recorro el jardín, busco fuerzas para enfrentarme a mi padre y a mi insufrible madrastra, pero unos metros más allá todavía no las he encontrado. Al contrario; a cada paso que doy me siento más desanimada. Sé que mi padre estará rodeado de un montón de gente en el sofisticado bar que mandó instalar en el invernadero, y sé que no faltará el típico socio dispuesto a hacerle la pelota, haciéndome sentir incómoda a mí.

—¡Oh! —exclamo al notar de pronto que alguien me tira del brazo con brusquedad y me arrastra hacia un rincón escondido cerca del invernadero.

Una mano me tapa la boca mientras un cuerpo duro me arrincona contra la pared. Parpadeo rápidamente tratando de enfocar la vista en los ojos oscuros de Jake. Sus labios rozan el dorso de la mano que cubre mi boca, manteniéndome en silencio.

—Una vez dejé que mis emociones pasaran por delante de mi razonamiento estando de servicio —susurra mirándome a los ojos—. Dos de mis amigos murieron. Me alcanzó una bala. Y luego dijeron que no podía seguir en servicio: demasiado inestable.

Estoy inmóvil, pero mi corazón late a toda velocidad. Jake cierra los ojos, negándome el consuelo de refugiarme en ellos mientras me cuenta su historia, rápidamente pero con claridad. Abre las ventanas de la nariz. Se nota que no le está resultando fácil.

—Me arrebataron lo único que me importaba —sigue confesándome—, después de tomar una mala decisión porque dejé que mi vida personal afectara al cumplimiento de mi deber. Me juré que nunca me volvería a pasar, Camille, y había logrado cumplirlo. —Oigo el dolor en sus palabras. Respira hondo—. Hasta que te conocí —murmura abriendo los ojos y mirándome de nuevo.

Ahogo un sollozo, haciendo que aparte un poco la mano de mi boca. Su rostro se vuelve borroso por culpa de las lágrimas que me asoman. Él está serio, pero sus ojos brillan de emoción.

Traga saliva antes de continuar:

—No puedo permitirme volver a equivocarme.

Siento pánico al pensar en lo que quiere decirme con esas palabras. Su rostro continúa inexpresivo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me está contando esto

en medio de la fiesta de mi padre? Esa mujer..., la mujer de la foto es la causante de las emociones personales de las que me está hablando. Las emociones que le hicieron cuestionarse sus decisiones lógicas. ¿Y yo? ¿Estoy afectando su capacidad de razonar?

Parece que quiere seguir hablando, pero titubea un instante, como si le faltaran fuerzas. Vuelve a cerrar los ojos y mi corazón deja de latir en el pecho. Da la impresión de estar derrotado, dispuesto a rendirse. Una lágrima traicionera me rueda por la mejilla y, cuando cae en su mano, abre los ojos. El conflicto de emociones que veo en ellos me destroza.

—Necesito protegerte, y no sólo porque sea mi jodido trabajo, Camille — musita en un tono tan suave que resulta chocante en un tipo tan grande.

Suelto el aire aliviada, tratando de ver algo a través de las lágrimas. Jake me aparta la mano de la boca y sale del escondite. Se encoge de hombros, como disculpándose, y mi corazón da un brinco, como si volviera a ponerse en marcha y, saltándose todas las marchas cortas, se pusiera a toda velocidad. Las conversaciones de la fiesta llegan apagadas; veo los movimientos de la gente como una nebulosa lejana: todo está ahí pero no está. El mundo sigue girando a nuestro alrededor, pero Jake y yo estamos en nuestra propia burbuja. Al mirarlo a los ojos, me doy cuenta de que no me arrastrará a la oscuridad. Quiere que lo ayude a encontrar la salida. Se siente atrapado; conozco esa sensación. Sé de primera mano lo que es no encontrar el camino hacia la luz. Pero yo tenía a Heather a mi lado; Jake no tiene a nadie. Sólo a mí. No puedo dejarlo abandonado, tengo que ayudarlo.

No sé cómo reaccionar. El instinto me dice que vaya hacia él, pero lo poco que queda en funcionamiento de mi cerebro me recuerda que mi padre está cerca. Sé que no lo aprobaría. De hecho, haría todo lo que estuviera en su mano por evitarlo. Estoy segura y me aterra la idea.

Salgo del rincón donde Jake me había ocultado y cruzamos una mirada cómplice. Mientras me acerco al invernadero, voy preparando las excusas que voy a darle a mi padre.

¿La necesidad de Jake de protegerme va más allá del trabajo?

¿Hasta dónde llegaría?

## Capítulo 19

### JAKE

Sigo a Camille mientras camina entre la multitud, ignorando a cualquiera que trate de darle conversación. Sus prisas me tranquilizan. No me gusta nada que esté aquí. Me da igual que sea la casa de su padre. Estamos en el tercer día y no puedo olvidarlo. Estoy muy inquieto, y que Logan piense prescindir de mis servicios no ayuda en nada.

Lo de agarrarla y vaciarle mi alma en una esquina no estaba previsto, pero a medida que avanzaba la tarde notaba cómo ella se iba alejando de mí, y no he podido soportarlo. Haría cualquier cosa por tenerla en mi vida. Incluso abrirle mi corazón, incluso perder la cordura. Aunque me temo que eso ya no puedo hacerlo; me temo que ya estoy como una puta cabra.

No tengo nada que perder. Acabo de ponerme a sus pies, por mucho que me pese. Ya sé lo que es que una mujer te destroce. No tenía previsto volver a permitírsele a ninguna otra. Me siento vulnerable; tengo miedo, y, sin embargo, la esperanza nunca había latido con tanta fuerza en mi pecho.

Camille Logan puede hacerme más daño que cualquiera de las personas que he conocido en mi pasado. Tiene mucho poder sobre mí; si quisiera podría destrozarme, pero, al mismo tiempo, es mi única esperanza de volver a ser feliz, de liberarme de las garras del pasado.

Ahora mismo no estoy listo para ofrecerle más que ese breve resumen de

mi historia, así que me autoconvenzo diciéndome que ya tiene bastante con sus problemas como para encima tener que cargar con los míos. Es una salida fácil, aunque parte de mí se siente muy culpable por no darle toda la información necesaria antes de que se adentre en mi oscuridad. Debería ser honesto y abrirme del todo para que pudiera tomar una buena decisión, pero otra parte de mí está demasiado desesperada y no quiere soltarla. No soy capaz de poner en peligro lo que tenemos antes de asegurarlo. Cuando le conté parte de mi historia, no vi repugnancia en sus ojos; sólo dolor. Lo malo es que no se lo conté todo, sólo un fragmento. No sé cómo, pero tengo que sacar fuerzas para contarle el resto. Debo enfrentarme a esa parte de mi antigua vida. Tengo que hacerlo si quiero enterrarla de una vez y seguir adelante.

Camille no pierde el tiempo y se abre camino entre los amigos de su padre, disculpándose con una sonrisa por interrumpir la conversación. Trevor Logan me busca con la mirada y entorna los ojos antes de concederle a su hija la atención que ha ido a buscar. Su mirada me ha dado toda la información que necesitaba. No soy la clase de hombre que quiere para ella. Sé perfectamente que es un tipo poderoso e influyente que podría acabar conmigo. Podría hacer que me echaran de la agencia, así que tengo que andarme con cuidado.

Los matones de Logan se interponen entre nosotros y me vigilan mientras él habla con ella. Su esposa actual, Chloe, también se encuentra cerca, pero no presta atención a su marido ni a Camille porque está charlando con otro hombre. Se hace la tímida y, cuando se da cuenta de que Camille está allí hablando con Logan, los mira con desconfianza. El hombre levanta la mano y le acaricia el brazo discretamente, y ella se la aparta sacudiendo el hombro. Se aleja y le dirige una mirada de advertencia. Él, alarmado, mira a ver si alguien los ha visto, pero se tranquiliza al comprobar que Logan y los demás están pendientes de Camille. Por desgracia para él, no se ha fijado en mí. Saco el móvil del bolsillo, escribo un mensaje, le hago una foto con discreción al tipo y la adjunto al correo electrónico.

Creo que la esposa de Logan tiene una aventura. Adjunto foto. ¿Quién es?

Le doy a «Enviar» y recibo la respuesta al instante:

Recibido. Me pongo enseguida. Acabo de descubrir que Logan pagó la rehabilitación de Sebastian Peters. Y he revisado las cuentas del chico. Le hicieron una transferencia de cien mil libras el día que ingresó. Qué casualidad, ¿no?

Mantengo la calma, pero no me resulta fácil. ¿Logan le pagó a ese capullo? Muy bien pensado. Lo único que ha conseguido ha sido financiarle el vicio durante un año o dos. Lo que tendría que haber hecho es lo que pienso hacer yo: matarlo. Logan ni siquiera sabe que ese gilipollas pegaba a Camille. Sé que haría cualquier cosa por mantener a Sebastian Peters apartado de su hija, y en eso tengo que darle la razón, aunque su plan haya sido una mierda. Su modo de actuar confirma mis sospechas sobre lo que hará cuando se entere de lo que hay entre ella y yo.

Vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo y veo que Chloe se acerca entonces a su marido con una sonrisa falsa. Cuando llega junto a Camille, le pasa un brazo por los hombros y la abraza. Ella se tensa. Luego otro hombre se acerca al grupo y el neandertal que vive en mí grita como un demonio cuando ve que se inclina sobre ella y le da un beso en la mejilla. Logan sonrío afectuosamente, pero Camille se lo quita de encima haciendo una mueca. ¿Un pretendiente? ¿El hijo de un amigo con quien Logan planea casar a su hija? Gruño en lo más hondo de la garganta. Ese tipo la repugna a ella tanto como me repugna a mí. Camille se aparta del grupo y su padre hace una mueca de decepción, pero ella no le da la oportunidad de retenerla por más tiempo.

Pasa por mi lado a toda velocidad; parece tener tantas ganas como yo de largarse de la enorme mansión. La sigo y luego acelero el paso para poder abrirle la puerta. Mientras la sostengo abierta, echo un último vistazo al interior del invernadero. Logan nos está observando y me mira pensativo. Yo le devuelvo la mirada un instante más de lo adecuado y no puedo evitar entornar los ojos. Sé que es muy estúpido por mi parte, que no debería despertar sus sospechas, pero verlo con ganas de echar a Camille a los brazos de ese idiota me saca de quicio.

—Tengo que despedirme de Heather —dice Camille dirigiéndose a la piscina.

No me queda más remedio que seguirla, aunque lo que en realidad me

apetece hacer es llevármela a casa, cerrar la puerta y alejarla del degradante mundo de su padre.

Da con su amiga enseguida y le susurra algo al oído. Aunque la expresión de Heather permanece seria, sus ojos brillan mientras asiente en respuesta a lo que le dice Camille. Noto que alguien me observa. Al volverme, encuentro que una mujer más mayor me está mirando con intención. Es la madre de Heather. Mantengo una actitud profesional, que ni confirma ni desmiente lo que sea que esté pensando.

—¿Listo? —me pregunta Camille al acercarse.

—No pares —murmuro al ver que los guardaespaldas de Logan salen del invernadero y examinan la zona de la piscina.

Cami sigue andando sin detenerse tal como le he indicado y yo aprovecho para observar discretamente a los invitados mientras la sigo. Estoy en alerta máxima, recordando todas las caras. Me llevo la mano a la espalda para asegurarme de que la pistola continúa en su sitio, dispuesto a volarle los sesos a cualquiera que trate de interponerse en nuestro camino. Me doy cuenta de que mirar así a Logan ha sido un error. Se lo ha tomado como un desafío.

Salimos del jardín y, mientras rodeamos la casa, me sitúo junto a Camille y le apoyo la mano en la parte baja de la espalda para que vaya más deprisa.

—Estás inquieto. —Me mira mientras yo calculo la distancia que nos separa del Range Rover—. ¿Por qué?

—Sólo quiero llevarte a casa. —Abro la puerta del vehículo, la levanto y la siento antes de rodear el coche a toda prisa y entrar de un salto.

Mientras pongo el motor en marcha, veo que los dos gorilas se acercan corriendo.

—Eh, ¿qué querrán Pete y Grant? —Camille me dirige una mirada de curiosidad, pero yo arranco más deprisa de lo debido porque oigo un zumbido en los oídos—. ¡Jake! —protesta.

—No lo sé, Cami —respondo sin dejar de acelerar.

—Podrían tener noticias —insiste ella con inocencia—. Tal vez papá ha averiguado quién enviaba las amenazas.

—No creo que quieran hablar sobre las amenazas.

No le estoy confesando toda la verdad, pero ¿qué puedo decirle? ¿Le digo

que creo que su padre esconde algo? No me siento culpable por haberle ocultado las últimas fotos que encontré, las que estaban en el parabrisas de su coche, ya tiene bastantes cosas de las que preocuparse.

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué crees que haría tu padre si se enterara de lo nuestro?

La miro un instante y veo que me devuelve una mirada horrorizada.

—Diría que nadie es lo bastante bueno para mí. Sólo el hijo idiota de alguno de sus socios.

—Eso ya lo sé, ángel, pero no has respondido a mi pregunta.

—Haría cualquier cosa para apartarte de mí —admite con tristeza—, pero se equivoca: tú eres bueno para mí —añade en voz baja.

—No creo que tu padre estuviera de acuerdo contigo, ángel. —Le cojo la mano y se la aprieto para tranquilizarla.

De momento me guardo la información de que su padre pagó cien mil libras para librarse de Sebastian. Es irrelevante, ya que no ha funcionado, y sólo serviría para disgustarla, puesto que sé que ella odia que su padre manipule su vida. Entiendo los motivos de Logan; la necesidad de independencia de Camille no siempre es algo bueno, sobre todo cuando reaparecen exnovios maltratadores en el horizonte. Mi chica es muy tozuda.

—Me da igual lo que piense, Jake —replica con decisión—. Siempre quiere controlarlo todo, pero a mí no me controla. ¡No pienso casarme con nadie para que mi padre gane unos cuantos millones más!

—Se preocupa por ti. Quiere cuidarte —le digo sin saber muy bien por qué.

Ella se vuelve hacia mí con los ojos brillantes de pasión.

—Pero ahora te tengo a ti para que me cuides.

Se me hace un nudo en la garganta. Nunca había oído unas palabras que me sonaran tan bien.

—Me tienes a mí —le confirmo en un susurro antes de devolver la atención a la carretera.

No llevo a Cami a su piso, sino al mío. No quiero que Trevor Logan sepa

dónde encontrarnos; así, sus matones sólo darían con nosotros si hackearan la base de datos de la agencia..., y no lo harán.

Aparco frente a la nave industrial en la zona portuaria aguantándome la risa al ver la cara de preocupación de Cami.

—¿Dónde estamos? —me pregunta mirando a su alrededor nada convencida.

—En mi casa.

Bajo del vehículo y me cuesta no reír al ver su expresión horrorizada. La ayudo a bajar.

—¿Vives aquí?

—Así es, ángel.

Echo a andar y espero oír el sonido de sus tacones al seguirme, pero no oigo nada. Llego al viejo montacargas, marco mi clave de acceso y me vuelvo. Está mirando la inmensa nave industrial, las altas vigas de acero y el tejado cubierto de placas de metal acanalado. La luz del atardecer que entra por uno de los paneles rotos le da en la cara. Sonrío, no porque Cami haya ido a colocarse en el sitio más ruinoso, sino porque estoy loco por ella y no puedo evitarlo.

—¿Vas a venir o te bajo un café aquí?

Ella aparta los ojos de las vigas y me dirige una mirada molesta.

—No es lo que esperaba, francamente.

—Bueno, tampoco me esperabas a mí, ¿no? —Enarco una ceja, disfrutando al ver cómo se esfuerza por no arrugar la nariz.

—Exacto —admite, y se acerca al fin—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Porque sospecho que tu padre nos ha mandado seguir.

—¿Por Pete y Grant?

—Sí. —La invito a entrar en el montacargas y cierro ruidosamente la oxidada reja de hierro—. Muy discreto no es este ascensor.

—Pues como tú —replica riendo y señalándome con un dedo, indicando mi tamaño.

Le guiño el ojo y la abrazo por los hombros mientras ascendemos, atrayéndola hacia mí. Me gusta sentirla cerca.

—Para mi trabajo es importante tener una presencia imponente, Camille,

que ésta sea un aviso por sí sola.

—A mí nadie me avisó.

En ese instante le suena el teléfono. Mira quién es y yo también miro. Es su padre. Camille no responde y apaga el móvil, que es lo que habría hecho yo si ella no se me hubiera adelantado. Vuelve a arrebujarse entre mis brazos, canturreando feliz hasta que el montacargas se detiene bruscamente, indicando que hemos llegado.

Camille protesta cuando la suelto para abrir las puertas, pero sus gruñidos se transforman en exclamaciones de admiración cuando mi vivienda aparece ante sus ojos.

—¿Esto te gusta más? —le pregunto mientras ella avanza con prudencia mirando a su alrededor.

—¡Vaya! —Da una vuelta en redondo y me mira con los ojos muy abiertos—. La verdad es que... Vaya...

Sonrío y la sujeto por los hombros, empujándola hasta que llegamos al dormitorio. Tengo tantas ganas de tumbarla sobre la cama y arrancarle la ropa que casi no puedo controlarme, pero antes quiero hacer varias cosas. Así que me obligo a seguir empujándola mientras le sonrío y veo que sus preciosos ojos se iluminan de deseo.

El panorama de la ciudad se abre al fin ante nosotros. Si quisiera, Cami ya podría estar disfrutando de él, pero no aparta la mirada de mis ojos. Es un halago increíble porque la vista es espectacular.

—Date una ducha —le ordeno, quitándole el coiletero para que el pelo le caiga sobre los hombros.

No puedo resistir la tentación y agacho la cabeza, hundiendo la cara en su pelo rubio y aspirando su aroma, un aperitivo de lo que me espera cuando haya acabado de ocuparme de los temas de trabajo.

—¿Yo sola? —protesta apoyándome las manos en los hombros y clavándome las uñas.

Gruño al notar que mi erección crece.

—Espérame en mi cama dentro de diez minutos —le ordeno apartándole las manos—. Las toallas están en el estante. —Ella hace morritos mientras me alejo de espaldas y me dirige una mirada de decepción—. Diez minutos —

insisto antes de volverme e irme de allí. No me resulta fácil, pero sé que no voy a estar tranquilo hasta que haya aclarado unas cuantas cosas.

Recorro la zona de estar, me quito la americana y la corbata y las tiro sobre el sofá al pasar junto a él. Me siento en mi silla de despacho, saco el móvil del bolsillo y llamo a Lucinda mientras me desabrocho el botón superior de la camisa.

—Estaba a punto de telefonearte —me saluda.

—¿Por qué?

—Hemos hackeado la cuenta de correo electrónico de Logan.

—Pero si teníamos sus e-mails... —Frunzo el ceño—. Él nos había dado acceso.

—A esta cuenta no. Nos dio acceso a todas menos a ésta. ¿Se te ocurre por qué?

—Lo sabía, joder. —Sonrío con ironía—. Sabía que nos ocultaba algo.

—Exacto. Recibió un correo hace dos días. La dirección IP es desconocida y la cuenta ilocalizable. Lo había borrado del servidor, pero puede verse que llevaba un archivo adjunto.

—¿Qué era? —Me incorporo un poco en la silla.

—No puedo asegurártelo, pero es muy sospechoso que la dirección IP sea desconocida y que borrara el correo del servidor tan deprisa. Además, Logan llamó para confirmar que prescindía de tus servicios. Le hablé de las fotos que llegaron por correo ordinario y de las que encontraste en el coche de Camille, pero me dijo que su equipo de seguridad personal se estaba encargando del asunto y casi tenía localizada la fuente de las amenazas. No me creí nada.

—Yo tampoco. —Inspiro hondo y me echo hacia atrás en la silla, frotándome la barba incipiente del mentón—. ¿La amenaza no ha desaparecido y quiere despedirme justamente ahora? —reflexiono en voz alta y oigo que Lucinda canturrea al otro lado de la línea.

—Eso parece. ¿Por qué crees que será, Jake?

—No tengo ni idea —la interrumpo antes de que pueda seguir por ahí—. ¿Has averiguado algo sobre su esposa actual?

—¿Por qué me has pedido que investigue a la esposa?

—Actúa de un modo sospechoso; no me gusta.

—Para ti todo el mundo actúa de un modo sospechoso. —Se echa a reír—. No entiendo qué interés podría tener esa mujer en hacerle daño a su hijastra.

—Sólo dime lo que has encontrado —gruño frustrado. Estoy harto de toparme con callejones sin salida a cada paso que damos. ¡Tenemos que encontrar algo que nos dé una pista!

—Ya sé cómo se llama el tipo de la foto. Es Simon Sanders. Es el abogado de Logan; su abogado matrimonialista.

—¿La esposa de Logan está liada con su abogado matrimonialista? —pregunto sorprendido. Eso no me lo esperaba.

—*Sip*. Y, al parecer, llevan varios meses. Se han escrito un montón de correos. No te los leeré para que no te ruborices.

Me echo a reír.

—Sigue investigando; te llamaré por la mañana.

Cuelgo y marco otro número. Logan responde al instante, a pesar de que, sin duda, sigue ejerciendo de anfitrión en la fiesta de cumpleaños de su adúltera esposa. Está claro que esperaba mi llamada.

—Sus hombres parecían muy interesados en hablar conmigo cuando nos hemos ido —le digo yendo directo al grano.

—Sí, quería que habláramos en privado, pero parecía tener usted mucha prisa —replica con desconfianza, una desconfianza que es mutua.

—Me paga para que proteja a su hija y no me gustaba la expresión de sus caras.

—Sólo iban a pedirle que volviera un momento para que pudiéramos tener una conversación en privado. Mi equipo de seguridad no supone ningún peligro para Camille.

¿Equipo? Su seguridad es de chiste. Podría tener un ejército de gorilas como ésos, que un solo hombre con medio cerebro los derrotaría con facilidad.

—Todo el mundo es un peligro —refunfuño—. ¿De qué quería hablar?

—De que sus servicios ya no son necesarios.

Aunque me dice lo que ya sabía que me diría y, a pesar de que podría contraatacar diciéndole que sé que nos ha estado ocultando información, decido abordar la situación desde otro ángulo. Hay una razón por la que no

comparte la información conmigo, y pienso llegar hasta el fondo de la cuestión.

—Eso me han dicho. ¿Puede saberse por qué?

—Nos estamos ocupando nosotros del tema —responde tan tranquilo. Su actitud me enfurece porque sé que me está mintiendo a la cara—. Eran unos rivales descontentos, pero nada de lo que preocuparse; de esos que ladran mucho y muerden poco.

—¿Sus nombres?

—Probablemente será mejor que me ocupe en persona.

—Y ¿piensa arriesgar la seguridad de Cami por algo que sólo es probable? —Espero que diga que no, o juro por Dios que regresaré a esa jodida mansión y le pegaré un tiro.

—¿Cami? —Logan ignora el resto y se concentra en el único fallo que he cometido. «¡Mierda!»—. ¿Desde cuándo se ha ganado el privilegio de llamar a mi hija por un diminutivo?

Su tono de voz me dice que su opinión sobre mí deja mucho que desear. «Vamos, Logan, no te cortes ni un pelo.»

Soy consciente de que estoy hablando con su padre, pero lo que sé de ese hombre no despierta en mí las ganas de tratarlo con respeto.

—Desde que ella me lo pidió —respondo apretando los dientes—. Siempre y cuando las peticiones de mis clientes no los pongan en peligro, procuro complacerlos en todo lo que puedo, señor Logan. —No puedo evitarlo. Sé que va a leer entre líneas, pero me da igual—. No creo que llamarla por un diminutivo vaya a ponerla en peligro, ¿verdad?

Me gustaría añadir que su nombre suena mucho mejor cuando sale de mis labios en mitad de un gemido de placer, como cuando me estoy clavando en ella hasta el fondo. Me gustaría decirlo, pero no lo digo, porque eso sería de mal gusto y no serviría más que para confirmar lo que ya piensa de mí.

Tengo que distraerlo, es imprescindible. No es fácil porque estoy rabiando por dentro. Sé que no está siendo honesto en cuestiones que afectan a la seguridad de su hija, y no lo soporto, pero debo calmarme como sea. Me temo que ese hombre está dispuesto a poner en riesgo la vida de Cami sólo por apartarla de mí. ¿Es que no se da cuenta de la gravedad de la situación? Yo no

soy ningún patético niño rico con problemas de adicción. A mí no va a poder comprarme ni con todo el oro del mundo. Por primera vez en su vida, voy a hacer que Trevor Logan se sienta débil y vulnerable..., y pienso disfrutarlo.

—Pues lo que mi hija quiera... —murmura.

Elevo la comisura de los labios.

—Lo que Camille quiera —repito—. Yo mismo me apartaré del servicio cuando tenga pruebas convincentes de que Cami ya no corre peligro. Mi historial de servicio está immaculado, Logan. Por eso me contrató, ¿recuerda?

Cuelgo, luchando contra la tentación de añadir que voy a darle a su hija lo que realmente quiere: a mí.

También logro no avisar a ese capullo arrogante de que su esposa está pidiéndole lo que realmente quiere a su abogado matrimonialista. Al fin empieza a llegar la información, pero decido que, de momento, será mejor no compartir con Cami lo que hemos descubierto. Mi instinto protesta, no obstante, no pienso dejarme vapulear por la culpabilidad. Esto es una guerra y no pienso perderla. Voy a guardarme todas las municiones posibles para cuando me hagan auténtica falta: el dinero con que Logan compró al ex de Cami, la infidelidad de su esposa, la cuenta de correo secreta..., todo.

Dejo el teléfono sobre mi mesa de despacho, apoyo los pies en la madera y echo la cabeza hacia atrás. A pesar de todas las revelaciones, me siento relajado por primera vez hoy. Y la razón es que ella está aquí, conmigo. El día ha sido largo y agotador, pero se me ocurre una buena manera de mejorarlo.

Me levanto y me dirijo al mueble bar. Destapo la botella y disfruto del familiar aroma de mi Jack Daniel's. Hace semanas que no bebo, y no se me ocurriría hacerlo estando de servicio, pero es que no suelo estar de servicio dentro del santuario que es mi apartamento. Cojo un vaso, me sirvo una buena ración y disfruto una vez más de su aroma antes de bebérmelo de un trago y dejar el vaso bruscamente sobre el mueble. El licor me calienta la garganta y sigue su ardiente camino hasta llegar al estómago.

Mientras me dirijo hacia el baño, me voy desabrochando los botones de la camisa. Al acercarme oigo el sonido del agua que cae sobre un cuerpo desnudo. Me quito la camisa y la dejo caer antes de desabrocharme los pantalones. Me detengo en la puerta del dormitorio para quitármelos, igual que

los zapatos. Completamente desnudo, doy los pasos que faltan para llegar al baño. El ruido del agua es cada vez más fuerte. Entro en silencio en el baño lleno de vapor de agua y me abro camino hasta llegar a la ducha.

Su esbelto cuerpo desnudo está de espaldas a mí, una auténtica invitación. Podría pasarme la noche entera aquí quieto, observando cómo se recorre la piel con las manos, con la cabeza echada hacia atrás, aceptando el agua que le cae por la cara. Tiene el pelo rubio empapado, pegado a la espalda, rozándole su precioso y respingón trasero. Levanta las manos y las apoya en las baldosas, ante ella. Mi erección se envalentona, desesperada por tomarla en ese mismo momento.

Abro la mampara de la ducha y noto que se sobresalta un poco. Sabe que estoy aquí. Separo los labios y me preparo psicológicamente para el placer que estoy a punto de sentir. La observo mientras ella aparta las manos de la pared y ladea la cara, ofreciéndome su perfil. No me mira a los ojos. No hace falta. Todo su cuerpo me está llamando a gritos, pidiéndome que la tome con la misma intensidad que mi miembro.

Su aspecto es tan frágil que debería darme miedo tocarla, pero sé que no voy a romperla. Es una mujer fuerte y, aunque me cuesta explicármelo, cuando conectamos, su fuerza crece. Ella se alimenta de mí igual que yo me alimento de ella. Me desea. Tal vez la opinión que tiene de mi persona sea un poco ingenua, pero me he prohibido cuestionarme los motivos que me llevan a ocultarle información que podría hacerla cambiar de idea. Ahora mismo, el peligro más real es el corrupto de su padre; protegerla de él es mi prioridad. Proteger a esta mujer no es sólo mi trabajo y mi deber: es mi misión en la vida.

Levanto la mano y le sujeto el pelo. Me lo enrosco en el puño y lo aparto para poder disfrutar de la perfección de su espalda. Sigue de perfil y veo cómo la boca se le abre un poco al comprobar lo que hago. Me ayuda, llevándose el pelo hacia delante. Llevo los dedos hasta su nuca y ella responde arqueando la espalda y sacando el pecho.

El animal que habita en mí me grita que la empotre contra la pared y me apodere de lo que ella está dispuesta a darme, pero mi corazón se ablanda y me lo prohíbe. Todas las mujeres que han venido a mi casa han recibido el

mismo trato: me las he follado, duro, rápido, sin tener en consideración su placer. No pienso tratar a Cami como si fuera una de esas mujeres sin rostro.

Con lentitud y delicadeza, trazo una línea recta en su espalda, de arriba abajo, sabiendo el efecto que le causará. Oigo que se le acelera la respiración y me paso la lengua por los labios. Es como una droga, muy adictiva. Le rozo con un dedo el suave valle que se le forma al final de la espalda trazando círculos antes de abrir la palma y agarrarle una nalga de manera posesiva. Camille se sobresalta y apoya las manos en la pared, ante ella. Un grito apagado empapa el aire.

Me acerco, incapaz de seguir manteniéndome a distancia, pegando mi pecho húmedo a su espalda. Su suave piel se desliza contra la mía de un modo muy provocador, y mi erección se instala entre sus nalgas, obligándome a soltar la mano. No me importa mucho porque la estoy tocando con todo el cuerpo. Su cuello, reluciente por el agua, me llama. Me inclino hacia él y lo recorro con la lengua mientras le cubro los pechos con las manos.

—¿Qué te gustaría que te hiciera, Camille? —le murmuro al oído, y la obligo a inclinarse hacia delante hasta que queda atrapada bajo mi cuerpo.

Ella vuelve el cuello y me acaricia la cara con la nariz hasta que encuentra mis labios.

El beso que me da me deja la mente en blanco.

—Haz lo que quieras; toma lo que quieras. —Pronuncia las palabras perfectamente, empujándolas hasta que las siento en lo más hondo de mi pecho. Siento que me abrasan el corazón, haciendo que esa otra parte de mí también regrese a la vida.

Gruño como una fiera salvaje. El gruñido nace en lo más hondo de mi cuerpo y sale disparado, resonando en todos los rincones del baño. Le doy la vuelta, la agarro por los muslos y la levanto, empotrándola contra la pared. Ella contiene el aliento, se retuerce contra las baldosas y se agarra de mis hombros. Sus movimientos no hacen más que aumentar el hambre que despierta en mí, y creo que ella lo sabe. Si estuviera para juegos, alargaría los preliminares, haría que me rogara, sólo para disfrutar comprobando lo mucho que me desea, pero hoy estoy demasiado desesperado. El día ha sido largo y difícil, y no puedo más. La levanto, me coloco en posición y dejo que

descienda sobre mí.

La sensación de su sexo empapado rodeándome me causa el efecto esperado. Absolutamente todo desaparece de mi mente, y sólo hay sitio para Cami. Ella lo es todo: todo lo que veo, todo lo que siento. Todo en ella me pertenece: su cuerpo, su alma y su corazón. Quiero adorarla con todo mi ser. Que se entere todo el mundo... A Dios pongo por testigo de que mataré a cualquiera que trate de interponerse entre nosotros, ya sea su exnovio, su padre o una amenaza desconocida. Si tengo que derramar sangre, la derramaré, y no sentiré ningún remordimiento por la carnicería que deje a mi paso.

Amén.

Me retiro saboreando cada segundo y luego, lentamente pero con precisión, vuelvo a clavarme en ella, que grita con la espalda pegada a la pared. Pienso alargarlo durante toda la noche, hasta que esté físicamente exhausta. Entonces la llevaré a mi cama y la tumbaré allí. Saber que ella desea lo mismo que yo hace que sea fácil tomármelo con calma. Busco sus labios hinchados y la beso con delicadeza, moviendo la lengua lentamente y explorando todos sus rincones. Sus gemidos me espolean; me acaricia los hombros hasta llegar al cuello y me devuelve el beso con igual pasión y entusiasmo. Muevo las caderas en círculos, buscando llegar lo más adentro posible de ella y, con cada embestida, me resulta más difícil no dejarme llevar. Cada vez que me retiro, mi polla late con más fuerza. Mantener el control no resulta fácil cuando veo que está tan perdida en el momento como lo estoy yo.

No pienso permitir que esto acabe tan pronto.

Me sorprendo a mí mismo la siguiente vez que me retiro, con las caderas temblorosas de ganas de volver a unirme a ella. En vez de rendirme a mis deseos, la dejo en el suelo y la sujeto hasta que me aseguro que ha recuperado el equilibrio. Luego me agacho y la miro mientras le beso la cara interna del muslo.

—Oh, Dios mío... —Me agarra del pelo y tira de él, resistiéndose mientras trazo una línea con la boca hasta llegar a su sexo. Está abierto, hinchado, expuesto ante mí.

—Mmm... —Le doy un lametón decidido y le mordisqueo el clítoris al

pasar junto a él. Joder, es deliciosa.

—¡Jake!

Empieza a temblar, vibrando contra las baldosas. Sé que se correría en segundos si dejara la lengua ahí, pero, aunque me daría mucha satisfacción, no es suficiente.

Sigo recorriéndole el cuerpo con la lengua de abajo arriba. Paso por su cintura y continúo ascendiendo hacia los pechos. Sus pezones son como dos piedrecitas que claman por mi atención. Se la doy, repartiendo el tiempo entre ambos. El agua me sigue golpeando en la espalda mientras ella me tira del pelo con fuerza.

—¿Quieres que vuelva a entrar en ti, ángel? —le pregunto mordiéndole uno de los pezones erectos y tirando de él hasta que se libera—. Dime, Cami, dime dónde me quieres.

Desesperada, deja caer la cabeza y jadea.

—Quiero esto. —Me agarra la polla y contengo el aliento—. Quiero esto dentro de mí.

No sé cómo coño lo logra, pero me hace caer de culo de un empujón. Luego se sienta sobre mi regazo y vuelve a empujarme hasta que me tumba de espaldas. Yo me dejo hacer, sonriendo como un idiota por dentro, inmune a la dureza de la ducha. Ella no aparta la mirada de mis ojos mientras se incorpora ligeramente, baja la mano y me atrapa la polla.

Joder, va a montarme y, aunque así me va a costar más controlarme, estoy encantado con la nueva perspectiva. Cruzo las manos debajo de la nuca y disfruto del espectáculo de ver cómo me lleva a su interior con la boca entreabierta y los ojos entornados. Ésta acaba de convertirse en mi posición favorita de todos los tiempos. Sus pechos, su cara y, si bajo la vista, mi polla entrando en ella..., todo está a mi alcance. ¡Dios, estoy en el cielo!

Camille deja caer el peso sobre mí. Jadeo para resistir la necesidad de echar las caderas hacia arriba para clavarme más. Dejo que sea ella la que haga lo que quiera conmigo; que se adueñe de mi cuerpo igual que se ha adueñado de mi mente.

—¡Jo-der! —Bajo la vista y veo que estoy a mitad de camino, cerca de la penetración total.

Ella está tan alterada como yo. Le tiemblan las piernas por el esfuerzo de sostenerse sobre las rodillas para alargar esta deliciosa tortura.

—Hasta el fondo, ángel, tómate hasta el fondo.

Camille contiene la respiración. Esta postura no le está poniendo las cosas fáciles.

—Un segundo. —Jadea, cierra los ojos con fuerza, relaja los muslos y se deja caer sobre mí.

Grito y alzo las caderas. Cami se une a mi grito y entre los dos ahogamos el martilleo del agua. La agarro y la mantengo inmóvil, sujetándola por los muslos. Aún no ha empezado a moverse y esto es ya insoportable. En cuanto se mueva, voy a explotar. ¡Y aún no quiero que acabe!

—Tranquila, ángel —le digo embriagado por las sensaciones—, tómate tu tiempo.

Ella gruñe y me apoya las manos con decisión en los abdominales, dejando caer la cabeza hacia delante.

—Puedo hacerlo —afirma haciendo rodar las caderas mientras inspira hondo.

Me obligo a permanecer inmóvil, aunque para ello tengo que echar mano de todo mi arsenal de fuerzas. Cuando vuelve a trazar un círculo con las caderas, me quedo sin respiración. Le clavo los dedos en los muslos mientras ella hace otro movimiento de rotación.

Mi mundo se desmorona en una espiral de felicidad que nada podrá superar. No sé de dónde saca las fuerzas para seguir montándose, con la cabeza echada hacia atrás y gritando de placer. Nunca había experimentado nada parecido y dudo que vuelva a experimentarlo, a menos que pueda volver a gozar con este ángel, que parece estar a pun-to de explotar.

Cuando noto que tensa los brazos, clavándome las manos, la sangre que circulaba por mi miembro se abalanza hacia la punta, obligándome a echar las caderas hacia delante, como si tuvieran vida propia.

—Cami... —Trato de avisarla, trato de decirle que no puedo aguantar más, pero en ese momento ella gime con fuerza y me mira con los ojos muy abiertos, tan hambrientos como los míos—. ¡Sí, oh..., sí! —exclamo, sujetándole los muslos y moviéndola adelante y atrás para aumentar el roce y

las sensaciones.

—¡Jake!

Veo que abre la boca y leo mi nombre en sus labios, pero lo único que oigo es la sangre que bombea por mis venas cuando exploto y me corro en su interior, en una marea inagotable que me deja exhausto e incapaz de seguir admirando el rostro de Cami perdida en su propio clímax.

Con los ojos cerrados, noto que se desploma sobre mí agotada. No sé de dónde saco energías para abrazarla mientras el corazón me late desbocado en el pecho.

Pronto la llevaré a la cama, pero, hasta entonces, la tengo bien sujeta entre mis brazos. Aquí está bien, y no pienso dejar que nadie se la lleve.

## Capítulo 20

### CAMI

Lo último que recuerdo es que apoyé la mejilla en el pecho de Jake mientras el agua me caía sobre la espalda. En algún momento entre entonces y ahora, debe de haberme traído a su cama. Debo de haberme quedado frita de agotamiento y de relajación. Cada vez que me he acostado con él, el sexo ha sido espectacular, pero lo de anoche en la ducha estuvo a otro nivel. Nunca había experimentado un placer así; nunca me había sentido tan necesitada y amada.

Observo el torso de Jake, que está vuelto de lado. Tenemos las piernas enredadas, medio cubiertas por las sábanas. Me sujeta con el brazo; tiene la cabeza ladeada sobre el hombro. Oigo el latido fuerte y regular de su corazón bajo mi oreja. Está dormido; no dormitando ligeramente como de costumbre, a punto de levantarse ante cualquier emergencia, sino profundamente dormido. Es la primera vez que lo veo tan relajado y en paz.

Le recorro el torso con los dedos, sin poder resistirme a la tentación de tocarlo. La incipiente barba le sombrea la cara. Tiene los labios entreabiertos y se los recorro con un dedo. Él no reacciona; sigue con los ojos cerrados. Lo observo preguntándome qué nos deparará el día.

¿Debería ir a ver a mi padre para contarle lo mío con Jake? Tal vez con una llamada sería suficiente. Aunque quizá lo mejor sea no decirle nada y fugarme con él. Cuando decidí poner una excusa y marcharme de la fiesta,

sabía que esa decisión cambiaría mi vida para siempre.

Jake es probablemente el único hombre sobre la Tierra a quien no lo intimida mi padre, y eso me tranquiliza, pero al mismo tiempo me preocupa. Mi padre trata de controlar mi vida como si fuera una más de sus transacciones comerciales, y Jake se ha atrevido a interponerse en su camino. No sé cómo va a acabar esto, pero me temo que va a ser catastrófico.

No obstante, con él a mi lado me siento segura.

Suspiro y me acomodo sobre su pecho.

—Ese suspiro no me ha gustado —comenta con voz soñolienta. Abre los párpados y me mira preocupado.

—Estaba pensando en mis cosas.

Moviéndose muy lentamente, se pone de lado y baja un poco por la cama para que nuestros ojos queden a la misma altura. Me apoya la mano en la cadera, se inclina hacia delante y me da un beso en la punta de la nariz.

—Esta mañana estás increíblemente preciosa —me dice, haciéndome sonreír—. Cuéntame, ¿en qué estabas pensando?

—En mi padre. ¿De verdad crees que ordenó a Pete y a Grant que nos siguieran?

Me observa durante unos momentos y me sonrío con cariño.

—Sí, lo creo.

Frunzo los labios. Mi padre me dijo el otro día que había descubierto quién estaba detrás de las amenazas, así que sólo puede haber otra razón para hacernos seguir.

—¿Crees que sospecha que nosotros...? —Dejo la pregunta en el aire, con la mirada fija en su barbilla.

No sé cómo expresarlo. No puedo decirle que me he enamorado de él, básicamente porque aún no sé qué piensa él de lo nuestro. No sé qué siente por mí, aparte de una inmensa necesidad de protegerme, que va más allá del cumplimiento del deber. No sé si para él esto es algo serio o pasajero.

Me agarra del brazo y tira de mí hasta colocarme sobre él. No protesto, ya que mi mente empieza a perder la capacidad de razonar. Me toma las manos, se las lleva a la boca y me besa los nudillos. Es un gesto amoroso que hace que la razón se me nuble todavía más. Dijo que la última vez que había

permitido que sus emociones alteraran su razonamiento las consecuencias fueron graves. No me atrevo a preguntarle qué pasó, o qué tiene que ver con eso la mujer de la foto. Es obvio que es una historia dolorosa, pero si algo tengo claro es que en algún momento la amó. Y me siento mal porque odio esa idea.

—Te guste o no, ángel, tu padre se va a enfadar. Yo estoy preparado para afrontarlo, y creo que tú también deberías hacerlo.

—Estoy preparada —murmuro aliviada al ver que tenemos ideas parecidas al respecto—. Pero, cuando dices que estás preparado, ¿a qué te refieres?

Me preocupa el tema, la verdad. No puedo permitir que Jake pierda el control con mi padre. Me estremezco al recordar cómo se deshizo de aquel grupo de matones.

—Va a intentar que deje de verte, pero no lo permitiré.

—¿Cómo?

Está siendo demasiado impreciso; necesito detalles si quiero estar preparada.

Alza la comisura de los labios, como si supiera lo que estoy pensando.

—No le haré daño a tu padre.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Gracias.

Enormemente aliviada, me inclino hacia él y me arrebujó entre sus brazos, sintiendo que su barba me rasca la sien.

Jake suelta un suspiro largo y suave, sujetándome por la nuca, pegándome a su pecho.

Permanecemos así, relajados, y todo es paz y serenidad, hasta que un ruido al otro lado de la puerta del dormitorio hace que su cuerpo se tense bajo el mío. Se queda inmóvil, incluso deja de respirar, y yo empiezo a apartarme, pero él lo impide manteniéndome prisionera entre sus brazos. Me contagia su actitud desconfiada y comienzo a sentir pánico.

—Jake, ¿qué pasa?

Esta vez hay más ruidos y suenan más cercanos. Jake se separa de mí a

toda velocidad.

—Quédate aquí —me ordena levantándose de un salto.

Me apoyo en el cabecero y me tapo con la sábana, como si ese patético trozo de tela pudiera protegerme de lo que sea que lo ha puesto en ese estado. Tiene la mandíbula muy apretada y está temblando por la tensión. No es la primera vez que lo veo así, y siempre es porque percibe una amenaza cerca. Se agacha y, sin apartar la vista de la puerta, saca una pistola de debajo del colchón.

—¡Me cago en todo! —exclamo, pegándome más al cabecero y clavando la vista en el arma, que parece una extensión de su brazo—. Jake...

—Calla, Cami —me ordena en voz baja, amartillando el arma antes de acercarse a la puerta de la habitación.

Incluso totalmente desnudo, su aspecto es letal. Tiene la espalda y las piernas en tensión, listas para atacar. Lleva la pistola junto al muslo, con el dedo en el gatillo, lista para disparar. Se asoma un momento antes de salir y desaparece de mi vista. Me quedo en la cama, temblando, respirando con dificultad.

Una parte de mí me pide que vaya tras él; otra parte me ordena que me quede donde estoy, y otra, que salga huyendo. Me siento pequeña e inútil, aovillada en la cama, esperando en silencio a... Ni idea. ¿Qué estoy esperando oír? ¿Gritos? ¿Disparos?

—¡Joder! —oigo que brama Jake.

El corazón se me sube hasta la garganta y luego explota, dejándome sin respiración. No puedo moverme; el miedo me ha paralizado. Oigo un montón de maldiciones y algunos golpes y, luego..., se hace el silencio.

—¡Jake! —grito. Mi cuerpo recupera la movilidad de golpe. Me levanto corriendo y me olvido de taparme con las sábanas. No me contesta, y estoy al borde del colapso; no sé qué debo hacer—. ¡Jake!

La puerta se abre y doy un salto hacia atrás. Tardo unos segundos en darme cuenta de que la silueta que se recorta frente a la puerta no es la de Jake: es una mujer.

—¡Oh, perfecto, lo que faltaba! —exclama señalándome con el dedo.

Retrocedo con cautela y recojo las sábanas para taparme y afrontar un

poco más dignamente lo que sea que me espera. La mujer no es muy alta, pero tiene un aspecto imponente. Lleva el pelo, moreno, muy corto y va vestida con un traje de falda y chaqueta gris, bajo la que asoma una blusa blanca. ¿Quién es?

Jake aparece tras ella. Es mucho más alto que la recién llegada; le saca la cabeza y los hombros. Parece pensativo. Esto no pinta nada bien.

—He estado a punto de volarte la puta cabeza, Lucinda —refunfuña dirigiéndome una mirada preocupada.

«¿Lucinda? ¿Quién demonios es esta Lucinda?»

—Ojalá lo hubieras hecho —replica dándose la vuelta bruscamente en un movimiento que la deja cara a cara con los pezones de Jake. Resopla y da un paso atrás para mirarlo a la cara mientras él suspira, como si estuviera cansado—, porque *eso* —añade, moviendo un brazo hacia atrás, en la dirección general de la cama, o en la mía— ¡hace que me entren ganas de volarme los sesos yo solita!

La miro boquiabierta y Jake pone los ojos en blanco.

—No te cortes, habla libremente —murmura dándose media vuelta y dirigiéndose hacia una silla.

Sigue completamente desnudo, y no parece que le preocupe lo más mínimo. Y a la tal Lucinda tampoco parece importarle estar frente a ese montón de músculos desnudos.

Jake se pone entonces un bóxer y sale de nuevo de la habitación.

Ella lo sigue a grandes zancadas; su enfado es evidente.

—¡Van a rodar cabezas, Jake! ¡Esto nos va a afectar a todos en la agencia!

«Oh, oh...»

Empiezo a entender de qué va todo esto. Es una colega de trabajo y está preocupada por las repercusiones que pueda tener mi relación con Jake. No me extraña. La ira de mi padre puede poner no sólo a Jake, sino también a la agencia, en una situación muy delicada.

—Y ¿todo por qué? Porque no eres capaz de mantenerla fuera de un agujero —sigue abroncándolo—. ¡Sea el que sea! Lo mismo te da. Mientras tenga pulso y un puto agujero, ya te sirve, ¿no?

Permanezco en la cama. No me gusta nada lo que estoy oyendo, pero él no

reacciona, no se lo discute. Luego se quedan en silencio y me pregunto si Jake la ha estrangulado. No me extrañaría nada. Me levanto envuelta en las sábanas y me dirijo sigilosamente a la puerta, afinando la oreja por si oigo el ruido de alguien que se ahoga. Sin embargo, cuando llego al umbral del inmenso salón, los veo inclinados sobre una mesa de despacho situada delante de un ventanal que va del suelo al techo. Están mirando la pantalla del ordenador. Los dos; Lucinda está vivita y coleando.

Toso ligeramente para que se enteren de que estoy aquí, y se vuelven a la vez. Jake me sonrío, pero Lucinda sacude la cabeza desesperada.

—Cami, ¿conoces a Lucinda? —pregunta él con sequedad, señalándola—. Es maja como ella sola.

No sé si echarme a reír o a temblar, y no tengo nada claro que pueda tratarla con la desenvoltura con que lo hace Jake.

—Hola. —Le ofrezco la mano insegura, y ella suspira y se acerca a mí.

—Un placer —replica estrechándomela.

Luego se detiene en seco y baja la vista hacia nuestras manos unidas. Frunciendo el ceño, aparta la mano y se la limpia en la falda.

Jake se echa a reír a carcajadas, pero a mí no me hace ninguna gracia. ¡Qué morro tiene!

Sin hacer caso del buen humor de Jake, Lucinda coge una revista y me la planta ante los ojos, tan cerca que no puedo enfocar.

—Si papi sospechaba algo, me temo que esto confirmará sus sospechas.

Doy un paso atrás y me fijo en la foto que hay en el recuadro lateral izquierdo de la página. Soy yo, en brazos de Jake. Es el momento en que me saca del bar como si fuera un héroe, con mi cara oculta en su pecho. Lo busco con la mirada; está junto a su escritorio, sumido en sus pensamientos.

—Deja que te lea un trozo del artículo —insiste Lucinda—: «La famosa Camille Logan, hija del magnate de negocios Trevor Logan, siempre nos sorprende. La rubia de larguísimas piernas, que ha protagonizado campañas para Karl Lagerfeld y Christian Dior, ha decidido aprovecharse de los beneficios de su trabajo, en concreto, parece estarse beneficiando a su alto, moreno y guapo guardaespaldas». —Se vuelve hacia Jake—. Ése eres tú, por cierto. —Carraspea y sigue leyendo—: «La pareja fue vista...».

—Vale —la interrumpo, molesta por cómo trata a Jake—, lo pillo.

Lucinda suelta la revista y me dirige una mirada que me recuerda a las de mi padre. Desearía abofetearla.

—¿Estás segura?

Le dirijo una mirada asesina. Sé lo que está pensando. Piensa lo mismo que todo el mundo cuando lee las mierdas que se escriben sobre mí. Todos tienen una idea preconcebida de mí, basada en las bobadas que leen. Esta mujer cree que soy una niña mimada que se ha enamorado de su guardaespaldas. Sólo una de las dos cosas es verdad, pero no tengo ganas de gastar saliva para aclararle la otra. Puede irse a tomar por saco, igual que el resto del mundo que cree que me conoce. Estoy harta de tener que justificarme todo el tiempo.

—Si me disculpas —le digo—, tengo que ir a limarme las uñas.

Furiosa, me doy la vuelta y me voy.

Suelto las sábanas sobre la cama y me voy a la ducha, resistiendo la tentación de darle un puñetazo al marco de la puerta. Estoy tan rabiosa que casi echo humo por las orejas.

«¡Cómo se atreve, joder...!»

Abro el grifo y me froto con rabia, tratando de librarme del enfado y del rencor. Jake se dedica a meterla en agujeros. En cualquier agujero. Ella cree que yo soy un agujero más para él. Aprieto los dientes con furia.

Cuando salgo de la ducha, debo de estar reluciente, pero sigo sintiéndome sucia. Cojo una toalla y me seco hasta que mi piel protesta. Miro por el ventanal que da a los muelles, y el nudo que tengo en el estómago cada vez se retuerce más. Me cago en mi padre, ¡me cago en todo!

—¿Ángel? —La voz de Jake penetra despacio en la nebulosa de mi mente, pero no lo miro. Prefiero fingir que estoy ocupada recolocándome la toalla y aguantándola con los brazos.

—¿Se ha largado ya Cruella?

—Sí —responde pensativo—. ¿Por qué estás tan enfadada?

Dejo de lado el paisaje londinense y me vuelvo hacia él, pero no disfruto de las nuevas vistas.

—No quiero ser un agujero cualquiera para ti. —Juro que no pretendía

decirlo en voz alta, pero las palabras se me escapan y ya no puedo retirarlas. Su historial sexual no es asunto mío y, aunque pensara que lo era, tampoco quería sacar el tema.

Su cara refleja el momento en que cae en la cuenta de qué va la cosa. Cierro los ojos, muerta de vergüenza.

—Ah, era eso —murmura, y oigo el sonido de sus pies descalzos acercándose.

Me odio por lo que he dicho, porque he sonado posesiva e insegura, y no quiero dar esa imagen. Ni siquiera ante Jake; ni siquiera aunque realmente siento que lo necesito.

Me pone un dedo bajo la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Mírame.

Los abro a regañadientes y compruebo que me está dirigiendo una mirada cariñosa, lo que me hace sentir aún peor. Me comprende tan bien...

Sonríe antes de decir:

—No voy a negarlo. No me siento orgulloso de ello, pero me he tirado a muchas mujeres.

—Calla. —Aparto la vista. No soporto la idea de otras mujeres disfrutando del placer que me da a mí.

—No pienso callar. —Me sujeta el mentón con firmeza, indicándome en silencio lo que quiere. Me cuesta mucho, pero lo miro a los ojos—. Cuando no podía distraerme trabajando, no me quedaba otra salida. Eran mujeres sin rostro, ángel... —Se inclina hacia mí, apoya su rasposa mejilla en la mía y me susurra al oído—: Pero a ti te veo.

Suena demasiado sincero como para estar mintiendo. Noto su sinceridad en cada poro de su piel. Pero ¿qué hay de la mujer de la foto? Es evidente que significó algo. Y no es una mujer sin rostro. Tiene una cara bien visible en esa fotografía. Aunque, personalmente, prefiero no ponerle cara. Prefiero actuar como si nunca hubiera existido.

Suspiro, asiento y me prometo no volver a pensar en ella. Lo abrazo por la cintura y aprieto con fuerza.

—Mucho mejor.

Jake me levanta en brazos y me lleva al dormitorio. Pierdo la toalla por el

camino. Me deja sobre la cama y me besa por todo el cuerpo hasta llegar a los labios. Me acaricia y me venera; su boca consume la mía mientras sus dedos descienden hacia mis muslos y un montón de sensaciones se despliegan en mi vientre.

—Creo que deberíamos quedarnos en la cama todo el día —susurra con la boca pegada a la mía. Luego me besa la oreja y me mete la lengua dentro.

Los sonidos apagados y las sensaciones que me despierta su cálido aliento hacen que me olvide de cualquier rastro de enfado, preocupación o celos. Su sugerencia me parece perfecta. Cuanto más tarde en enfrentarme a mi padre, mejor. Hasta que llegue ese momento, dejaré que Jake me encienda... Todo el día, toda la noche..., eternamente.

—Mmm...

Dejo la mente en blanco y mi cuerpo se inflama gracias a sus caricias. Sentir sus labios sobre mí, su cuerpo frotándose contra el mío..., es delicioso. Noto que su polla crece pegada a mi muslo.

—Dios, ángel, nunca me sacio de ti...

¡Pum!

—¡Jake! —La voz de Lucinda, seguida de un fuerte golpe, nos arranca del estado de euforia en que estábamos entrando, como si nos hubieran tirado un cubo de agua helada por encima.

Él gruñe y se levanta de un salto, dejándome abandonada.

—Pensaba que se había ido... —murmuro cabreada.

—Se había ido.

—¡Jake! —Lucinda vuelve a gritar, exasperada.

—¡Joder, ¿qué pasa?! —le devuelve el grito, dirigiéndose hacia la puerta.

Me vuelvo de lado. Esa mujer me cae cada vez peor. Si ha vuelto con otra revista llena de cotilleos, se la voy a meter por el culo. A no ser que Jake se me adelante.

Suspiro frustrada y me como a Jake con los ojos mientras se aleja, pero el deseo se convierte en preocupación cuando veo que se detiene en seco en el umbral y se le tensan todos los músculos del cuerpo.

Me levanto a toda prisa y corro a su lado para ver qué le ha llamado la atención. Cuando estoy a punto de llegar, él retrocede y choco contra su

espalda. Echa un brazo hacia atrás, para impedir que siga avanzando.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, tratando de ver más allá, sin pensar siquiera en que estoy desnuda—. ¡Jake! —Me abro camino con dificultad, pero él me retiene a su lado. Puedo ver, pero no puedo salir de la habitación—. ¡Oh, Dios mío! —Contengo el aliento mientras mis ojos bailan de un lado a otro, asimilando la escena al completo. O, mejor dicho, intentándolo.

No lo consigo.

Jake me agarra con más fuerza, pegándose a él. El contacto con su piel es electrificante.

—¿Qué coño pasa aquí? —pregunta con la vista fija en un punto.

En mi padre.

Está de pie junto al sofá. Parece preocupado, pero decidido. Me está mirando, pero no baja la mirada de mis ojos. El corazón me da un vuelco y me aferro a Jake como si temiera que mi padre se me fuera a llevar de aquí a rastras. Tal vez tenga que hacerlo, porque no pienso irme voluntariamente.

—Capullo inmoral —replica mi padre, dirigiéndole a Jake una mirada cargada de desprecio—. Confié en que la mantuviera a salvo y se ha aprovechado de ella.

Cierro los ojos y noto que me deshincho por dentro.

—No se ha aprovechado de mí —protesto con los dientes apretados, sintiendo que el enfado vuelve a apoderarse de mí, con más fuerza que antes—. Soy una mujer adulta que decide lo que hace con su vida.

—Calla, Cami —susurra Jake, lo que me hace abrir los ojos.

Alzo la cara y veo que sigue fulminando a mi padre con la mirada. Parece estar a punto de abalanzarse sobre él, y parte de mí desearía que lo hiciera.

Miro a mi alrededor, porque mi padre no ha venido solo.

Lucinda, flanqueada a lado y lado por Pete y Grant, parece más incómoda que preocupada.

—¿Cómo ha sabido dónde vivo? —le pregunta Jake a Lucinda.

Ella niega con la cabeza.

—Antes ya me has apuntado con la pistola —dice—. No me apetecía que me aplastaran este par de bestias. —Mira con rabia a Pete y a Grant y añade—: Deben de haberme seguido.

—Si piensas que puedes engañarme, estás muy equivocada —me reprende mi padre—. Vístete. Te vienes conmigo.

—No —replico sin pensarlo. No me iré; nunca.

—No me provoques, jovencita.

«¿Jovencita?» Pero ¿cuántos años cree que tengo? Le planto cara, algo que nunca me ha costado mucho. El problema es que nunca lo había visto tan enfadado como ahora. Sin embargo, lo único que consigue es reforzarme en mis intenciones. Me coloco detrás de Jake, pero sigo pegada a él.

—Tendrás que sacarme de aquí a la fuerza.

—¡Pete! —exclama mi padre, indicándole con un gesto de la mano que venga a buscarme. ¿En serio?

Jake retrocede, haciéndome retroceder con él.

—Si le pones la mano encima, te mato —murmura con una calma engañosa, ya que noto la ira que le recorre las venas como un veneno letal.

Pete se detiene indeciso. Muy prudente por su parte. He visto lo que Jake es capaz de hacer con sus propias manos. Lo he visto entrar en una espiral destructiva y convertirse en un loco agresivo que ha liquidado a cinco tipos del tamaño de los gorilas de mi padre como si nada. Pete no le iba a durar nada.

—Jake —interviene Lucinda en tono de advertencia.

—Escúchela, Sharp —le aconseja mi padre dando un paso adelante—. ¿Vale la pena perder el trabajo por un revolcón sin importancia? ¿Perder la credibilidad? Retírese ahora que está a tiempo. Mi Camille es demasiado buena para usted, y lo sabe.

Me quedo boquiabierta al oír las palabras que salen de boca de mi padre. ¡Será egoísta y mezquino!

—Y ¿qué pasa con la seguridad de su hija? —repite él—. ¿La pondría en juego sólo por esa patética necesidad de controlarla?

—Yo sé lo que le conviene a mi hija. A partir de este momento deja de ser asunto suyo. Aléjese de ella y no arruinaré su vida. —Papá ladea la cabeza y alza las cejas, observando a Jake con atención.

—¿Por qué haces esto? —le pregunto, más cerca de perder los nervios a cada nueva amenaza que sale de sus labios.

Él me mira y veo un punto de compasión en su cara redonda y enfadada.

—Porque te quiero, Camille. Todo lo que hago es porque te quiero y quiero lo mejor para ti.

—¡Y ¿cómo demonios vas a saber tú lo que es mejor para mí?! —grito temblando de frustración y desesperación—. Ya vas por el tercer matrimonio. Lo único que te interesa es llevar una mujer trofeo colgada del brazo. Sólo quieres un par de tetas firmes, y cuando empiezan a caer las sustituyes por otras. Quieres a alguien que no te discuta y que acepte el dinero que le das. No quieres lo mejor para mí; ¿quieres lo mejor para tus jodidos negocios!

—Y ¿crees que para él no eres un trofeo?! —brama papá, señalando a Jake—. Eres una muesca más para un hombre que se escuda en su orgullo después de que lo echaran del SAS.

Doy un paso atrás, dolida por el golpe bajo de mi padre. ¿Lo ha estado investigando?

—No sabes nada de él.

—Lo suficiente.

—¿Cómo te atreves?! —chillo—. ¡No tienes ningún derecho a decirme a quién puedo ver y qué puedo hacer!

Jake se vuelve y me empuja hacia la habitación. Me agarra la cara con las dos manos y me da un beso en la frente.

—Chisss...

La ternura y la compasión con que me trata derriban mis últimas defensas y me desmorono. Me echo a llorar, sujeta a sus antebrazos.

—Cálmate —me susurra.

Me abruma su capacidad de autocontrol. Sé que es un hombre torturado por la culpabilidad. Sus padres murieron a manos de terroristas, civiles inocentes en medio de una guerra. Necesitaba hacer algo para luchar contra sus asesinos. Es injusto quitarles mérito a sus esfuerzos por defender su país, por mal que acabaran las cosas.

—No sabe de qué está hablando —sollozo mientras él me estrecha entre sus brazos—. No lo escuches; es un cabrón odioso.

—Quiero que te vistas —me dice, llenándome la cara de besos—. Tú vístete; yo hablaré con él.

—No —me niego en redondo—. No te escuchará; sólo échalo —le pido con la respiración entrecortada por las lágrimas.

Jake me alza un poco la cara y me mira con adoración.

—¿Confías en mí, ángel? —me pregunta, sorprendiéndome.

De todos modos, respondo sin dudarle:

—Más que nada en el mundo.

Él asiente, traga saliva y me suelta. Se dirige a la silla, coge unos vaqueros y se los coloca. Luego se pone una camiseta y unas botas en los pies. Sin decir nada más, sale de la habitación y cierra la puerta.

Y yo me quedo ahí, luchando contra el terror que quiere apoderarse de mí. No puedo evitarlo; tengo miedo de no volver a ver a Jake nunca más.

# Capítulo 21

## JAKE

Lo he visto en la mirada de Logan; he visto que lo sabe todo. Conoce mi historial militar, los informes del psiquiatra, los atestados... Todo eso es confidencial y está guardado en algún sistema informático seguro en algún edificio impenetrable. Si ha podido acceder a eso, puede haber accedido a cualquier cosa. No pienso permitir que use esa información como munición para separarme de Cami. Ella sabe lo que le he contado, pero no lo sabe todo. Aún no estoy preparado; necesito redención. Necesito arreglar muchas cosas y aceptarme antes de pretender que Camille me acepte por completo, con mi oscuridad y mis pecados.

La dejo en la habitación, donde no pueda oírnos, y cierro la puerta con sigilo. Si las cosas se ponen feas, no quiero que esté en la línea de fuego. Entro en la gran zona que uso como sala de estar, tomando nota de dónde se encuentra cada cosa y cada persona mientras voy preparando mi estrategia mentalmente.

Miro a Lucinda. Aunque por fuera mantiene su apariencia de mujer de acero, hace muchos años que la conozco. Sé cuándo está nerviosa, y ahora lo está; no porque se sienta amenazada, sino porque sabe tan bien como yo que esta escoria de hombre tiene el poder y los contactos para hacerle mucho daño a la agencia.

—Ella puede irse —digo, asegurándome de que no suene como una petición.

Lucinda titubea, pero Logan lo ve claro. Asiente y ella se dirige hacia la salida, sacudiendo la cabeza.

En cuanto cierra la puerta, empiezo a hablar.

—Lo que siento por su hija es serio —confieso poniendo en marcha la fase A del plan. Sólo atacaré si no me queda otro remedio. Espero no tener que recurrir a eso. Logan es muchas cosas, pero no es idiota, y enfrentarse a mí sería una estupidez. Aunque tal vez me sorprenda. Si decide poner sobre la mesa todo lo que ha descubierto sobre mí, perderé la cabeza, y eso sería una idiotez por parte de los dos. Y una auténtica lástima, ya que llevo mucho tiempo dominando a la violenta bestia que llevo dentro y que lucha desesperadamente por liberarse—. Cuanto antes acepte que su hija no es ninguna damisela en apuros, antes solucionaremos las cosas.

Como si nos hubiera oído, Cami empieza a dar golpes en la puerta.

—¡Eh! ¿Por qué has cerrado con llave?

No, de damisela no tiene un pelo.

Logan entorna los ojos y arruga la nariz, lo que me da una pista sobre lo que se avecina: esto no va a ser ni fácil ni limpio.

—Aléjese de ella y no romperé su ilusión de que es un héroe ni haré público que el principal guardaespaldas de su agencia se acuesta con su joven cliente.

Ladeo la cabeza.

—¿Cree que podrá apartarme de ella con amenazas? En estos momentos, la agencia me importa una mierda. Mi misión es otra.

—¿Cuánto quiere? —pregunta Logan mientras Cami sigue aporreando la puerta.

—Me está tomando el pelo, ¿no? ¿De verdad piensa que puede comprarme como a ese despreciable drogadicto?

Logan acusa el golpe. Desconocía que yo estaba al corriente. Pues ahora ya sabe que no es el único que ha desenterrado mierda.

Me aproximo a él, sin hacer caso de los dos gigantes sin cerebro que se acercan desde ambos lados. Podría librarme de los dos en un suspiro si

hiciera falta.

—Largo de mi casa.

—No sin mi hija. —Logan echa una mirada a la salida por encima del hombro.

Me detengo porque me doy cuenta de que no ha sido un gesto de escape. Además, en ese momento, el montacargas se pone en marcha.

—Ah, la policía —comenta en tono despreocupado—. Lo que le hizo a Sebastian Peters fue una salvajada, ¿no cree?

Aunque no puedo evitar fruncir el ceño, las piezas comienzan a encajar.

Logan me dirige una sonrisa irónica.

—No podrá ver a mi hija si está entre rejas.

«¡Hijo de la gran puta!»

Pete y Grant se abalanzan sobre mí, uno por cada lado. No gasto energías quitándomelos de encima. Dejo que me atrapen y que piensen que han ganado.

—¿Cuánto le ha pagado a Sebastian Peters para que me denuncie, capullo inmoral? —le pregunto con los dientes apretados—. ¡La atacó! —Mi enfado está creciendo rápidamente—. ¡La golpeó!

Logan frunce el ceño, lo que me indica que desconocía esa parte de la historia. Para él, Sebastian Peters es simplemente un adicto que arrastró a su hija temporalmente hacia el mal camino. No sabe que le pegaba porque Cami no quiere que lo sepa. Logan recupera rápidamente su expresión anterior, dejándome claro que esto no va a cambiar las cosas.

—Adiós, Sharp —se despide sin poder disimular que se siente victorioso.

Pete y Grant me sujetan con más fuerza, como temiendo que vaya a resistirme.

No tengo intención de hacerlo.

Cami está a punto de echar la puerta abajo con sus golpes.

—¡Déjame salir!

Mantengo la calma el tiempo suficiente para que los hombres de Logan bajen la guardia. Entonces echo la cabeza hacia atrás y alcanzo a Pete en la nariz. Me suelta y comienza a chillar cuando se da cuenta de que se la he roto.

Se aleja tambaleándose y, antes de que Grant pueda reaccionar, le agarro la muñeca, se la retuerzo, me agacho y lo hago volar sobre mi espalda. No le

suelto la muñeca y veo cómo su cuerpo describe un giro extraño y choca contra el suelo. El crac que hace su hombro al romperse resuena en la sala.

—¡Eh! —Logan levanta las manos en un gesto defensivo.

Pero cuando estoy a punto de ir a por mi última presa, el ruido del montacargas al llegar a mi planta me recuerda que tengo una amenaza más apremiante: la policía.

«¡Joder!»

Miro a Logan con los labios blancos de tanto apretarlos.

—Si alguien la toca aunque sólo sea un pelo mientras no estoy con ella, lo mataré con mis propias manos, Logan.

—Está hablando de mi niñita. ¿Cree que dejaría que alguien le hiciera daño?

Sus palabras no valen una mierda, pero no tengo tiempo para andarme por las ramas.

—Su hija sigue en peligro, y lo sabe. No me lo ha contado todo y pienso averiguar la razón. —Oigo el chirrido de las puertas del montacargas—. Deseará no haberme conocido, Logan.

A continuación, echo a correr hacia la única ventana que se abre en todo el piso.

Al parecer, ahora soy un hombre en busca y captura, un fugitivo de la policía.

Y, lo que es peor, no tengo ni puta idea de dónde está Camille. Tiene el jodido teléfono apagado o alguien se lo ha quitado. Si su padre cree que se va a librar de mí, lo tiene claro. No descansaré hasta que descubra de qué coño va todo esto.

Voy al único sitio adonde puedo ir; espero que no me ponga las cosas muy difíciles. Lucinda abre la puerta. Lleva puesta una bata demasiado grande y me mira con desdén. Entro sin esperar a que me invite.

—Pasa, pasa —me indica con condescendencia.

Voy directo al mueble bar y me sirvo un buen vaso de whisky.

—Deja de lloriquear; fuiste tú la que los condujo hasta mí. —Me lo bebo de un trago, buscando un poco de estabilidad en este mundo que se tambalea.

—¿Dejaste que se la llevara? —Cierra de un portazo y se acerca a mí. Coge un vaso y me lo planta delante para que se lo llene.

—No dejé que se la llevara —gruño—. Ese hijo de puta pagó al cerdo del exnovio para que me denunciara a la policía. —En vez de servirle una copa, vuelvo a llenar la mía. Una más. Necesito una más—. La policía se presentó en mi casa y salí huyendo.

Me alejo del mueble bar bebiéndome el whisky, despacio esta vez, y me coloco frente a la ventana.

—Perdona —dice Lucinda perpleja—, no lo entiendo. ¿Pagó al ex para que te denunciara? ¿Basándose en qué?

—¿Sabes la foto de la revista? La tomaron cuando la estaba alejando de su ex. Le rompí la cara..., al menos, la nariz, y tal vez también lo dejé incapaz de reproducirse. Le he hecho un favor al mundo, joder. Deberían darme un premio, no una orden de detención.

—¿Que hiciste qué?! —grita, y es una de las pocas veces en que la he visto perder la compostura.

—Ni se te ocurra decirme nada —le advierto señalándola con un dedo—. La acorraló en el baño de señoras y la golpeó antes de tirarla al suelo como si fuera basura.

Lucinda tiene la sensatez de recular. Coge la botella de whisky y se sirve ella misma.

—Sabes que nada de esto habría pasado si hubieras respetado la regla número uno: no involucrarse emocionalmente. Si fuera otra persona, aún podría entenderlo, pero siendo tú... Las mujeres te adoran el rato que tardas en correrte. Luego las cabreas y te odian. ¿Qué coño ha cambiado?

—Camille Logan —susurro mientras dejo caer la cabeza hacia atrás, buscando en los cielos a un dios en el que no creo. Pero es que necesito que alguien me ayude.

Lucinda tiene razón. Hacía mucho, muchísimo tiempo que las emociones no formaban parte de mis relaciones. No puedo culparla por estar sorprendida. ¡Soy Jake Sharp, joder! El rey de los capullos. Yo no hago el amor, yo follo.

Mis pensamientos dan un frenazo tan brusco que me sobresalto. Lucinda frunce el ceño al verlo y me observa mientras rebobino mentalmente. Cuando

encuentro la palabra que estaba buscando, me doblo hacia delante, como si estuviera a punto de vomitar. *¿Amor?* Camille Logan siempre logra convertirme en una nenaza, y me temo que ha vuelto a hacerlo.

*Amor.*

Jodido amor... ¿De dónde coño ha salido eso? Me echo a reír, aún doblado por la cintura, mientras trato de encontrar una explicación lógica a mi elección de una palabra tan absurda. Me gusta su pelo, me encantan sus ojos, adoro observarla mientras está perdida en sus pensamientos, me encanta lo fuerte, decidida y apasionada que es, adoro...

Vuelvo a tener ganas de vomitar.

Estoy enamorado de ella.

—¿Jake? —Lucinda me apoya la mano en el hombro, y noto que me pasa la corriente. Enderezo la espalda y de un brinco me aparto de ella, que me mira alarmada. La mano que había estado apoyada en mi hombro se queda en el aire—. ¿Estás bien?

—¡Mierda! —exclamo, y apoyo las manos en el mueble más cercano, agachando la cabeza y luchando contra el caos que se ha apoderado de mi mente.

«La amas.»

Me siento estúpido; noto que me estoy volviendo loco. La quiero, la quiero tanto... Ésa es la única razón que explica el penoso estado en que se encuentra mi corazón. Estoy asustado; me da pánico la idea de perderla.

—¡Jake, por el amor de Dios! —La impaciencia en la voz de Lucinda me ayuda a superar este colapso nervioso.

La miro a los ojos para que entienda que no estoy bromeando.

—Me he enamorado de ella, Luce.

Me observa en silencio unos instantes.

—Joder —susurra cuando recupera la voz y se acaba la copa de un trago—. Oh, Jake.

Sus palabras lo dicen todo. Lucinda es una de las pocas personas que conocen mi historial personal además de la profesional. Es consciente de la magnitud de la realidad a la que me enfrento. Sabe que Camille debe de ser muy importante para mí para ponerme en esta situación.

—Exacto: joder.

—¿Lo sabe ella? —Lucinda no se refiere a si sabe que la amo, aunque eso pienso aclarárselo en cuanto la encuentre. Se refiere a si Camille conoce todas las cosas que podrían hacer que me rechazara. La sola idea me parte en dos.

—Sabe que estuve en el SAS; sabe que hubo otra mujer y que me echaron del ejército porque dejé que las emociones personales interfirieran en mi misión.

Busco una silla y me desplomo sobre ella.

—Pero no sabe nada de... —Lucinda deja la frase a medias, consciente de que no soportaría oír las palabras.

Niego con la cabeza. Cómo puedo pretender que otra persona me comprenda si ni siquiera yo lo he superado cuatro años después.

—El padre de Camille me ha mandado investigar.

—No es información reservada, Jake. Si alguien quiere enterarse, lo encuentra. Si Logan aún no lo sabe, pronto lo sabrá.

—Camille sigue en peligro, Luce. Los tres días han pasado; se ha acabado el tiempo. No sé qué coño está sucediendo, pero tengo que averiguarlo. — Calma. Tengo que calmarme.

Ella asiente y respira hondo.

—Lo averiguaremos —me asegura dirigiéndose a su estudio—. Venga, mueve el culo, pequeño poni enamorado.

Sonrío y la sigo.

—¿Has descubierto algo más?

—Sí, y es interesante. —Se agacha para ver mejor la pantalla del ordenador.

—¿Qué? —He cruzado la habitación antes de que tenga tiempo de responderme.

—La esposa de Logan está embarazada.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. He encontrado en su ficha médica que se visitó hace cuatro semanas. Y me apuesto algo a que el bebé no es de papi Logan.

—¡Joder!

—Y que lo digas. Y, al volver del médico, se pasó por Selfridges y se

compró unos Louboutin.

La miro asombrado.

—¿De dónde coño sacas todo esto?

Ella se encoge de hombros.

—La pregunta es quién coño se pone unos Louboutin estando embarazada.

Sacudo la cabeza aturdido. Mi mente no puede centrarse en nada que no sea encontrar a Cami. Necesito saber adónde la ha llevado Logan y qué le ha dicho. Me da miedo lo que haya podido contarle. Es un cabrón manipulador y, aunque sé que mi ángel piensa por sí sola, debe de estar confusa igual que yo.

—¿Crees que esa información tiene alguna relevancia?

—¡Y yo qué sé! —protesta Luce—. Yo estoy buscando cualquier cosa.

—Sé que Logan se ha librado de mí por algo que no tiene nada que ver con mi relación con Cami. Estoy seguro. ¿Qué está escondiendo? ¿Qué debía de haber en aquel archivo adjunto que eliminó?

Saco el teléfono del bolsillo y marco el número de Cami una vez más. Salta directamente el buzón de voz y maldigo sin parar.

—¿Qué demonios está ocurriendo?! —grito, más frustrado a cada segundo que pasa.

Camino hacia la puerta, pensando en que nada de esto me importa una mierda. Lo único que me importa es recuperar a Cami y protegerla de su padre. Mientras sepa que Camille está a salvo, los problemas de Logan me importan bien poco. ¡Que los resuelva él solo! ¿Cómo puede verme como una amenaza para su hija? No lo entiendo. Tengo ganas de matarlo, y cada vez con más crueldad.

—Vigila esa cuenta de correo.

—Jake, ¿adónde vas? —Lucinda me sigue, pero no miro hacia atrás. Que le den a la agencia; que le den al trabajo y que le den a la policía—. ¡No hagas una estupidez!

Me echo a reír. ¿Una estupidez? Me he enamorado, joder. No puede existir una estupidez mayor que ésa.

## Capítulo 22

### CAMI

Estoy aturdida, muriéndome lentamente por dentro, mientras mi padre no para de hablar sobre lo sucedido. Jake se ha ido. No entiendo nada. He pasado media hora encerrada en la habitación, aporreando la puerta, y, cuando al final papá me ha abierto, Pete y Grant estaban heridos, pero Jake había desaparecido. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—Te llevo a casa, estrellita. —Papá me pasa un brazo por los hombros y, aunque tengo muchas ganas de zafarme de su abrazo, no lo hago. Francamente, no sé qué hacer—. A mi lado estarás a salvo.

Nos ponemos en marcha hacia la puerta. Con un gesto, mi padre le indica a Pete y a Grant que pasen delante.

Lo miro confusa y veo que está francamente preocupado. ¿Preocupado por mí? Es mi padre; a su lado debería sentirme segura y, sin embargo, sigo igual de asustada que hace un rato.

—¿De quién me proteges, papá? ¿De los hombres a los que has arruinado? ¿De Sebastian? ¿De Jake?

—De todos ellos, cariño. —Me atrae hacia él y me da un beso en la coronilla—. Te protejo de todos ellos. Ese hombre no te convenía. Demasiado viejo, un fracasado, de los que abandonan. Él mismo se ha dado cuenta de que no era lo bastante bueno para ti.

Entramos en el montacargas y Grant cierra la reja con su brazo bueno antes de volverse y darle algo a mi padre. Mi teléfono. ¡Mi teléfono!

—Nadie es lo bastante bueno para mí —murmuro mirando las dos anchas espaldas de los hombres que tengo ante mí.

Si Jake estuviera aquí, ya estarían fuera de juego. No permitiría que me llevaran a ninguna parte. Pero ¿dónde está?

—Dame mi teléfono —le digo a mi padre cuando veo que se lo guarda en el bolsillo.

Él no me hace ni caso; ni siquiera me mira. Le dirijo una mirada furiosa mientras el montacargas se detiene bruscamente y las puertas correderas metálicas de la destartada nave industrial se abren con un chirrido ensordecedor. Finjo perder el equilibrio y aprovecho el momento para meter la mano en el bolsillo de la americana de mi padre y recuperar mi móvil.

Nos ponemos en marcha hacia su coche, pero, cuando no se lo esperan, echo a correr hacia la luz del día apretando con fuerza el móvil.

—¡Camille! —brama papá.

Le hago el mismo caso que él antes; es decir, ninguno. El instinto me grita que me aleje de mi padre, un hombre con el que debería sentirme a salvo, pero no es así.

Salgo al exterior y miro a mi alrededor; lo único que veo son más fábricas viejas, descampados y agua. Observo la otra orilla del Támesis y la ciudad me parece muy lejana. Sólo está al otro lado del río, pero igualmente está demasiado lejos.

Miro por encima del hombro cuando oigo los pesados pasos de Pete y Grant, que me persiguen.

—¡Mierda! —murmuro.

Ninguno de los dos es muy rápido, ni siquiera cuando no están heridos, pero, igualmente, corro tan deprisa como puedo y no paro, como si mi vida dependiera de ello.

Cuando alcanzo un ferri de los que cruzan el río, siento los pulmones a punto de estallar. El trayecto por el Támesis se me hace eterno, pero me permite

poner un poco en orden mis ideas. O todo lo contrario. Enciendo el móvil y busco en la lista de contactos, pero no encuentro el número que busco, el único que necesito. El número de Jake ha desaparecido. Maldigo y respiro intentando calmarme. Mi padre trata de llamarme varias veces, pero rechazar una llamada nunca me había resultado tan fácil.

Alzo la vista cuando el barco llega al muelle y tengo claro dónde debo ir. Por primera vez en mucho tiempo, necesito a mi madre.

Marco su número y contengo el aliento mientras desembarco con el bolso en la mano.

—¿Camille?

—Mamá —respondo soltando el aire.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llama tu padre? —La noto preocupada.

Me encojo. Mi padre debe de estar muy desesperado para llamar a mi madre.

—Mamá, ¿puedes venir a recogerme? —No es momento para explicaciones. Tengo miedo de que Pete y Grant aparezcan en cualquier instante y me obliguen a meterme en el coche de papá.

—¿Dónde estás?

—En el muelle de Canary Wharf.

—Y ¿puede saberse qué demonios se te ha perdido ahí?

—Es una larga historia, mamá. Te lo contaré todo, pero, por favor, ven a buscarme.

—Envío al chófer ahora mismo. —Me flaquean las rodillas de alivio al oírla. Tenía miedo de que insistiera—. Espéralo en la puerta del Hilton, cariño.

—Gracias.

Cuelgo y no puedo parar de mirar a mi alrededor constantemente. Debo de parecer una loca paranoica, aquí de pie, hecha un desastre, mirando a mi alrededor con unos ojos como platos. Si me pillaran los *paparazzi*, se pondrían las botas.

Un poco más tranquila al saber que el chófer de mamá está en camino, voy a una cafetería cercana a tomarme un café; la cafeína le sienta de maravilla a mi cerebro cansado. Luego me dirijo al Hilton, aún en alerta máxima.

Mi mente no deja de plantearse todo tipo de situaciones, como qué haría si viera aparecer a mi padre o a sus dos secuaces; qué harían ellos; qué haría la gente si gritara pidiendo ayuda... No me esperaba esto. Mi padre siempre ha tratado de controlar mi vida. Hasta hoy había logrado mantenerlo a raya, pero las cosas han cambiado. Nunca había llegado hasta el extremo de hacerme seguir o de investigar el pasado de la gente con la que salgo. No soporto que se meta en mi vida de este modo, pero el enfado que siento no es nada comparado con el disgusto de pensar que podría haber perdido a Jake. Conozco sus conflictos internos, sus *flashbacks*, sus ataques de ansiedad. Si mi padre ha usado su pasado para atacarlo, es fácil que se haya desestabilizado y haya vuelto a dudar de sí mismo; a dudar de nosotros.

Trato de pasar desapercibida en la puerta del Hilton y, media hora más tarde, veo aparecer el Bentley de mi madre. Su chófer baja y me abre la puerta de atrás.

—Señorita —me saluda, inclinando la cabeza mientras entro en el coche a toda prisa.

No me sorprende que mi madre no lo haya acompañado. Necesita al menos dos horas para arreglarse. Ni se le pasaría por la cabeza dejarse ver en público de otra manera. Mi petición ha sido demasiado precipitada. Se ha dado cuenta de que era urgente y no me ha hecho esperar, cosa que le agradezco, pero ni siquiera la idea de que su hija esté sufriendo es suficiente para que salga de casa sin pintarse los labios o sin ir a la peluquería. Y yo voy a presentarme en su casa con la ropa de ayer, sin maquillar y con el pelo recogido de cualquier manera. Se va a llevar las manos a la cabeza.

Le doy las gracias al chófer con una sonrisa y vuelvo a mirar el teléfono. ¿Por qué no me llama Jake? Tengo la sensación de estar aferrándome a un clavo ardiendo, a algo que está a punto de desaparecer de mi vida.

Sé que no hay mucha gente en el mundo capaz de enfrentarse a mi padre, pero pensaba que Jake era uno de ellos. Pensaba que no se dejaba impresionar por su estatus ni por su poder. Apoyo la cabeza en la ventanilla y observo el tráfico de Londres, preguntándome qué voy a hacer con mi vida.

Mi madre no sale corriendo a consolarme. Suspiro y me riño a mí misma por haber esperado que las cosas fueran de otra manera. Cruzo el vestíbulo de su recargadísimo piso de Kensington, lo único que le queda de su etapa junto a mi padre. Está lleno de marcos dorados que muestran paisajes de la campiña inglesa. Es excesivo, como todo lo que se refiere a mi madre. Entro en el salón —que es todavía más recargado que el vestíbulo— y suspiro. Una alfombra gigantesca domina la estancia. Sobre ella hay dos sofás, colocados con simétrica precisión, uno frente al otro. Tienen las patas doradas, profusamente talladas, y cojines de terciopelo rojo con flecos en los extremos. El vivo colorido de la habitación —azules, verdes, rojos— siempre me provoca dolor de cabeza, y hoy no es una excepción.

—Piensa que es la reina, joder —musito oyendo el tintineo de platos o tazas en la cocina.

Mejor no hablo de la cocina. Es una exposición de utensilios de diseño, aparatos de última tecnología y madera tallada. ¡Y mi madre no cocina!

—Por aquí, Maria —indica entrando en el salón seguida de la asistenta, que va cargada con el té—. ¡Camille!

—¡Mamá! —Tengo una sensación muy rara. De repente, siento muchas ganas de llorar, pero lo achaco a la ilusión de ver una cara conocida.

Está impecable, como siempre, vestida con una falda azul cielo y una blusa color crema.

—Pero ¿tú has visto cómo vas? —exclama alarmada al verme—. ¡Pareces un perrito abandonado!

A continuación, le indica a Maria que deje la bandeja en la mesita, también dorada, y le hace un gesto para que se retire.

Me echo a llorar, dándome cuenta de golpe de la gravedad de la situación. Jake se ha ido; ha desaparecido, y ni siquiera tengo una explicación para justificarlo. Me dejo caer en el firme sofá de mi madre y escondo la cara entre las manos.

—¡Camille! —dice ella mientras cruza la alfombra con sus zapatos de salón. Se sienta a mi lado, me rodea con un brazo y me da golpecitos en el hombro—. Vamos, vamos, bomboncito. ¿Lo que te pasa tiene algo que ver con ese hombre tan fornido que te sacó en brazos del Picturedrome?

Yo me encojo y asiento sin dejar de sollozar.

—Papá lo contrató. —Sollozo con más fuerza; no puedo parar.

Espero que mi madre empiece a criticar a mi padre en cualquier momento y que no se corte ni un pelo: lo odio.

—¿Lo contrató?

—Como guardaespaldas. Papá recibió una amenaza.

Hace una mueca burlona, lo que no me extraña.

—Tu padre recibe amenazas cada semana, cielo.

—Pero esta vez iba dirigida a mí. Me dijo que Jake era una medida disuasoria, pero yo no quería llevar a un tipo pegado a mis talones todo el día. Sebastian vuelve a rondar por aquí. Pensé que era un truco de papá para asegurarse de que no volvía con él, así que intenté librarme de Jake varias veces.

Mamá asiente y sonrío.

—Mi Cami, siempre tan descarada.

Le devuelvo la sonrisa.

—Pero luego llegaron unas fotos a mi casa..., fotos mías.

Ella frunce el ceño, pero no dice nada, así que sigo hablando.

—Me estaban siguiendo; de pronto empecé a creerme las amenazas. —Me encojo de hombros y veo que mi madre se está mordiendo la lengua, pero que se muere de ganas de empezar a insultar a mi padre—. Jake y yo comenzamos a... sentirnos mutuamente atraídos —añado en voz baja.

La expresión de mi madre se suaviza al instante. Me apoya la mano en la rodilla y me la aprieta ligeramente.

—Es un hombre muy guapo y fuerte, Camille —comenta. Me la quedo mirando, porque sé que aún no ha acabado la frase—, aunque un poco mayor.

—Tiene treinta y cinco años. Sólo diez más que yo. Papá tiene veinte años más que tú.

Mamá no hace ni caso de mi defensa.

—Así que tu queridísimo padre ha impuesto sus condiciones, supongo. —No puede mencionar a mi padre sin que le salga el veneno por todos los poros.

—Dice que Jake no me conviene. Dice que, como lo expulsaron del SAS, es un fracasado.

Mamá suelta el aire entre los dientes apretados.

—Aahhh, es que tu padre es inmune al fracaso —replica sarcástica—.  
¿Dónde está Jake?

No me apetece nada tener que admitir que no lo sé, así que le cuento todo lo que ha pasado en su loft. No puedo soportar la compasión que veo en su rostro cuando acabo. Vuelvo a tener los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué me está haciendo esto? —suspiro desesperada.

Ella se echa hacia delante, exhala y sirve dos tazas de té en su exclusivo juego de porcelana.

—Porque es un narcisista que necesita controlarlo todo, por eso, cielo.

—¿Por qué te casaste con él, mamá? —le pregunto por primera vez.

Necesito encontrar alguna cualidad que lo redima; algo que lo haga menos desagradable a mis ojos, pero sé que mi búsqueda será en vano.

—Era joven —responde melancólica, y por primera vez veo auténtico remordimiento tras la máscara que siempre lleva puesta. No es remordimiento por haberse casado con un gilipollas, sino porque la vida ha pasado de largo y lo único que le queda de sus años de juventud, aparte de mí, es este piso en Kensington. No se ha vuelto a enamorar. Es tan retorcida y está tan amargada como el resto de las divorciadas con las que se junta—. Además, TJ era pequeño y tu padre había obligado a su madre a volver a Rusia. Alguien tenía que infundir en él un poco de humanidad antes de que se convirtiera en una copia de Trevor.

Sonríó ante ese despliegue de instinto maternal tan poco frecuente en mi madre.

—Y ¿cómo me lo agradeció? —Se echa a reír—. ¡Se libró de mí para casarse con esa cría! Pero, si yo me casara, tu padre dejaría de pasarme la pensión. Apenas sobrevivo con las migajas que me da.

Me aguanto la risa. Con las migajas de mi madre se podría alimentar un pueblo pequeño de por vida.

—No hace falta que vuelvas a casarte —le hago notar—, pero puedes salir con alguien.

—No hay hombre en el mundo que pudiera salir vivo de una cita conmigo.  
—Me agarra la barbilla cariñosamente y se levanta, alisándose la falda—.

Vamos a adecentarte un poco. Contigo aquí, el salón se ve desordenado.

Me río entre dientes, no porque sus palabras me sorprendan; todo lo contrario. Así es mi madre. Y, aunque es muy dominante y una esnob total, la quiero con locura.

—¿Qué voy a hacer ahora? —le pregunto mientras me levanto y dejo la taza en la mesita.

—Bueno, lo primero que vas a hacer es lavarte y arreglarte. —Me mira y hace un chasquido de desaprobación con la lengua—. Para conquistar el mundo, una mujer tiene que presentar su mejor cara. —Levanta la mano y me aparta un mechón de pelo de la frente—. Le diré al chófer que vaya a tu apartamento y traiga algunas de tus cosas.

—¡No! —exclamo sobresaltándola—. Papá podría estar allí. Si ve a tu chófer, sabrá que estoy aquí.

—Pero entonces, ¿qué voy a hacer contigo? —Me señala de arriba abajo—. No puedo dejarte en este estado.

—No lo sé.

Soy consciente de que debería sentirme ofendida, pero es que ya soy inmune a sus comentarios.

Con una mueca altanera, se dirige al vestíbulo.

—Llamaré a Harvey Nichols y haré que seleccionen algo para ti. El chófer lo recogerá. Instálate en la habitación rosa, bomboncito. Hay un albornoz detrás de la puerta.

Cuando desaparece, me doy permiso para relajarme y me desinflo, exhausta tras una dosis particularmente fuerte de mi madre. Dios, estoy más agotada que antes.

Respiro para reponer energías y me dirijo al cuarto de invitados, decorado en varios tonos de rosa. Al ver la decoración floreada, no puedo evitar hacer una mueca. El baño de la habitación no es mejor. Casi tengo que cubrirme los ojos para protegerme del brillo. Es como si lo hubiera decorado el rey Midas en persona. Todo es dorado: la bañera, la grifería, el marco de la mampara, la taza del váter... Y éste es un baño de invitados. Es tan ostentoso que resulta ridículo. Sí, así es mi madre.

Después de ducharme y de enroscarme una toalla en la cabeza y otra en el

cuerpo, salgo del aseo y me encuentro con una bolsa de Harvey Nichols esperándome sobre la cama. Admito que estoy un poco nerviosa cuando me acerco y echo un vistazo cauteloso al interior. La ropa la ha encargado mi madre: el resultado puede ser un auténtico desastre. Lo primero que veo son unas bragas de encaje con el sujetador a juego. Las saco de la bolsa y sonrío, gratamente sorprendida, al ver la marca. Hice una campaña para ellos y, claro, mamá lo sabía.

—Genial.

Sigo mirando, más animada. Siento un agradable calorcillo en el pecho al darme cuenta de que mi madre sigue mi carrera profesional. Lo siguiente que encuentro es un vestido recto, muy grande, como los que suelo llevar habitualmente, y al fondo hay unas bailarinas Dune monísimas. Lo cojo todo, me doy la vuelta...

Y choco contra alguien. Se me cae todo al suelo y lleno los pulmones de aire dispuesta a gritar.

## Capítulo 23

### JAKE

Le tapo la boca con la mano justo a tiempo de impedir que suelte un grito de esos que se habrían oído hasta en Mánchester. Tiene los ojos muy abiertos; está asustada. La levanto y entro con ella en el baño. Tengo que entornar los párpados para no quedarme ciego con tanto brillo.

Cierro la puerta con el pie y la dejo en el suelo. Me aseguro de que me vea la cara antes de destaparle la boca. Tarda unos segundos en darse cuenta de que soy yo. Cuando me reconoce, se relaja entre mis brazos y sus ojos se iluminan. ¡Oh, Dios mío! Qué maravilla, poder verla y tocarla. Estas últimas horas han sido un infierno.

Suavemente, aparto la mano.

—Siempre te encontraré, ángel.

—¡Oh, gracias a Dios! —Me abraza y oculta la cara en mi cuello—. Pensaba que me habías dejado.

Parece asustada.

—No seas boba. —La abrazo con tanta fuerza que podría haberle roto un hueso—. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

—No, me escapé. No sabía qué hacer.

Sonríó y me alegro de que haya hecho caso a su instinto.

—Tuve que irme, Cami. No me quedó más remedio. —Me mata pensar que

ha estado torturándose con la idea de que la había abandonado.

—¿Por qué? —Me llena el cuello de besos diminutos pero constantes.

—Tu padre pagó a tu ex para que me denunciara a la policía, que se presentó en mi casa.

Deja de besarme y se aparta bruscamente.

—¿Qué?

Sé que me ha oído perfectamente. Quiere que lo repita porque no da crédito a sus oídos. Joder, pues cuando se entere del resto...

—¿No viste a la policía en mi apartamento?

—¡No! Me tuvo encerrada en tu habitación una eternidad.

Esta vez soy yo el que sacude la cabeza incrédulo. Sé que Logan es un cabrón implacable; eso no es ninguna sorpresa. Pero lo que me cuesta creer es que un montón de policías ignoren los gritos de una mujer encerrada en una habitación. Eso me dice que Logan tiene a más de un corrupto en el bolsillo. ¡Hijo de puta!

Le tomo la cara entre las manos y la acerco a mí.

—Tu padre está empeñado en que no seas mía, ángel. —Aunque trato de decirlo en un tono desenfadado, noto que aprieta los dientes.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por tu teléfono. —Al ver que frunce el ceño, especifico—: Lo conectaste hace una hora. Lo localicé vía GPS.

Me mira tan asombrada que sonrío. Es una tecnología sencilla, pero me planteo seriamente ponerle un microchip a Cami para no volverme loco cada vez que desaparece de mi vista.

Da un paso atrás y me golpea en el hombro con una fuerza sorprendente. Su cara ha pasado del asombro al enfado en un nanosegundo.

—Y ¿por qué no me has llamado antes? ¡Me estaba volviendo loca!

—No sabía con quién estabas —respondo molesto, porque creo que no tiene ni idea de lo que es volverse loco. Sentir que todas las arterias se bloquean por el estrés, que estás a punto de tener un ataque al corazón—. Tu padre podría haberte quitado el teléfono. ¿Cómo iba a saberlo?

—Me lo quitó, pero yo se lo quité a él. Aunque, cuando lo recuperé, había borrado tu número para que no pudiera ponerme en contacto contigo. Aun así,

aunque no quisieras arriesgarte a llamarme, podrías haberte puesto en contacto de alguna manera... —insiste.

—¿Cómo?

—¡No lo sé! ¡Tú eres el agente secreto en esta relación! —exclama frustrada pero al mismo tiempo muy aliviada.

—Claro. —Me echo a reír—. La próxima vez que te pierda, haré que te envíen una señal por satélite directamente a tu barra de labios.

Ahoga una exclamación indignada y levanta la mano, pero esta vez la cazo al vuelo y tiro de ella, haciendo que se tambalee hacia mí. Enseguida recupera el equilibrio y me mira, abriendo las ventanas de su preciosa naricilla. Logro mantener los labios quietos, pero no puedo impedir que mi polla crezca bajo la cremallera del pantalón. Qué fácil sería inclinarla sobre la bañera dorada y penetrarla por detrás. No hace falta que diga que necesito relajarme de alguna manera después de la tensión de las últimas horas.

Veo que se relaja, a pesar del brillo de su mirada. Se está haciendo la dura. La visión de su cuerpo esbelto bajo la toalla es de las cosas más gratificantes que he visto nunca. Pero un levísimo movimiento de su mano derecha me pone sobre alerta. Levanto la mía y le atrapo la muñeca. Ella gruñe y alza la otra mano, que sufre el mismo destino que su compañera. No me contengo más y le dirijo una sonrisa irónica. Cami tira entonces de las dos manos, resistiéndose, y yo la suelto, calculando la distancia que nos separa de la bañera dorada.

—¡Jake! —protesta tambaleándose, y el movimiento hace que le caiga la toalla al suelo. Se queda inmóvil y mi sonrisa se ensancha.

La agarro y la empujo en dirección a la bañera. Le doy la vuelta y le apoyo las manos en el borde.

—Sujétate bien, ángel.

—Jake... —Su voz es pura lujuria.

Se me abre la boca al contemplar el espectáculo de su espalda expuesta ante mí. La acaricio de arriba abajo. ¡Dios! Necesito entrar en ella. Me desabrocho la bragueta y me bajo un poco los vaqueros, dejando que mi polla salte libremente.

Abro las piernas para tener más estabilidad, la sujeto por las caderas y me

echo hacia delante. No tengo que guiar a mi verga para que encuentre el camino: sabe perfectamente dónde quiere estar. Me detengo en la entrada para provocarla. Quiero oírla rogar.

—Por favor, Jake... —susurra desesperada—, por favor.

Sonrío y me hundo en ella, ahogando un gemido y quedándome inmóvil cuando Camille me aprieta con sus músculos internos, haciéndome entrar hasta el fondo.

—Jodeer —murmuro con los ojos cerrados—. Cami, hoy voy a ser brusco. Lo necesito.

—¡Me da igual! —grita ella echando las caderas hacia atrás, buscándome.

Cuando sus nalgas me golpean el vientre, abro los ojos.

—¡Joder! —Le clavo los dedos en las caderas y retrocedo, observando atentamente cómo mi polla, lubricada por sus fluidos, se desliza con facilidad—. Ángel, ni te imaginas la visión tan increíble que tengo. —Su espalda totalmente estirada ante mí, la cabeza baja, el culo redondo y firme..., lo tengo todo ante mis ojos—. Jodidamente increíble.

Cami jadea. El pelo húmedo le cae por un lado de la espalda. Tiene los brazos muy rectos, apoyados en el borde de la bañera dorada. No puedo contener las ganas de embestirla. El alivio que he sentido al verla ha sido demasiado grande. Me dejo llevar, atrayéndola hacia mí con fuerza. Necesito poseerla, necesito rendirme a las exigencias de mi cuerpo para demostrarle lo mucho que la necesito. No se me ocurre mejor manera de demostrarle que estoy con ella, y que no pienso irme a ningún sitio.

Echo la cabeza hacia atrás, conteniendo un rugido, y siento que la sangre acumulada en mi miembro empieza a burbujear. Murmuro incoherencias. Las rodillas me fallan; estoy temblando. No puedo aguantar más.

—Cami —la nombro con dificultad, porque el placer que estoy sintiendo es demasiado fuerte. Quiero avisarla de que estoy a punto.

—¡Va! —vocifera echando las caderas hacia atrás con tanta fuerza que casi me caigo de culo.

—¡Joder!

Ni siquiera tengo la decencia de asegurarme de que ella está a punto también. Me dejo ir, entre escalofríos que me penetran la piel y me sacuden

hasta lo más hondo.

—¡Me vooooooy! —chilla Cami.

Logro embestirla varias veces más, apretando los dientes, aunque las sensaciones son casi insoportables de tan intensas. Sé en qué momento se corre porque golpea con fuerza el borde de la bañera. La atraigo hacia mí tirando de sus caderas mientras me derramo en su interior y mi cuerpo empieza a convulsionarse de manera incontrolable.

—Oooooohhh —gime ella, desplomándose contra mí al perder la fuerza en los brazos—. Joder, qué intenso.

No sé de dónde saco las fuerzas para aguantarla a peso, con su espalda desnuda pegada a mí, mientras el clímax me sigue recorriendo. Mis jadeos resuenan por la habitación y me parece que mi corazón se ha puesto por fin en marcha por primera vez desde que salí de mi apartamento. Vuelvo a estar vivo.

Cami murmura algo exhausta, pero no la entiendo.

—¿Cómo dices, ángel?

Inspira hondo y yo hundo la cara en su cuello, acercándome a su boca.

—Mmm...

Frunzo el ceño y me aparto de ella, asegurándome de que no se cae al suelo. Parece estar a punto de desmadejarse.

—Cami, no te entiendo.

—Mamá...

—¿Bomboncito?

Miro hacia la puerta y oigo unos pasos que se acercan.

—Camille, cielo, voy a salir.

—¡Oh, mierda! —Agarro los pantalones con una mano y me los subo como puedo mientras sostengo a Cami con la otra, deseando que se recupere pronto—. ¡Cami, por Dios!

Me agacho, cojo la toalla y la cubro con ella. Camille no me ayuda en nada, joder.

La puerta se abre y me encuentro cara a cara con su dominante y perfectamente acicalada madre, que se queda petrificada al ver la escena con la mano en el pomo dorado de la puerta.

—Hola —saludo como puedo, sosteniendo la toalla sobre el cuerpo inerte de Cami. ¡Joder, a ver si se espabila ya!

—Vaya, hola. —La mujer mira a su hija con las cejas levantadas y luego a mí.

Doy las gracias por no haberme quitado la ropa. Estaba tan desesperado por entrar dentro de ella que no me ha dado tiempo.

Camille empieza a recuperarse. Me quita la toalla y se la enrosca alrededor del cuerpo.

—Mamá, él es Jake —dice sorprendiéndome.

Me siento como un delincuente juvenil al que acaban de sorprender follándose a su novia en el baño de su madre. Y lo que más rabia me da es haberme dejado sorprender.

La madre de Camille me está dirigiendo una mirada condenatoria y, por primera vez en la vida, me importa. Es la primera vez en la vida que me importa la opinión de alguien. Me estoy convirtiendo en una nenaza integral. Doy un paso al frente, como un perfecto caballero, y le tiendo la mano.

—Un placer conocerla, señora Logan.

Ella me mira cautelosa.

—Es señora *Bell* —replica al fin alzando la nariz, y yo me quiero morir.

¡Ya lo sabía! Sabía que había recuperado su nombre de soltera después de que Logan la dejara por una más joven. ¿Qué demonios me está pasando? Deben de ser los nervios.

—Por supuesto. —Mentalmente, me pego un tiro y luego sonrío. Camille Logan me está transformando. Este comportamiento tan caballeroso no es propio de mí—. Un placer.

Ella decide al fin terminar con mi sufrimiento y me estrecha la mano.

—¿Así que tú eres el causante de este lío? —me pregunta examinándome de arriba abajo.

Me río, pero sólo por dentro. Es verdad que hay alguien que está causando muchos problemas, pero ese hombre no soy yo. Le suelto la mano y me enderezo, tratando de ganar algo de autoridad gracias a mi tamaño frente a esta mujer, a la que le saco la cabeza, pero que me hace sentir diminuto.

—No es mi intención —respondo saliéndome por la tangente hasta no estar

seguro de cuál es el mejor enfoque. Ella está de nuestro lado. No suelo inclinarme ante nadie, pero siento una necesidad fuera de lo común de hacerlo ante ella. Es el epítome de todo lo que odio en una mujer, pero es la madre de Cami—. Sé que el padre de Cami no ve con buenos ojos...

A ella se le escapa la risa y me interrumpe:

—Aunque fueras el príncipe Harry, no te daría su aprobación a menos que fuera él quien hubiera organizado la cita o pudiera sacar algún beneficio económico de la unión. —Observa a su hija con los ojos brillantes—. ¿Por qué no te vistes, cariño? Me llevo a Jake al salón; tomaremos el té.

Miro a Cami y veo que frunce el ceño y se cubre mejor con la toalla, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba medio desnuda hasta que su madre se lo ha hecho notar.

—Pensaba que ibas a salir.

La señora Bell frunce los labios y me mira.

—Nada que no pueda esperar.

A continuación, da media vuelta y sale contoneándose del baño. En cuanto la pierdo de vista, me dirijo tambaleándome a la pared, sintiendo una gran presión. Es irónico. Hasta este momento nunca me había importado la aprobación de nadie, pero me temo que la madre de Cami acaba de cambiar las cosas.

—¿Estás bien? —me pregunta con el ceño fruncido.

Tengo que plantarle cara a la situación.

—Perfectamente.

Me aparto de la pared, camino hacia ella, le rodeo la nuca con el brazo y la acerco a mí. Voy a lanzarme. Ella tiene que saber lo que siento. Me duelen mucho sus dudas, sus miedos. No soporto que piense que voy a abandonarla. Tengo que decirlo en voz alta, alto y claro.

Pero, cuando abro la boca, no sale nada. Las palabras están ahí, envolviéndolo todo.

—Yo... —La garganta se me cierra y empiezo a temblar bajo el peso de la confesión.

—¿Jake?

—Yo...

—¿Qué te pasa?

—Mierda, Camille. —Le tomo la cara entre mis grandes palmas y me agacho para estar a su altura. Ver la preocupación en sus ojos me da el empujón que necesitaba—. Te quiero —le confieso al fin—. Te quiero muchísimo, joder, y necesito que lo sepas.

Ella da un paso atrás y mis manos caen. Está pasmada y se le han nublado los ojos. No sé qué reacción esperaba, pero no era ésta. Parece estar a punto de echar a correr.

Tras lo que me parece una eternidad —una tortura insoportable—, finalmente habla con los labios temblorosos.

—Yo también te quiero —declara antes de enterrar la cara entre las manos y echarse a llorar.

Su respuesta se me graba en el corazón a fuego y hace que otra parte de mi alma vuelva a la vida. Suelto el aire; hasta ese momento no me doy cuenta de que lo estaba conteniendo. Reclamo su cuerpo tembloroso: la abrazo, levantándole los pies del suelo y apretándola con fuerza. Ella también me quiere. Espero que ese amor sea suficiente para hacernos superar los días oscuros que se avecinan.

Entonces, la suelto, pero no sin antes darle un último achuchón para reforzar con mis actos lo que acabo de declararle con palabras. La luz de sus ojos, tan brillante y llena de esperanza, me abruma. Yo soy la causa que los hace brillar así, lo que es muy gratificante pero al mismo tiempo me hace sentir culpable, ya que ni siquiera me conoce bien. Aunque lo hará. Cuando se haya resuelto esta mierda de situación, haré todas esas cosas que llevo tanto tiempo evitando hacer. Sólo pensar en ello hace que el corazón me lata más despacio.

Le doy un beso en la coronilla, la empujo con suavidad hacia la ducha y abro el grifo.

—Dúchate —le ordeno en voz baja antes de salir para hablar con su madre.

Al pasar por la habitación, busco el teléfono de Camille y lo apago. Luego recorro el piso, que parece un palacio, tratando de no distraerme con la recargadísima decoración para calcular la distancia que me separa de Cami en

todo momento. Cada vez que paso frente a una puerta, asomo la cabeza para ver si hay ventanas y si están bien cerradas. Cuando me aseguro de que no hay vías abiertas por las que alguien pueda entrar sin que me dé cuenta, entro en el salón.

La señora Bell está sentada en uno de los sofás. Se nota que su función es la de impresionar; parecen muy incómodos. Me sigue con la mirada mientras me siento en el sofá que hay delante del suyo. No trato de ponerme cómodo; sería perder el tiempo. Me ofrece una diminuta taza de té, que me paso varias veces de una mano a otra. Tengo la sensación de sostener un dedal entre mis manazas. Cuando veo que va a ser imposible sujetar esa tacita con comodidad, me rindo y la dejo sobre la mesa dorada.

—Gracias —le digo al notar que sigue observándome.

Durante estas últimas horas, en lo único que he pensado ha sido en encontrar a Cami; no he dedicado ni un minuto a planear qué haría después. Supongo que ahora es un buen momento para hacerlo.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —me pregunta examinándome con desconfianza.

Su suspicacia está totalmente justificada. Me parece preferible obviar los detalles de cómo he forzado las cerraduras y he recorrido el piso de punta a punta buscando a Cami como si fuera un perro de caza olfateando un zorro.

—Cami me ha abierto la puerta. —No sé si me cree o no, así que opto por cambiar de tema cuanto antes—. ¿Sabía que su exmarido compró al exnovio de su hija y le pagó la rehabilitación?

Se ríe con los labios apretados mientras remueve el azúcar.

—No me extraña nada. ¿Lo sabe Camille?

—Todavía no se lo he contado. Hay muchas cosas que aún no me encajan.

—¿Como qué?

—Como quién está detrás de las amenazas a su hija. Desde el día en que Logan me contrató, he sabido que había algo que no cuadraba. Me ha estado ocultando información y, cuando se lo comenté, prescindió de mis servicios. Y no creo que la causa sea mi relación con Cami. Al menos, no creo que sea la única razón. Esconde algo, y pienso descubrir de qué se trata.

Ella alza mucho las cejas y se echa a reír.

—Debe de aborrecerte, Jake.

Hincho las mejillas y suelto el aire de golpe. Eso lo tengo muy claro. Ha pagado al desgraciado del ex de Cami para que me denuncie a la policía. El mismo que le ha pegado a ella más de una vez. Cualquier cosa le vale para quitarme de en medio, ya que yo no me dejo sobornar.

Sé que hay algo más que una simple desaprobación. Sé que tiene miedo de que descubra algo que no quiere que se sepa.

—El sentimiento es mutuo —replico—. Descubriré qué se trae entre manos; hasta entonces, Cami estará más segura conmigo.

Ella sonrío y no necesito más para saber que aprueba mi decisión. Me quito un peso de encima, aunque, en realidad, no sé si lo que le gusta es que su exmarido haya encontrado al fin a alguien que le plante cara, o que mis sentimientos por su hija sean sinceros. Supongo que un poco de cada.

—No me cabe duda —admite en voz baja.

Veo que Cami entra entonces en el salón.

—Hola —me saluda. Parece un faro emitiendo belleza luminosa cubierta por un sencillo vestido negro y sin rastro de maquillaje. El pelo le cae sobre un hombro y se lo peina con los dedos mientras camina.

—¡Bomboncito! —exclama su madre, que se levanta al mismo tiempo que yo. No me gusta que llame a mi ángel con un nombre tan tonto, y noto que a ella tampoco le hace gracia—. ¿Te apetece una taza de té?

Cami niega con la cabeza y se aproxima hasta quedar pegada a mi costado.

—Gracias por la ropa. —Se señala el vestido, lo que me permite echarle otro vistazo disimulado.

—De nada, cielo. Bueno, yo tengo que irme —anuncia la señora Bell—. Llego tarde. —Se acerca y le da a Cami un abrazo afectuoso—. Puedes quedarte el tiempo que quieras, bomboncito.

—No hace falta —replico, sin preocuparme por los sentimientos de la madre de Cami. No va a quedarse.

Camille me mira con curiosidad cuando su madre la suelta.

—¿En serio? —pregunta preocupada.

—En serio —le aseguro. Sé adónde voy a llevarla hasta que las cosas se aclaren. Ignorando su mirada curiosa, me vuelvo hacia su madre—. Ha sido un

placer.

Ella me sorprende dándome un abrazo. Me quedo inmóvil, con los brazos a los lados y el cuerpo en tensión.

—No subestimes a mi exmarido —me susurra al oído—, y no te atrevas a romperle el corazón a mi niña.

Mantengo la boca bien cerrada. No me engaño; sé que puedo hacerle mucho daño, más daño incluso que su ex. Y más que su padre. Por cómo me mira, sé que me ha puesto en un pedestal. No me lo merezco; no me la merezco. Si yo fuera su padre, también trataría de mantenerme apartado de ella.

Pero ya no hay remedio. Estoy demasiado enganchado a esa bellísima mujer. La desesperación que he sentido durante estas últimas horas me ha abierto los ojos: la amo demasiado para renunciar a ella. La amo tanto que duele. Sólo espero que ella me quiera lo suficiente para superar el shock cuando se entere de que no soy el hombre que cree que soy.

## Capítulo 24

### CAMI

Jake está tenso y nervioso hasta que llegamos a su Range Rover, aparcado en un callejón cercano. Tampoco se tranquiliza mucho más cuando ya estoy sentada en el coche. Sigue alerta, pendiente de todo mientras recorremos la ciudad en dirección a las afueras.

Y lo peor es que me está contagiando su nerviosismo y no puedo parar de mirar a todas partes, buscando coches de policía. Esta vez mi padre se ha pasado muchísimo. Cada vez que pienso en que ha pagado a Sebastian para que denuncie a Jake, siento ganas de vomitar. Me pregunto hasta dónde estará dispuesto a llegar para mantenerlo apartado de mí. Trato de entender sus motivos, busco algo que me permita justificarlo, cualquier cosa que sirva para diluir un poco el odio que siento por él en estos momentos, pero no encuentro nada. Jamás logrará separarnos. Juro que, si mantiene esa actitud, no volveré a hablar con él nunca más. Para mí, estará muerto.

Me vuelvo hacia Jake.

—¿Qué vamos a hacer con mi padre?

—Deja que yo me ocupe de eso —responde con frialdad.

Ha recuperado la compostura; parece hasta sereno. No lo entiendo.

—Jake, ¿quiere que te metan en la cárcel para alejarte de mí!

—Pero no lo va a conseguir.

Me quedo con la boca abierta. ¿No es consciente del poder que tiene mi padre?

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Confía en mí. —Alarga la mano y me aprieta la rodilla con delicadeza—. Tu padre no va a ganar, Cami.

Bajo la mirada hacia su mano. Su tacto cálido es reconfortante, pero no logra tranquilizarme del todo.

—Eres un excombatiente —murmuro—. Tú querías salvar el mundo, pero a él sólo le interesa controlarlo.

Le acaricio la cara, con su barba incipiente, y él me suelta la rodilla y apoya su mano sobre la mía, cerrando los ojos un instante. De pronto parece desanimado, sumido en sus pensamientos.

—Te quiero, ángel —me dice en voz baja, llevándose mi mano a los labios para darle un beso suave—. Más que a nada en el mundo.

Sonrío. Desearía poder expresar lo mucho que significa para mí, pero no encuentro las palabras adecuadas, y me limito a contestar:

—Ya somos dos. —Imitando su gesto, me llevo su mano a los labios y le beso los nudillos—. ¿Adónde vamos?

—A una casita que tengo en el campo; nadie la conoce.

—¿Vas a esconderme en el campo? ¿Hasta cuándo?

—Hasta que tu padre recupere la cordura.

Tengo que aguantarme para no echarme a reír.

—Pues me temo que no voy a salir nunca de allí —susurro, y me echo hacia atrás en el asiento, relajándome.

Él me dirige una sonrisa burlona.

—Pues te quedarás allí para siempre.

Me encojo de hombros sin inmutarme.

—Por mí, bien.

Tras dos horas de viaje, tomamos una diminuta carretera comarcal, bordeada por setos a lado y lado. Veinte minutos más tarde, seguimos de camino; la carreterita parece no tener fin, así como las curvas a un costado y a otro. Por

suerte, no nos hemos encontrado a ningún otro conductor de cara, porque la vía es tan estrecha que no pasarían dos coches al mismo tiempo. Vamos, ni siquiera pasaría una bicicleta.

Hasta donde alcanza la vista, sólo hay campos; campos vacíos, sin vacas, ni ovejas, sin vida. Me mantengo en silencio mientras Jake conduce sin esfuerzo el Range Rover por la estrecha carretera. Parece saber dónde se encuentra cada bache, cada hoyo y cada protuberancia del camino. Empezamos a subir una colina bastante empinada. Las nubes se acercan cada vez más, hasta que al fin llegamos a la cumbre y descendemos por el otro lado, que es igual de empinado. Miro a Jake de reojo y lo veo más relajado; no queda en él ni rastro de la tensión que padecía en la ciudad. Cuando veo que sonrío, miro al frente para ver qué le ha provocado esa señal de felicidad. Y me quedo boquiabierto.

¿Una casita en el campo? A lo lejos se alza orgullosa una casa, rodeada por otros edificios más modestos: un garaje, un cobertizo, varios establos y graneros. Es una edificación grande, de color crema, con puertas y ventanas de madera oscura. El portón principal es enorme, espectacular.

—¿Una casita? —le pregunto con ironía.

—Sólo tiene cuatro habitaciones. Parece más de lo que es. —Traza una curva cerrada, que me obliga a ladear el cuello para no perder de vista la casa—. Lo mejor es que el vecino más cercano está a veinticinco kilómetros de aquí.

—Qué sociable eres —musito mientras toma otra curva. Estamos en medio de ninguna parte—. No pareces un granjero.

—No lo soy.

—Entonces, ¿por qué tienes establos y graneros?

—Ya estaban aquí. Compré la casa porque fue la más recóndita y aislada que encontré.

—Y ¿por qué tenía que ser recóndita y aislada? —pregunto tratando de sonar despreocupada, aunque por dentro me muero de curiosidad.

Él detiene entonces el coche y apaga el motor antes de volverse hacia mí. Su sonrisa irónica me dice que sabe que me muero de ganas de acribillarlo a preguntas.

—Porque sabía que un día conocería a una preciosa princesa que necesitaría que la protegiera de su malvado padre.

Entorno los ojos.

—No tiene gracia.

—¿No te parece bien que trate de aligerar la situación con un toque de humor?

¿«La situación»? Odio que nos encontremos en una «situación». Odio a mi padre.

—Odio que hayamos tenido que huir.

Jake baja del coche, lo rodea y me abre la puerta. Me da la mano y me ayuda a bajar.

—Tu padre me ha echado a la policía encima, Cami. No pienso quedarme en Londres esperando a que me encuentren. Nos quedaremos aquí hasta que las cosas se aclaren.

—Y ¿qué piensas hacer para que se aclaren? —le planteo, dejando a regañadientes que me empuje en dirección a la puerta principal.

—Estoy trabajando en ello. —Abre la puerta y deja a la vista un enorme vestíbulo cuadrado, con puertas que llevan a varias estancias y una escalera que sube a la primera planta.

La realidad de la «situación» se abre camino en mi mente. Tal vez no sea tan malo que hayamos tenido que huir. Jake y yo, solos, en medio de la nada. Tal vez no sea tan urgente que se ocupe de solucionar las cosas. La idea de quedarme encerrada aquí con él en un futuro inmediato me resulta de lo más atractiva.

—¿Hay muchas cosas para hacer por aquí? —lo interrogo mirando a mi alrededor.

—A mí se me ocurren un montón. —Se acerca a mí y se pega a mi espalda, provocándome una sonrisa—. Tú y yo solos, sin nadie que nos moleste... — Me besa el cuello, lo que me causa una interesante reacción entre las piernas. Me estremezco, suspiro y me apoyo en su pecho—. Pero, antes, te llevaré a cenar fuera.

Frunzo el ceño. No he visto ninguna señal de civilización en muchos kilómetros a la redonda.

—¿Adónde?

—Yo me ocupo de eso. —Me da la vuelta entre sus brazos y me mira, como si quisiera memorizar cada milímetro de mi cara. Lo dejo hacer, porque yo también disfruto absorbiendo la visión de su rostro. Se lo ve feliz, relajado, algo que no es habitual en él—. Esta noche quiero que nos olvidemos de todo. Nada importa, sólo tú y yo.

Se inclina hacia mí y se apodera de mis labios con delicadeza, separándolos con besos suaves.

Gimo y me rindo feliz a la sensualidad del beso, pero ¿qué pasará después de esta noche? ¿Qué nos espera?

Jake me conduce a un dormitorio, una estancia enorme con techos altos e intrincadas molduras. Un candelabro de cristal cuelga sobre la cama, impecablemente hecha. Las paredes están cubiertas con un cálido papel pintado que tiene terciopelo repujado en relieve. Hay una chimenea abierta, con los troncos preparados. Es suntuoso, pero no excesivo y, sobre todo, es muy acogedor. No se parece en nada a la decoración práctica y minimalista de su loft industrial en Londres.

Cuando me deja sola para que me arregle para la cena, entro en el baño de la habitación y veo una bolsa de viaje que me resulta familiar. Al abrirla, encuentro ropa y cosméticos que estaban en mi casa. ¿Cómo lo ha hecho?

Alzo la cara, me miro al espejo y me pierdo en mis pensamientos. Estamos solos Jake y yo en esta gran casa de campo, en medio de una gran finca, donde nadie nos va a molestar. Empiezo a sonreír, pero me pongo seria cuando me doy cuenta de que Heather no sabe dónde estoy. Se va a preocupar; tengo el teléfono desconectado y estoy segura de que me ha estado llamando.

—Mierda.

Vuelvo al dormitorio, encuentro el teléfono en la cama y, en cuanto lo conecto, empieza a sonar. Tengo un montón de llamadas perdidas. No hago caso de las de mi padre y llamo a mi mejor amiga.

Contesta al primer tono.

—¡Cami, hay una foto tuya y de Jake en las revistas! —me avisa sin

saludar.

Pero eso no me pilla por sorpresa. Lo que me sorprende es que haya tardado tanto en enterarse; normalmente Heather es de las primeras en enterarse de todo lo que pasa en Londres.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—Sí, y mi padre también.

—Mierda.

—Sí, no le ha hecho ninguna gracia. —La pongo al día. Algunas de las cosas que le cuento ya las sabía, pero otras no—. Pagó a Sebastian para que denunciara a Jake.

—¿¡Qué?! —exclama con la voz tan alta que me retumba en el oído—. Y ¿por qué ha hecho eso?

—Porque quiere librarse de Jake. —Suspiro—. Pero yo no.

—Mira, la que no se había enamorado de su guardaespaldas...

—Muy graciosa, zorra.

—Ésa soy yo. —Es su turno de suspirar—. ¿Dónde estás?

Miro a mi alrededor y veo una ventana. Me acerco y echo un vistazo a los campos.

—No lo sé —admito.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Estoy con Jake. La policía lo está buscando, así que nos hemos ido de Londres. No volveremos hasta que se haya aclarado todo.

—¿Eres una fugitiva?

Se me escapa la risa.

—Supongo que sí. —Lo que no tengo muy claro es de quién estoy huyendo.

—Oh, qué mierda, Cami. ¿Por qué tu padre tiene que ser tan capullo?

—No lo sé. —Aspiro prolongadamente, apretándome la sien con los dedos—. Si alguien te pregunta, no has hablado conmigo, ¿vale? Sobre todo, si es mi padre.

—¡Por supuesto! —replica ofendida.

—Gracias, te llamo mañana.

—Más te vale.

Cuelgo, desconecto el teléfono otra vez y lo tiro en la cama. Luego vuelvo al baño para arreglarme lo más rápido posible y volver junto a Jake. Durante las últimas horas hemos estado prácticamente pegados. Permanecer a más de un metro de distancia de él me parece demasiado.

No sé qué ponerme. Sé que vamos a cenar fuera, pero ¿dónde? ¿Había algún restaurante por el camino que se me ha pasado por alto? Desciendo descalza los escalones de madera, con los zapatos de plataforma en una mano y las bailarinas en la otra, aguzando el oído mientras busco a Jake. Llevo un vestido gris, de bajo ancho e irregular, con los tirantes finos y una cenefa en el dobladillo. Según adónde piense llevarme, haré que mi look sea más o menos informal gracias a los complementos.

—¿Jake? —lo llamo al llegar al pie de la escalera.

Al no recibir respuesta, me dirijo a la cocina, decorada al estilo rústico, pero allí no hay nadie. Frunzo el ceño y doy media vuelta para buscarlo en el salón, pero la acogedora sala está desierta.

—¿Dónde estás? —pregunto al aire, retrocediendo de nuevo hasta el vestíbulo.

Me quedo quieta unos segundos, preguntándome adónde ir a buscarlo. Se me ocurre que tal vez me esté esperando fuera, quizá en el coche, y me acerco a la puerta.

Entonces veo que hay un trozo de papel pegado en la madera. Me aproximo con curiosidad y leo la primera línea:

*Coge este papel y sigue las instrucciones.*

Sonrío y lo descuelgo de la puerta antes de seguir leyendo:

*Baja por la carretera. Encontrarás un hueco en el seto entre dos robles. Sigue el camino hasta que llegues a un enorme árbol caído. Allí encontrarás más instrucciones.*

*Un beso,*

*Jake*

La idea de ir a la caza del tesoro me resulta de lo más emocionante..., porque el tesoro es Jake.

Suelto los zapatos de tacón y me pongo las bailarinas. Sin entretenerme más, salgo de la casa y no me cuesta nada localizar los dos robles que mencionaba en la nota.

Corro con una sonrisa en la cara y, al cruzar el seto, me encuentro en un bosque muy frondoso, aunque aún se distinguen las trazas del camino. Lo recorro a toda prisa, con cuidado de esquivar las ramas que aparecen de vez en cuando.

Me siento como si estuviera en un cuento de hadas. La bóveda que forman las copas de los árboles permite el paso de los últimos rayos de luz del día. Al cabo de un rato, llego a un claro del bosque. En el centro hay un árbol caído. Es enorme y se le está desprendiendo la corteza. Parece que lleve ahí mucho tiempo, tal vez cien años. Veo otra nota clavada en el tronco.

Nerviosa porque estoy más cerca de Jake, corro hasta el tronco y la arranco.

*Un día te follaré contra este viejo tronco. Mira a la derecha: hay un abedul. Déjalo atrás y sigue el sendero hasta que llegues a un rosal de rosas rojas. Las siguientes instrucciones te esperan allí. Cuidado con las espinas.*

*Un beso,*

*Jake*

Me llevo el papel a la boca y le rompo una esquina de un mordisco, frustrada. En vez de echar a correr hacia el abedul, me quedo quieta. Tal vez si me quedo aquí, se harte de esperarme y venga a buscarme. Y, tal vez, lo convenza para que convierta «otro día» en «este día» y me folle contra el tronco hoy mismo.

Doy una vuelta en redondo, lentamente, absorbiendo la belleza que me rodea. Es asombroso. Un bosque perdido, lleno de enormes árboles

centenarios, donde no llegan sonidos de la civilización. Todo es tranquilo, pacífico, naturaleza pura. No hay coches, ni casas, ni polución. Podría quedarme aquí eternamente. ¿Por qué no lo hacemos? Podríamos casarnos, tener hijos y criarlos en este refugio, lejos de la ciudad y del mundo exterior. Me muerdo el labio y pienso que me estoy dejando llevar por el entusiasmo. ¿O no?

Corro hacia el abedul, lo dejo atrás y continúo por el camino. Casi no me fijo en el sonido que hacen las ramas al romperse a mi paso. Tengo unas ganas locas de encontrar a Jake, de lanzarme a sus brazos y de perderme en él, de que no exista nada más que él. Él, su fuerza y su pasión.

Veo el rosal a lo lejos. El rojo de sus flores me atrae como si fuera un imán. Es enorme. Es un símbolo de belleza inglesa en medio de la naturaleza salvaje. Más despacio, me acerco y veo una blanca nota de papel que resalta contra el fondo de flores y espinas. Me está esperando. Me detengo y me pregunto qué dirá esta nueva nota. Las flores escarlatas están totalmente abiertas y desprenden un aroma embriagador que me empuja a acariciar los pétalos sedosos de una de ellas y acercármela a la nariz. Inspiro con los ojos cerrados. Siento una gran calidez en todo el cuerpo. Estoy calmada, serena. Suelto la rosa y cojo la nota con cuidado de no clavarme ninguna espina, aunque no puedo evitar que el papel se enganche en alguna antes de poder leer lo que hay escrito.

*Este lugar es mi refugio secreto. Ahora también es el tuyo. Todo lo que tengo es tuyo.*

*Te quiero. Más de lo que nunca imaginé que pudiera amar.*

*Coge una rosa y pónstela en el pelo. Luego sigue el camino hasta que llegues al precioso arce rojo.*

*Un beso,*

*Jake*

Me llevo la nota a la nariz y aspiro profundamente, como si así pudiera absorber sus palabras. Me ama. Todo lo que tiene es mío, aunque lo único que quiero y necesito es su corazón. Su paz.

Con cuidado, cojo la rosa más grande que encuentro. Se separa del tallo con facilidad, como si quisiera ayudarme en mi tarea. Me coloco la burbuja de pétalos rojos como el rubí detrás de la oreja y la sujeto con un mechón de pelo.

Vuelvo al camino y lo sigo, sin parar de sonreír. Me abro paso entre los árboles, sin abandonar nunca el sendero. Cuando llego al enorme árbol que me indicaba en la nota, me quedo sin aliento. Las hojas son tan rojas como la rosa que llevo en el pelo. Hay otra nota clavada en el tronco. Por primera vez desde que he salido de la casa, me pregunto cuántas notas más habrá. Estoy empezando a perder la paciencia. Me apresuro a leerla:

*No sé qué te habrás puesto para la cena, pero da igual: quitatelo. Quitatelo todo.*

Ahogo una exclamación. Mi cuerpo entero vibra, lleno de vida.

*Hay un claro pasado el arce que te conducirá hasta mí. Date prisa.  
Un beso,*

*Jake*

Trago saliva y suelto el bolso y la nota. Miro a mi alrededor mientras me quito los zapatos y busco el dobladillo del vestido. Esto es una locura. Aunque estamos solos y nadie puede verme, no consigo librarme de la sensación de estar haciendo algo prohibido. No hace frío. El sol del atardecer aún se cuela entre las copas de los árboles. El fresco de la noche todavía no se ha instalado en el ambiente.

Pero, aun así, se me endurecen los pezones cuando me quito el vestido por encima de la cabeza. Lo dejo caer al suelo y me muerdo el labio mientras comienzo a bajarme las bragas. No puedo evitar volver a mirar a mi alrededor por si hay alguien mirando. Me echo a reír al imaginarme a las ardillas y los pájaros preguntándose qué demonios pasa y quién es esa chica que se está desnudando en su bosque.

Levanto los pies para acabar de quitarme las bragas y las dejo en el suelo

mientras busco entre la vegetación el claro indicado. Cuando lo encuentro, sonrío. Vuelvo a colocarme la rosa detrás de la oreja y me dirijo hacia allí, con el corazón más acelerado a cada paso.

Atravieso la densa vegetación con cuidado para no llenarme de arañazos. Me retuerzo y esquivo arbustos y ramas dirigiéndome hacia la luz, que entra libremente en el claro. Acelero el paso y contengo el aliento hasta que dejo atrás la vegetación que me ha tenido aprisionada en sus garras encantadas demasiado tiempo.

—¡Oh, Dios mío! —susurro entrando en el claro.

En realidad, sigue formando parte del bosque, pero los árboles están más separados. Los troncos son más delgados, sus cortezas son menos rugosas y están distribuidos de manera más espaciada, formando hileras rectas. Bajo la vista al suelo y sonrío, maravillada por el mar azul que se extiende a mis pies. Todo está cubierto por flores azules, jacintos de los bosques. Intento asimilarlo, pero es difícil asumir tanta belleza escondida en este refugio secreto.

Al notar movimiento a mi espalda, me vuelvo. Por un momento, me he olvidado de qué estoy haciendo aquí. Me llevo la mano al pecho, sobresaltada, al ver a Jake.

Está detrás de mí, sonriendo, y su esbelto cuerpo está tan desnudo como el mío.

## Capítulo 25

### JAKE

Parece un espejismo; algo que sólo puede haber salido de la imaginación más desbordada. Tengo la sensación de llevar toda una eternidad esperándola. He estado varias veces a punto de ceder a la tentación de ir a buscarla. Llevo imaginándome esto toda la tarde, desde que entramos en el desvío de la carretera que lleva a mi refugio secreto. Esta parte de mis tierras parece salida de un libro de cuentos. Es el marco ideal para mi ángel. Parece que llevara todo este tiempo esperando a que ella apareciera.

La brisa agita las hojas. La luz del sol llega con más facilidad a esta zona más clara del bosque que rodea mi hogar. La alfombra de jacintos que me envuelve es vibrante, fascinante. Me recuerda a Camille. Sus ojos azules brillan asombrados, maravillados, y su esbelto cuerpo está quieto pero lleno de vida.

Doy un paso adelante y ladeo la cabeza. Intento relajar los músculos; estoy tan tenso que empiezan a dolerme. No sé por qué estoy tan tenso. Sé que aquí está a salvo. Puede recorrer mis tierras y pasar el rato en mi casa sin tenerme pegado a su espalda en todo momento. Sin embargo, eso no ha hecho que la espera resultara más fácil. Estaba ansioso, y la razón es más profunda que la preocupación por su bienestar.

Cuando está lejos de mí, siento un dolor en lo más hondo de mi ser que

nunca me abandona. Necesito tenerla cerca por puro egoísmo; porque cuando estamos separados me siento incompleto.

Su piel es perfecta y resplandeciente. Los montículos de sus pechos respingones me llaman. Lleva una rosa detrás de la oreja, tal como le pedí. Es una visión de belleza pura y exquisita.

Me aproximo a ella y me encanta ver que, cuanto más me acerco, más le late el corazón. Sus ojos no se apartan de los míos. Nunca me había sentido tan vivo: el corazón nunca me había latido con tanta fuerza; jamás había sentido esta necesidad de poseer a alguien. Es mía y será mía durante toda la noche. Hasta mañana puedo olvidarme de los problemas del mundo. Mañana me ocuparé de todo. Me ocuparé de arreglar el tema de su padre, pero también le hablaré de mí. Espero que, tras esta noche, Camille tenga claro hasta qué punto la amo y sea capaz de perdonarme por haberle ocultado tanta información.

Me está mirando en silencio, mientras yo absorbo la belleza de su rostro.

—Me has encontrado —le digo con la voz ronca.

Le apoyo la mano en la cadera y la sujeto por la nalga.

—Siempre te encontraré. —La voz de Cami suena tan ronca como la mía. Alza una mano y la apoya en mi corazón, que canta de felicidad—. Este lugar es precioso.

—También es tuyo; todo es tuyo.

Bajo la cabeza y capturo su boca mientras la abrazo. No cierro los párpados porque no quiero renunciar al sorprendente brillo de sus ojos azules. Con besos suaves, me abro camino entre sus labios y luego le meto la lengua lo más hondo que puedo, tragándome sus gemidos. Mi polla se sacude, pidiéndome a gritos que le dé lo que necesita, pero va a tener que esperar. Tengo otros planes y todavía no ha llegado el momento de sumergirme en ella.

Aflojo la intensidad del beso y me separo de ella suavemente, aunque tengo que emplear más fuerza cuando Cami me agarra por la nuca para impedirlo.

—Paciencia, ángel —murmuro sonriendo al oírla refunfuñar.

—¿Me estás esperando aquí, desnudo, y me pides que tenga paciencia? — Su voz suena totalmente exasperada; me encanta.

Le acaricio la mejilla.

—Quiero hacerlo durar.

La empujo hasta separarla de mí y, por encima de su hombro, señalo hacia el pequeño claro circular donde he colocado una manta.

Ella me dirige una sonrisa ladeada y una mirada curiosa antes de volverse a mirar por encima del hombro. Contiene el aliento un instante.

—¿Un pícnic? —pregunta, volviéndose hacia mí con tanta rapidez que los mechones sueltos le fustigan la cara.

Aunque no lo entiendo ni yo, noto que se me calientan las mejillas. ¿Me estoy ruborizando?

—Sí, un pícnic. —La levanto en brazos y ella chilla en mi oído sorprendida—. Voy a darte de comer, voy a tocar y a lamer cada centímetro de tu cuerpo, y luego te haré el amor de la manera más dulce y más loca.

Se aferra a mis hombros y me mira encantada.

—¿Te has ruborizado, Jake Sharp?

—Yo no me ruborizo. —Dejemos las cosas claras antes de que se haga una idea equivocada—. Eres tú la que se va a ruborizar dentro de nada.

Me dejo caer al suelo de rodillas, sin soltar a Cami, y busco un buen sitio donde dejarla, junto a la cesta que contiene champán, fresas y fiambres. ¿Un pícnic en el claro de los jacintos? Si me lo hubieran dicho hace un tiempo, no me lo habría creído.

Pero necesitaba sacarla de la ciudad y llevarla a un lugar lo suficientemente apartado de la civilización donde nadie nos molestara. Necesito demostrarle lo importante que es para mí.

La deposito con cuidado sobre la manta y le estiro los brazos por encima de la cabeza, recorriendo con la mirada el cuerpo extendido ante mí. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Cada parte de su cuerpo me llama, y el mío responde a su llamada. Me cuesta un gran esfuerzo ignorar sus gritos y centrarme en mi objetivo. Ella no hace nada para ponerme las cosas difíciles; se limita a mirarme, inmóvil, pero tomar la botella de champán en vez de sus pechos me cuesta un gran esfuerzo. Me siento sobre los talones y quito el protector metálico del tapón, mirándola de vez en cuando para ver hacia adónde dirige la vista. Tal como sospechaba, me está recorriendo el torso con deseo, mordiéndose el labio inferior.

—No he visto copas —comenta cuando descorcho la botella y tapo la boca con el pulgar para evitar que se derrame demasiado.

—No las necesitamos —asevero.

A continuación, inclino la botella y un chorro de champán le salpica el vientre. Camille ahoga una exclamación y arquea la espalda sorprendida. El movimiento hace que los pechos se le eleven; tiene los pezones erectos. Me tumbo a su lado y la miro a los ojos antes de agachar la cabeza y buscar el riachuelo de champán que le recorre el costado. Lo resigo con la lengua hasta llegar a su vientre.

—¡Joder! —exclama agarrándose a la manta con las dos manos y arqueando un poco más la espalda.

—¿Te gusta, ángel? —le pregunto, rodeándole el ombligo con la lengua.

—¡Sí!

La combinación de la calidez de su piel y del frescor del champán crea un delicioso contraste en mi boca. Vuelvo a inclinar la botella con cuidado, dejando caer el líquido sobre sus pechos mientras mi lengua desciende por su vientre hasta llegar al vértice entre sus muslos. Ella empieza a temblar, y murmura palabras incoherentes a las copas de los árboles.

Pero esto no es nada. Acabo de empezar. Doy un sorbo y guardo el líquido en la boca. Dejo la botella a un lado antes de cambiar de posición y colocarme sobre ella. Me apoyo en las manos y espero a que abra los ojos. Mi erección sobresale y le roza las costillas. Con la boca llena, no puedo ordenarle que abra los ojos, así que muevo las caderas, clavándole la polla en la barriga. Funciona. Abre los ojos al instante y me dirige una mirada desesperada. Separo un poco los labios, dejando caer unas gotas en su boca. Ella abre más aún los ojos ilusionada y levanta la mano de la manta. Cuando niego con la cabeza, hace un mohín. Es adorable, y me cuesta la vida no escupir el champán y tomarla sin contemplaciones.

«¡Hostia, contrólate, Jake!»

Se pasa la lengua por los labios. La muy descarada se pasa la jodida lengua por los labios lentamente, a propósito, para provocarme. Dejo escapar unas cuantas gotas más que caen hacia sus labios, pero esta vez está preparada y abre la boca, capturándolas. Las traga lentamente y vuelve a empezar,

relamiéndose. La visión es irresistible. El corazón me late con fuerza en el pecho y mi erección clama por aliviarse. Soy un imbécil por pensar que iba a poder salirme con la mía. Quería tentarla, provocarla, volverla loca de deseo, pero me ha salido el tiro por la culata. Me trago el champán que me queda en la boca y sacudo la cabeza, sorprendido una vez más por la capacidad que tiene esta mujer de hacer añicos mi disciplina.

—¿Está rico? —susurra alzando las caderas para clavarse en mi entrepierna.

Dejo caer la cabeza y me encojo en un ridículo intento de alejarme de ella.

—Para, ángel —la aviso, cerrando los ojos con fuerza.

—Párame tú —replica, provocándome con su voz aterciopelada.

—¡Mierda!

Me rindo al magnetismo que atrae mi cuerpo hacia el suyo. Cuando nuestras pieles se rozan, levanto los brazos y uno nuestras manos por encima de su cabeza. Hago rodar las caderas hasta encontrar su húmeda abertura y empujo. Aunque sólo entro un poco en su interior, me quedo sin aliento.

Ella gime y se arquea bajo mi peso de manera deliciosa.

—¡Jake!

Sólo la he penetrado un poco, pero sus músculos internos se contraen con fuerza, tratando de atraerme. Inspiro hondo y rompo a sudar.

—¡Hasta el fondo, Jake, por favor! —ruega mientras lucha por liberar los brazos.

Oírla suplicándome con esa desesperación es superior a mí, y me rindo. Echo las caderas hacia delante hasta que toco fondo.

—¡Oh, Dios! —exclamo entre jadeos, uniendo la frente a la suya—. Camille...

Todo mi cuerpo tiembla con una necesidad tan profunda que no sé qué coño hacer con ella.

—Estás temblando —resuella mirándome a los ojos. Su mirada es tan profunda que estoy convencido de que puede ver la oscuridad de mi alma.

Trago saliva para librarme del nudo que se me ha formado en la garganta y empiezo a moverme sobre ella, lenta y suavemente, disfrutando de los gemidos y los gritos que salen de su boca. Sus sonidos de placer son el afrodisíaco más

potente que conozco, pero intento mantener un ritmo lento y regular.

—Yo... Yo... —Me quedo sin palabras. Estoy abrumado.

Nunca me había sentido así, ni siquiera estando con ella. Tal vez sea porque me encuentro en un lugar tan especial para mí. O tal vez sea porque por fin sé lo que tengo que hacer. Por fin he aceptado lo que hacía tiempo que quería hacer pero no me atrevía. No sabía si tendría las fuerzas necesarias para hacerlo porque no creía en mí. Cami me ha dado la fuerza que necesitaba y, además, me ha dado claridad. Tengo que arreglar muchas cosas en mi vida.

—Tú, ¿qué? —me pregunta en un ronco susurro, respondiendo a mis movimientos de cadera, uniendo nuestros cuerpos a la perfección.

—Yo... te amo tanto, joder.

Es que no lo entiendo. No logro asimilar la intensidad de los sentimientos que despierta en mí. La emoción me sobrepasa, se me clava en el corazón como una puñalada, me duele físicamente. Le suelto los brazos y tomo su cabeza entre las manos mientras ella me rodea la cintura con las piernas.

—Ya somos dos.

Me agarra del pelo y tira de él, uniendo el descaro de su gesto al descaro de sus palabras. Empieza a mostrar signos de estar al borde de un orgasmo. Tiene un brillo frenético en la mirada. Asiente, como si pudiera leerme la mente, avisándome de que está a punto.

Mierda, verla derretirse de placer bajo mi cuerpo es la mejor experiencia de mi vida. Saber que yo soy el causante de ponerla en este estado hace que sea mucho más gratificante.

Yo también asiento, con la mirada fija en la suya. Necesito saber el instante exacto en que echa a volar. Acelero el ritmo de las embestidas, siguiendo el impulso instintivo que llevará al éxtasis que ambos necesitamos y que sólo yo puedo proporcionarnos.

Estoy a punto. Tengo todos los músculos en tensión y la mandíbula muy apretada. La sangre late con fuerza en mi polla rígida, animándome a seguir.

Cami me dirige una mirada asustada y aprieta las piernas con más fuerza.

—Baja las piernas —le pido, sabiendo que eso nos hará perder el control. Ella me recorre el cuerpo con las pantorrillas al obedecerme, grita y aprieta los dientes. Toso, porque esta nueva postura me roba la capacidad de respirar

—. ¡Oh, Dios...!

Las primeras sacudidas del orgasmo empiezan a apoderarse de mí. Cami cierra los párpados, impidiéndome ver sus ojos.

—Ábrelos —le ordeno secamente.

Ella gruñe, pero me obedece.

—Necesito verte.

Cami jadea, acariciándome la cabeza frenéticamente antes de bajar las manos a mi espalda.

—Te veo —susurra un instante antes de perder el control y convulsionarse violentamente.

Sus palabras y su reacción me arrastran. Suelto el aire entre los dientes apretados mientras los espasmos recorren mi polla antes de verter en ella todo lo que tengo. Mi cuerpo se rinde al poder del placer, cayendo sobre sus curvas, amoldándome a ellas. Las sensaciones que se apoderan de mi cuerpo me dejan la mente en blanco y hacen que se me encojan los pulmones. Me siento indefenso, pero, al mismo tiempo, nunca antes me he sentido tan fuerte. Me siento secuestrado por una fuerza tan poderosa que no puedo rechazarla.

Noto que ella se relaja y logro levantar la cara lo mínimo para poder verla. Está exhausta. Tiene los ojos cerrados y la cara vuelta hacia un lado. Ya no me abraza. Sus brazos, largos y esbeltos, están extendidos a los lados. Las únicas muestras de que está viva son el latido de su corazón, que golpea contra mi pecho, y la contracción de sus músculos internos, que me están dejando seco. La observo unos instantes, sintiéndome jodidamente emocional. Me ha convertido en una nenaza. La odio por ello, pero, sobre todo, la amo por ello.

Ha hecho que vuelva a sentir, lo que me aterra porque volver a sentir significa que puedo volver a sufrir.

Suspiro, satisfecho pero preocupado, y oculto la cara en su cuello cubierto de sudor. Me acomodo sobre ella, manteniéndola aprisionada. No pienso dejarla ir a ninguna parte. Al menos, hoy. ¿Qué pasará mañana? ¿Qué pasará cuando mis fantasmas queden al descubierto?

## Capítulo 26

### CAMI

Moverme es impensable; hablar también. Lo único que puedo hacer es sentir y, en medio de la extenuación, logro encontrar la energía necesaria para disfrutar. Llevo perdida en este estado de semiconsciencia desde hace..., ni lo sé, pero me da igual, porque él sigue sobre mí, respirando en mi cuello.

No estoy muy segura de lo que ha pasado. No han faltado las sensaciones y los sentimientos habituales, pero esta vez ha habido algo más. No sé describirlo. Jake parecía estar totalmente calmado y controlado, hasta que, de pronto, algo cambió y se dejó llevar por la desesperación, arrastrándome con él. Me hizo el amor como si pensara que nunca más iba a poder hacerlo.

—¿Te consume igual que a mí? —me pregunta en voz baja, inmóvil sobre mi cuerpo—. ¿Te consume hasta que piensas que nunca te liberará? —Se apoya en las manos y se eleva lentamente hasta que puede mirarme a los ojos. Parece confundido. Su precioso rostro es puro y perfecto; sus ojos brillan—. Dime que sientes lo mismo; dime que no estoy solo en esto.

Si necesita oír las palabras en voz alta, se las diré. Si es lo que necesita, se las repetiré todos los días, hasta que no necesite oírlo para saberlo. Doblo los brazos y los coloco debajo de la nuca, a modo de almohada.

—No estás solo —le digo observándolo para comprobar su reacción. Sin perder ese aire de perplejidad, sonrío un poco—. ¿Podemos quedarnos aquí?

—¿En el bosque de jacintos?

—En tu casa —lo corrijo.

Me quedaría gustosa a vivir justo en este lugar, pero eso sería un sueño tonto. En cambio, lo que le estoy pidiendo no es ninguna tontería. No hay ninguna razón que nos impida quedarnos a vivir aquí para siempre, escondidos del resto del mundo, solos él y yo.

Pierde la mirada en el horizonte, como si se lo estuviera planteando.

—Tenemos asuntos de los que ocuparnos —anuncia, más para sí mismo que para mí.

A pesar de todo, le replico:

—No, no es obligatorio. —Estoy convencida de ello, pero la mirada de Jake me indica que no debería estarlo tanto. Me mira desde arriba; parece indeciso—. Nadie sabe que estamos aquí y no tienen por qué saberlo —añado en un susurro.

—¿Quieres vivir sabiendo que hay temas sin resolver que podrían explotarte en la cara en cualquier momento?

—No hay ningún tema sin resolver —repongo más secamente de lo que me gustaría.

Espero no tener que volver a ver a mi padre en la vida. Mamá podría venir a visitarme aquí. O podríamos hablar por Skype. Y no puedo evitar imaginarme con Heather, revisando diseños en la gran mesa de la cocina de Jake... O incluso convertir uno de los edificios anexos a la casa en un taller. Sería genial, ¡sería perfecto! Londres está a un par de horas de aquí. Totalmente factible.

Jake suspira con desaliento.

—La policía me está buscando, Cami. No quiero que haya nada que se interponga entre nosotros. Quiero tener el camino despejado, ángel. Quiero que puedas desarrollar tu carrera sin obstáculos. Quiero que estemos juntos y que seamos felices.

—¿Y si el camino nunca está despejado del todo? Mi padre es un cabrón implacable; lo conozco bien. No sabe perder.

—Lo estará —afirma, pero no logra tranquilizarme. Tal vez mi opción sea cobarde, pero también es la más sencilla—. Todo saldrá bien.

Esta vez no suena tan convencido. Además, aparta la mirada, lo que confirma mis dudas.

Me sentía extraordinariamente protegida, pero cuando lo veo dudar, manteniendo una lucha interna, me lo cuestiono todo. De repente, me siento desprotegida y empiezo a darle vueltas a la cabeza. La situación con mi padre no es para tirar cohetes, pero ¿por qué de pronto tengo la sensación de que hay algo más?

Me viene a la mente el portarretratos plateado y la cara sonriente de Jake.

—¿Quién es ella?

A pesar de lo vaga que es mi pregunta, de inmediato sabe de qué le estoy hablando. Lo noto porque se tensa sobre mí, y empiezo a mordirme el labio nerviosa.

Su rostro permanece imperturbable, pero los ojos se le oscurecen y niega con la cabeza.

—Jake, ¿quién es? —repito sin hacer caso de las señales que me indican que cambie de tema.

En un abrir y cerrar de ojos, se ha levantado, dejándome desnuda y helada sobre el suelo del bosque.

—Las cosas no siempre son como parecen, Cami —declara con los dientes apretados—. No te creas todo lo que ves.

Se dirige a un montón de ropa, coge los vaqueros y se los pone con rabia.

Me incorporo y me abrazo las piernas, sintiéndome pequeña y muy idiota. Observo con recelo cómo tira de la bragueta tratando de abrocharse los botones con manos temblorosas.

—Pues dime en qué puedo creer —le ruego.

Él inspira hondo y se vuelve hacia mí.

—Aún no estoy listo para compartir contigo esa parte de mí.

Siento que me atraviesa un gran dolor. Bajo la vista al suelo porque no quiero que se dé cuenta. Vale, o sea que tiene algo que contarme pero no quiere hacerlo. Me parece muy injusto: él lo sabe todo de mí. Sabe hasta lo que me hizo Sebastian. Confié en él, a pesar de que nunca había hablado con nadie de los brotes violentos de Seb; sólo con Heather. No soportaba la idea de que la gente pensara que era débil.

Podría levantarme y largarme de aquí. O podría exigirle que me contara lo que me oculta y no parar de insistir hasta que hablara.

Podría, pero no lo haré.

Tal vez mi subconsciente me esté diciendo que estoy mejor sin saberlo. Le hace daño pensar en ello, y eso en sí ya es significativo. Cualquiera persona que haya logrado causarle un dolor tan grande me hace daño a mí también. No por él, sino porque, de un modo egoísta, lamento que alguien haya tenido un poder tan grande sobre él. Alguien tuvo ese efecto sobre él y, de algún modo, lo sigue teniendo.

—¿Ángel?

Vuelvo la cara en su dirección. No estoy llorando ni hago ninguna mueca de enfado o de ofensa. Simplemente lo miro.

—Lo entiendo —le digo, aunque no es verdad.

Dejo de insistir porque, en el fondo, no quiero pensar que existía antes de conocerme. No quiero pensar que fue un soldado; básicamente, no quiero pensar que era alguien distinto del Jake que conozco. Prefiero pensar que era una sombra. O que siempre ha sido mío.

Estoy hecha un ovillo en el suelo, perdida en mis pensamientos, cuando Jake se acerca, me agarra por los brazos y me ayuda a levantarme.

—No hemos cenado —comenta, cambiando de tema hacia otro mucho más trivial pero más apetecible, aunque ahora mismo no tengo ni gota de hambre.

No se lo digo, porque eso llamaría su atención hacia el mareo que se ha apoderado de mi estómago y que trato de ignorar con todas mis fuerzas.

—Pues cenemos. —Me obligo a sonreír y disfruto con la sonrisa que recibo a cambio.

—Siéntate.

Tira de mí, me sienta en la manta y empieza a rebuscar en la cesta hasta que encuentra un plato con fiambres y un cestito con panecillos.

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Tengo a alguien que se ocupa de que los armarios de la cocina nunca estén vacíos. Es un granjero que vive a cincuenta kilómetros, en aquella dirección. —Señala a mi espalda, pero no miro. A cincuenta kilómetros de distancia no la vería, ni aunque no estuviéramos rodeados de árboles—.

Además de la granja, tiene un pequeño comercio.

—Y ¿sirve a domicilio a tanta distancia?

—A mí, sí. —Jake sonríe mientras me ofrece un plato y un tenedor—. El buey ha estado colgado a secar durante treinta días. Está divino.

Me sirvo un poco.

—¿Te conoce?

Jake me mira mientras se sirve.

—Me conoce, pero no sabe quién soy —contesta.

«Pues ya somos dos», pienso aguantándome la risa.

Comemos en relativo silencio. No me importa porque eso me da la oportunidad de observarlo con discreción. Nunca me habría imaginado que Jake tuviera una casa así. No le pega nada, aunque, bien mirado, tal vez sí. Es un sitio retirado, apartado del mundo, como él. Lo que no puede negarse es que es un sitio muy tranquilo. Jake está mucho más sosegado desde que llegamos.

Me fuerzo a comer lo que me he puesto en el plato. No hay ni rastro de verdura ni de ensalada, y me pregunto si lo habrá hecho expresamente. No debería preocuparme. No vuelvo a tener ningún rodaje hasta dentro de diez días. Ya me preocuparé más adelante por los carbohidratos. Llevo tanto tiempo sin probarlos que el diminuto panecillo me ha llenado. Siento que estoy a punto de reventar.

Dejo el plato a un lado, me tumbo y me quedo mirando al cielo.

—Me encanta este lugar —declaro a las nubes, y oigo que Jake se echa a reír mientras acaba de vaciar su plato.

—A mí también.

De repente aparece sobre mi cuerpo desnudo, grande y amenazador, con su pistola en la mano.

No puedo apartar la mirada del arma negra que sostiene apuntando al suelo.

—¿Está cargada? —le pregunto mientras me apoyo en los codos.

—Siempre está cargada. —Con un leve movimiento de la muñeca, deja caer el cargador en la otra mano—. ¿Quieres probar?

Abro unos ojos como platos.

—¿Yo? ¿Disparar una pistola?

—Sí. —Me dirige una sonrisa traviesa—. Verás qué descarga de adrenalina.

—¡Vale! —Me animo instantáneamente; no sé por qué me atrae tanto la idea—. ¿Qué tengo que hacer?

Él parece encantado con mi entusiasmo.

—Esto es el cargador. —Me muestra la pieza negra rectangular.

Frunzo el ceño.

—¿Para qué sirve?

—Ahí dentro van las balas.

Lo desliza en la parte inferior de la pistola y le da un ligero golpe con el pulpejo de la palma de la mano, haciendo encajar las dos piezas con un excitante ruido metálico.

Y el ruido no es la única cosa excitante del momento. La imagen de Jake cargando la pistola vestido sólo con los vaqueros es de lo más sexi que he visto nunca. Trago saliva para humedecerme la boca, que se me ha secado de repente.

—Toma. —Me la pasa por el mango.

Alargo la mano nerviosa y la cojo conteniendo el aliento con la sensación de estar haciendo algo prohibido.

—Pesa mucho —murmuro agarrándola con más fuerza.

—Es uno de los modelos más ligeros del mercado. —Se coloca a mi espalda y se pega a mí—. Dios, estás increíble..., en pelota picada y con mi Heckler en la mano.

Empujando con sus caderas, me roza las nalgas, sobresaltándome. Arqueo la espalda, echando el pecho hacia delante. La pistola me empieza a temblar en la mano.

—No es muy prudente hacer eso cuando tengo un arma cargada en la mano.

—Tranquila —Se echa a reír. Alarga el brazo y me estabiliza la muñeca—. Quiero que dispires a ese árbol de ahí.

—No puedo dispararle a un árbol —protesto horrorizada—. Son seres vivos, que respiran como tú y como yo.

—En ese caso, acabamos de darles un espectáculo que nunca van a

olvidar. —Se echa a reír otra vez. El sonido de su risa es tan maravilloso que no puedo enfadarme con él ni protestar por su réplica—. Ése está muerto, ángel. Lleva muerto muchos años. —Me suelta y señala las ramas superiores.

Al seguir la dirección de su mirada, veo que el tronco tiene muchos huecos.

—Oh. —Sacudo los hombros y levanto la pistola. Apunto al centro del tronco con un ojo cerrado para afinar la puntería. Frunzo los labios concentrada—. ¿Sólo tengo que apretar el gatillo?

—No tan deprisa, ángel. —Me apoya las manos en los omóplatos—. Baja los hombros, relaja los brazos y aparta el pulgar del cierre trasero. Si te pilla el dedo, te vas a enterar.

Asiento, aunque no acabo de asimilar tantas instrucciones a la vez. Me aseguro de apartar los pulgares, bajo los hombros y me obligo a relajar los brazos.

—Vale.

—Al principio, te sorprenderá la potencia. Prepárate para el retroceso.

—De acuerdo. —Separo un poco las piernas.

Jake se coloca a mi lado y señala la parte posterior del arma.

—Tira de la corredera. —Apunta con el dedo a una pieza en la parte superior de la pistola—. Hacia atrás. —Hago lo que me dice conteniendo el aliento—. Esta luz roja te indica que el seguro está quitado y que puedes disparar.

Busco con la vista la luz roja que Jake me indica.

—Vale. ¿Ya está? ¿Puedo disparar? ¿Aprieto el gatillo?

—Aprieta el gatillo.

Haciendo rechinar los dientes, cierro un ojo mientras cumplo sus órdenes.

¡Bang!

—¡Joder!

Doy un brinco. Tengo la sensación de haber saltado un kilómetro. Noto que unas potentes vibraciones me recorren los brazos y la pistola se me escapa y sale disparada.

Jake reacciona rápidamente y la recupera. Es obvio que esperaba mi reacción.

—Has fallado de un kilómetro —comenta divertido mientras señala mi objetivo.

—¡Exagerado! —replico—. Además, ¿cómo lo sabes? Este trasto dispara a una velocidad de locos.

—Anda, mi ángel tiene una vena muy competitiva, quién lo iba a decir...

—¡No es verdad! —Se me escapa la risa por la nariz al verlo sonreír con ironía—. ¡Dame la pistola!

Ni se me pasa por la cabeza arrebatársela. Me limito a extender la mano y a esperar a que me la devuelva.

Jake se está divirtiendo de lo lindo, y la verdad es que yo también. Coloca el arma en mi mano y señala el árbol con un gesto caballeroso. ¡Será capullo!

Sujeto la pistola con fuerza y vuelvo a apuntar siguiendo sus instrucciones. No se me pasa por alto el sonido de aprobación que hace con la boca cerrada. Ahora no pienso fallar, ya verá. Mantengo los dos ojos abiertos y aprieto el gatillo.

¡Bang!

Esta vez los brazos no me salen disparados y permanezco con los pies firmes en el suelo. Por eso soy capaz de ver que he fallado el tiro de largo. No de un kilómetro, pero vamos, de mucho.

—¿Cómo vuelvo a cargarla? —pregunto sin apartar la vista del tronco.

—Es semiautomática.

Suspiro.

—Y ¿eso qué significa?

—Que se carga sola cada vez que disparas. En cuanto sueltas el gatillo, ya puedes volver a disparar.

—Vale. ¿Sigo disparando?

—Sigue disparando.

Aprieto el gatillo de nuevo y una nueva bala sale disparada hacia el árbol... y vuelve a pasarlo de largo.

—¡Mierda!

Lo suelto y lo aprieto otra vez, pero vuelvo a fallar de mucho.

Gruño y reajusto la dirección.

¡Bang!

¡Bang!

Fallo las dos veces.

—¡Mierda! —Sigo disparando y, una vez tras otra, fallo mi objetivo, hasta que la palanca que hay en la parte superior de la pistola deja de moverse y no puedo disparar más.

—Te has quedado sin balas, ángel —comenta Jake con suficiencia.

—Este juego no me gusta —murmuro bajando el brazo. Esto es más difícil de lo que parece.

Entonces se acerca y me quita la pistola de la mano.

—La perfección sólo se consigue practicando mucho —me dice liberando el cargador.

—¿Tú la conseguiste?

Aguantando la pistola bajo el brazo, mete la mano en el bolsillo, saca algunas balas y las mete en el cargador.

—Vamos a comprobarlo.

—Seguro que sí. —Era francotirador; por supuesto que alcanzó la perfección.

Alza una ceja con chulería y coloca el cargador en su sitio con un clic.

—¿A qué quieres que le dé? —me pregunta en serio.

Ajá, no voy a ponérselo fácil. Me vuelvo hacia el árbol y busco algo distintivo; algo pequeño y concreto. Sonríe cuando lo encuentro.

—A ese círculo negro que hay en el tronco, a unos dos metros del suelo, a la derecha.

Jake lo busca y sé cuándo lo encuentra porque su rostro se ilumina con su preciosa sonrisa.

—¿Ahí?

—Exactamente ahí —respondo retrocediendo.

—Lo que mi ángel desee. —Echa la corredera hacia atrás, levanta el brazo, apunta y dispara en apenas un segundo.

La madera muerta del árbol estalla, lanzando fragmentos de corteza en todas direcciones.

—¡Sí, hombre! ¿Y qué más? —grito corriendo hacia el árbol.

Cuando llego al pie, miro hacia el punto exacto que le he indicado, donde

encuentro una perfecta y redonda marca de bala. No lo habría hecho mejor si hubiera estado a un palmo de distancia.

—¡Dios mío, Jake! —Me vuelvo y lo encuentro pegado a mi espalda, mirando el agujero de bala.

—Creo que le he dado —comenta como quien no quiere la cosa.

Ahogo una exclamación y lo pincho con un dedo en su duro abdomen, provocándole la risa.

—No me lo creo; no puedes ser real, tío.

Con una sonrisa irónica, levanta la boca de la pistola, se la acerca a los labios y sopla. Aunque está bromeando, su gesto me provoca todo tipo de sensaciones en mi piel desnuda. ¡Uf! Es que debería ser ilegal ser tan guapo. Y encima con el pecho descubierto y un arma en la mano; esto no hay quien lo aguante. Me muerdo el labio y alzo la vista hasta sus ojos negros y brillantes. Mi estado de excitación es evidente, y a él no le ha pasado por alto, como me demuestra su sonrisilla petulante.

—¿Todo bien, ángel? —musita agachándose para dejar el arma en el suelo antes de volver a enderezarse todo lo alto que es.

Levanta un brazo y traza una línea con la punta del dedo que va desde mi hombro hasta uno de mis pechos. Doy un brinco y retrocedo hacia el árbol. Intento hablar, empleando su misma actitud, pero no puedo; estoy demasiado excitada. Él sonríe y avanza hacia mí, impidiendo que huya, y repite la misma acción. Lleva el dedo hasta mi hombro y lo deja deslizar hasta mi pecho. Sus ojos no pierden detalle. En esta ocasión, rodea el pezón, y yo echo la cabeza hacia atrás, chocando contra el tronco, mientras cierro los ojos y gimo, soltando una bocanada de aire puro.

—Chica mala —me espeta en voz baja acariciándome el torso y bajando luego por el vientre hasta el vértice entre mis muslos.

Mi deseo se acumula en mi vientre, que lo destila y lo deja gotear. Estoy empapada.

—Jake —gimo pasando las manos sobre la rugosa corteza del árbol.

Él introduce la mano entre mis piernas. La humedad acumulada hace que sus dedos se deslicen con mucha facilidad. Me retuerzo contra el árbol y oigo que Jake suelta el aire con fuerza. Su mano desaparece de entre mis piernas y

noto que me clava contra el tronco. Abro los ojos y lo encuentro pegado a mí. Sonríe con ironía y me ataca la boca con brutalidad, besándome sin delicadeza y agarrándome del pelo. Vuelve a deslizar la mano entre mis piernas y me acaricia con decisión alrededor del clítoris hinchado. Me aferro a él y lo beso con desesperación mientras su mano me lleva al lugar donde necesito llegar. Empiezo a temblar, a sudar, y pronto la tensión estalla sin previo aviso, haciendo que se me arqueen las piernas. Me desplomo hacia él, estremeciéndome de placer, y mis labios detienen su asalto, aunque Jake se asegura de que permanezcan pegados a los suyos durante todo el orgasmo y afloja la intensidad de sus acometidas cuando grito dentro de su boca. Luego me da tiempo a que me recupere, sosteniéndome entre sus brazos y respirándome en la oreja.

—Es la hora del baño, ángel —susurra victorioso y satisfecho mientras levanta mi cuerpo desmadejado y me saca en brazos de su bosque encantado.

## Capítulo 27

### JAKE

Preparé el baño, comprobé la temperatura, me aseguré de que hubiera muchas burbujas y la dejé en el agua, derritiéndome de placer al oír su suspiro de satisfacción cuando se deslizó en la bañera. Y de inmediato ése entró a formar parte de la lista de momentos favoritos que he pasado con Cami. No fue premeditado, pero de manera instintiva logré que la cantidad de agua fuera la adecuada para que sus pechos asomaran levemente por encima de la superficie. Podría haberme quedado allí tan contento toda la noche, sumergiendo la esponja en el agua y escurriéndola sobre sus hombros mientras ella canturreaba de felicidad con los ojos cerrados.

Pero cuando el agua empezó a enfriarse, vi que se le ponía la carne de gallina. La saqué de la bañera, la envolví en una toalla y la llevé a la cama. Tendría que haber dormido profundamente toda la noche, sabiendo que estaba a salvo, a mi lado, en mi refugio seguro.

Pero no he podido dormir. Me tumbé en la cama, eso sí, y la abracé por detrás. Su cuerpo encajaba a la perfección dentro del mío, pero no pude relajarme porque tenía la mente demasiado revolucionada. Todavía lo está.

Cuando se durmió, me aparté de ella con delicadeza y me senté en el borde de la cama. Y así he pasado toda la noche. Mis pensamientos formaban tal escándalo en mi cabeza que tenía miedo de despertarla.

Me odio muchísimo por haber reaccionado como lo hice cuando Cami volvió a preguntarme por la fotografía. Era la oportunidad perfecta para sincerarme, pero es demasiado pronto; hay cosas que tengo que hacer antes de hablar con ella. Hoy me encargaré de arreglarlo todo; iré a buscar a Abbie para poder dejar atrás la oscuridad. Sólo entonces estaré preparado para hablar con Camille. Le contaré todo lo que quiera saber. Hoy sabré si puedo tener una vida junto a ella o si acabo de caer por el precipicio al que llevo tanto tiempo asomado.

Me levanto, me pongo un bóxer y voy a la cocina mientras ella sigue durmiendo. Le prepararé el desayuno, algo contundente y nutritivo.

Lleno la sartén de beicon y revuelvo algunos huevos antes de meter el pan en la tostadora. Pronto la cocina se llena de aromas. No me importa hacer ruido. Sé que el ruido viajará por la casa igual que los olores y, con un poco de suerte, la despertarán. Le doy la vuelta al beicon y miro por encima del hombro cuando oigo que mi móvil empieza a sonar donde lo he dejado, sobre la encimera. Desde aquí veo quién es. Había pensado llamarlo yo después de ocuparme de su hija, pero se me ha adelantado.

—Logan —respondo apoyándome en la encimera con la vista clavada en la puerta por si entra Cami.

—Tenemos que hablar.

—No me diga... —replico secamente. Había pensado en tratar de ganarme su confianza, pero no me sale—. Haga que Sebastian Peters retire los cargos y hablaremos.

—¿Cómo?

«¿Cómo? ¿Acaba de preguntarme cómo?»

—Pues como lo hace todo, Logan, sin piedad. Págueme; soborne a los policías que tiene en nómina. Me da igual cómo lo haga: sólo hágalo.

Me acerco a la sartén y remuevo el beicon.

—¿Cómo está mi niña?

Oír a esa sabandija referirse a mi ángel como a «su niña» hace que se me erice la piel y me hierva la sangre.

—En estos momentos, Cami no lo tiene en gran estima.

—Porque le ha lavado el cerebro. La ha llevado a la cama con artimañas y

se ha aprovechado de ella. ¡Podría hacer que no volviera a trabajar nunca más!

—Me importa una mierda si no vuelvo a trabajar nunca más. No lo hago por dinero, Logan, no se equivoque. Lo hago porque me mantiene ocupado, y su hija ya se está encargando de eso estos días.

Juro que no tenía previsto rebajarme a su nivel de esta manera. Lo juro.

—¡Hijo de puta!

—No sea tan generoso con los insultos. No soy yo el que está jugando a la ruleta rusa con la seguridad de Camille.

Estoy apretando la espumadera de acero inoxidable con tanta fuerza que empieza a doblarse. Juro que, si tuviera a Logan delante en estos momentos, le rodearía la cabeza con ella.

—Mi hija está a salvo —replica.

—Sí, porque está conmigo. Yo también he estado investigando, Logan, como ya se imaginará. Sé que tiene un fichero que me ha estado ocultando, y me imagino que ésa es parte de la razón por la que quiere librarse de mí. —Su silencio es de lo más elocuente—. Haga que retire los cargos.

Cuelgo y suelto tanto el teléfono como la espumadera sobre el mármol. Me apoyo en él con ambas manos y respiro lentamente, tratando de calmarme.

Joder, estoy en guerra con el padre de la mujer a la que amo. Y lo que es aún peor, estoy dispuesto a acabar con él si se interpone entre nosotros. Casi me echo a reír al pensar en lo irónico que es todo. Logan me contrató para proteger a Cami del enemigo. Estoy convencido de que nunca pensó que las tornas se le volverían de esta manera, de que nunca imaginó que tendría que enfrentarse a mí. Cierro los ojos y me obligo a relajarme hasta que mis músculos pierden la tensión.

No puedo perder más tiempo. Cojo el teléfono y hago lo que debería haber hecho hace mucho. Marco el número de la persona que me ha atormentado durante años. Ha llegado el momento de enterrar algunos fantasmas; es la hora de arreglar las cosas.

A cada tono de llamada, mis latidos se aceleran más y más, hasta que me empieza a temblar el pecho y me resulta difícil respirar.

—¿Hola? —La voz de Abbie hace que el corazón se me detenga en seco.

Abro la boca para hablar, pero no consigo decir nada.

—¿Hola? —repite.

Tengo aire en los pulmones esperando a que lo expulse en forma de palabras, pero no puedo hacerlo; no puedo hablar. El silencio se alarga mientras busco la manera de comunicarme, de hacerle saber que soy yo. Mi decisión se ha visto neutralizada por su voz. Los recuerdos se agolpan y retumban en mi cabeza. Su cara, ese rostro precioso y angelical...

No puedo hacerlo.

Voy a colgar.

—¿Jake? ¿Jake, eres tú?

Me quedo petrificado por la sorpresa. ¿Cómo lo ha sabido?

—Soy yo —logro decir al fin, y espero su reacción.

No me hace esperar.

—Oh, Dios mío... —murmura con la voz tomada por la emoción—. Jake, háblame, dime algo.

Hago un esfuerzo buscando algo que decir, pero no soy capaz.

—Jake, por favor. —Se ha echado a llorar, y su desesperación me corroe como el ácido.

Miro al techo, sintiéndome impotente y jodidamente culpable.

—Estoy aquí —digo, obligándome a afrontar la situación y resistiendo la tentación de cortar la llamada.

—¿Dónde estás? —me pregunta aterrada.

Trago saliva.

—Necesito verte.

El breve silencio que sigue a mis palabras está cargado de significado. He dicho *necesito*. He dicho que necesito verla. No he dicho que quiero o que tengo que verla, sino que *necesito* hacerlo.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—No lo sé. Tal vez mañana.

—Aquí estaré —declara con seguridad.

—Bien.

—¿Cómo te ha ido? —Sé que trata de alargar la llamada para descubrir más sobre mí, para saber a qué tendrá que enfrentarse mañana.

Pero no puedo darle lo que necesita en ese momento.

—Te llamaré mañana. —Cuelgo y lanzo el teléfono al otro extremo de la encimera, temblando como una nenaza.

Soy un tío grande como un castillo. ¿Cómo es posible que una mujer me dé tanto miedo? ¿Cómo puede convertirme en una piltrafa humana? Ésta es la razón por la que me he mantenido lejos de ella, como si para ella hubiera muerto. Me siento en una silla, para tratar de estabilizar mi caótica respiración. Ya está, lo he hecho: no hay vuelta atrás. No podré tener futuro si no pongo en orden mi pasado. Antes de conocer a Camille, eso me daba igual; me conformaba existiendo en el limbo torturado que era mi vida, castigándome día tras día.

—Eh, ¿estás bien?

Levanto la vista. Cami está en la puerta de la cocina y lleva la camiseta blanca con la inscripción que tanto me gusta, la que dice: A MÍ NO SE ME IGNORA.

Cuando la vi por primera vez no me imaginé lo adecuada que era para ella. Lleva el pelo alborotado y tiene ojos de sueño, pero brillantes. Y sus piernas... son la visión más perfecta que he contemplado en la vida. Su cara, su presencia y su voz logran que me centre y me ponen en marcha. Me levanto, me acerco a ella y la tomo de un modo agresivo, tragándome su exclamación de sorpresa. Puedo hacerlo. Por Cami sería capaz de cualquier cosa.

—Perfectamente; estoy perfectamente, joder —respondo atacándole el cuello y gruñendo.

Cami rompe a reír y me abraza mientras la echo hacia atrás entre mis brazos para obtener de ella todo lo que necesito.

—¡Jake!

—¿Cómo has dormido? —le pregunto, devolviéndole la verticalidad y haciendo ver que le coloco bien la camiseta. Es absurdo, está impecable.

Ella frunce el ceño y me dirige una mirada burlona.

—Muy bien, ¿y tú?

—Perfectamente —miento, dándole la mano y acompañándola a la mesa. La hago sentarse antes de volver a toda prisa a la sartén para retirarla del fuego—. Te he preparado el desayuno.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Huevos con beicon.

Casco los huevos en una sartén limpia y cojo un par de platos.

—Pero si yo...

Me vuelvo y la amenazo con la espátula de madera para que me diga que ella por las mañanas sólo toma espinacas.

—No te levantarás de la mesa hasta que te lo comas todo.

Camille hace una mueca sorprendida y ladea la cabeza.

—¿Como si fuera una niña?

—No —contesto sin dejar de remover los huevos—, como si fueras una adulta con hábitos alimentarios saludables. Aquí tienes.

—Muy bien —dice a mi espalda.

Me imagino su cara ofendida, pero ya puede protestar cuanto quiera; se lo va a comer todo.

Remuevo los huevos y saco el pan de la tostadora.

—Y ¿sabes qué?

—¿Qué?

Me vuelvo y plantifico la tostada sobre la tabla de cortar. Cojo un cuchillo y ella me mira con interés.

—Te la vas a tomar con mantequilla de verdad. —Levanto la porción de grasa pura y sonrío como un idiota.

—Prefiero el pan sin mantequilla —replica.

A continuación, se levanta y se dirige al armario. Coge una de las tazas a ciegas porque no aparta su mirada desdeñosa de mí.

—No es verdad. Tu *agente* prefiere que la tomes sin mantequilla. —Cojo una buena ración con el cuchillo y la mantengo en alto para que la vea bien. Cuando entorna los ojos, sonrío aún más—. Nam. —Me paso la lengua por los labios y extendiendo la generosa ración de mantequilla sobre la tostada.

—Es mi trabajo, Jake. —Cami suspira y se va hacia el hervidor de agua—. A mí no se me ocurriría quitarte las balas de la pistola.

Me planteo si tiene razón... durante un segundo.

—Mi trabajo también incluye asegurarme de que comas bien.

—Eso no es comer bien. Eso es un infarto emplatado.

—Por comerlo de vez en cuando no pasa nada.

Se lo sirvo todo, me siento y espero a que acabe de preparar el té.

Tengo hambre y me apetece lanzarme de cabeza al desayuno, pero es mucho más satisfactorio ver trastear a Cami por mi cocina. Me echo hacia atrás en la silla y me pongo cómodo para no perderme ni uno solo de sus movimientos. Se pone de puntillas para alcanzar la tetera, lo que hace que la camiseta se le levante hasta su culito respingón. Sonrío cuando empieza a canturrear y a mover los hombros mientras recorre mi cocina, sin darse cuenta de que la estoy observando. Abre la puerta de la nevera y se agacha para coger la leche. Luego alarga el brazo para abrir un cajón y sacar una cuchara.

Esta mujer es sexo con patas sin necesidad de esforzarse. Cruzo los brazos sobre el pecho y me echo un poco hacia delante, relajándome. Tengo la sonrisa pegada a la cara, y sé que nunca dejaría de sonreír si pudiera disfrutar de este espectáculo cada mañana. Siento una necesidad tan grande de tocarla que me levanto y me acerco silenciosamente a ella mientras espera a que el agua hierva. Tiene las manos apoyadas en la encimera y tamborilea con los dedos mientras sigue canturreando. No la voy a dejar escapar nunca de mi lado. La determinación me recorre el cuerpo como si fuera un relámpago. Lo veo todo clarísimo; todas las piezas encajan.

Estoy muy cerca; casi pegado a ella, prácticamente respirándole en la nuca.

—Ángel.

Deja de canturrear pero se queda quieta ante mí.

—Date la vuelta.

Se mantiene inmóvil durante unos segundos, aferrada a la encimera y con el agua burbujeando en el hervidor delante de ella.

Cuando se apaga, se vuelve despacio hacia mí. Sus ojos, muy abiertos, me miran inseguros. No suelta la encimera hasta el último momento. Cuando no puede retrasarlo más, acaba de volverse y baja la vista hacia mí.

¿Baja la vista?

Mido un metro noventa y cinco. ¿Cómo demonios puede ser que tenga que bajar la vista para mirarme?

En ese instante me doy cuenta de que estoy de rodillas.

Inspira hondo y se lleva la mano a la boca.

—Cásate conmigo —le pido.

No sé de dónde ha salido esa idea y, por la cara que pone, Cami está tan sorprendida como yo.

—¿Jake? —pregunta, como si no estuviera convencida de que sea yo.

—Cásate conmigo.

De nuevo, un impulso que no sé de dónde sale me hace pronunciar las palabras mientras le cojo la mano. En el fondo de mi corazón, sé que no debería estar haciendo esto; no debería pedirle que uniera su vida a la de un hombre que le oculta tantas cosas, un hombre que vive entre secretos y oscuridad. Pero ya no puedo echarme atrás y, lo que es más grave, no quiero hacerlo. Soy un hombre desesperado, dispuesto a cualquier cosa para demostrarle lo mucho que significa para mí. Para que, cuando comparta con ella los horrores de mi pasado, tenga más posibilidades de que no me abandone. Sé que es un movimiento táctico, pero la devoción que siento por ella es lo único que tengo. Es la única arma que puede hacerme ganar esta batalla.

Sus ojos redondos están llenos de lágrimas. Cuando no puede contenerlas más, las deja caer libremente. No sé si son lágrimas de tristeza o de felicidad.

—¿De qué estás hablando?

—De ti y de mí —respondo asustado por su reacción. Tiro de su mano hasta que la tengo a mi altura, arrodillada frente a mí. La determinación sigue recorriéndome las venas, densa como el mercurio—. Quiero que seas mía, Camille. Por completo; no sé expresarlo de otra manera.

Ella baja un poco la vista, pero no lo suficiente como para que no pueda ver que sus ojos se mueven a un lado y a otro, inseguros. Si en ese momento me hubieran clavado un puñal en el corazón, no habría sentido nada. ¿Acaso no me quiere? ¿Sólo he sido un juego para ella, un modo de desafiar a su padre? Todo tipo de pensamientos absurdos me cruzan la mente mientras espero a que me diga algo. Me pregunto si mis sentidos me han estado engañando. No puede ser..., no es posible que esto sea sólo cosa mía.

—Sí.

Mis pensamientos están gritando con tanta fuerza que apenas oigo su

respuesta.

—¿Qué has dicho?

Cami me mira, y su mirada es clara y decidida.

—He dicho que sí.

—¿Sí?

Necesito que me lo confirme. Necesito saber que no me lo he imaginado.

—Sí —repite asintiendo con la cabeza—. Sí. —Las lágrimas forman un río sobre sus mejillas—. Sí. No sé expresarlo de otra manera.

Se deja caer sobre sus talones, como si el intenso episodio emocional la hubiera dejado exhausta. Se encoge de hombros y me dirige una sonrisilla. Es monísima.

—Sí, me casaré contigo. Me casaría contigo ahora mismo si pudiera. No quiero ni imaginarme la vida si tú no estás en ella. —Hace una mueca, que yo imito. Sólo de pensarlo duele, muchísimo—. No necesito a nadie más —añade—. Sólo a ti. Así que, sí, me casaré contigo.

Todos mis órganos se convierten en papilla, por lo que, cuando trato de expresarle mi gratitud, sólo consigo emitir un gemido patético. Me siento sobre los talones a mi vez y trago saliva repetidamente, intentando librarme del nudo que se me ha formado en la garganta. Me siento un pelín emocional. ¿Cómo demonios logra dejarme siempre en este estado?

—Te has apoderado de todo lo masculino que había en mí y lo has pulverizado. —Creo que es lo más absurdo que he dicho en mi vida, pero, a falta de algo mejor, sigo balbuceando como un idiota—. Cuando Lucinda me envió un correo hablándome de este caso, lo rechacé. Vi tu foto en el portátil y me eché a reír. —Sigo diciendo, y ella sonrío, como si no le extrañara—. Estaba orgulloso de mi capacidad de ser impenetrable. No me gusto, Cami, pero esa parte de mí me gustaba. Nadie lograba acercarse, no lo permitía, pero tú... —dejo la frase a medias, bajo la vista a su regazo y suelto el aire entrecortadamente— lo has cambiado todo. —La miro a los ojos. Sigo sin entender por qué hago lo que hago—. Tu presencia me calma, a pesar de que mi vida nunca había sido tan caótica como ahora. Me encontraste, pese a que no quería que nadie me encontrara. —Le cojo las manos y se las aprieto. Necesito desesperadamente que entienda lo mucho que me afecta. Ella parece

asombrada pero tranquila—. Eres la pieza que me faltaba, ángel, aunque yo no era consciente de ello. Pero ahora tengo miedo de volver a estar incompleto. Tengo miedo de perderte.

Ella encorva la espalda. Cuando habla, noto que le tiemblan los labios.

—He dicho que sí —afirma entre hipidos y sollozos—, y, de algún modo, ya lo sabía —agrega con la voz rota y la respiración entrecortada.

A continuación, agacha la cabeza, como si le diera vergüenza que la viera llorar.

No debería sentirse avergonzada. Soy yo el auténtico desastre.

La tomo por los hombros y la atraigo hacia mí, abrazándola como si mi vida dependiera de ello. Siento pánico al darme cuenta de que es así. Sin Cami, yo ya no podría existir.

Sigo abrazándola; nuestros cuerpos son un amasijo de miembros en el suelo de la cocina. No dejo de acariciarle la cabeza mientras ella llora sobre mi pecho.

—A ti no se te ignora, señorita Logan —susurro contra su pelo, acariciándole la nuca.

—Mi padre —dice con la voz rota, sin soltarse.

—Todo saldrá bien —declaro convencido, y ella no me lo cuestiona porque confía en mí.

Su fe en mí es enorme. No puedo fallarle, pero al mismo tiempo sé que debería tenerme tanto miedo como a su padre.

—No tengo anillo —señalo entonces aguantándome la risa, lo que está un poco fuera de lugar entre tanto romanticismo, pero no puedo evitarlo.

—Me da igual —contesta ella soltándose de mis brazos—. Dibújame uno.

Menudas ideas se le ocurren. Levanto la cara y veo un bolígrafo sobre la encimera. Lo alcanzo sin necesidad de levantarme. Me lo llevo a la boca para quitarle el tapón y cojo su mano izquierda.

Ella no se resiste. Coloco el bolígrafo en la parte superior de su dedo anular y dibujo una línea a su alrededor. Procuro que quede recta, pero no es fácil cuando estás temblando de felicidad. Ella permanece quieta como una estatua, sin perder detalle de cómo le dibujo un anillo de compromiso en el dedo. Añado una segunda línea, relleno el espacio entre ambas y luego dibujo

un gran círculo en la parte superior, que representa el jodido diamante que le voy a comprar.

—Ya está. —Aparto un poco el dedo para ver mi obra de arte—. Te garantizo que no encontrarás otro igual.

Ella retira la mano y estira los dedos, inclinando la cabeza a un lado y a otro.

—Es precioso. —Sonríe, cierra el puño, se acerca los nudillos a la boca y sopla para que se seque antes—. Nunca me lo quitaré.

Me echo a reír, feliz, mientras dejo el bolígrafo.

—Ven aquí, mujer.

Camille se arroja a mis brazos, me abraza y me muerde el cuello. Su exagerada muestra de cariño me entusiasma.

—Te quiero, Jake Sharp.

—Pues ya somos dos —musito sonriendo.

«Jódete, Logan», no puedo evitar pensar. Seguro que, cuando se entere, pensará que es una estrategia que he urdido. Tal vez tenga algo de estrategia, pero sobre todo es un signo de mi devoción. Ha sido impulsivo, es cierto, pero ha surgido de un modo natural. La amo con una fuerza inhumana que ha enraizado en lo más hondo de mi ser, una parte de mí que desconocía. Nunca habría imaginado que tuviera una vena tan posesiva. Camille no tiene ni idea de lo mucho que me ha ayudado. Me ha puesto la cabeza en orden, y haré lo que sea para mantenerla en mi vida. Si para lograrlo tengo que enfrentarme a mi pasado, lo haré. Y si tengo que cargarme a su padre, también lo haré. La determinación que corre por mis venas es muy potente.

—¿Es tu teléfono? —Cami se retuerce, sacándome de mis pensamientos.

Oigo el ligero zumbido de mi móvil y me levanto, ayudándola a levantarse al mismo tiempo.

—Acaba de preparar el té —le ordeno cariñosamente, dándole un beso en la sien y buscando el móvil con la mirada.

—Vale —accede con ganas y vuelve a poner en marcha el hervidor.

Cojo el teléfono y veo sorprendido que se trata de Lucinda. Pensaba que sería Logan. En cualquier caso, no quiero que Cami escuche esta conversación. Acepto la llamada y me dirijo a la puerta de la cocina.

—¿Qué has encontrado?

—La esposa de Logan ha interpuesto una demanda de divorcio.

Me detengo en seco antes de salir de la cocina. Miro por encima del hombro y veo que Cami está vertiendo el agua hirviendo en la tetera. Sigo andando hasta un lugar donde no pueda oírme.

—¿Lo sabe él?

—No. La demanda se presentó ayer en los juzgados. Supongo que no tardará en recibir la notificación.

—Me gustaría poder ver la escena por un agujero en la pared —murmuro—. Algo me dice que va a necesitar los servicios de un nuevo abogado matrimonialista.

Lucinda se echa a reír a carcajadas.

—Oh, sí, no lo dudes. Estás enterado de que Logan ha prescindido oficialmente de tus servicios, ¿verdad?

—Qué lástima que no tenga ninguna intención de hacerle caso —replico—. ¿Les ha contado a los dueños de la agencia que estoy con Camille?

—Aún no.

—Pues no lo hará —afirmo convencido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sabe que yo sé que nos oculta algo; algo más peligroso para él que mi relación con su hija. —Me siento en la silla del despacho, tratando de resolver el asunto en mi cabeza—. Mañana iré a hablar con él y no saldré de su oficina hasta que me cuente qué demonios sucede. A punta de pistola si hace falta.

—Y ¿qué pasa con la policía? ¿Te has olvidado de que te están buscando?

—Logan se está encargando de resolver ese asuntillo.

—Y ¿qué me dices del otro asuntillo, ese que te traes con su hija, de la que te has enamorado?

Me aguanto la risa.

—Pues ya verás cuando se entere de que le he pedido que se case conmigo.

—¿Cómo has dicho?

—Ya me has oído.

—Pero ¿qué pasa con...? —Sus palabras se pierden, pero aun así las oigo, altas y claras, en mi cabeza.

—Estoy en ello. He llamado a Abbie.

—¿Me estás jodiendo, Jake?

—Paso, no eres mi tipo.

—¡Que te jodan!

Sonrío.

—Qué riqueza de vocabulario.

Ella resopla ofendida.

—Ya sabes que me gusta ir al grano.

—Necesito que hagas algo por mí.

—¿Qué?

—Necesito que vigiles a Cami cuando volvamos a la ciudad. Tengo que ocuparme de un par de cosas.

—No soy una niñera, Jake. Te recuerdo que ése es tu trabajo.

—Eres la única persona en la que confío. No me saques las uñas.

—¡Oh, de acuerdo! —acepta a regañadientes, aunque probablemente me esté maldiciendo para sus adentros.

—Gracias, luego te llamo.

Cuelgo y me paso el móvil por la mejilla, mordisqueando el borde mientras pienso.

En ese instante, suena y vibra contra el labio, notificándome la entrada de un correo electrónico. Lo abro y encuentro un enlace a una grabación de voz de Logan. La reproduzco y oigo que se trata de una conversación entre él y un hombre más joven, que enseguida reconozco: es Sebastian. La conversación es breve pero sustanciosa. Logan le ofrece dinero; Sebastian acepta y dice que retirará la denuncia contra mí de inmediato. Ese chico debe de haberle costado a Logan muchos miles de libras.

Me vale. Logan trabaja rápido; eso lo tiene. Cualquiera diría que está desesperado.

Ha llegado el momento de poner orden.

## Capítulo 28

### CAMI

Mientras entramos en la ciudad por Edgeware Road, el pánico se apodera de mí con tanta intensidad que me incapacita. No dejo de mirar el anillo que llevo dibujado en el dedo para recordarme que todo saldrá bien. Jake me lo ha dicho, y yo me aferro a sus palabras con todas mis fuerzas.

Quiero librarme de esta horrible sensación, que no me suelta. Quiero que todos se lleven bien y sean felices, pero sé que es mucho pedir.

Jake se ha pasado casi todo el viaje en silencio, pensativo. Por cómo me sonrío cada vez que me descubre observándolo, sé que intenta tranquilizarme. No tengo valor para decirle que está fracasando estrepitosamente.

—¿Adónde vamos? —le pregunto tratando de parecer tranquila, aunque por dentro estoy gritando y quiero volver al claro del bosque.

—A tu casa. —Lo dice en un tono que debería hacerme sentir segura, pero no lo consigue.

—¿A mi casa?

—Sí, a menos que prefieras ir a la mía.

Me mira y espera mi respuesta.

¿Adónde quiero ir? No tengo ni idea.

—A mi casa —declaro al fin, por decir algo.

—Pues a tu casa vamos. —Me coge la mano y entrelaza los dedos con los

míos—. Llama a Heather para que te haga compañía.

No puedo ocultar el pánico que siento por más tiempo.

—¿Por qué? ¿Dónde estarás tú?

—Tengo unas cuantas cosas que resolver.

Me encojo en el asiento.

—Papá.

Me mira de reojo y noto que la nuez le sube y le baja al tragar saliva con esfuerzo. Parece nervioso, y eso me pone histérica.

—Sí, tu padre.

—¿Qué pasará con la denuncia?

—Finalmente se ha percatado de que no tenía razón de ser.

Me incorporo en el asiento y me quedo mirándolo fijamente. ¿Quiere que me crea que mi padre se ha dado cuenta de que estaba equivocado y ha cambiado de idea? Es lo más ridículo que he oído nunca.

—¿Ha retirado la denuncia?

—Así es.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

—Y ¿te lo has creído?

—Te dije que lo arreglaría todo, ángel; lo decía en serio. —Se vuelve de nuevo hacia mí y me dirige una mirada cargada de confianza, pero no me creo nada—. Confía en mí.

Al parecer, Jake tiene más fe en mi familia que yo.

¿Qué puedo hacer? Debo confiar en él. Confío en él. Pero mi padre es otra historia. Con una pequeña ración de culpabilidad, decido que no, no me fío de él. No confío en mi padre.

Después de dejar la bolsa en mi dormitorio, Jake vuelve al salón y se dirige a su habitación. Sonrío disimuladamente porque me hace gracia pensar en ella como en *su* habitación. Lo sigo y lo encuentro sentado en la cama, introduciendo balas en el cargador de la pistola.

Me quedo con la boca abierta, pero él ni se inmuta y sigue con su tarea.

¿Está cargando el arma para ir a ver a mi padre? Alzo la mano y señalo la pistola, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Es sólo por precaución —me informa levantándose y poniendo el cargador antes de colocarse el arma en la cinturilla de los vaqueros—. No te asustes; siempre la llevo encima.

—Perdona —replico con ironía—, por un momento me ha cruzado por la mente la idea de que pudieras estar planeando matar a mi padre.

Jake no se ríe ni se molesta en tranquilizarme. Pasa por mi lado sin hacerme caso. Me vuelvo a su paso, siguiéndolo con la vista, pero nada; continúa ignorándome.

—¡Eh!

Lo persigo, más asustada que antes. Lo agarro del brazo y lo obligo a detenerse, pero no tengo la fuerza necesaria para hacer que se vuelva hacia mí, así que lo rodeo y lo fulmino con la mirada más amenazadora que logro dirigirle.

—Dime que no vas a matar a mi padre —le exijo apoyándole la mano en el pecho para que le quede claro que no lo dejaré pasar hasta que me haya hecho caso.

Su expresión se relaja ligeramente y cierra los ojos. Se está armando de paciencia. ¿O será de fuerza?

—No voy a dispararle a tu padre, ángel.

Miro al suelo; me siento perdida. Estoy aquí, pero estoy perdida.

—Yo sólo quiero estar contigo. —Levanto la vista. Sus ojos reflejan la misma desesperación que yo siento—. ¿Por qué tanto odio? ¿Por qué tantos impedimentos?

Con una sonrisa triste, se acerca a mí y me da un abrazo. Lo necesitaba.

—Porque tu padre cree que no soy el hombre indicado para ti. —Entierra la cara en mi pelo e inspira hondo—. Tengo que convencerlo de que se equivoca.

—¿Poniéndole una pistola en la cabeza? —le pregunto con la cara enterrada en su hombro. Tal vez sea la única manera.

Jake me suelta y se inclina para mirarme directamente a los ojos. A continuación, traza una línea con el pulgar, acariciándome la ceja y la mejilla.

—No estoy dispuesto a perderte, Cami, y tu padre va a tener que hacerse a la idea. —Alza las cejas a la espera de mi reacción.

Yo asiento a regañadientes porque, aunque lo de la pistola me parece una exageración, sé que probablemente sea la única forma de conseguirlo.

—Vale.

—Además —añade, probablemente porque se ha dado cuenta de que necesito que me tranquilice un poco más—, llevaba la pistola las otras veces que me he reunido con tu padre, y hasta ahora he logrado contenerme y no dispararle ni una vez.

—No tiene gracia —protesto frunciendo el ceño. Él sonrío y me planta un beso casto en la frente—. Por favor, no le digas nada de esto. —Levanto la mano para mostrarle el dedo con su anillo de tinta. Aún no, por favor. Paso a paso.

Jake baja la vista y sonrío. Me toma la mano y me acaricia el dedo con el pulgar.

—Una razón más para no gustarle. Tenemos que arreglar esta situación cuanto antes.

Así es. Me encanta mi anillo dibujado, por la sola razón de que fue Jake quien lo trazó ahí con todo su amor, pero sé que mi padre lo vería como un insulto. ¡Ay, Dios, cómo se va a poner cuando se entere! Pensar en su cara cuando le diga que Jake me ha pedido matrimonio me rompe el corazón.

—Ya se lo contaremos cuando las cosas se calmen.

—Vale, como tú quieras, ángel. —Me besa el anillo y endereza la espalda con decisión—. ¿A qué hora llegará Heather?

—Pues... —Como si nos hubiera oído, alguien llama entonces a la puerta con fuerza— ahora mismo. —Miro por encima del hombro para asegurarme de que la puerta sigue en pie y no la ha echado abajo—. ¿Puedo contarle que estamos prometidos?

—¿Es capaz de mantener la boca cerrada?

Me lo planteo durante un segundo, haciendo un mohín. Seguro que, cuando se lo cuente, oirán su grito de sorpresa en todo Londres.

—Sí. —Ya me encargaré de amordazarla si hace falta. Necesito hablar con alguien.

Jake me aparta el pelo de la cara.

—Relájate. Busca un anillo que te guste en internet. Piensa dónde te apetecería que nos casáramos; piensa en la fecha y en los invitados. Diviértete, ángel.

Me da un beso cariñoso en la nariz antes de dirigirse a la puerta. La idea de planear mi boda debería emocionarme, pero no me veo capaz de entusiasarme hasta estar segura de lo que pasará a continuación. Ahora mismo, sus palabras me suenan a un intento de distraerme.

Echa un vistazo por la mirilla —deformación profesional, supongo— antes de abrir la puerta tan bruscamente que Heather se abalanza sobre él entre una nube de pelo cobrizo. Se endereza, muestra la botella de prosecco que lleva en la mano y examina a Jake de arriba abajo con los ojos brillantes.

—Hola, grandullón —lo saluda.

—Buenas tardes. —Jake sale al pasillo de la escalera y desaparece.

Respiro hondo. Voy a necesitar mucha fuerza.

—Me encanta ese aire taciturno tan sexi que tiene —bromea mi amiga antes de cerrar la puerta y agitar la botella ante mis ojos—. He venido preparada. Cuéntamelo todo. —Señala el sofá y hacia allí me dirijo, dejando que ella vaya a buscar copas a la cocina.

Una hora más tarde, he puesto al día a Heather sobre mi caótica vida. Ha estado a punto de atragantarse más de una vez con la bebida, pero me ha escuchado sin interrumpirme. No pensaba contarle tantos detalles, pero ha sido una manera genial de matar el tiempo de espera. Jake ya lleva una hora fuera. Estoy aguardando que me llame en cualquier momento para decirme que todo se ha arreglado, que mi padre ha admitido con elegancia que se equivocó, que ha aceptado a Jake con los brazos abiertos y que todos viviremos felices y comeremos perdices. Pero luego recuerdo quién es papá y vuelvo a la Tierra.

—No te ofendas, pero tu padre se ha comportado como un capullo — comenta Heather, acabándose la copa—. Se ha casado tres veces, ¿cómo se atreve a juzgar a tu pareja? Además, si no le tocara las narices a la gente, nadie te habría amenazado y no habría tenido que contratar a Jake para

protegerte. —Sonríe—. Menuda ironía, ¿eh?

Asiento en silencio y miro la hora en el reloj de pared.

—Eh, ¿qué es eso que tienes en el dedo?

Alarga la mano y yo aparto la mía en un acto reflejo, lo que me hace parecer tan culpable como me siento por dentro. Porque no se lo he contado todo; hay algo que aún no le he dicho, básicamente porque quería darle tiempo a asimilar lo demás.

—¿Camille?

Aparto la mirada.

—¿Llevas un anillo de compromiso dibujado en el dedo?

—Fue una broma.

No sé por qué me estoy comportando de esta manera, como si me avergonzara. Tal vez, al verlo a través de los ojos de otra persona, acabo de darme cuenta de lo absurdo de la situación. He aceptado ser la esposa de un hombre al que conocí hace unas semanas. De todos modos, tengo la sensación de que lo conozco mejor que a nadie en el mundo.

Me lanzo de cabeza a la copa de vino espumoso, sintiéndome como si estuviera en un interrogatorio.

—Cami, ¿te ha pedido que te cases con él?

—¡Sí! —afirmo, sacudiendo la copa en el aire y haciendo que Heather se eche hacia atrás asustada—. Ya sé que parece una locura, no necesito que me lo digas...

Pone morritos, como si fuera un pato, y espero a que llegue el grito de sorpresa, pero tras varios segundos intuyo que no va a llegar. La miro expectante, para animarla a decir algo.

Cuando se encoge de hombros, frunzo el ceño.

—¿No vas a decir nada?

—¿Aparte de lo obvio: que debería haberte comprado un anillo de verdad?

Le lanzo una mirada asesina.

—Sí.

Ladea la cabeza y se queda pensando mientras contempla su copa. ¿No va a decir nada? Me está tomando el pelo, ¿no?

Cuando al final me mira, lo veo venir. Veo el grito que le está naciendo en las puntas de los dedos de los pies y me echo hacia atrás, preparándome para el impacto.

—¡Oh, Dios mío! —chilla con la cara roja porque se ha quedado sin aire en los pulmones—. ¡Dios mío, Cami! —Deja el vaso y se lanza sobre el sofá para hacerme un placaje-abrazo—. ¡Dime que seré la dama de honor! ¡Dime que el presupuesto será colosal! ¡Dime que celebraremos tu despedida de soltera en Saint-Tropez! —me grita al oído hasta que oigo un zumbido en la cabeza.

—Aún no he pensado en ello —admito. Me llevo un dedo a la oreja y me la froto, tratando de librarme del zumbido mientras Heather se aparta de mí—. Me cuesta quitarme de la cabeza la imagen de mi padre y Jake intentando matarse.

Ella se ríe sin ganas y me acaricia el brazo para animarme.

—Me gusta que Jake no tenga miedo de enfrentarse a tu padre.

Asiento; a mí también me gusta, aunque eso no hace que la situación sea menos delicada. Vuelvo a mirar la hora. Han pasado quince minutos desde la última vez. ¿Cuánto tiempo espero antes de llamar yo para asegurarme de que todo el mundo sigue vivo? Esto es horrible.

—Busquemos vestido —digo en un intento drástico por distraerme.

—¡Sí! —conviene Heather entusiasmada—. Ve a por el portátil. ¡Oh, Dios mío, Vera Wang ha sacado unos modelos increíbles esta temporada!

Cojo el portátil y abro Google intentando contagiarme del entusiasmo de mi amiga, pero no llego a ver ni la primera página. Mi móvil suena y me levanto con tanta prisa que le lanzo el portátil a Heather sin mirar.

Cuando compruebo que es el número de mi padre, me quedo helada. No sé si es buena o mala señal. Al menos, sé que está vivo; seguro que es buena señal.

—¿Papá?

—¡Estrellita! —exclama, lo que me quita un peso enorme de encima. Me siento como si fuera un globo que acabaran de pinchar—. Cariño, lo último que quería era hacerte daño.

Estoy a punto de echarme a llorar de alivio.

—Lo amo, papá. —Voy directa al grano, para que no le queden dudas—. Sé que debe de haber sido una sorpresa para ti, pero es un buen hombre —añado mientras siento que me han quitado el peso del mundo entero de encima.

—Camille, tienes que entenderlo —dice en un tono de voz más apagado y solemne; el tono que uno esperaría de una persona que nunca antes se ha disculpado en la vida. Es un gran paso para él.

—Lo entiendo, papá —le aseguro. Sé que nunca ha querido hacerme daño. No me gusta lo que ha hecho, pero comprendo sus motivos. Sé que necesita protegerme, pero debe aprender a dejarme ir. Tiene que aceptar que soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones—. Todo está bien.

—No, Cami, no está bien. No está nada bien. —Suspira—. Te he fallado.

—No, papá, tú...

—Está casado, Cami.

En ese instante, la habitación empieza a darme vueltas y tengo que apoyarme en una silla para no caerme.

—¿Qué? —susurro con esfuerzo porque la boca se me ha secado en un instante.

—Cariño, está casado —repito solemnemente, empujando las palabras en la brecha que acaba de abrirseme en el corazón—. Ese cabrón te ha estado mintiendo todo este tiempo.

«¡Calla! ¡Deja de decir eso!»

Con dedos temblorosos, aparto la silla y me dejo caer en ella con la mirada perdida. La mujer de la foto... La cara de felicidad de Jake... Odio que lo que mi padre me está contando encaje con la realidad. Jake cambiando de tema cuando saqué el asunto de la foto... Normal. Pero ¿casado? ¿En serio? No lo entiendo.

—¿Camille? —El tono de preocupación de mi padre me saca del trance.

—¿Cómo te has enterado? —Necesito detalles para poder procesar esto—. ¿Dónde está Jake? Me dijo que iba a verte para arreglar las cosas.

—Pues que no se moleste —suelta con desprecio—. Haré que lo destruyan por hacerte daño, Camille.

Sacudo la cabeza, incapaz de soportar el dolor y la frustración.

—¿Cómo estás tan seguro de lo que dices?

—Hice que Grant lo siguiera. Ha ido a casa de una mujer; la casa de su esposa. Grant me lo acaba de confirmar.

Me levanto de un brinco.

—¿Está allí ahora? —Voy corriendo hacia la puerta antes de que me responda—. ¿Dónde, papá? ¿Dónde está?

—Cariño, no pienso permitir que vayas sola.

Me detengo en seco.

—Estás mintiendo —lo provoco, sabiendo que, si es verdad, me lo demostrará.

—18A de First Street —replica, y se me hace un nudo en el estómago porque sé que no es un farol—. Espérame, cariño. Tengo que ocuparme de un asunto. Luego iré a buscarte y te llevaré yo mismo.

—De acuerdo —miento, y cuelgo el teléfono.

No pienso esperarlo, ni a él ni a nadie. Cojo el bolso y abro la puerta, olvidándome de que Heather está en casa, probablemente preguntándose qué demonios ocurre.

—¡Cami! —me llama perpleja.

Me detengo en seco en medio del pasillo de la escalera; no porque Heather me esté siguiendo, sino porque hay alguien bloqueándome el paso.

—¿Adónde crees que vas? —Lucinda tiene aspecto de directora de colegio con los brazos cruzados sobre el pecho, dando golpecitos a la moqueta con el pie.

—¿Te ha pedido que me vigiles? —pregunto entre divertida e incrédula.

—Por desgracia, me apetece menos que a ti.

Mira por encima de mi hombro. No necesito volverme para imaginarme a mi amiga observando la escena sin entender nada. Esto es de traca.

—Y ¿se supone que tu misión es impedir que salga de mi casa? —le espeto cuando la frustración da paso a la rabia.

—Lo has entendido a la primera. —Me guiña el ojo y siento ganas de darle un puñetazo en la boca.

—¿Por qué? Mi padre me dijo que ya había resuelto el tema de las amenazas.

Pone cara de póquer, lo que me dice mucho, pero no lo suficiente.

—Es por precaución.

Asiento para no ponerla en guardia. ¿Precaución? Sí, claro. Como precaución para que no salga de casa mientras él va a ver a su esposa. Me vuelvo y me dirijo de nuevo hacia la puerta de mi apartamento. Heather me mira con cara de loca, pero yo niego con la cabeza, pidiéndole que no insista. ¿Qué le voy a decir, que mientras ella estaba buscando vestidos de boda en internet acabo de enterarme de que mi prometido ya tiene una esposa?

Antes de entrar en casa, miro por encima del hombro. Lucinda no se ha movido ni un centímetro, y no tiene aspecto de hacerlo en el futuro próximo. «¡Zorra!»

Cierro la puerta y apoyo la frente en la madera. Atisbo por la mirilla. Se la ve diminuta al fondo del pasillo. Me doy la vuelta y busco una salida alternativa. Me asomo a la ventana, pero está demasiado alto.

—Mierda —murmuro volviendo a mirar hacia la puerta.

La salida de incendios está al otro lado del pasillo. Tampoco puedo usarla para escapar.

—¿Qué pasa? —dice Heather a mi espalda. Me vuelvo hacia ella mordiéndome el labio, luchando por controlar las emociones que amenazan con nublar mi capacidad de razonar. Ella da un paso atrás y me observa con atención—. No me gusta esa cara —añade. Hace bien; es mi cara de determinación.

Corro a la cocina y agarro lo único que me puede servir antes de volver al salón.

—¿Qué demonios haces con una sartén? —me pregunta cuando paso por su lado—. Cami, ¿quieres contarme lo que pasa?

Vuelvo a atisbar por la mirilla. Lucinda sigue montando guardia. ¡No me creo lo que estoy a punto de hacer! Me vuelvo hacia mi amiga, que me mira divertida.

—Necesito que hagas algo por mí.

Me observa como si estuviera loca. Ya podría ser.

—¿Qué?

—La mujer que está ahí fuera trabaja con Jake.

—Y ¿qué hace ahí?

—Impedir que salga de casa. Jake le ha pedido que me vigile.

—Y ¿por qué lo ha hecho?

Su pregunta hace que me dé cuenta de que no voy a poder salir de ésta con vaguedades, sobre todo cuando estoy a punto de pedirle que sea mi cómplice. Respiro hondo para coger fuerzas, preparándome para decirlo en voz alta.

—Papá me ha dicho que Jake está casado.

—¿Quééééé?! —El grado de decibelios es tan alto que doy varios pasos atrás.

—¡Chiss! —La hago callar, saltando hacia ella y cubriéndole la boca con la mano.

Con unos ojos como platos, murmura algo contra la palma de mi mano. No entiendo lo que me dice, así que la aparto pero me llevo un dedo a los labios para indicarle que no grite.

—Y ¿te lo has creído? —me plantea.

Me trago el orgullo y admito mis sospechas.

—Tiene sentido. Encontré una foto en la que estaba con otra mujer. Cuando le pregunté por ella, no quiso responderme.

—Podría ser un truco de tu padre para separaros, Cami.

—Mi padre no es idiota. No me habría dicho algo así si no pudiera demostrarlo, y dudo que haya llegado al extremo de pagar a una mujer para que se haga pasar por la esposa de Jake.

Por dentro me ha entrado un ataque de risa histérica. Claro, *eso* sí que sería una exageración. Por fin todo encaja y, por desgracia, me está rompiendo el corazón.

—Oh, mierda, Cami... —La compasión de Heather es lo único que me faltaba para acabar de derrumbarme—. Lo siento.

Sonrío y no sé por qué lo hago porque, por dentro, me estoy muriendo.

—Necesito averiguar qué está pasando.

—Claro. —Asiente comprensiva, pero un instante después baja la vista hacia la sartén que casi había olvidado que llevo en la mano—. ¿Qué piensas hacer con eso?

—Voy a dejar fuera de combate a la guardaespaldas sustituta —contesto, harta de andarme por las ramas. Estoy perdiendo el tiempo.

—Tenía el presentimiento de que ibas a decirme eso. —Heather sacude la cabeza pesarosa—. No quiero ser una aguafiestas, pero dudo que el bulldog que hay en el pasillo deje que te acerques a ella y le des un golpe en la cabeza. Y no creo que puedas esconderte ese trasto en las bragas.

—Ahí es donde intervienes tú. —La cojo de la mano y la arrastro hacia la puerta.

Ella me sigue a regañadientes.

—Tenía el presentimiento de que ibas a decir eso también. —Suspira.

—¿Qué tal tus dotes interpretativas? —pregunto al tiempo que echo un nuevo vistazo por la mirilla para asegurarme de que Lucinda sigue en su puesto.

—La última vez que actué fue en la función del colegio.

Sonrío otra vez, lo que no tiene mucho sentido dadas las circunstancias, pero es que me he acordado de Heather haciendo de Cenicienta y no puedo evitarlo.

—Vas a abrir la puerta y a echarte a correr hacia ella muy asustada.

—Me veo capaz.

—Dile que he huido por la ventana.

—Eso también puedo hacerlo. —Hace rodar los hombros, preparándose, y vuelve a bajar la vista hacia la sartén—. Y en cuanto entre por la puerta para detenerte...

Sonrío y levanto la sartén.

—¡Sartenazo en la cabeza!

—Estupendo —murmura Heather con la mano en el pomo—. Y yo que venía para charlar tomando un vinito... —me recuerda muy seria.

Un instante después, abre la puerta y sale corriendo por el pasillo chillando como una histérica.

## Capítulo 29

### JAKE

Llevo sentado en el coche, en la acera de enfrente..., no sé cuánto rato. El tiempo se ha detenido, igual que mi corazón. Toda la determinación que había logrado reunir desapareció cuando dejé a Cami en casa, cuando me separé de ella. La necesidad de ir directamente a la torre Logan para arreglar las cosas con su padre se interpone en mi camino. Pero sé que Camille está a salvo gracias a Lucinda, que la protege mientras yo me ocupo de esto. Sea lo que sea lo que ese hombre me tenga guardado, antes debo haber dado el primer paso para enderezar las cosas. No puedo avanzar en la vida con este nudo corredizo alrededor del cuello. Debo enfrentarme a mis demonios y lograr la absolución. Tal vez luego Cami pueda perdonarme por haberla engañado. Cierro los ojos y me asaltan infinidad de imágenes suyas: su cara, su sonrisa, sus ojos... Ella es la claridad que llevaba años necesitando. Es el gatillo que me ha disparado y me ha puesto en movimiento para que al fin hiciera lo que he estado posponiendo tanto tiempo.

Abro la puerta, salgo y cierro el coche sin hacer ruido. Echo a andar lentamente, pero, a medida que me acerco a la casa tan conocida, voy aumentando la velocidad. Está tal como la recordaba. El corazón se me acelera cuando me asaltan recuerdos de este lugar.

Recorro el caminito que lleva a la puerta, aunque mis piernas me piden

que salga corriendo en dirección contraria.

No llego ni a llamar a la puerta, que se abre de repente. Me quedo petrificado.

Abbie da un paso hacia mí con los ojos llenos de lágrimas, pero yo retrocedo. No quiero que me toque. No lo soportaría.

Bajo la vista para no ser testigo de la desesperación de su mirada. Los recuerdos me asaltan con tanta intensidad que no puedo hablar. Tampoco puedo mirarla. No he planeado lo que voy a decirle; voy a tener que improvisar.

—Entra, por favor —me pide.

Sigo con los ojos clavados en el suelo, y veo que sus pies se alejan de mí, indicándome el camino.

Entrar en esta casa puede destrozarme, pero pienso en Cami y cruzo el umbral, poniéndome en una situación muy parecida a entrar en el infierno. Las paredes del recibidor están llenas de fotos. Hileras e hileras de jodidas fotos a lado y lado, aprisionándome. No las miro; permanezco con la vista clavada en el suelo. La claustrofobia se apodera de mí y me roba la fuerza de los músculos.

—Pasa —dice Abbie, entrando junto a mí.

Prácticamente me pego a la pared para evitar la posibilidad de que me roce por accidente. Con la mirada en el suelo, la sigo hasta la cocina, que queda en la parte trasera de la casa.

—Por favor, siéntate. —Señala una de las sillas de la mesa de la cocina—. ¿Un té?

Estoy a punto de preguntarle si tiene Jack Daniel's, pero me contengo y asiento con la cabeza mientras me acomodo. Ella se pone a preparar el té, lo que deja un montón de inacabables segundos en silencio colgando entre los dos.

—¿Cómo has estado? —Se vuelve con una bandeja en las manos y la deposita sobre la mesa antes de sentarse frente a mí.

—Vivo —murmuro, porque no se me ocurre qué más decir.

—Ya lo veo. —Me dirige un conato de sonrisa que, por mucho que lo intento, no logro devolverle—. ¿Por qué has venido, Jake? ¿Por qué ahora,

después de todos estos años?

—He conocido a alguien. —Suelto a bocajarro, y veo que el brillo de sus ojos se apaga.

Eso ha sido despiadado, lo sé, pero no puedo pensar con claridad. No sé qué coño tengo que decir.

—Supongo que era cuestión de tiempo —comenta pensativa removiendo la taza, aunque está vacía—. No puedo culparte.

—No ha sido algo que planeara —declaro, y me pregunto por qué coño le estoy dando explicaciones. No tengo por qué hacerlo, pero no puedo evitarlo—. Fue una sorpresa, te lo prometo; no buscaba nada.

—Entonces, ¿sólo has venido a decirme eso? Llevo todos estos años esperando que te pusieras en contacto conmigo, aunque sólo fuera para decirme que estabas vivo. Y nada, Jake. Nunca dejé de pensar en ti.

—No podía avanzar en la vida con los remordimientos colgando del cuello —confieso con los dientes apretados. Necesito que me entienda, aunque sólo sea un poco—. Amo a esa mujer; tengo que contárselo todo. No puedo empezar una nueva vida sin abrirle mi corazón; estaríamos viviendo una mentira.

—¡Ah, vale! —Su risa sardónica deja claro que no hay posibilidad de entendimiento—. Mientras *tú* estés bien, todo irá bien. Mientras *tú* tengas la conciencia tranquila y puedas seguir adelante con *tu* vida..., ¿verdad, Jake?

—¡Llevo cuatro años sin tener una vida, Abbie! —grito dando un puñetazo sobre la mesa.

Ella pega un brinco asustada, y me siento fatal. Veo que le tiembla el labio inferior. Apoyo los codos en la madera y escondo la cara entre las manos.

El silencio vuelve a apoderarse de la cocina, pero en mi cerebro oigo gritos. Tengo ganas de sacar la pistola y volarme la tapa de los sesos. Ganas de dejar de sufrir y de dejar de hacer sufrir a los demás.

—No eres el único que no ha podido seguir adelante con su vida, Jake —susurra—. Yo he estado criando a tu hija sin ayuda de nadie.

Siento que muero lenta y dolorosamente y me clavo los dedos en la cara.

—Arreglaré las cosas. —Lo juro. Voy a hacerlo.

Cami ha hecho que vea claro lo que tengo que hacer; lo que no sé es cómo

hacerlo ni por dónde empezar.

—¿Papi?

La vocecita hace que me levante de la silla de un salto. Me echo hacia atrás; quiero huir de la realidad. Miro a Abbie descolocado.

—Dijiste que no estaría aquí.

Me lo había dicho. ¡Las cosas, de una en una! No me puedo creer que me haya hecho esto; es chantaje emocional de primer nivel. Le dirijo una mirada rápida y me arrepiento inmediatamente. La niña es clavada a su madre, esa zorra mentirosa y manipuladora. Abbie corre hacia ella y se arrodilla en el suelo, pero es inútil; los ojos de la pequeña están fijos en mí. Me está dirigiendo una mirada de condena. Aparto la vista, incapaz de soportarlo.

—Charlotte, cariño, te dije que te quedaras jugando en tu habitación.

—Se parece a mi papi.

Me vuelvo de cara a la pared, con la vista borrosa por las lágrimas que me han empezado a caer por las mejillas.

—¿Por qué has bajado? ¿Tienes sed?

—No. Hay una señora en la puerta.

Me vuelvo bruscamente, y no sólo por las palabras de Charlotte, sino porque noto su presencia cerca de mí.

Cami está en la puerta, y tiene la cara bañada en lágrimas. La brecha abierta en mi pecho acaba de romperse, dejando mi corazón en dos pedazos.

—Cami. —Doy un paso cauteloso hacia ella, que da media vuelta y sale corriendo—. ¡Cami!

Salgo de la cocina y cruzo el recibidor a toda velocidad. Llego a tiempo para verla salir por la puerta principal.

—¡Cami!

—¡Aléjate de mí! —grita sin dejar de correr y metiéndose en su coche.

—¡No! —Sigo corriendo, con tanto ímpetu que casi no siento las piernas—. ¡Cami, por favor...!

Arranca el coche y sale disparada virando con brusquedad.

—¡Joder, se va a matar...!

Entro en mi coche, me apresuro a ponerlo en marcha y salgo tras ella, derrapando a toda velocidad. Me ha sacado un poco de ventaja, pero aún la

veo. Al final de la calle, gira a la izquierda sin apenas detenerse para mirar si viene alguien.

—¡Por el amor de Dios, ángel!

Piso a fondo, dispuesto a llevarme por delante a cualquiera que se interponga en mi camino. Doy un volantazo brusco, que hace que el culo del coche se mueva a lado y lado, pero logro enderezarlo a tiempo de evitar a un taxi negro.

Giro por tantas calles, siguiéndola, que pierdo la cuenta. Va cinco coches por delante de mí. Su conducción es errática y torpe. Trata de escapar de mí, pero no lo consentiré. No dejaré que vaya a ninguna parte. Lograré que lo entienda.

Mi esperanza de alcanzarla crece cuando llegamos a Charing Cross Road. Da igual si elige ir a la derecha o a la izquierda; todo va a estar colapsado por el tráfico. No le quedará más remedio que detenerse.

Gira a la izquierda. Me seco el sudor de la frente y agarro con fuerza el volante, acelerando para cruzar el semáforo antes de que se ponga en rojo.

—¡Joder! —exclamo cuando se pone en ámbar y veo un millón de peatones a lado y lado dispuestos a asaltar la calzada en cuanto aparezca el hombrecito verde.

No lo voy a lograr. Freno en seco para no atropellar a un grupo de turistas; apoyo los brazos en el volante y jadeo. Están plantados en medio de la calle, observándome con las cámaras en la mano.

Suelto el aire al ver que siguen todos de una pieza.

—¡Mierda! —Salgo del coche y echo a correr. Por primera vez en mi vida, rezo para que haya un embotellamiento.

Veó su Mercedes rojo a lo lejos, atrapado en el tráfico. Echo a correr por el centro de la calzada, ganándome insultos y bocinazos. El otro lado de la calzada está vacío, y veo que su coche empieza a sacar el morro. Piensa dar media vuelta. Aumento la velocidad. Cuando estoy a punto de alcanzarla, veo que abre la puerta y aparece ante mí.

—¡Cami, no huyas!

—¡Para! —me grita y, como si hubiera apretado un interruptor, mis piernas se detienen en seco—. ¡No te acerques a mí, Jake!

Levanto las manos en señal de rendición mientras trato de recuperar el aliento.

—Deja que te lo explique. —No me gusta tener que hablar con ella a cincuenta metros de distancia. Necesito tocarla y abrazarla mientras lo hago.

—¡Estás casado! —brama, y se le rompe la voz. Lo que empieza como una acusación, acaba como un lamento—: ¡Tienes una hija! ¡Me has mentido!

—¡No! —Sacudo la cabeza y doy un paso hacia ella, pero me detengo cuando veo que retrocede—. Estuve casado, Cami, pero ya no lo estoy.

—¡Me estás mintiendo!

—¡No te estoy mintiendo, joder! —Aprieto los puños, consciente de que tengo que contárselo o la perderé para siempre—. Está muerta, Cami. ¡Mi esposa está muerta, joder!

Ella se queda petrificada y aprovecho para seguir explicándome.

—La mujer que has visto era su hermana. Cuando volví a casa, me encontré a mi esposa en la cama con mi mejor amigo.

—¿Qué?

Los recuerdos vuelven con tanta fuerza que siento ganas de acercarme a la pared más próxima para darme de cabezazos, pero tengo que seguir.

—Tuvimos un bebé, ángel. Mientras estaba en plena misión, tuvimos un bebé. Volvía a casa esperando ser esposo y padre. Llegué una semana antes de lo previsto; pensaba darle una sorpresa y me la encontré en la cama con mi colega. —Alzo el puño y me golpeo la frente varias veces—. ¡Mientras yo luchaba, ellos se acostaban juntos! —La miro a los ojos, temblando de odio y de miedo—. Me dije que el bebé no era mío.

Cami parece estar en shock, y no me extraña. Ese día, mi mundo se derrumbó, y he pasado cuatro años muerto. Acabo de volver a la vida.

—Los sorprendí en la cama y me largué. —Me obligo a seguir hablando—. Mi esposa vino tras de mí. Se metió en el coche y me persiguió. Giró el volante con demasiada brusquedad. —Cierro los ojos con fuerza y miro al cielo. Ella tiene que estar ahí, en alguna parte, mirándome y pensando que me merezco lo que me está sucediendo—. Chocó contra un autobús; murió en el acto.

Fui testigo del horrible episodio por el espejo retrovisor. Las imágenes se

repiten una y otra vez en mi cabeza, a cámara lenta, tan claras como el primer día. Y muero por dentro una vez más.

—¡Oh, Dios mío! —leo en sus labios desde la distancia justo antes de que se cubra la boca con la mano.

—Volví al frente —prosigo, reviviendo cada agónico segundo de mi pasado—. Sentía que era lo único que me quedaba. Perdí el respeto por la seguridad; por la mía, por supuesto, pero también por la de los demás. No quería seguir aquí; no quería seguir viviendo. Me licenciaron después de que unos exámenes médicos dictaminaran que no era apto para el servicio. La vida se convirtió en una tortura constante. —Me rindo al nudo que se me ha formado en la garganta. En vez de tragármelo, dejo caer las lágrimas y se me rompe la voz—. Y entonces te conocí.

Cami tiene que apoyarse en el coche. Las bocinas no paran de sonar, y me doy cuenta de que el tráfico ha empezado a moverse y que los vehículos tienen que sortear su Mercedes, que obstruye el paso.

—¿Por qué no me lo contaste? —me pregunta, totalmente ajena al caos que nos rodea.

Le digo la verdad:

—Estaba demasiado amargado para admitir que mi esposa me traicionó. Ni siquiera cuando murió pude perdonarla. Me marché lejos; le di la espalda al mundo. Me convertí en un cabrón amargado, lleno de odio y de rencor, Camille. Mi hija iba a estar mucho mejor sin mí; no quería envenenarla con mi oscuridad.

Se seca los ojos y mira a su alrededor como si la multitud pudiera ofrecerle algún consejo.

—¡Cami, te quiero! —grito para asegurarme de que me oye mientras levanto los brazos hacia ella antes de dejarlos caer a los lados. Ella me contempla sin dejar de llorar—. Nada de lo que hemos compartido ha sido mentira; ni un segundo.

—Deberías habérmelo contado.

—Pensaba hacerlo, pero necesitaba encontrar la luz antes de poder ofrecerte mi vida. Tenía que ir a ver a mi hija; arreglar las cosas. Quiero hacer las cosas bien. Tú me has hecho comprender que puedo hacerlo.

Baja la vista y asiente, dándole alas a mi esperanza. Veo que levanta un pie. ¡Viene hacia mí! La animo en silencio. Nunca he necesitado tanto abrazarla como ahora. Cuando da otro paso, no puedo más y voy a su encuentro.

No hago caso de las bocinas que continúan sonando a nuestro alrededor. Lo único que importa es que Camille vuelva al lugar de donde nunca debería haber salido: a mis brazos. Se seca las lágrimas de nuevo y me mira con los ojos brillantes de alivio y esperanza.

Pero, en ese momento, el chirrido de unos neumáticos derrapando se une al estruendo que retumba en mi cabeza. Me olvido momentáneamente del consuelo de su abrazo para buscar el origen del ruido. El resto pasa en cámara lenta.

Una furgoneta.

Una furgoneta blanca. La misma que salió disparada cuando me acerqué a ella frente a la oficina de su agente. Se aproxima a Cami, que se sorprende al ver que va directa hacia ella. No me percato de que estoy corriendo hasta que las suelas de los pies me empiezan a arder. Cami pierde la sonrisa. Corro tan deprisa como puedo, pero tengo la sensación de que no avanzo.

La furgoneta se detiene entonces a su lado y la puerta lateral se abre.

—¡No! —grito, y mi voz retumba por las calles de Londres.

Unos brazos cubiertos de tela negra aparecen, la atrapan y la meten en el interior del vehículo. El sonido de la goma quemada me invade la nariz cuando se pone en marcha de nuevo y se dirige directa hacia mí, obligándome a apartarme de su camino. Choco contra el asfalto y, tras dar varias volteretas, me levanto sudando y jadeando. La furgoneta blanca impacta entonces contra el Mercedes de Cami y lo empuja hasta una pared cercana. Echo a correr de nuevo, tratando de alcanzarla mientras da marcha atrás.

—¡No! —vuelvo a gritar mientras se aleja acelerando.

La puerta lateral se cierra al mismo tiempo. Cuando dobla una esquina y la pierdo de vista, me detengo.

Insensible.

Insensible, frío..., muerto...

El mundo sigue su curso: la gente me mira y da un rodeo para esquivarme;

los coches avanzan. Tengo la sensación de que todos me observan como si acabara de salir del manicomio. Nadie me pregunta si estoy bien.

Nadie se acerca para ver si pueden ayudarme.

Nadie puede ayudarme. Miro a mi alrededor y doy una vuelta completa sin moverme del sitio. Londres es una nebulosa de ruido y de color. Se ha ido. Echo la cabeza hacia atrás y grito su nombre a los cielos.

## Capítulo 30

### CAMI

No sé dónde estoy. No he visto nada desde que me asomé a la oscuridad de sus ojos tras el pasamontañas. Grité y me resistí hasta que el agotamiento pudo conmigo. Mi cerebro no responde; el cuerpo me está abandonando también. La oscuridad es constante. Me han tapado los ojos y no puedo gritar porque también me han amordazado. Nadie habla, así que no sé cuántos son. Tengo mucho frío. Curiosamente, ya no lloro. Tengo miedo, pero no lloro. Si pudiera pensar, me preguntaría por qué.

Pero no puedo.

Así que permanezco en silencio, inmóvil, sobre el duro suelo, rezando.

# Capítulo 31

## JAKE

Me duele todo: el cuerpo, los ojos, el corazón.

Debe de estar aterrorizada. Seguro que me está llamando.

Corro hasta mi coche y, por el camino, telefono a Lucinda.

—¿Hola?

No es la voz de Lucinda.

—¿Heather?

—Oh...

Frunzo el ceño.

—¿Dónde está Lucinda?

—Eh... Se está despertando.

De pronto, todo encaja. Lucinda no habría dejado salir a Cami de casa si hubiera estado en condiciones físicas de hacerlo, lo que significa que no lo estaba.

—¿Qué le habéis hecho?

—¿Nosotras? ¿Qué has hecho tú, capullo? —replica mordaz. Tengo que armarme de paciencia para no perder el control—. El padre de Camille le dijo que estabas casado.

—Cállate, Heather —la interrumpo con los dientes apretados, maldiciendo a Cami por ser tan tozuda e impulsiva.

Noto que su amiga no menciona a Charlotte. Cami no lo sabía; por eso se sorprendió tanto al verla. Logan sólo descubrió mi matrimonio con Monica; se le pasó por alto algo tan grave como que tenía una hija. Seguro que pensó que con lo que sabía ya tendría bastante para romper mi relación con su hija.

—Han raptado a Cami —anuncio.

—¿Qué?

—¡Que la han secuestrado, joder! Pásale el teléfono a Lucinda. —Pongo el coche en marcha y no me molesto en esperar a que el semáforo se ponga en verde. Hago sonar la bocina para que los sorprendidos peatones se aparten de mi camino—. ¡Moveos!

—¿Jake? —Lucinda parece agotada y, por un instante, me pregunto qué coño le habrá hecho Cami, pero no tengo tiempo para entrar en detalles.

—Han raptado a Camille.

Giro a la derecha; tengo muy claro adónde voy. La sangre me corre por las venas densa como el veneno, amenazando con hacerme perder los papeles sin remedio.

—¡Oh, no! ¿Dónde estás? —pregunta Lucinda, obviamente preocupada.

—Estoy a punto de cargarme a su padre.

—Joder, Jake, no hagas ninguna tontería.

—Demasiado tarde.

Dejo el coche en una zona donde está prohibido aparcar, junto a la torre Logan, y corro hacia la entrada principal. Cuando llego a las puertas, las empujo con decisión. El vidrio choca contra la pared con estrépito. Todo el mundo enmudece y se vuelve a observar al hombre con aspecto de asesino que acaba de entrar.

Yo miro al frente, hacia el arco de seguridad y el viejo que se encarga del escáner. Cuanto más me acerco a él, más se le abren los ojos. Al final, se levanta del taburete en el que está sentado. No le doy la oportunidad de detenerme. Echo mano a la espalda y saco la pistola. Le apunto a la cabeza y sigo avanzando. Ni siquiera necesito amenazarlo verbalmente.

Es un tipo listo y retrocede con las manos levantadas y unos ojos como

platos.

—Eh, amigo, tranquilo...

Gruñendo, cruzo el arco de seguridad y sigo mi camino, dejando atrás el sonido de las alarmas, que se han vuelto locas. Llamo el ascensor con el cañón de la pistola y una de las puertas se abre inmediatamente. Entro con aspecto de ser el hombre más calmado del mundo, a pesar de que por dentro el caos se ha apoderado de mí.

Nunca había pasado tanto tiempo en un ascensor. Cuando llego a lo más alto de la torre Logan, estoy a punto de liarme a tiros con la puerta que me aprisiona y me impide reunirme con Cami.

Con paso decidido, dejo atrás el área de recepción, donde varias mujeres están intercambiando confidencias, y sigo hacia el despacho de Logan. La charla desenfadada pronto da paso al silencio asombrado y luego a susurros asustados, pero ninguna hace nada por detenerme. El agradable peso de la pistola que llevo en la mano me da la razón.

Cuando llego a la puerta, trato de abrirla, pero está cerrada por dentro. Suelto una carcajada tétrica y doy un paso atrás. Levanto la rodilla a la altura del pecho y le doy una patada. Estoy tan furioso que ni oigo el ruido que hace al romperse.

Logan, que estaba hablando por teléfono, pega un brinco en la silla. Uno de sus esbirros se tambalea por la sorpresa.

—Está bien —dice Logan a su interlocutor, que obviamente ha llamado para advertirle de que un loco andaba suelto por el edificio—. Todo está bien. —Cuelga lenta y cautelosamente, con los ojos muy abiertos.

¿Bien? ¡Nada está bien! Levanto el brazo y lo apunto a la cabeza.

—Tiene diez segundos para contarme lo que me ha estado ocultando antes de que le vuele los sesos.

Más le vale no dudar de mi palabra. Quito el seguro de la Heckler.

—¿De qué está hablando? —pregunta echándose hacia atrás con la silla como el cobarde que es.

—Está perdiendo el tiempo, Logan. —Aprieto los dientes. El pulso me golpea en las sienes—. Le quedan siete segundos.

—¿Dónde está Cami? ¿Qué ha hecho con ella?

—¡Se la han llevado, joder!

Acto seguido, me abalanzo sobre él, derribando a Pete de un codazo en la cabeza cuando trata de impedirlo. El matón cae al suelo pesadamente, gruñendo.

Rodeo la mesa y apoyo el cañón de la pistola en la sien de Logan, apretando tanto como puedo. Él gimotea, temblando hasta tal punto que el movimiento me hace cosquillas en la mano a través del metal del arma. ¡Qué idiota! No sabe que no necesito ayuda externa. Ya me pica bastante el dedo, de las ganas que tengo de apretar el gatillo.

—¡Hable, joder!

—Vale, vale. —Se encoge en la silla con los ojos cerrados—. Llevan semanas haciéndome chantaje. Querían dinero; dijeron que lo sacarían todo a la luz si no pagaba.

¡Por fin! Por fin reconoce que estaba ocultando algo.

—¿Sacar a la luz el qué?

Sus ojos asustados se dirigen a Pete, que se está levantando del suelo, frotándose la cabeza.

—Déjanos solos —le ordena Logan en voz baja y muy seria.

Pete no se lo cuestiona. Ni siquiera da muestras de haberse dado cuenta de que estoy apuntando a la cabeza de su jefe con un arma cargada. Sale rápidamente, sin mirar atrás.

Cuando la puerta se cierra, sacudo la pistola; es mi manera de decirle que más le vale ponerse las putas pilas si no quiere que le vuele la cabeza.

—Tienen fotos —murmura respirando pesadamente, cagado de miedo.

—¿De qué? —presiono.

—De mí.

Lo agarro por el cuello de la camisa y tiro de él.

—¿Y?

—Una mujer. —Traga saliva, lo que hace que la nuez le sobresalga y me roce los nudillos—. O una chica...

Suelto el aire, asqueado pero aliviado porque parece que empezamos a llegar a alguna parte.

—¿De qué edad?

Cierra los ojos y lo veo rendirse ante mí.

—Quince.

Lo suelto como se merece, como la basura que es, y me aparto de él mirándolo con repulsión.

—¡Yo no lo sabía! —Logan se revuelve en su enorme silla de despacho y me rehúye la mirada—. Aparentaba al menos veinte. Alta, rubia, bien formada...

—Hijo de puta.

—Esto no puede salir de aquí. —Su mirada vaga frenética de un lado a otro de la mesa—. Soy embajador de una organización benéfica en defensa de los niños, ¡por el amor de Dios! Mi reputación... —Me mira con una expresión de horror en sus ojos hipócritas—. Mi esposa...

Sonrío, porque sé que voy a disfrutar del anuncio que estoy a punto de hacerle:

—Su esposa lo va a dejar, Logan. Ayer interpuso la demanda de divorcio.

—¿Cómo? ¿Qué demonios está diciendo, Sharp?

—Tiene un lío con su abogado matrimonialista. —Me aguanto la risa con mucho esfuerzo—. La ha dejado embarazada.

—No sabe lo que está diciendo... ¡Ella no me dejaría!

—¡Me importa una mierda! —Le clavo el cañón en el centro de la frente, temblando de furia—. ¡Prescindió de mis servicios sabiendo que Cami estaba en peligro! ¿En qué demonios estaba pensando?

—¡Me ha investigado! —Se echa hacia atrás en la silla con unos ojos como platos—. Cuando recibí la primera amenaza, me pidieron dinero y me enviaron un número de cuenta. Dijeron que, si no pagaba, mandarían las fotos a la prensa. Los envié a la mierda; ni loco pensaba doblegarme a sus exigencias. Además, tengo muy buena relación con los editores de todos los periódicos. Hoy por ti, mañana por mí. No les saldría a cuenta que me arruinara, eso está claro.

Observo con desprecio a ese capullo egocéntrico e inmoral y él aparta la mirada.

—Las fotos acabaron en el despacho del director de *The Mirror* —admite en voz baja—. Cuando me llamó, me aseguré de que le quedara claro que le

saldría más a cuenta no publicarlas.

—¿Cuánto más?

—Un millón de libras y una historia muy interesante sobre un miembro del Parlamento.

Gruño. Este hombre es mucho más despiadado de lo que pensaba.

—¿Cuánto le pedían los chantajistas?

—Dos millones. —Logan me mira asustado.

Se me hinchan las ventanas de la nariz. Estoy cada vez más furioso.

—¿Y la amenaza a Camille?

—Eso vino después, cuando adivinaron que con las fotos no iban a conseguir el dinero. Pensé que podría solucionarlo por mi cuenta, pero no podía permitir que viera la nota de amenaza. ¡Hablaban de las fotos! La nota que le enseñé la imprimí yo mismo. Tenía que proteger a Camille, y me dijeron que usted era el mejor en lo suyo. Sabía que con usted estaría a salvo, pero luego empezó a meter las narices donde no le importaba. Era cuestión de tiempo que encontrara algo. ¡Se implicó demasiado!

—¡Porque amo a su hija, joder! Su reputación me importa tres carajos; lo único que me incumbía era la seguridad de Cami, algo que no puede decirse de usted, ¡su propio padre!

—¡No tiene ni idea de nada! —Se echa hacia delante en la silla, dirigiéndome una mirada de súplica—. No es sólo por el negocio y la reputación. ¡No quiero que mi hija me odie!

Resoplo burlón; no sé en qué mundo vive este capullo.

—Demasiado tarde, Logan.

Vuelvo a apoyarle el cañón en la sien, esta vez con más fuerza, lo que lo hace caer hacia atrás en la silla. Está sudando como un cerdo y ha alzado las manos como si sus gordos y patéticos miembros pudieran servirle de protección. No hay nada que pueda protegerlo de mí a estas alturas.

—Tiene esposa —murmura.

—*Tenía*. ¡Está muerta, joder!

—¡Igualmente le mintió a mi hija! Fingió ser alguien que no era.

—¡No me obligue a matarlo antes de obtener toda la información que necesito para encontrarla! —Me apoyo en la pistola con tanta fuerza que creo

que voy a atravesarle el cerebro, ahorrándome la molestia de disparar—. Preocuparse por mi relación con su hija en este momento es absurdo.

Logan cierra un ojo y trata de apartarse del arma, pero no se lo permito.

—Por favor, ayúdeme a encontrarla —me ruega.

Aparto la Heckler y rodeo la mesa, colocándome frente a él, que no me pierde de vista ni un instante. Me detengo, apunto, veo que abre unos ojos como platos y levanta las manos. Y disparo.

El ruido de los cristales rotos retumba por la oficina. Logan se ha hecho un ovillo en la silla.

—Estoy tentado de romperle las piernas por hacerla pasar por esto. — Inspiro hondo y suelto el aire antes de hacerle un juramento letal—: Pero le juro, Logan, que la próxima vez no dispararé al aire si descubro que le han hecho un solo rasguño.

Él se incorpora en la silla sudando, temblando, con los ojos vidriosos.

—¡Afirme con la cabeza! ¡Haga alguna señal para que sepa que me ha entendido, joder!

Él asiente frenéticamente, sollozando como lo que es: un puto cobarde.

Rebusco en mi interior la calma que necesito para estar al cien por cien de mis capacidades y me siento frente a Logan, que aguarda nervioso a que diga algo.

Pues que aguarde mientras me calmo. Es un hombre desesperado y un auténtico idiota por creer que podría resolver esto solo. Lo único que hizo bien fue contratarme para proteger a Camille, pero luego la cagó prescindiendo de mis servicios.

Me recuerdo que los secuestradores no suelen tener interés en hacer daño a sus víctimas. En la mayoría de los casos sólo les interesa sacarle dinero a alguien.

—¿Quién podía saber a qué se dedicaba en sus ratos libres? —le pregunto observándolo con atención—. ¿Quién puede haber sacado esas fotos?

—¡No lo sé! —exclama sacudiendo las manos por encima de la cabeza—. He investigado a todo el mundo que se me ha ocurrido y no he encontrado nada. ¡Y no puedo pedirle al departamento de informática de la empresa que investigue los e-mails! ¡No puedo enseñárselos a nadie!

—¡Enséñemelos! —le ordeno secamente.

—Los borré.

Me echo hacia delante y lo apunto de nuevo con la pistola.

—No me provoque, Logan.

Él se mete entonces la mano en el bolsillo, saca unas llaves y señala la pared de enfrente.

—Están en la caja fuerte.

—Vaya a buscarlos.

Se levanta de la silla como si fuera un anciano y va hasta allí, caminando de espaldas, sin perdernos de vista ni a mí ni a la pistola. Mueve la rueda de la caja fuerte con manos trémulas; primero a la izquierda, luego a la derecha y otra vez a la izquierda. A continuación, mete la llave en la cerradura y se pelea con ella unos segundos.

Encorva la espalda, busca en el interior y saca una carpeta azul. Me la entrega con un estremecimiento.

La agarro con brusquedad y, cuando la abro, me encuentro con la vívida imagen del culo desnudo peludo de Logan y la cara eufórica de una chica. Haciendo una mueca, paso a la siguiente imagen; no necesito ver detalles de la depravación que ha destrozado mi vida. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no volver a apuntarlo con la pistola y librarme al fin del picor en el dedo.

Logan sigue de pie, nervioso y callado a mi lado mientras examino la carpeta y encuentro un correo electrónico, fechado dos días antes, donde aparecen todas las imágenes incriminatorias, además de fotografías de Cami.

—Traté de averiguar los datos bancarios de la cuenta... —murmura Logan.

No necesito que acabe la frase. Echando un vistazo a la cuenta, veo que es de una entidad suiza. Una búsqueda convencional no le aportará ninguna información.

Saco el teléfono y tecleo los dígitos en un mensaje, pero antes de poder enviarlo, suena en mi mano. Respondo inmediatamente.

—¿Luce?

—Entra en internet y busca la web de *London by Night*.

El nombre me resulta familiar.

—¿La revista?

He entrado en su página unas cuantas veces desde que acepté el caso de Cami.

—Sí, corre. —Parece más impaciente que de costumbre, así que no la hago esperar.

Cojo el iMac de Logan y lo acerco a mi lado de la mesa. Abro Google y, por teléfono, sigo sus instrucciones.

—Ya está —le digo, aunque no veo más que anuncios y varias irrelevantes fotos de famosos.

—Pon el nombre de Camille en la barra de búsqueda.

Sigo sus instrucciones y enseguida aparecen un montón de fotos de Cami. En la última, salimos juntos. Estamos en el bar, tras el rodaje del anuncio, y le cojo la mano por encima de la mesa.

—La foto de Cami y tú —señala Lucinda.

—¿Qué le pasa?

—Mira detrás de ti, en la esquina superior izquierda.

Levanto la vista y encuentro lo que Lucinda quiere que vea.

—Hijo de puta... —susurro. Detrás de mí hay un escaparate y, en el reflejo, se ve claramente la furgoneta blanca aparcada en el callejón. A través del parabrisas se distingue una cara. Se ve borrosa, pero nada que las nuevas tecnologías no puedan resolver—. Investiga esa cara.

—Ya lo he hecho. Te he enviado una ampliación a tu teléfono. Se llama Michael Scott, treinta y seis años. Ha estado en prisión por tráfico de drogas, robo a mano armada y... —Hace una pausa y juro que la oigo tragar saliva.

—¿Qué más, Luce?

El teléfono suena, avisándome de la llegada de un mensaje. Lo abro y veo la imagen del hombre que estoy a punto de perseguir, atrapar y cortar en pedacitos. Respiro hondo y vuelvo a llevarme el móvil a la oreja.

—Jake, es... —La voz de Lucinda se pierde de nuevo, y yo me tenso de arriba abajo.

—¿Qué?

—Violación.

Se me hiela la sangre en las venas. Alzo la vista hacia Logan, que me mira sin entender nada. Mi corazón late con tanta violencia que no me extrañaría

nada que se me saliera del pecho y aterrizara sobre su mesa.

—¿Jake?

No puedo responderle. No puedo hablar; ni siquiera pensar.

—Jake, la furgoneta fue robada la semana pasada. Cambiaron las matrículas. —Me canta los números de la matrícula falsa—. He buscado información del tal Scott. En teoría está viviendo en un piso tutelado en Bethnal Green mientras dura su proceso de rehabilitación. —Lucinda me da la dirección, que se me queda grabada en la cabeza, junto con la de la falsa matrícula—. Seguro que alguien lo ha contratado para que la secuestre, pero no he encontrado ningún número de teléfono a su nombre. Probablemente usa uno de tarjeta prepago. No tengo nada más; lo siento.

Me levanto e inspiro hondo, apoyado en la mesa.

—Tengo datos de una cuenta en Suiza.

Cojo la carpeta y rebusco entre las fotos y los papeles hasta encontrar lo que quiero. Le canto los números de la cuenta bancaria y la pongo al corriente de todo lo que me ha contado Logan: la chica, la foto de su culo peludo..., todo. Oigo a Lucinda ahogar una exclamación al otro lado de la línea y veo cómo Logan se retuerce incómodo al otro lado del escritorio.

—A ver qué encuentras.

—Me pongo ya mismo —anuncia, y su voz está cargada de compasión, algo que no puedo soportar.

Estoy a punto de colgar cuando oigo que me llama y vuelvo a acercarme el teléfono a la oreja, perdido en un mar de desolación. No le digo nada.

—Ten cuidado —me pide en voz baja, mostrando una preocupación poco habitual en ella—, por favor.

Cuelgo y recojo la pistola de la mesa, haciéndola deslizar por la superficie de madera antes de guardarla en la parte de atrás del pantalón.

—¿Qué pasa? —pregunta Logan—. ¿Quién era?

Lo miro a los ojos, inmune a la ansiedad y el terror que veo en su cara.

—¿Conoce a este hombre? —lo interrogo enseñándole la foto que me ha llegado al móvil.

Él frunce el ceño.

—No, no lo he visto en la vida. ¿Quién es?

—Es el tipo al que alguien contrató para que secuestrara a su hija. Rece para que no le haya hecho daño, Logan. Rece con ganas.

Me vuelvo hacia la puerta y salgo de la oficina, exudando muerte por todos los poros.

## Capítulo 32

### CAMI

Me hago la muerta. Es fácil cuando por dentro te sientes así. Dos hombres me han trasladado de la furgoneta a otro sitio. Sé que son dos hombres. Aunque no han dicho ni una palabra, he notado dos pares de manos sujetándome. Sólo puedo pensar en lo que Jake les hará si los encuentra. ¿Los encontrará? ¿Será posible encontrarme?

No sé dónde me han encerrado. Huele a húmedo y a sucio, y hace mucho frío. El suelo es duro y está helado. No veo nada porque no me han quitado la venda de los ojos. Está demasiado apretada. La venda de la boca está seca, igual que mi garganta. No podría gritar aunque quisiera.

Me ataron las manos a la espalda, me apoyaron en una pared de ladrillo y se marcharon en silencio. Si alguna vez me hubiera imaginado hallarme en una situación así, me habría imaginado llorando aterrada.

Durante los primeros diez minutos estuve así. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? No tengo ni idea. El resto del tiempo lo he pasado sin fuerzas, en una especie de trance.

No sé por qué he reaccionado así. ¿Para conservar las energías? No lo sé. Sólo me queda la esperanza. La esperanza de que, si pienso en él con la suficiente intensidad, dará conmigo.

## Capítulo 33

### JAKE

Soy un asesino profesional. Es una habilidad que me hizo ganar una gran reputación en la guerra contra el terror. La gente me temía. Yo era la amenaza invisible, desconocida. Nunca perdía la calma; nunca dejaba que la furia se apoderara de mí. Durante mucho tiempo, no permití que mis luchas internas interfirieran en mi misión. Echaba de menos a mi esposa. Echaba de menos ver cómo le crecía la barriga y cómo el bebé daba pataditas. Me perdí un montón de cosas: las ecografías, las clases de preparación al parto y el nacimiento de mi hija. Y también me perdí los primeros meses de la vida de mi pequeña, pero ninguna de esas cosas afectó a las misiones. El equilibrio y la puntería nunca me fallaron.

Hasta un día, hace cuatro años. De pronto, todo cambió. Mi vida se puso del revés cuando me di cuenta de que mi esposa no me había echado de menos. En vez de llorar mi ausencia, había buscado consuelo en otros brazos. Mi vida ya no tenía sentido.

La vida no es sólo poder respirar o tener un corazón que lata en el pecho. Necesitamos a otras personas; necesitamos vivir por y para alguien. Mis demás objetivos en la vida perdieron sentido. La muerte de mis padres en el desastre de Lockerbie dejó de parecerme tan importante. No era capaz de pensar ni de actuar con sensatez.

Me volví descuidado, temerario; me convertí en una amenaza para mí y, lo que era peor, para los que me rodeaban. No podía cambiar lo que había pasado, pero, tras ahogarme en un mar de Jack Daniel's y de pasar demasiadas noches perdido en una nebulosa de alcohol y desesperación, asomado al abismo del infierno, encontré algo que me permitió aferrarme de nuevo a la vida. Ya no podía recuperar la mía, pero aún podía proteger la de los demás.

Todos mis clientes no eran más que un trabajo para mí; un deber, una manera egoísta de mantenerme ocupado y concentrado. Necesitaba olvidarme de mi vida anterior. Los clientes me obligaban a concentrarme en ellos.

Pero Camille Logan lo cambió todo. Ella me dio una razón para enfrentarme a mis demonios: me hizo sentir y amar de nuevo. Por fin, las cosas empezaban a colocarse en su sitio en mi cabeza. Estaba preparado para enfrentarme a las verdades del pasado. La esperanza me sostenía.

Pero lo hice todo mal, y probablemente ahora la he perdido para siempre.

Su cara. No puedo olvidar la expresión de su cara en la cocina de Abbie. Estaba destrozada. Y luego, en medio de la calle, cuando le abrí mi corazón, vi en su cara que lo comprendía y empecé a recuperar la esperanza...

Pero me la arrebataron cuando se la llevaron a la fuerza.

Me sobresalto cuando el teléfono empieza a vibrar en mi mano y me apresuro a responder, esperando que haya descubierto algo; lo que sea.

—¿Luce?

—¿Dónde estás?

—En la puerta del bloque de pisos de Scott.

Miro el aparcamiento, lleno de basura y de vehículos abandonados. Niños que deberían estar en el colegio entran y salen de los coches por las ventanillas rotas. Algunos de ellos saltan de uno a otro. En el lúgubre bloque de pisos hay más ventanas tapiadas que sin tapiar. Las pocas que permanecen intactas tienen trapos mugrientos cubriendo los cristales sucios. Es un edificio monstruoso, que se eleva hacia el cielo proyectando una sombra tan apagada como las edificaciones de ladrillo que lo rodean. Es horrible.

—¿Has encontrado algo?

—Nada. Ni rastro de la furgoneta blanca, y el piso está vacío.

Alzo la mirada hacia la ventana del piso en cuestión y me estremezco al

recordar la suciedad y la miseria que he encontrado tras darle una patada a la puerta. Y la peste. Aún tengo ese horrible olor metido en la nariz.

—Puede que tenga algo.

Me pongo en alerta instantáneamente.

—¿Qué?

—Scott estuvo encerrado en la cárcel de Borstal la última vez que lo condenaron. Salió en libertad condicional hace dos meses, y una de las condiciones es presentarse cada semana ante su supervisor, que está en Shoreditch. Hoy le toca ir, Jake. A no ser que se salte la cita, debería estar allí ahora. Te envió la dirección de la oficina del supervisor.

Pongo el coche en marcha y salgo del aparcamiento a toda velocidad, dejando atrás una nube de polvo y un montón de críos andrajosos que aplauden encantados por el espectáculo.

—Las cosas le están yendo bien, así que le interesa no meterse en líos —le digo a Lucinda con la voz ronca. No me molesto en detenerme en el cruce, y obligo a un Ford Escort destartado a dar un volantazo para esquivarme—. Creo que alguien ha contratado a Scott para que secuestre a Camille. No pierdas de vista el correo electrónico de Logan. No creo que tarden en ponerse en contacto con él.

Lanzo el teléfono al asiento del copiloto y conduzco como un demonio hasta Shoreditch.

La calle principal está llena de coches que me obligan a aflojar la velocidad. Voy fijándome en todas las caras con las que me cruzo. Recorro unas diez veces las calles de las cercanías de la oficina del supervisor de la libertad condicional. A cada precioso minuto que pasa, mi corazón pierde fuerzas. No veo ninguna furgoneta blanca. Cami debe de estar asustada. Falta una semana para que Scott tenga que volver a firmar. Una semana esperando cualquier pista que me lleve hasta ella.

—¡Vamos! —le grito a nadie en concreto, girando a la izquierda y luego inmediatamente a la derecha.

Me detengo en seco ante un paso de cebra cuando un grupo de escolares

asaltan la calzada y caminan sobre el asfalto como una hilera de hormigas, riendo, cogidos de la mano de dos en dos. Todos llevan chalecos reflectantes, con lo que es difícil que pasen desapercibidos. ¿Qué edad deben de tener? Unos cuatro años, calculo. La edad de Charlotte.

Es mía. Esa pequeña es mi hija. Quitarme esa idea de la cabeza fue fácil. Sacudirme de encima la responsabilidad y huir de mis miserias fue fácil. Me resultó más fácil convencerme de que no era hija mía que quedarme a su lado y criarla. No la conocía y ella no me conocía a mí. ¿Cómo iba a ser su padre? No sabía cómo hacerlo. Me dije que Abbie la cuidaría, la educaría y la convertiría en una señorita alejada de mi oscuridad tóxica. Era lo mejor para la niña; lo mejor para todos.

Sigo con la vista la fila de niños hasta que desaparecen camino del parque. Sus maestros están distribuidos a lo largo de ésta, para protegerlos, para asegurarse de que nadie se los lleve.

¡Pip!

Doy un brinco en el asiento. La bocina de un coche impaciente a mi espalda me saca del estado de decaimiento en que estaba cayendo.

—¡Joder! —murmuro volviendo a la realidad.

Arranco y rodeo a un coche mal aparcado, lo que me obliga a invadir el carril contrario.

Entonces la veo.

Una furgoneta.

Una furgoneta blanca.

Distingo sólo la parte trasera mientras desaparece tras una esquina, a unos trescientos metros de distancia. El corazón se me desboca una vez más mientras piso con fuerza el acelerador. Avanzo por la calle principal a una velocidad peligrosa, con un ojo puesto en los peatones —que podrían lanzarse a la calle en cualquier momento— y el otro en la esquina por la que ha desaparecido la furgoneta.

—¡Vamos! —animo a mi Range Rover para que vaya más deprisa.

Hago una mueca al oír chirriar las ruedas cuando tomo la curva a toda velocidad.

«No llames la atención. Mantén las distancias.»

Scott llevaba tiempo siguiendo a Cami. Reconocerá mi coche; me reconocerá a mí. Lo sigo manteniendo a varios vehículos entre él y yo. Veo acercarse una rotonda en el horizonte y, aunque la carretera se bifurca en dos carriles, sigo en el mismo, escondido tras los demás coches pero muy alerta. Cuando la furgoneta se mete en la rotonda, aprovecho la oportunidad. Cojo los binoculares y miro los números de la matrícula. El aire contenido que suelto de golpe podría empañar el parabrisas.

Es él.

Llamo a Lucinda sin apartar la vista del vehículo blanco y veo que toma la tercera salida, en dirección a City Road.

—Lo he encontrado —anuncio cuando contesta—. ¿Ha llegado algún e-mail? ¿Alguna petición de rescate?

—Nada; sigo pendiente —me informa—. Jake, ten cuidado.

Asiento y cuelgo, incapaz de tranquilizarla. Agarro el volante con las dos manos y fijo la vista al frente. Es el viaje más largo que he hecho nunca.

Por el camino, se detiene en dos ocasiones. Primero, en una gasolinera, donde compra agua y un bocadillo que tiene muy mala pinta, y unos kilómetros más allá, en un parque industrial, donde recoge a un tipo escuálido y desaliñado, con el pelo largo y grasiento y la barbilla ganchuda.

—Llévame con mi chica —susurro siguiéndolos con cautela.

Tras innumerables frenazos, giros y sobresaltos, se meten por una carretera desierta que conduce a una fábrica abandonada.

Aparco a un lado del camino, ocultando el coche entre arbustos de aspecto mortecino pero lo bastante densos. Recorro el resto del camino a la carrera, con la espalda encorvada, y veo que la furgoneta rodea la fábrica. Llego al edificio y me apoyo en él mientras recobro el aliento. Saco el teléfono del bolsillo y lo pongo en silencio. No quiero dejar nada al azar. Tras volver a guardarlo, lo sustituyo en mi mano por la Heckler y quito el seguro.

Hasta este momento he tenido que hacer un gran esfuerzo de contención para no sacar a Scott de la carretera de un volantazo y torturarlo hasta que me dijera dónde tenían a Cami. Pero el esfuerzo que tengo que hacer ahora es aún mayor. Debo repetirme una y otra vez que no puedo entrar disparando y reventándolo todo; que tal vez ella no esté aquí. Avanzo en silencio, con

cuidado, con el hombro pegado a la pared de ladrillo de la fábrica en ruinas. Escucho con tanta atención que oigo cerrarse las puertas de la furgoneta; oigo la risa de uno de esos desgraciados y el sonido que hacen al arrastrar las botas sobre el suelo.

Un eco metálico invade el aire. Al asomar la cabeza tras una esquina con mucho cuidado, veo una enorme puerta metálica. Levanto la mano para secarme el sudor de la frente y pestañeo varias veces para mantener la vista enfocada.

Estoy muy acostumbrado a permanecer escondido, invisible. No puedo permitir que mi desesperación y mis afectos personales interfieran en la misión; esta vez no. Me acerco sigilosamente a la puerta, agarro el pomo y tiro de él con delicadeza, encogiéndome cuando el hierro chirría al arañar el marco oxidado. El fuerte olor a humedad me da una bofetada en la cara, acompañado por una corriente de aire frío y los ecos de sus voces.

Cierro la puerta silenciosamente y sigo el ruido de las voces que salen de los cuellos que pienso cortar. Estoy rodeado de maquinaria abandonada, que me recuerda más a instrumentos de tortura que a equipamiento industrial. Sigo oyéndolos en la distancia; el viejo edificio abandonado hace retumbar los sonidos.

Cruzo una sala tras otra, con la pistola siempre a punto para disparar y los ojos atentos a cualquier movimiento.

Cuando dejo de oír sus voces, me detengo. Me escondo tras una enorme máquina y contengo el aliento. Oigo sonidos metálicos a mi alrededor, seguidos por la respiración laboriosa de uno de los hombres.

Uno de los hombres.

—¿Qué demonios...?!

Me vuelvo en redondo y me encuentro al tipo escuálido, al que ha recogido por el camino, con una vieja pistola en la mano. No me ando con historias. El instinto me ha hecho apuntar y disparar antes de que haya tenido tiempo de encontrar el gatillo de su arma.

El ruido es ensordecedor. El disparo retumba en las máquinas que me rodean mientras veo cómo el hombre se desploma.

En cuanto lo veo en el suelo, echo a correr por la fábrica, procurando

hacer el mínimo ruido posible, lo que no es fácil cuando la determinación te recorre el cuerpo, te abrasa las venas y hace que te dé vueltas la cabeza. Me seco el sudor de la frente para que no se me meta en los ojos y me dificulte la visión. Giro a un lado y a otro, escuchando atentamente. Oigo algo y me detengo.

El sonido lejano de metal chirriando se abre paso entre el caos de mi mente, y retrocedo con la espalda pegada a una pared forrada con paneles de hierro oxidado. Alzo el arma lentamente y asomo la cabeza.

No me cabe duda de que he encontrado el lugar donde ha estado retenida. La puerta está entreabierta y me llega el sonido apagado de una pelea. Me dirijo hacia allí lentamente, con mucha cautela, y abro la puerta un poco más, lo suficiente para poder ver.

La escena que me encuentro me rompe el corazón. Acabo de abrir la puerta con el hombro y me planto en el umbral, con las piernas abiertas y la pistola a punto de disparar.

Reconozco a Scott por la fotografía. Tiene a Cami sujeta ante él, y le está apoyando un cuchillo en el cuello. Le tiemblan las manos y está sudando a mares. Está aterrorizado, lo que hace que sea mucho más peligroso.

Cami está en silencio, con la cabeza apoyada en la asquerosa camisa de ese hombre. Su precioso cuello está extendido y tiene la cara vuelta hacia el techo. Tiene las manos atadas, los ojos vendados y la boca amordazada. La única ventaja de todo esto es que no le veo los ojos. Si me hubiera mirado asustada, habría perdido el control. Y necesito mantenerlo, ahora más que nunca. Necesito blindarlo.

—¡Le rebanaré el cuello! —grita Scott, retrocediendo y llevándose a Cami consigo. Ella resbala y sus pies arrastran por el suelo polvoriento—. ¡Lo haré!

Lo miro a los ojos, sin apartar la vista de ellos ni un instante. Los ojos nos dan mucha información sobre una persona. En los de Scott veo el mal, además del miedo. No tengo ninguna duda de que este hombre es culpable de todos los crímenes de los que se lo acusa.

«Violación.»

Esa idea me desconcentra por un instante, ya que tengo que pestañear para apartar de mi mente las imágenes. Si se le ha ocurrido aunque sólo sea pensar

en ello, yo...

Me obligo a centrarme.

—¿Para quién trabajas? —le pregunto con la voz calmada y la pistola baja pero preparada. Ese tipo es una escoria sin cerebro. No sería capaz de organizar un secuestro.

—No te diré nada.

—¿Cómo te comunicas con él?

—Que te jodan.

Retrocede un poco más, con la cara pegada a la de Cami, respirándole encima. Ella hace una mueca de asco cuando su saliva le salpica el rostro, y vuelvo a desconcentrarme. Está a seis metros de mí, pero no puedo llegar a ella. La hoja del cuchillo que se clava en su cuello, que late mientras respira, está llena de suciedad. El mango está torcido y oxidado. Ese cuchillo no corta, sierra.

Trago saliva con dificultad y agarro con más fuerza la Heckler.

—Cometiste una estupidez muy grande cuando aceptaste este trabajo —le digo, impregnando mi voz con un tono amenazador que no debería subestimar. Ladeo la cabeza, desenfocando la visión de Cami. Las mejillas me palpitan, tensas, cuando aprieto las muelas—. Muy muy grande —murmuro.

Veo que se da cuenta de lo seria que es mi amenaza cuando un espasmo de su mano hace que el cuchillo se clave en el cuello de Cami, lo que provoca que escape un murmullo de su boca y una gota de sangre de su piel; una gota que se desliza cuello abajo.

La furia se apodera de mí, profunda, pura, abrasadora.

Doy un paso adelante, sintiendo cómo me consume; la sangre me arde en las venas.

«Calma...

»Tengo... que... mantener... la... calma.»

Lo que no es fácil cuando me estoy preparando para el disparo más importante de mi vida.

—¡Atrás! —exclama Scott aterrorizado.

—Adiós. —Cierro un ojo, levanto la mano y aprieto el gatillo.

¡Bang!

Veo la bala y la observo cruzar el aire en dirección a mi objetivo. Me estremezco al comprobar que le he dado en medio de la frente. El tipo se desploma salpicando de sangre la cara de Cami.

## Capítulo 34

### CAMI

Mis oraciones han sido escuchadas. Rezar y pensar en él constantemente lo han traído hasta mí. He pensado en todo el tiempo que hemos compartido; no me he dejado ni un segundo por revivir. Era la mejor manera de pasar las horas; la mejor manera de olvidarme de la fría brutalidad de mi realidad. En cuanto oí un disparo a lo lejos, supe que me había encontrado. Unas manos asustadas me obligaron a levantarme del suelo y poco después oí la voz de Jake.

La presión del cuerpo sudoroso de mi captor contra el mío era insoportable. Notaba cómo temblaba, pero me resistía a dejarme afectar por sus convulsiones. Me obligué a permanecer inmóvil. Usé toda mi energía en mantenerme quieta, como congelada, casi sin respirar.

Porque sabía lo que Jake iba a hacer; podía oír sus intenciones en mi mente. Ví el estallido de la madera del árbol muerto en el claro del bosque. Supe sin ningún atisbo de duda que mi secuestrador estaba a punto de morir.

El pitido que resuena en mis oídos es doloroso, y el líquido caliente que me baña la cara, insoportable, pero no puedo limpiármelo. Cuando mi captor deja de sujetarme, las rodillas no me sostienen y caigo al suelo de hormigón. El aire que he estado conteniendo quiere liberarse con el impacto, pero la mordaza lo impide.

Sé que en la habitación ya sólo estamos Jake y yo —al menos, entre los vivos—, pero igualmente salto como un animalillo asustado cuando sus grandes manos me agarran y me sienta sobre su regazo.

Rápidamente me libera las muñecas. Noto que los huesos crujen aliviados y que los músculos se contraen, volviendo a la vida. Aprieto las manos y noto una sacudida de dolor en los brazos mientras él me quita la venda de los ojos. Aprieto los párpados con fuerza. La luz ambiental es demasiado intensa tras las horas que he pasado en la oscuridad más absoluta.

—¡Por Dios, Cami! —susurra acariciándome la cara con frenesí—. Abre los ojos, ángel.

Me arranca la mordaza y respiro profundamente. Los pulmones me quemán, agradecidos.

Abro ligeramente los párpados. Necesito verlo, pero aún no puedo tolerar la luz. Sus fuertes muslos bajo mis hombros me confortan. No puedo hacer nada más que dejarme consolar por él. No puedo levantar los brazos, tengo la boca seca y los ojos doloridos.

A pesar de todo, creo que nunca me había sentido tan bien. Me siento en paz, segura y esperanzada. Me siento decidida. Después de lo que hemos pasado, ya nada podrá interponerse entre nosotros: ni los demonios internos de Jake, ni los enemigos ni las expectativas de mi padre. Nada.

Parpadeo varias veces y logro enfocar un poco. Jake es una nebulosa oscura que se cierne sobre mí, pero distingo la silueta del hombre al que amo.

Una sombra.

Me pongo nerviosa al no poder ver sus rasgos con claridad. Logro llevarme las manos a la cara y, con movimientos torpes, me froto los ojos para librarme de la niebla que los cubre. Los abro y lo intento de nuevo.

Lentamente, la niebla se disuelve y Jake toma forma ante mí. Veo su rostro con nitidez. Es lo más perfecto y magnífico que he visto nunca. Trago saliva y abro la boca para hablar, pero mis labios se quedan trabados, frustrándome una vez más. Hay tantas cosas que quiero y necesito decirle... Necesito que sepa que lo acepto, con sus secretos, sus errores y sus remordimientos. Tiene que saber que lo ayudaré en todo lo que quiera, que juntos lo arreglaremos todo. Pero las palabras se niegan a salir y, cuando él me apoya un dedo en la

boca para tranquilizarme, dejo de intentarlo.

—Lo sé —me dice en voz baja, acariciándome la mejilla—. Ya lo sé, ángel.

Sólo puedo asentir débilmente. No me dan las fuerzas para nada más, y, cuando él me dirige una sonrisa —triste pero aliviada—, sé que me entiende.

—Voy a llevarte a casa —me informa con suavidad mientras me toma en brazos—. ¿Puedes sujetarte?

Aunque me cuesta un gran esfuerzo, logro rodearle el cuello con los brazos y aferrarme mientras él se levanta del suelo.

—No mires —me ordena suavemente mientras se da la vuelta.

Veo un cuerpo tendido en el suelo con los brazos en cruz. La horrible visión del charco de sangre que se extiende alrededor de su cabeza no me detiene. Lo miro a la cara. Tiene los ojos abiertos, igual que la boca.

—No lo conozco. —No sé de dónde sale esa frase que mi mente confundida elige para que sea la primera que puedo pronunciar.

Jake suelta una mano, manteniéndome bien pegada a su pecho con la otra, y me apoya la palma en la mejilla para que recline la cabeza.

—Chiss... —susurra, y mi cuerpo empieza a mecerse al ritmo de sus largas zancadas mientras me saca de allí.

Le miro el cuello y oigo su corazón, que late acompasadamente bajo mi oreja. Él mira al frente. Su cara parece serena, pero está apretando los dientes.

Cuando salimos al exterior, hundo la cara en su pecho para protegerme de la claridad. Inspiro hondo por la nariz, disfrutando de su aroma mezclado con el aire fresco. El trayecto hasta su coche es largo, pero no parece cansarse. No me suelta ni afloja el paso. Parece un robot, programado para no desfallecer nunca.

Me deposita en el asiento del copiloto con delicadeza, y me da tiempo para que me acostumbre a la nueva postura. De repente ha empezado a dolerme todo. Abre la guantera, saca un pañuelo de papel y comienza a limpiarme la cara, quitando todos los restos de sangre y suciedad. Me sujeta la barbilla con dos dedos y me levanta la cara para limpiarme el cuello.

—No lo toques —me avisa cuando ve mis intenciones.

Bajo la mano y la dejo en el regazo. Él me coloca el cinturón de seguridad

y aprovecha para besarme en la frente antes de retirarse.

Cierra la puerta y, un instante después, está ya sentado tras el volante. Con la misma rapidez, pone el coche en marcha, se saca el teléfono del bolsillo y hace una llamada.

—La he encontrado —le anuncia a alguien, me imagino que a Lucinda—. Hay dos cuerpos en la vieja fábrica Warston, junto a la carretera A505. —Avanza un poco por el desvío pedregoso y da media vuelta de dos rápidas maniobras—. Informa a Logan de que está bien. —Guarda silencio, escuchando, y me dirige una mirada rápida—. Tengo uno de sus teléfonos.

Frunzo el ceño, tratando de entender la conversación, pero no lo consigo.

—Sea quien sea, no creo que tarde en llamar —afirma Jake.

Estoy confusa. ¿Sea quien sea? ¿No acaba de matarlos a todos?

—Nos vemos allí. —Cuelga y me mira—. ¿Estás bien?

—¿Qué teléfono? ¿Quién va a llamar? —pregunto, de nuevo preocupada.

—No lo sé —admite Jake—. Tu padre no ha sido del todo honesto con nosotros. —Lo dice con cautela, como si no quisiera darme muchos detalles—. Ha elegido ocultarnos parte de la información.

—¿Qué parte?

—La parte de las amenazas y de quién está detrás de ellas; una información que nos habría sido muy útil para encontrar a quien las envió.

—Y ¿por qué ha hecho eso? —continúo perpleja—. ¿Prescindió de tus servicios! ¿Dijo que se había ocupado de todo y que ya lo había resuelto! ¿Por qué hizo algo así si sabía que yo aún estaba en peligro?

No lo entiendo. Ni siquiera la manía que le tiene a Jake me parece una razón de peso. Su comportamiento ha sido de lo más irresponsable.

Él aprieta la mandíbula con más fuerza, sin disimular lo enfadado que está. Sospecho que coincide conmigo en esto.

—Estaba desesperado —declara, y yo suspiro.

Sigo sin entender por qué papá insistió tanto en separarme de Jake, en vez de aceptarlo y de alegrarse al verme segura a su lado. Tengo la sensación de que ha jugado con mi vida. ¿Cómo ha podido hacer eso? ¿Mi propio padre?

—¿Cómo me has encontrado?

Él sonrío con la vista fija en la carretera.

—Te lo dije, ángel. —Busca mi mano, que continúa en mi regazo, y la aprieta—. Siempre te encontraré.

Sonrío y me relajo en el asiento, devolviéndole el apretón de manos. Llevo toda la vida tratando de ser independiente, resistiéndome ante todos los que intentaban arrebatarme esa independencia. Pero por Jake renunciaría a todo en un instante. Si tuviera que elegir una cosa u otra, me quedaría con él, pero sé que no tendré que elegir, lo que me hace amarlo mucho más. He encontrado a alguien que me ve como soy. Alguien que me anima y que siempre estará conmigo, pase lo que pase, sin juzgarme, sin ponerme condiciones. Sin tratar de obtener nada a cambio, excepto mi amor. Es suyo, incondicionalmente suyo. Lo sé, igual que sé que su amor es mío para siempre.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—A casa.

—¿Dónde es «casa»?

—¿Dónde quieres que sea? —Me mira de reojo, manteniendo el gesto inexpresivo.

—Tú eres mi hogar ahora —le respondo—. Dondequiera que estés, está mi hogar. —Me da igual el sitio.

Él asiente y vuelve a centrarse en la carretera. Ladeo la cabeza para observarlo durante todo el trayecto. Tiene aspecto de haber bajado a los infiernos. Está despeinado, sudado, con la barba crecida y los ojos cansados.

—Te quiero —le confieso, pensando que tiene aspecto de necesitar oírlo—. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Él me mira de reojo, pero no dice nada; sólo sonrío.

No me doy cuenta de dónde estoy hasta que Jake aparca y apaga el motor. Sólo entonces dejo de contemplar su perfil.

—¿La oficina de papá? —pregunto sorprendida—. Dijiste que ibas a llevarme a casa.

Sé que dije que mi hogar estaba en cualquier lugar donde estuviera Jake, pero no pensaba en esto.

—Es sólo una pequeña escala técnica. No me hace ninguna gracia traerte

aquí, pero no pienso perderte de vista ni un momento.

Sale del coche y lo rodea para ayudarme a bajar. Empiezo a temblar. No pensaba que fuéramos a venir aquí; no estoy preparada para ver a mi padre. Ahora no.

Abre la puerta y me ayuda a salir.

—Jake, ¿por qué tenemos que hacer esto ahora? —le pregunto alzando la vista hacia el edificio—. No puedo...

—Eh. —Me hace callar apoyándome un dedo en los labios—. Te prometo que no discutiremos y que no tratará de apartarte de mí.

¿Cómo lo sabe? Estamos hablando de mi padre. ¿Es que aún no ha escarmentado?

—No me parece...

Me apoya la palma entera.

—Confía en mí, ángel.

Confiar en él, claro. Podría pasarme la vida buscando y no encontraría una razón para no hacerlo. Me ha protegido siempre, en todo momento. Me ha protegido de mi padre, de mi ex..., de sus secretos.

Asiento y miro hacia las grandes puertas de cristal, preparándome mentalmente para enfrentarme a la última persona sobre la Tierra a la que quiero ver ahora mismo. Todo lo que ha pasado es culpa suya; de su egoísmo, de su obsesión con el poder y la victoria a todos los niveles.

Pero esta vez ha perdido; ha perdido algo muy importante para él: me ha perdido a mí.

—Vamos.

Jake me atrae hacia sí y me acompaña, a pasos pequeños, adaptándose al ritmo que necesite. Pero no necesito ir tan despacio; acabo de decidir que quiero quitarme este trámite de encima cuanto antes.

Curiosamente, el guardia de seguridad ni se inmuta cuando ve que Jake se salta el control y me lleva directamente a los ascensores. Barbara, la paciente ayudante de dirección de mi padre de toda la vida, tampoco cuestiona mi inesperada visita ni la presencia del hombre que me acompaña cuando pasamos ante su mesa. Y Jake no llama a la puerta de mi padre cuando llegamos ante ella, sino que se limita a darle un empujón. Frunzo el ceño al

darme cuenta de que la madera está rota. Jake me agarra con más fuerza cuando vemos a papá.

Raro en él, no está sentado a la mesa, rodeado de aduladores, sino caminando nervioso de un lado a otro. Nunca lo había visto con un aspecto tan desastrado. Cuando se vuelve hacia la puerta y me ve, se derrumba y empieza a llorar a mares. Me quedo de piedra.

—¡Gracias a Dios! —Corre hacia mí, pero se detiene en seco antes de abrazarme y mira a Jake, como pidiéndole permiso.

Pero ¿qué demonios está pasando aquí? Maldigo en silencio a Jake cuando me suelta, dejándome al alcance de las sucias garras de mi corrupto padre.

Papá me rodea con sus brazos y me abraza como nunca antes lo había hecho. No le correspondo. ¿Cómo voy a abrazarlo? Me ha mentido. Ha hecho de todo para convencerme de que Jake no me convenía; ha llegado incluso a manipular la verdad, diciéndome que estaba casado. Eso sí, se olvidó de mencionar que su esposa había muerto. Y, para acabar de empeorar las cosas, pagó a Sebastian para que denunciara a Jake a la policía. Siempre he sabido que mi padre era implacable, pero todo esto me supera. No quiero volver a verlo nunca más.

—Camille, lo siento mucho...

Miro a Jake y me percato de que está luchando una batalla interna. Noto que quiere reclamarme y yo deseo que lo haga: soy suya.

—Quiero irme a casa —le digo. La culpabilidad y el exceso de atención de mi padre me están haciendo sentir muy incómoda.

Papá se separa y traga saliva mientras me examina de arriba abajo. Permanezco quieta y dejo que se empape con la imagen. Él es el único responsable de mi estado.

—Me alegro mucho de que estés a salvo —me comenta.

—No es gracias a ti —replico, y me cierro por completo.

Necesito salir de aquí. No pienso darle la oportunidad de descargar su culpabilidad con buenas razones. Esta vez, no, no se va a librar de su responsabilidad tan fácilmente.

Papá hace una mueca; mi comentario lo ha lastimado, pero no me da ninguna pena. Me he convertido en una mujer de hielo.

—Estrellita, por favor...

—¡No! —exclamo, sorprendiéndome a mí misma por la fuerza de mi grito.

Doy un paso atrás y Jake me sujeta y me tranquiliza, ocultando mi cara en su pecho y acariciándome el pelo.

—Llévame a casa —le ruego, y noto que su pecho se expande—. Por favor.

—Camille, te lo suplico..., necesito explicártelo.

Me vuelvo hacia mi padre y le dirijo una mirada cargada de desprecio, pero, antes de poder dedicarle mis palabras más hirientes, Lucinda entra corriendo; parece preocupada. Me mira de arriba abajo y me dirige una sonrisilla. Yo se la devuelvo, sintiéndome fatal por haberla dejado inconsciente de un golpe en la cabeza, tirada en el suelo.

Se vuelve hacia Jake, de nuevo muy seria.

—Creo que he encontrado algo —declara.

Él se tensa a mi lado.

—¿Qué?

Lucinda nos mira al uno y al otro. Me doy cuenta de que el tema es delicado. Tal vez no quiere que yo me entere, pero a estas alturas, ¿qué puede ser peor?

—Puedes hablar —la anima Jake. Me llama la atención la mirada que le dirige a mi padre. Parece que le sepa mal. No lo entiendo.

Papá se mueve de un lado a otro, incómodo.

—Hable —susurra dirigiéndose a su mesa y dejándose caer en la silla pesadamente—, ya es demasiado tarde.

Lucinda se acerca a la mesa y saca su portátil por el camino.

—Un contacto me ha dicho que Scott hizo una curiosa amistad en la cárcel.

—*Curiosa* normalmente quiere decir *significativa* —puntualiza Jake, volviéndose hacia mi padre.

Su aspecto me llama la atención. Da la impresión de ser un hombre acabado; no se parece en nada al hombre que conozco.

—Compartió celda con Vladimir Sochinsky.

Me quedo igual; ese nombre no me dice nada. O eso es lo que creo.

Papá abre mucho los ojos.

—¿Sochinsky? —repite—. Sochinsky era el nombre de soltera de la madre de TJ. Vladimir era su hermano mayor.

Y, como si lo hubiera conjurado con esas palabras, TJ entra en la oficina.

—¡Oh, Dios mío, estás a salvo! —Se abalanza sobre mí, haciéndome tambalear con la fuerza de su abrazo—. ¡Madre mía, Cami, estaba tan preocupado...!

Un instante estoy entre los cálidos brazos de mi hermano y, al siguiente, dejo de estarlo. Jake me ha arrancado de su lado y le está dirigiendo a TJ una mirada asesina.

—¿Dónde estabas? ¿Cómo sabías que Cami había desaparecido? —le pregunta con desconfianza.

—Mi padre me llamó. —TJ mira a su alrededor.

Sé lo que Jake está pensando; tengo que hacerle cambiar de idea. ¡Es imposible! ¡TJ me quiere!

—No, Jake —le advierto, soltándome.

—Ni se le ocurra ir acusando a la ligera —me llega la voz disgustada de mi padre a mi espalda. De pronto, Jake nos hace girar y vuelvo a encontrarme de cara a él—. ¡TJ es una persona íntegra y leal!

—Me disculpará —replica Jake con los dientes apretados, volviendo a dar rienda suelta a la ira—, pero su familia no me despierta mucha confianza.

Papá se vuelve hacia mí.

—TJ nunca haría algo así —murmura—. ¡Es mi hijo..., es el hermano de Camille!

—¿Cómo? —pregunta TJ exasperado—. ¿Alguien está sugiriendo que he secuestrado a mi propia hermana para pedirle rescate a mi propio padre? Y ¿cómo es posible que a alguien se le haya ocurrido semejante estupidez?

—Porque —interviene Lucinda, avanzando hacia TJ y observándolo con atención. No me gusta nada que sospechen de mi hermano. ¡Qué locura!— el hombre que secuestró a Camille, y que yace ahora en el suelo de una fábrica con una bala en la cabeza cortesía de Jake, compartió una celda en Borstal con *tu* tío.

TJ parece sorprendido.

—¿Mi tío? —susurra mirándome.

Da la impresión de estar perplejo, aturdido. No ha vuelto a ver a su madre desde que papá se divorció de ella y ganó la batalla por la custodia de TJ. Ella regresó a Rusia.

—Vladimir Sochinsky, el hermano mayor de tu madre —sigue acusando Lucinda, buscando una reacción en él—, ha estado haciéndole chantaje a tu padre.

—Trató de ponerse en contacto conmigo —admite TJ, llevándose una mano al pecho y apretando—. Le dije que no la necesitaba. —Mira a papá, su ídolo, y se desinfla—. Le dije que papá y yo estábamos bien y que no la necesitábamos para nada. No he vuelto a saber nada de ella desde ese día.

—¿Cuándo fue eso? —lo interroga Jake.

TJ sacude la cabeza confundido.

—No lo sé. Hará... unos tres meses.

—¿Cuándo recibió la primera amenaza? —le pregunta Jake a mi padre.

—Hace dos meses —responde—. Su hermano siempre me odió, pero no tengo ni idea de cómo consiguieron esas fotografías.

—Es obvio que lo estaban siguiendo, Logan, buscando cualquier cosa que pudieran usar contra usted. Es posible incluso que le tendieran una trampa. — Jake le dirige una mirada acusadora—. Y usted les dio lo que querían.

«¿Lo que querían? ¿Qué querían?»

TJ me dirige una mirada arrepentida.

—Ha sido culpa mía.

Papá se levanta de la silla, se dirige hacia su hijo y lo abraza. Es una imagen muy extraña; es la primera vez que lo veo abrazar a mi hermano. Siempre ha sido muy estricto con él; lo ha tratado con dureza para prepararlo contra los ataques del mundo.

—No es culpa tuya, hijo. Todo es culpa mía. Elegí mal, cometí errores. He cometido errores terribles.

Creo que voy a desmayarme de la impresión. ¿Mi padre admitiendo que ha cometido errores? No me lo puedo creer.

—¿Qué errores, papá? —indago—. ¿Qué usaron contra ti?

Se separa de mi hermano tras plantarle un beso en la coronilla y se vuelve hacia Jake.

—¿No se lo ha contado?

—No tengo intención de volverla contra su padre. De eso ya se ha encargado usted solo.

—¿Qué? —insisto mirándolos a los dos.

—Tomé una mala decisión que les dio munición —musita papá vencido—. Y la usaron contra mí.

—¿Qué mala decisión? —le digo volviendo la cara hacia Jake, que se ha movido para situarse a mi lado. ¿Por qué tengo la sensación de que se ha acercado tanto porque piensa que puedo necesitar su apoyo?

—Sacaron unas fotografías. —Papá suspira y se revuelve incómodo—. Unas fotografías comprometidas.

—¿Unas fotografías de qué?

Miro al resto de las personas que hay en el despacho. Jake parece incómodo; Lucinda también. TJ da la sensación de estar totalmente desconcertado.

—De mí... y una mujer. —Me oculta algo. El sudor que le cubre la frente y su negativa a mirarme a los ojos me lo dejan muy claro.

—¿Quién es esa mujer? —insisto con una rabia que ya ha empezado a apoderarse de mí sin necesidad de esperar a conocer toda la verdad.

—Una mujer joven.

—¡Suéltalo todo de una vez! —le grito, dándole un manotazo en el brazo a Jake cuando trata de calmarme—. ¡Deja de dar vueltas y dímelo de una jodida vez!

—Tenía quince años... —susurra avergonzado—, pero yo no lo sabía.

TJ ahoga una exclamación mientras mira a su ídolo con repulsa. Yo me doblo sobre mí misma.

—Me chantajearon... Al principio pensé que podría apañármelas solo, pero la situación se me fue de las manos y contraté a Sharp para que te protegiera. Era lo único que me importaba, estrellita, tu seguridad. Pero él empezó a indagar y a acercarse a la verdad. ¡No podía consentirlo! No quería que nadie se enterara.

«Ya. O sea, que lo único importante era mi seguridad. Y entonces, ¿por qué prescindió de los servicios de Jake? ¿Es que no se oye? ¡Qué mentiroso! Lo

único que le preocupa es su reputación, su negocio y su dinero.»

—Tengo que salir de aquí. —Miro a Jake para que se dé cuenta de mi desesperación. No quiero oír nada más—. Por favor —le ruego.

Lo sabía. Jake lo sabía, pero no puedo enfadarme con él. No puedo culparlo por ocultármelo. Él sólo pretendía protegerme. Después de todo lo que había tenido que pasar por culpa de mi padre, no quería que encima tuviera que cargar con la vergüenza.

Él asiente, pero en ese instante empieza a sonar un teléfono. Con el ceño fruncido, rebusca en sus bolsillos y saca un aparato que no conozco, de aspecto barato.

—Número desconocido —anuncia mirando a Lucinda.

—No por mucho tiempo —apunta ella.

Coge el teléfono y acepta la llamada, pero no dice nada. Alza un dedo para indicarnos a todos que permanezcamos en silencio. Escucha y, al cabo de un rato, sonrío.

—Tiene acento ruso —dice en voz muy baja. Se acerca a la mesa y enchufa el móvil al portátil con un cable.

Jake abre la puerta y hace que todo el mundo salga del despacho para que Lucinda pueda trabajar tranquilamente. Después de cerrarla, pasa junto a mi padre y me levanta en brazos. Le rodeo la cintura con las piernas y así es como me lleva hasta los ascensores. No se detiene ni siquiera cuando papá se acerca y trata de apartarme de él. No lo consigue. Jake me agarra con tanta fuerza como yo me sujeto a él. Jake se libra de mi padre con facilidad y decisión y yo me aferro a él como si fuera todo lo que me queda en la vida. Porque así es como lo siento.

Jake es fuerte.

Jake es de fiar.

Él es mi protector.

## Capítulo 35

### JAKE

Era demasiado tarde para salvar a Logan. No quería que Camille conociera los detalles más sórdidos de su traición, pero al final no pude evitarlo; había ido demasiado lejos. Quería proteger a Cami para que no sufriera, pero también tenía que protegerla de su padre.

Lo de Logan ya no tenía remedio. Él, que siempre había estado obsesionado por el poder, era ahora un hombre impotente; estaba acabado. Esas fotografías nunca desaparecerían por completo, ni todo el dinero ni todos los contactos del mundo lo lograrían.

Lucinda rastreó la llamada del teléfono que saqué del cadáver de Scott. Provenía de una casa al norte de Londres. Allí encontraron a Vladimir Sochinsky y a la primera esposa de Logan, la madre de TJ, junto a una montaña de pruebas incriminatorias que los tendrán a la sombra una buena temporada. Entre esas pruebas estaban los datos bancarios de la cuenta suiza que le enviaron a Logan. Su primera esposa estaba arruinada. Cuando se divorciaron, Logan no era tan rico como ahora. Y el rencor por el hijo perdido y la obscena riqueza actual de su exesposo fueron motivaciones demasiado fuertes para una mujer trastornada. Sentía que se habían portado mal con ella; que el hombre la había utilizado para conseguir un heredero y nada más. Él se lo había buscado.

Llevé a Camille en brazos al hospital para que le hicieran una revisión, aunque ella no quería ir. Pero es que me estremecía cada vez que me acordaba del cuchillo asqueroso que había rasgado su piel. Aunque de mala gana, no se negó a que la examinaran. Tampoco se negó a declarar ante la policía, que se presentó en el hospital. Escuchar a mi ángel relatar las horas de su cautiverio fue la peor experiencia de mi vida. Su fuerza y su convicción me dejaron asombrado. Es una luchadora; mi pequeña luchadora.

También se presentó su madre, impresionante como siempre, dando órdenes a diestro y siniestro. Su madre. Oh, su madre... Una mujer encantadora pero agotadora. Estaba disfrutando mucho de ser la única esposa de Logan que no lo había traicionado. Era algo bastante absurdo de lo que sentirse orgulloso, sobre todo porque estoy seguro de que le habría encantado darle una buena patada en las pelotas y verlo retorcerse hasta morir. Se quedaría sin pensión, pero creo que preferiría ver el culo de Logan en una bandeja antes que cobrar su dinero.

Cuando las fotografías comenzaron a salir a la luz, las acciones de las empresas de Logan se desplomaron. Todos los periódicos se hicieron eco de las imágenes. Fuera cual fuese la relación corrupta que mantenía con los directores, había llegado a su fin. Logan fue arrestado por mantener relaciones sexuales con una menor. Su tercera esposa, que estaba embarazada de otro hombre, se divorció de él y la primera trató de extorsionarlo. Está acabado.

TJ sigue en estado de shock. Aunque no sabía nada, su integridad moral se puso en entredicho. No había vuelto a ver a su madre desde que tenía tres años y no tenía ni idea de lo que tramaba. El pobre está hecho polvo; se siente culpable, aunque no hay ninguna razón para ello: todo fue culpa de su padre, ese megalómano que lo ha perdido todo.

Los medios de comunicación se han abalanzado sobre la historia como buitres, añadiendo fragmentos sensacionalistas de su cosecha a una historia que ya era lo bastante escandalosa sin necesidad de ayuda. Y Cami no ha derramado ni una sola lágrima en todo este tiempo. Ha permanecido digna; no ha hecho declaraciones a la prensa ni ha expresado la opinión que le merece su padre. Fue secuestrada y ahora todos quieren tenerla en sus programas, pero ella se niega.

Nadie puede imaginarse el alivio que siento al saber que no ha quedado psicológicamente dañada por la odisea. Cada vez que la miro revivo las razones que me hicieron enamorarme de ella. Es fuerte, tremendamente fuerte, y yo me alimento de su fortaleza. Ella me hace desear ser el hombre que siempre debería haber sido. Si estoy aquí, es por ella. Nunca seré capaz de devolverle todo lo que me ha dado, pero al menos puedo intentarlo.

Sólo dos días después de la escena en la oficina de Logan, la agente de Cami la llamó para decirle que tenía unos potenciales inversores para la marca de ropa que quería lanzar con Heather. Pensé que era demasiado pronto, pero no dije nada; no deseaba quitarle la ilusión. Cuando al día siguiente se levantó fresca como una rosa y se dirigió al despacho de su agente cargada de carpetas llenas de diseños y muestras de tela del brazo de su amiga y socia, no me extrañó nada. Les dije si querían que las acompañara, pero Camille rechazó mi ofrecimiento con educación. Después de estar pegado a ella como si fuera su sombra durante tanto tiempo, me cuesta perderla de vista. Tengo que recordarme constantemente que ya no corre peligro.

Mientras estuvo fuera, pasé el rato caminando de un lado a otro de su apartamento hasta dejar marca en la moqueta. Y en cuanto entró por la puerta supe, por el brillo de sus ojos, que lo había conseguido. Tampoco es que tuviera muchas dudas al respecto. Les habían hecho una oferta casi imposible de rechazar. Cami y Heather me lo contaron todo, con pelos y señales. No tenían que renunciar a ninguno de sus principios. Consiguieron todo lo que querían y por lo que llevaban luchando tanto tiempo. ¡Estoy muy orgulloso de ella, joder! Estoy orgulloso de ambas, en realidad.

Todavía no he vuelto a ver a Abbie ni a Charlotte. Hemos hablado por teléfono, eso sí. Le he contado a la que fuera mi cuñada todo lo que pasó y se ha mostrado comprensiva. Es una buena mujer, aunque eso ya lo sabía; debería haber confiado más en ella. No se parece en nada a su hermana, mi difunta esposa. Abbie es fuerte y compasiva. Doy las gracias porque sea como es; a estas alturas, muchas otras mujeres me habrían considerado un caso perdido.

Tengo muchas ganas de compensarle a Charlotte todo lo que no le he dado. Quiero estar a su lado; ser un padre para ella, pero necesito hacer bien las cosas. Desde que salí de la oficina de Logan con Cami encima como si fuera

una manta, he estado dándole vueltas al tema. No estoy seguro de que Charlotte pueda entender una situación tan complicada, pero espero que sí. Rezo para que me dé la oportunidad de explicarle mi ausencia. Rezo para que su mente de cuatro años pueda entenderlo.

Ha pasado una semana desde ese día y estoy sentado en el salón de Cami, oyéndola hablar por teléfono con su madre, con la cabeza apoyada en mis piernas. Mientras ella charla, yo me voy preparando psicológicamente para la tarde que se me avecina. Abbie y yo lo hemos planeado todo al detalle. Cami sabe lo que me pasa y no le extraña verme callado y preocupado, pero no parece darle mucha importancia al tema. Lo único que me ha dicho es que, cuando yo esté listo, ella estará a mi lado.

Estoy listo.

Espero pacientemente a que acabe de hablar con su madre. La recorro con la mirada de arriba abajo mientras le acaricio el pelo con los dedos; lleva puesta la camiseta que tanto me gusta. Ella me mira, con los ojos brillantes de felicidad.

—¿Qué? —le pregunto cuando cuelga, alzando una ceja al ver que se está aguantando la risa.

—Nada —responde encogiéndose de hombros.

—Pues a mí me parece que hay algo.

Pierde la batalla y se echa a reír.

—Mamá quiere saber cuándo vamos a ir a cenar.

—¿Eso es todo? Podéis ir a cenar cuando queráis. —Aunque lo digo como si me resultara fácil, en realidad perderla de vista me sigue costando un gran esfuerzo. Me repito constantemente que ya no corre peligro, pero una cosa es decirlo y otra creérmelo.

Su sonrisa se hace más amplia.

—Se refiere a todos juntos.

Oh, ¿una reunión social?

—¿Todos? —murmuro en voz baja, enroscándome su melena rubia en la mano hasta que mi puño es una bola de pelo—. No sé yo... No se me dan muy bien esas cosas.

—Y ¿qué se te da bien?

—Tú. —Esa pregunta era muy fácil—. Tú te me das de miedo.

—¿Te importaría mucho acompañarme? —me plantea con una mirada esperanzada.

¿Cómo negarme? Aunque llevo tanto tiempo solo que no sé cómo ser sociable; me cuesta mantener una conversación normal.

—Te acompañaré. —Le doy un empujoncito para que se levante. Por ella haría cualquier cosa—. Venga, arriba.

—¿Por qué? ¿Adónde vas? —Se acurruca en una esquina del sofá; no parece tener ganas de salir de casa.

—Vamos; los dos juntos. Vamos a salir.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Le doy la mano y la ayudo a levantarse. Expresamente, tiro con demasiada fuerza para que choque contra mi pecho. Su jadeo me alcanza el cuello y hace que se me doblen las rodillas. Pensar en pasar el resto de mi vida así hace que merezcan la pena los amagos de infarto que he sufrido desde que Camille entró en mi vida.

—Vístete.

La beso, pero al mismo tiempo la empujo; sé que, si su pelvis roza la mía, estoy perdido. Y no podemos llegar tarde.

Cami refunfuña, pero se suelta. Mientras se aparta de mí, me mira entornando los ojos.

—No sé adónde vamos. ¿Qué me pongo?

—Algo bonito, femenino. —Le señalo la cabeza—. Y hazte una trenza al lado —le ordeno autoritario, pero es que me encanta cómo le queda el pelo así, algo despeinado.

—¿Me maquillo? —pregunta, aunque sabe perfectamente cuál es la respuesta a esa pregunta tan absurda.

—¿Me estás provocando?

—Sí. Me encanta cuando te pones en plan mandón.

Me lanza un beso y da media vuelta para dirigirse al dormitorio. Acaba la curva con un sexi movimiento de cadera. Esa camiseta me vuelve loco. A Camille Logan no se la ignora. No pienso hacerlo nunca. Quiero saber de

dónde la sacó. Necesita al menos siete, una para cada día de la semana.

Así que le gusta que me ponga en plan mandón, ¿eh? Lo que acaba de admitir no es ninguna tontería. A Camille Logan, la señorita testaruda e independiente, le encanta que sea autoritario. Pues me alegro, porque soy así y eso no va a cambiar. Igual que ella nunca perderá su carácter batallador, o, al menos, eso espero. Hace que las cosas se pongan más interesantes en la intimidad.

Sonrío y me dirijo a la ducha para arreglarme.

Espero que los temblores aparezcan en cualquier momento. He bajado del coche, he recorrido el caminito y he esperado frente a la puerta de la casa al menos dos minutos. Dos silenciosos minutos durante los cuales Camille ha permanecido a mi lado, agarrada a mi brazo. Me siento demasiado tranquilo para tratarse de un momento tan trascendental. ¿Qué me está pasando?

—¿Estás bien? —me pregunta Cami con el brazo enlazado al mío.

—Sí —respondo, porque es la verdad. Estoy calmado, estable y muy decidido. Y sé que el motivo de esa calma es la mujer que está a mi lado. La miro y me empapo un poco más de la fuerza que me suministra—. Nunca imaginé que sería capaz de hacer esto.

Se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

—Puedes hacerlo todo.

Cierro los ojos, me apoyo en sus labios y le rodeo la diminuta cintura con el brazo.

—Sólo porque tú estás aquí —replico.

Abbie abre entonces la puerta. Sabía que íbamos a venir y está más nerviosa que el otro día; el día en que las cosas se complicaron de un modo tan horrible. Con una sonrisa, nos invita a entrar. Cuando Cami pasa junto a ella, le acaricia el brazo para darle ánimos. El gesto no le pasa desapercibido a mi ángel, que traga saliva y me mira con lágrimas en los ojos. Sin embargo, no deja que caigan; se arma de valor y las mantiene a raya.

—Estamos en el jardín —nos informa Abbie, señalando hacia el comedor—. Hace un día precioso; vale la pena aprovecharlo.

Asiento y Cami se suelta de mi brazo, lo que hace que pierda seguridad en mí mismo. La miro, pero ella ladea la cabeza en dirección al comedor. Es su manera de decirme que puedo hacerlo.

Y *puedo* hacerlo. Inspiro hondo, me aclaro la garganta y camino lentamente. Esta vez soy capaz de enfrentarme a las fotografías que cuelgan a lado y lado del recibidor. Mi pequeña está por todas partes. Está posando, jugando, bailando. Es la criatura más preciosa que he visto en la vida. Trastabillo cuando me encuentro con una imagen de mi difunta esposa, que me mira sonriente, feliz. Una vez más, espero que me asalten los temblores, pero no aparecen.

El odio y la amargura que me han lastrado estos últimos años han desaparecido; es como si nunca hubieran existido. Estoy mirando la cara de la mujer que me destrozó y lo único que me despierta es tristeza. Ambos cometimos errores; ambos le fallamos a nuestra niña.

Ahora soy el único de los dos que puede arreglar las cosas, o al menos puedo intentarlo. La miro a los ojos y le transmito un mensaje silencioso: «Lo siento, Monica».

No sé si me oirá; tampoco sé si serviría de algo si me oyera, pero es la verdad. Lo siento; siento haber abandonado a mi pequeña.

Aspiro hondo y aparto la vista de la imagen de mi esposa. Un grito infantil se cuele en la casa. Asomo la cabeza por la puerta del comedor y veo que las puertas del jardín están abiertas. Soy consciente de que Abbie y Cami están a mis espaldas, probablemente animándose en silencio. Doy un paso cauteloso y entro en el comedor. Parte del jardín queda a la vista. No veo a Charlotte, pero la oigo. Está charlando animadamente, y me vuelvo para preguntar con quién está.

Abbie se echa a reír.

—Está tomando el té con sus ositos de peluche.

—Oh. —Asiento como si me pareciera lo más normal del mundo, cuando en realidad estoy pensando: «¿Eh? ¿Está hablando con sus ositos de peluche? ¿Y tomando el té?».

Mi silencio es de lo más elocuente. No tengo ni puta idea de cómo jugar con un niño, y menos aún con una niñita que habla con sus juguetes. De pronto,

me siento muy nervioso, pero me obligo a seguir adelante antes de perder el valor del todo y salir huyendo.

Cuando doblo la esquina, no puedo evitar quedarme mirando, bastante sorprendido. Eso no es una merienda normal, es un auténtico banquete. La mesa del jardín está puesta con mantel y todo. En el centro hay bandejas de fruta y pasteles. Hay varias botellas de agua repartidas por la mesa. De las seis sillas, dos están ocupadas por ositos. Charlotte, que lleva un adorable vestido color amarillo limón y el pelo moreno recogido en una coleta alta, está repartiendo uvas a los muñecos.

—¿Una o dos, señor Piggles? —le pregunta muy seria con dos uvas en una cuchara—. ¿Dos? —insiste, y yo miro al osito como un idiota, esperando su confirmación—. ¡Tragón!

Se echa a reír y suelta las uvas en el plato. Una de ellas sale rodando fuera. Charlotte hace un sonido de desaprobación con la lengua; la recoge con la mano y la devuelve al plato.

—No, no puedes levantarte de la mesa —advierte mientras sacude la cuchara frente a la cara del osito—. Sólo cuando hayas acabado de cenar.

Estoy sin habla. Me vuelvo, abrumado, sintiéndome un completo inútil, y le dirijo una mirada suplicante a Cami. No tengo ni idea de qué hacer, y ella lo sabe, pero en vez de acercarse y ayudarme, señala a Charlotte con los ojos y me sonrío para darme ánimos. Luego Cami mira a Abbie, que asiente. Ambas se vuelven y entran en la casa. Observo boquiabierto cómo me abandonan, para que espabile solo.

¡Será posible...! ¡Me han lanzado a los leones! Desaparecen sin mirar atrás, ni siquiera para asegurarse de que continúo con vida. Noto que la frente me empieza a sudar por la tensión. Esto no era lo que yo esperaba.

—Hola.

La dulce vocecita hace que me gire con más brusquedad de la debida. No me veo, pero sin duda mi expresión es de pánico. Me está mirando, con su pequeña barbilla muy levantada para verme por completo. Me siento como un gigante. Esta diminuta criatura no puede hacerme daño. Carraspeo y por dentro me riño por ser tan cobarde.

—Hola —respondo, esperando que ella tome la iniciativa y me guíe en

esta primera conversación.

Pero no me dice nada. Sólo se me queda mirando, y yo me revuelvo en el sitio y le esquivo la mirada. Me está inspeccionando y no puedo evitar preguntarme a qué conclusión estará llegando su pequeña mente. El silencio se vuelve doloroso; al menos, para mí. Charlotte parece estar tan a gusto...

Vuelvo a carraspear y le ofrezco la mano; no sé qué demonios estoy haciendo.

—Soy Jake —me presento en el tono más bajo y calmado que puedo. No quiero asustarla. Ya estoy yo bastante asustado por los dos.

Su carita forma una mueca muy graciosa y luego sonrío.

—Ya sé quién eres. —Da la impresión de estar a punto de echarse a reír, pero parece estar aguantándose la risa, como si no quisiera que me sintiera como un idiota.

—¿Ah, sí? —Aparto la mano y ladeo la cabeza.

—Sí, eres mi papi. —Lo dice con total seguridad, sin rastro de acusación ni de disgusto.

Joder, me ha dejado de piedra. ¿Así, sin más? Se me hace un nudo en el corazón y luego otro encima del primero, y otro. Me llevo la mano apretada al pecho y me lo froto para calmarlo.

Charlotte pone su manita sobre la mía. Cuando bajo la vista, me da la impresión de que un delicado pajarillo se hubiera posado en ella. Al parecer, las gotas de sudor que se me habían formado en la frente han llegado hasta mis ojos. Parpadeo para librarme de ellas y la miro asombrado. Ella me está sonriendo; es la imagen más bonita que he visto jamás.

—Encantada de conocerte, papi. Me llamo Charlotte, soy tu hijita.

El corazón me explota en el pecho, rompiéndose en fragmentos diminutos cargados de culpabilidad, remordimientos y mucho dolor.

—Yo también estoy encantado de conocerte —contesto con la voz rota por la emoción.

Deberían ahorcarme. Después de todo lo que he hecho, abandonar a esta niñita para ir a revolcarme en mi pozo de miseria, me merezco que me trocean para que se me coman los buitres. Ahora me doy cuenta de que Charlotte me habría ayudado. Juntos habríamos salido adelante. Ella habría llevado la luz a

mi mundo de sombras y me habría dado fuerzas para encontrar mi camino. Esta diminuta criatura, tan viva y llena de fuerza, hace que me sienta avergonzado.

Envuelvo su manita con la mía y aprieto con delicadeza, esperando que entienda lo que quiero transmitirle, porque no puedo hacerlo con palabras: me he quedado mudo.

Riéndose, tira de mi mano y me conduce a la mesa.

—Estamos dando una fiesta.

Miro hacia la mesa y recuerdo lo que he oído cuando he entrado. ¡Oh, mierda! No me hará hablar con los juguetes, ¿no?

—Parece divertido —murmuro mientras trato de tragarme las emociones que Charlotte ha despertado en mí. No obstante, no sirve de nada: se han instalado en mi garganta y no tienen intención de irse a ninguna parte.

—Siéntate —me ordena, soltándome la mano para señalarme dónde quiere que lo haga.

Me apresuro a obedecer y aguardo sus siguientes instrucciones.

Ella parece encantada ante mi buena disposición, y el pecho se me hincha un poco; estoy orgulloso de haberla complacido.

—Yo también tengo una mesa con sillas —me cuenta, señalando un lugar al fondo del jardín donde hay colocada una mesita con sillitas minúsculas, cuyo asiento es más pequeño que mi pie—, pero la tía Abbie dijo que eras demasiado grande y que podrías romperlas.

Dios bendiga a la tía Abbie. Ya me da miedo romper a esta niñita, no querría romperle también los juguetes.

—Creo que la tía Abbie tiene razón.

Charlotte se sienta en una de las sillas y parece aún más diminuta cuando se echa hacia delante para llegar a la mesa. Los largos y oscuros mechones de pelo de su coleta le rozan los hombros. Coge una pequeña tetera y vierte un poco de agua en una taza tan pequeña que parece un dedal.

—Toma un poco de té. —Me pasa la taza y yo la cojo entre el pulgar y el índice, tratando de no parecer un torpe patán.

—Gracias. —En cuanto me atrevo, dejo la taza en la mesa y busco en el bolsillo de mi chaqueta—. ¿Puedo enseñarte algo?

—¿Qué? —pregunta entusiasmada.

—Me gustaría enseñarte una fotografía de tu mami, si quieres.

—He visto un montón de fotos de mi mami.

Me quedo pensando un momento. Tiene razón; el recibidor está lleno de fotos tuyas, pero ésta es distinta. Ésta es la única foto en la que Monica y yo estamos juntos.

—Ésta es un poco diferente.

Frunce el ceño pensativa.

—¿Por qué?

Mientras acaricio la foto dentro del bolsillo, me planteo si estoy haciendo bien.

—Bueno, porque en ésta estoy yo también —le suelto nervioso, y la saco sin darme ocasión de arrepentirme—. Mira. —Se la doy, y me cuesta no inclinarme para mirarla yo también.

No sé por qué la he guardado todo este tiempo. Supongo que porque, en el fondo, me gusta torturarme. Parece una explicación razonable. Llevo haciéndolo durante varios años. O, tal vez, bajo toda la amargura acumulada, sabía que algún día reaccionaría y recuperaría a mi pequeña. Prefiero pensar que es lo segundo.

Observo fascinado cómo sus ojos se iluminan y brillan como diamantes al ver a su papi y a su mami juntos por primera vez. Estudia la imagen durante un buen rato, examinando todos los detalles.

—¿Tú conociste a mi mami? —pregunta al fin, mirándome.

—Sí. —Señalo la foto, pero ella sigue observándome con curiosidad.

—¿Cómo era?

¿Cómo era? Estoy seguro de que Abbie le habrá contado un montón de cosas positivas sobre su madre, y sé que ha hecho lo correcto.

—Seguro que la tía Abbie ya te lo ha contado todo.

—Quiero que me lo cuentes tú. —Suelta la foto y se acomoda, sin dejar de mirarme.

¿Qué le voy a decir? Monica me destrozó, me hizo sentir ganas de matar a alguien cada día durante el resto de mi existencia. La razón por la que me he perdido la vida de mi pequeña fue porque su madre me jodió vivo y me convirtió en un cabrón amargado y egoísta del que tenía que protegerla.

—Era maravillosa y preciosa, igual que tú —me fuerzo a hablar, olvidándome de toda la mierda y centrándome en los buenos tiempos. Como, por ejemplo, cómo nos conocimos. O lo rápido que nos enamoramos.

Es la primera vez en muchos años que permito que mi mente llegue tan atrás en el tiempo; hasta los momentos anteriores a la mierda, el odio y el dolor. Estaban enterrados a demasiada profundidad y no era fácil llegar hasta ellos. No lo entiendo, pero en cambio ahora me resulta muy fácil.

Charlotte se echa a reír y bate sus larguísimas pestañas.

—¿Has acabado ya de luchar contra los malos, papi?

Su pregunta me coge por sorpresa.

—¿Eh?

—La tía Abbie me dijo que volverías a casa algún día, cuando acabaras de luchar contra los malos. —Ladea la cabeza—. ¿Has acabado de luchar ya contra los malos?

No sé cómo me sostengo. Estoy a punto de derrumbarme.

—Sí. —Me aclaro la garganta. Cojo la foto de la mesa y me la guardo de nuevo en el bolsillo—. Ya no queda ninguno.

Eso es mentira. Los malos nunca desaparecen, pero todo eso forma parte de mi vida, no de la suya, y eso es lo único que importa por ahora. No me veo capaz de darle malas noticias. Su inocencia es contagiosa, y quiero que siga así mucho tiempo.

—Entonces, ¿ya puedes empezar a ser mi papi?

Ya está; no puedo contenerlas más. Hay demasiadas y sólo pueden salir por un sitio, mejillas abajo. Me las seco con rabia, sorbiendo por la nariz como un idiota, y asiento, medio ahogado por la emoción.

—¿Por qué lloras, papi? —Alarga la mano y la apoya en la mía.

—Lloro porque soy feliz —le contesto—. Me hace muy feliz poder ser tu papi al fin.

No tengo ni idea de cómo voy a hacer que las cosas funcionen. Mi sentimiento de posesión hacia ella está creciendo de manera alarmante a cada segundo que pasa. Me he enamorado de ella, locamente, como un jodido demente. Esta niña dulce, inteligente y vivaracha es mía. Pero me doy cuenta de que tenemos que hacer las cosas con calma. Tenemos que conocernos;

hemos de formar un vínculo. No tengo ningún derecho a reclamarla como propia, pero cuando alzo la mirada hacia ella, veo que me está mirando con los ojos brillantes.

Y soy consciente de que ha sido ella la que me ha reclamado a mí.

## Capítulo 36

### CAMI

Se me forma un nudo en la garganta al verlo a través del cristal de la cocina, relacionándose con la avispa niña. Parecía tan aterrorizado que dejarlo a solas con ella ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho nunca. Pero tengo fe en él. Necesita hacer esto. Tiene que dar este paso definitivo hacia el pasado para arreglar las cosas. La semana anterior la pasamos solos, tranquilos. Yo necesitaba hacerme a la idea de que mi padre me había traicionado, y Jake estaba dándole vueltas al futuro. Un futuro que quiere que sea a mi lado y, a ser posible, junto a esa niñita que está ahora mismo presentándole a sus ositos de peluche. Sonríó al ver que Jake le estrecha la mano a uno de ellos. ¡Qué mono es, parece que la pequeñaja y los ositos le den miedo!

—Lo está haciendo estupendamente —comenta Abbie, colocándose a mi lado frente a la ventana—. Charlotte es todo un personaje. Tiene mucho carácter y no se anda con tonterías.

Me echo a reír porque me recuerda mucho a cierta persona.

—Es adorable.

—Sí que lo es.

—¿Cómo te las has arreglado?

—Bueno, una hace lo que tiene que hacer, ¿no? Siempre pensé que Jake

volvería algún día. Charlotte sabe que su mamá está en el cielo y piensa que su papá ha estado lejos, luchando contra los malos. —Se echa a reír y yo la acompaño.

—Bueno, en parte, así es.

—Sí. —Abbie asiente con la cabeza—. No tuve mucho trato con Jake, pero sé reconocer a un hombre íntegro. Es una lástima que mi hermana jugara con él.

—¿Cómo era? —le pregunto, porque Abbie me hace sentir muy cómoda. Llevo media hora con ella en la cocina, pero me siento muy relajada. Tiene un aura serena, calmada, que se contagia.

Se cruza de brazos. Tiene el pelo moreno, recogido en un moño flojo. Lleva una camiseta teñida con nudos y unos vaqueros manchados de pintura.

—Éramos muy distintas —responde melancólica con la mirada puesta en el jardín—. Monica era atrevida, muy nerviosa, algo temeraria. Muchas veces me pregunté si realmente compartíamos padres.

—Mi hermano y yo somos muy diferentes, pero es que somos de madres distintas.

Ella me mira y sonrío.

—Lo sé.

Me ruborizo. Claro que lo sabe; lo sabe todo Londres.

—La historia de Jake y Monica fue como un torbellino —sigue contando, sorprendiéndome.

No era mi intención cotillear en el pasado de Jake. Aunque sé que es absurdo, sobre todo teniendo en cuenta lo mal que acabó todo, no puedo evitar sentirme un poco celosa. También se mezcla un poco de resentimiento, unido a una pizca de gratitud. Una extraña mezcla de sentimientos para dirigirle a una mujer que está muerta. Tengo resentimiento por el daño que le hizo a Jake, pero agradezco que sus malas decisiones me permitieran curarlo. Y me pone celosa pensar que tuvo un efecto tan grande sobre él.

—Se conocieron cuando él estaba de permiso —continúa diciendo Abbie, arrancándome así de mis pensamientos. Se echa a reír—. Se casaron antes de que él volviera a Afganistán. Ella descubrió que estaba embarazada y eso los decidió. —Suspira y da un sorbo a la taza de té que está bebiendo—. Yo ya

sabía que era un error. Monica era una mujer muy exigente; necesitaba atención constante, y era obvio que Jake no iba a poder dársela desde Oriente Medio.

«Y ahí fue cuando entró en juego el mejor amigo», me digo, sirviéndome yo también una taza de té.

—Quería mucho a mi hermana, pero debo reconocer que era muy egoísta. —Me dirige una sonrisa triste—. La lujuria era su debilidad. Ser esposa y madre no era suficiente para ella.

No sé qué decir, así que le digo lo único que se me ocurre:

—Gracias.

Ella me mira curiosa.

—¿Por qué?

Me siento un poco idiota. No sé si debería decir lo que voy a decir, pero una fuerza me impulsa a hacerlo.

—Por cuidar de Charlotte. Has hecho un trabajo maravilloso.

Esta mujer no tuvo la culpa de nada, pero se encargó de recoger los pedazos de aquel desastre. Y no sólo eso: ha mantenido el recuerdo de su padre vivo en la mente de su hija. Es una mujer sincera, una buena mujer. Jake nunca podrá agradecerle lo suficiente lo que ha hecho.

—La quiero. —Oigo que le tiembla la voz y no puedo resistirme a apoyarle una mano en el brazo. Ella se echa a reír para aligerar el ambiente—. Estoy siendo una idiota. Llevo años soñando con que llegue este día, pero ahora que ha llegado, estoy un poco abrumada. Quería que Jake supiera lo increíble que es su hija. Sabía que se enamoraría de ella en cuanto la viera.

Su fe y su capacidad de empatizar son increíbles. Vuelvo a mirar por la ventana y veo que Jake tiene un osito de peluche en el regazo. Le está dando una fresa, siguiendo las instrucciones de Charlotte, que le muestra cómo se hace. Me echo a reír, disfrutando de la bonita escena. Él está sonriendo; sus ojos brillan de felicidad. Tiene una expresión maravillada, como si no pudiera entender cómo es posible que una niña pequeña le haga hacer algo tan ñoño.

—Creo que ya se ha enamorado.

—Normal. Era inevitable. —Abbie deja la taza—. Oh, vienen hacia aquí. ¿Te parece que le sirva a Jake algo más fuerte que el té?

—Sí. —Me echo a reír justo cuando Charlotte entra en la cocina tirando de él.

Lo observo con los labios fruncidos. El Jake que entra es un Jake mucho más relajado que el que dejé en el jardín hace un rato.

La niña se coloca ante mí sin soltar su mano.

—Mi papi dice que eres su ángel.

Sorprendida, miro a Jake, que se encoge de hombros. Vaya, esto no me lo esperaba.

—Eh..., yo... —balbuceo como una boba.

—¿Eres un ángel como mi mami? —me pregunta con una inocencia que me funde el corazón.

—Bueno..., yo... —Busco una explicación que la niña pueda comprender, pero no la encuentro y me pongo muy nerviosa.

—No, no como tu mami —interviene Abbie al darse cuenta de mis dificultades—. Tu mami es un ángel porque está en el cielo. Cami lo es porque es la salvadora de tu papi.

Contengo el aliento, mirando a Jake. Él también parece sorprendido.

—¿Qué es un salvador? —quiere saber la niña.

Sin hacer caso de nuestras caras de asombro, Abbie se agacha y apoya las manos en las rodillas para estar más cerca de su sobrina. Con una sonrisa tranquilizadora, le responde:

—Un salvador es alguien que hace que una persona que estaba triste sea feliz. —Lo dice con tanta facilidad que parece que lo tuviera ensayado. Responde a las dudas de la pequeña con calma y naturalidad.

Jake y yo no habríamos sido capaces de hacerlo. Dios, cada vez estoy más nerviosa. ¿Cómo vamos a lograrlo? No hemos hablado de la logística ni de las cuestiones prácticas.

—¿Por qué estaba triste mi papi? —pregunta Charlotte, que se entristece sólo de pensarlo.

—Porque quería estar aquí contigo, pero no podía —contesta Abbie tranquilamente, consolándola.

Miro a Jake, que tiene la mirada clavada en la pequeña y los ojos anegados en lágrimas. Yo no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar sin

echarme a llorar.

Charlotte parece satisfecha con la respuesta, y se vuelve hacia mí.

—¡Gracias por hacer feliz a mi papi! —canturrea, dirigiéndome una sonrisa radiante—. Y ahora yo te ayudaré a hacerlo feliz porque ya ha luchado contra todos los malos. ¡Ahora ya puede ser mi papi!

¡Oh, Dios mío! Trago saliva varias veces y me obligo a sonreír. Miro a Jake, tratando de averiguar qué le pasa por la mente, pero no soy capaz. Parece estar entre confuso y maravillado.

—De nada —murmuro.

—Papi me ha pedido que lo ayude a hacer una cosa —declara, sacando pecho orgullosa.

Trato de disimular la sorpresa.

—¿Ah, sí?

Ella asiente y se agarra de Jake con las dos manos, colgándose de él.

—Tienes que salir al jardín.

Lo miro y él me lo confirma, señalando la puerta.

—Parece que tenemos que salir al jardín —dice tras aclararse la garganta.

Me vuelvo hacia Abbie, que se encoge de hombros y disimula una sonrisa.

—Al jardín —me anima, apoyándome la mano en la espalda.

No puedo hacer otra cosa más que seguir las instrucciones de los tres, así que camino detrás de Charlotte hasta el exuberante lugar. Me fijo en el pequeño huerto y en el cobertizo pintado. Los colores mezclados me hacen sospechar que Charlotte puede haber echado una mano con la pintura.

—¿Quieres sentarte? —Jake señala una de las sillas vacías.

—No lo sé. ¿Debería?

—¡Sí! —asiente Charlotte, entusiasmada, y me empuja con una fuerza sorprendente en alguien tan menudo.

Me dejo caer en la silla. Ella me observa y se vuelve hacia Jake.

—Eres alto, papi. Tendrás que arrodillarte o no podrás besarla.

Me endezco en el asiento de un brinco, pero él se ríe y se lleva un dedo a los labios, mandándome callar.

Charlotte abre mucho los ojos y se tapa la boca con la mano.

—¡Uy...!

—¿Qué pasa? —le pregunto.

No me gusta nada no saber lo que va a suceder; tampoco me entusiasma ser el centro de atención.

La sonrisa feliz de Jake se vuelve más tímida cuando la niña lo empuja por la cadera para que se aproxime a mí. Lo miro y tardo unos instantes en darme cuenta de que su cara está cada vez más cerca.

Porque está poniendo una rodilla en el suelo.

Me echo hacia atrás en la silla, nerviosa. Dios mío, ¿qué está haciendo?

Con la rodilla en el suelo, me toma la mano y tira de mí hacia delante. No se lo pongo fácil. Ladeando la cabeza con curiosidad, Jake tira entonces con más fuerza, obligándome a acercarme de un brinco.

—Cuando le conté a Charlotte que nos íbamos a casar —comienza a decir en voz baja—, ella quiso saber cómo te lo había pedido. —Mira a su hija, que está sonriendo, y se echa a reír pasándose la mano por el pelo nervioso—. No ha acabado de convencerla...

«¿Ah, no? Pero ¡si fue perfecto!», pienso. No lo digo en voz alta porque Charlotte está asintiendo con entusiasmo y Abbie se está partiendo de risa a su espalda.

—Me dijo que en los cuentos de hadas no se hace así —prosigue Jake con la voz emocionada. Respira hondo antes de seguir adelante.

—¿Por qué? —interrogo a Charlotte, que pone los ojos en blanco, como si tuviera que tener mucha paciencia con nosotros.

—¡Porque no te dio un anillo! —responde—. Los príncipes siempre tienen un anillo preparado para la princesa.

—Aaaahhh... —No me atrevo a decirle que tuve un anillo, pero que se acabó borrando.

—¡Y ahora tiene un anillo! —Está casi temblando de la emoción—. ¡Dáselo, papi!

«¿Tiene un anillo?»

Me muerdo el labio al notar que Jake me aprieta un poco los dedos.

—¿Te importa que lo repitamos? —me pregunta un tanto avergonzado.

Siento ganas de llorar. Estoy a punto de decirle que no hace falta cuando noto que Charlotte se pone a mi lado y me coloca algo en la cabeza.

—Así, ahora ya eres una princesa de verdad —afirma mientras baja de la silla.

Me llevo las manos a la cabeza y noto que me ha puesto una tiara de plástico.

—Era de Cenicienta —comenta como de pasada.

Me echo a reír, nerviosa.

—Gracias.

La niña sonrío, muy orgullosa de sí misma.

Jake mira a su hija, pidiéndole permiso, y ella asiente con una sonrisa. Luego se vuelve hacia mí y saca un anillo, un anillo de diamante precioso en su sencillez.

—Camile Logan... —susurra, y yo aprieto los labios para evitar echarme a llorar a moco tendido como una tonta. Estoy segura de que Charlotte no lo aprobaría: Cenicienta no llora.

Jake me dirige una sonrisa radiante y feliz. El príncipe encantador, a su lado, no tendría nada que hacer. Me aprieta la mano.

—¿Me aceptas para siempre?

—¡No se hace así! —lo interrumpe Charlotte enfadada.

—Vale —admite Jake, pidiéndome perdón con la mirada. Inspira hondo antes de volver a intentarlo—: Camille Logan, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? —Me aprieta la mano y me sonrío con timidez—. No puedo imaginarme la vida sin ti. Quiero estar a tu lado el resto de los días que pasemos sobre la Tierra. Quiero ver tu preciosa sonrisa, oír tu voz, verte trabajar. Y quiero compartir mi felicidad contigo. Todos los días durante el resto de nuestras vidas. —Se echa hacia delante y me acaricia la mejilla con ternura—. ¿Te casarás conmigo?

Trago saliva, atragantándome de emoción, y mantengo los labios firmemente cerrados para que no se me escape. Luego asiento despacio.

—Tienes que decir que sí —me insta Charlotte, y yo me echo a reír junto con Jake y con Abbie, mientras la niña espera a que siga sus instrucciones. No me molesto en decirle que ya lo habíamos hecho antes; sé que le daría igual porque, a sus ojos, Jake lo había hecho mal.

Logro sonreír, a pesar de la emoción que me embarga.

—Sí —asiento en voz alta y clara mientras Jake me desliza el anillo por el dedo—. Ahora tú eres mi hogar. —Ya no puedo más, las lágrimas han empezado a caerme por las mejillas sin control. ¡Que le den a Cenicienta! Tal vez su madrastra y hermanastras fueran unas zorras sin sentimientos, pero yo no—. Lo eres todo para mí, Jake Sharp.

—¡Sí! —grita Charlotte, y me echo a reír a pesar de mi llanto al verla hacer piruetas.

Jake acaricia la gema con el pulgar y suspira.

—Gracias —murmura.

—¡Ahora tenéis que besaros! —Charlotte empieza a dar botes a nuestro lado, dando palmas simultáneamente.

No pierdo el tiempo. Nadie va a tener que decirme nunca dos veces que bese a Jake. Me arrojo a sus brazos y pego la boca a la suya hasta hacerlo caer sobre la hierba, olvidándome de todas mis inhibiciones. Estoy perdida en una nube de felicidad, optimismo y amor inmortal, mientras Charlotte danza alrededor de nuestros cuerpos tumbados, dando palmas y animándonos.

Sólo me detengo cuando ella nos ordena que dejemos de besarnos. Se agacha junto a la cabeza de su padre y apoya las manitas en su regazo. Me mira mientras Jake la mira a ella.

—Papi me ha dado un anillo a mí también —me anuncia orgullosa, levantando su manita regordeta para que lo vea bien—. Ha dicho que era superespecial.

Bajo la vista y veo una réplica del anillo de compromiso que Jake me dibujó en su refugio en el campo. Lo miro con una sonrisa enorme.

Él se encoge de hombros.

—Has tenido suerte. Ella quería ése. —Señala el dedo donde mi anillo de diamante me encaja a la medida.

Me echo a reír a carcajadas y pienso algo que nunca me imaginé que podría llegar a pensar. Pienso en lo feliz y complacida que estoy de compartir a Jake. Me encanta compartirlo con esta preciosa chiquilla tan llena de vida. Su niñita. Todo lo que tiene es mío, y ahora Charlotte también es mía.

Inspiro hondo, empapándome del aire fresco y del embriagador aroma del amor que me rodea. Cierro los ojos y oculto la cara en el pecho de Jake.

—Y ahora, ¿qué pasará? —pregunto en voz baja.

—¿Qué quieres que pase?

—Me gustaría que viviéramos felices para siempre en tu país encantado.

Noto que sonrío con la cara pegada a mi cuello.

—Lo que tú quieras.

Charlotte grita y ambos levantamos la cara hacia ella.

—¡Yo también quiero vivir en un país encantado! ¿Puedo, papi? ¿Puedo, puedo? —Parece casi aterrorizada ante la posibilidad de que le diga que no.

Miro a Jake, preguntándome cómo va a manejar la situación. No me engaño. Sé que no es todo tan sencillo; que no podemos simplemente llevarnos a la niña y vivir los tres felices para siempre. Hace falta tiempo y planear bien las cosas. Jake aprieta los labios. Está claro que él también está pensando cómo plantear las cosas para no romper las esperanzas de la chiquilla sin quitarle autoridad a su tía Abbie. Lleva cuatro años cuidando de ella; su opinión merece toda nuestra consideración.

Abbie da un paso adelante y se agacha para quedar a la altura de la niña.

—De momento podrás ir de visita los fines de semana, hasta que papi y Camille dispongan tu habitación. Tienen que preparar muchas cosas antes de tu llegada. —Sonríe, pero noto el esfuerzo que está haciendo. Tiene la voz temblorosa.

Jake se incorpora. Yo me echo a un lado, adivinando su intención. Le da la mano a Abbie y se la aprieta para consolarla.

—Gracias —le dice en voz baja.

Abbie traga saliva y niega con la cabeza.

—Y, por supuesto, también han de preparar mi habitación, para cuando yo vaya a visitarte.

—¡Seré una princesa en el país encantado de papi! —Charlotte salta en el sitio emocionada antes de lanzarse sobre Jake y haciendo que caiga al suelo. Él se ríe y deja que la niña se siente sobre su pecho. La pequeña lo mira muy seria—. Me alegro de que hayas vuelto a casa, papi.

Veo que a Jake le tiemblan las mejillas; la emoción amenaza con volver a apoderarse de él mientras levanta la mano y le acaricia la mejilla regordeta.

—Yo también, cariño, yo también. No volveré a marcharme nunca más.

Charlotte se deja caer sobre el pecho de su padre, tratando de abarcar su cuerpo con sus bracitos.

—Puedes ser mi rey, papi.

Jake esconde la cara en el cuello de su hija y la abraza con fuerza. Sé que está reprimiendo las lágrimas. Yo no me molesto en hacerlo y dejo que caigan libremente. Soy feliz notando la paz que emana de él.

Mi sombra tiene ahora su propia sombra.

*El protector*  
Jodi Ellen Malpas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Protector*

Diseño de la portada, Elisabeth Turner  
© de la fotografía de la portada, George Kerrigan  
© de la portada, 2016, Hachette Book Group Inc

© Jodi Ellen Malpas, 2016

© por la traducción, Lara Agnelli, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17405-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

